

Todo o nada

La historia secreta y la historia pública
del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho



María Seoane

MARÍA SEOANE
TODO O NADA

**La historia secreta y pública de Mario Roberto Santucho,
el jefe guerrillero de los años setenta**

Debolsillo

Seoane, María

Todo o nada. - 1a ed. - Buenos Aires : Debolsillo, 2012.

(Best seller)

EBook.

ISBN 978-987-566-684-9

1. Investigación Periodística. I. Título

CDD 070.4

Edición en formato digital: junio de 2012

© 2012, Random House Mondadori, S.A.

Humberto I 555, Buenos Aires.

© 1991, María Seoane

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN 978-987-566-684-9

María Seoane nació en Buenos Aires. Es periodista y escritora. Trabajó en distintos medios: *Clarín*, *Noticias*, *Sur*, *El periodista de Buenos Aires*. Dirige el Centro Cultural Caras y Caretas. Publicó numerosos ensayos y crónicas. En colaboración, *La noche de los lápices* (1986), *Menem: la patria sociedad anónima* (1989) y *El dictador* (2001) y *Buenos Aires, historia de una ciudad* (Tomos I y II) en 2007. También son de su autoría *Todo o nada* (1991), la historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Roberto Santucho; *El burgués maldito* (1998), la historia secreta de José Ber Gelbard; *El saqueo de la Argentina* (2003); *Argentina, el siglo del progreso y la oscuridad* (2004); *Nosotros: apuntes sobre pasiones, razones y trampas de los argentinos entre siglos* (2005); *Amor a la argentina: sexo, moral y política en el siglo XX* (2007). Publicó los *Cuadernos de Caras y Caretas: La noche de la dictadura* (2006) y *La noche de los bastones largos* (2006), junto a Felipe Pigna, *Evita, esa mujer* (2007), y junto a Víctor Santa María, *Rodolfo Walsh, la palabra no se rinde* (2007). Dirigió el documental *Gelbard, la historia secreta del último burgués nacional* (2006), en colaboración con Carlos Castro. En Canal 13 y en la señal TN, participó en la asesoría e investigación de numerosos documentales. Recibió varios premios, entre ellos, el Premio Internacional de Prensa Rey de España, el Premio Konex al mérito en Letras (1994); el Premio a la trayectoria como Mujer destacada de la Fundación Henry Moore (2003), el Premio Julio Cortázar otorgado por la Cámara del Libro (2003), el Premio Rodolfo Walsh (2002) de periodismo otorgado por la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Plata y el Premio Al Maestro con cariño (2003) otorgado por TEA. En la edición 2007, recibió el diploma de honor en labor periodística femenina del Martín Fierro por su participación en *Gen argentino* emitido por Telefé.

*A Oscar, mi amor
A mis amigos consumidos
en aquellos fuegos*

GRACIAS:

A mis colaboradores en la investigación, Patricia Araujo y Rodrigo Gutiérrez, por su devoción e inteligencia. A la escritora Silvia Silberstein por su mirada lúcida y laboriosa sobre el texto. A Silvia Bleichmar, por mi renacimiento. A mis amigos Hugo y Rodolfo por los sueños y desvelos compartidos. A Andrea, Francis y Silvia que desde Suiza me respaldaron. A mis padres y a mi hermano por el estímulo. Al sociólogo Miguel Khavisse por sus opiniones certeras. A María Mercedes Vaccarezza y a Cecilia Luvecce por todos los auxilios. A la familia Santucho, que me confió valiosos archivos familiares y decisivos testimonios para reconstruir esta historia. A Luis Mattini, por su generosa memoria. A Gilou García Reinoso por conjurar mis fantasmas. Al gráfico Raúl Moiragui, a Fernando Hevia, Pedro Cazes Camarero y Luis Ortolani, por su paciente reconstrucción de los hechos. Al abogado Eduardo L. Duhalde y a los escritores Osvaldo Bayer, Antonio Elio Brailovsky y Alejandro Horowicz por sus consejos. A quienes me apoyaron en momentos decisivos de la investigación: diputado nacional Jesús Rodríguez (UCR); concejal Gustavo Cóppola (Izquierda Democrática); diputados nacionales peronistas Luis Brunati y José Carlos Ramos y el socialista Simón Lázara. A los ex gobernadores, de Chubut, Néstor Perl (PJ), y de Río Negro, Osvaldo Álvarez Guerrero (UCR), y al comunista Patricio Echegaray. Al presidente de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH), abogado Carlos Zamorano, sin cuya colaboración hubiera sido imposible obtener materiales básicos para el libro. Al abogado del Movimiento al Socialismo (MAS), Marcelo Parrilli, por rastrear documentación judicial indispensable. A Eduardo Cataldo, empleado de la hemeroteca del Congreso de la Nación, sin cuya paciencia no hubiera podido acceder a archivos caóticos. A los sociólogos: James Petras (EE.UU.); Andrés Pascal Allende (Chile); Daniel Bensaid (Francia) por sus reflexiones. Al politólogo Martin Kowalewski (Polonia), al dirigente Renato Sandri (Italia), a la pedagoga Antonia Fernández Fernández, jefa de referencias de la Biblioteca Nacional de Cuba. A mis colegas, los periodistas argentinos José María Pasquini Durán, Vicente Muleiro, Juan Gasparini, Eduardo Barcelona, Julio Villalonga y Hernán Páez por su ayuda desinteresada; a los periodistas Guillermo Cabrera y Amable Amador (Cuba) y Daniela Tagliafico (Italia). A la fotógrafa Sara Facio. A los coroneles retirados Horacio Ballester y Federico Mittelbach, al teniente coronel Jorge Mittelbach, al capitán (RE) Ricardo Colombo y al general de brigada (RE) Fausto González por sus explicaciones sobre la política de las FF.AA. en el período analizado. Y a todos aquellos que, de una u otra manera, ayudaron a nacer este libro a lo largo de tres años de investigaciones azarosas.

Prólogo a la nueva edición

Desde la primera edición de este libro pasó más de una década. El tiempo suficiente para que se consolidara la política estatal del indulto a quienes aplicaron el terrorismo de Estado, iniciado en marzo de 1976. Entre otras consecuencias de ese perdón oficial, el Estado renunció a cualquier acción punitiva contra los responsables de la represión ilegal. Junto con esto renunció también a develar el mayor secreto de la historia política de este siglo, luego del que signó el secuestro del cadáver de Evita: conocer el destino de los desaparecidos, en qué porción de tierra, mar y ríos argentinos yacen sus cadáveres.

La historia final de Mario Roberto Santucho, en este sentido, no ha variado. A pesar de que sus hijos siguen reclamando judicialmente los restos de quien fuera secretario general del trotskista Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y el jefe del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), la más importante guerrilla marxista que tuvo la Argentina en el siglo XX, no les fue posible, todavía, revelar el enigma. El conocimiento sobre el destino final de parte de una generación de argentinos continúa, por ahora, aprisionado por el pacto de silencio sellado por los estamentos civiles y militares.

¿Qué decir sobre el destino de la utopía revolucionaria que conmovió la historia del país en los años 60 y 70? ¿De la violencia que la marcó?

Que a pesar de este borrador empecinado —como son todos los libros que fueron apareciendo sobre ese período—, la historia no ha sido aún contada hasta las últimas consecuencias ni debatida ni analizada por la sociedad. Lo cierto es que el comienzo del siglo XXI parece llegar cruzado por más incógnitas que certezas respecto de la etiología de la gran marea revolucionaria que quedó trunca, por razones muy diversas, en esas décadas.

Queda, sí, una marca indeleble en una sociedad que aún no ha cerrado todas las heridas ni comprendido cabalmente los enfrentamientos que la desgarraron.

Queda una singular incertidumbre sobre el pasado y también sobre el futuro ya que las condiciones de vida de los argentinos hoy, y la política como mediación para modificarlas, parecen transitar un divorcio que hace, a veces, recordar los años 60 y 70 como el momento mítico de la esperanza de cambio y de la idea de una prosperidad posible, unitaria, integrada; de un país sin fracturas miserables, aunque violento.

Quizá por eso es necesario esperar, siempre, más libros. Las palabras que le den sentido final a tanta creación, tanta ilusión, tanta sangre, de aquellos años. Y aporten un poco de luz y de pasión al enigma del futuro.

MARÍA SEOANE
Buenos Aires, invierno de 2003

Introducción

Este libro aborda un tema prohibido y, por tanto, inquietante. No se trata sólo de la historia inédita, develada a través de los pliegues de una biografía, del líder del PRT-ERP durante las décadas de los sesenta y los setenta. Séptimo hijo varón de una acaudalada familia provinciana, apadrinado por el general-presidente de un gobierno conservador, pero que se convirtió en uno de los más tenaces enemigos del régimen. Es, también, un repaso de la turbulenta crónica política de los argentinos, y de todos los interrogantes que fueron sepultados sobre la convulsión revolucionaria que comenzó en 1955 con el derrocamiento de Juan Domingo Perón y se extendió hasta el golpe militar de marzo de 1976 y sus consecuencias.

La mayoría de los jóvenes y de las organizaciones políticas que protagonizaron los hechos que aquí se narran han desaparecido. Las fichas policiales, o la historia oficial tanto del régimen como de la guerrilla, no han permitido develar muchas de las incógnitas que los argentinos mantenemos aún bajo llave en nuestra conciencia crítica. ¿Cuáles fueron las claves personales y públicas que explican, y, al mismo tiempo, determinaron la conducta de un jefe guerrillero en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX? ¿Por qué miles de jóvenes pensaron que el camino para las transformaciones sociales podía surgir de la punta de un fusil? ¿Cuáles fueron los legados íntimos, sociales, políticos, económicos, culturales, del mundo y del país, para empujarlos obsesivamente sobre una ruta que conducía al todo o nada? ¿Cuáles eran las ideas y los mitos de la izquierda que los prohió? ¿Quiénes fueron los protagonistas? ¿Cuál es su mirada retrospectiva y, sobre todo, diversa? ¿Cómo recorrer la venda del pasado sin repetir sus antagonismos?

Con estas preguntas comencé, hace más de tres años, una investigación que, sabía, intentaba desmitificar un tema espinoso sólo abordado en su globalidad por analistas extranjeros y en unos pocos ensayos de mis compatriotas. Las dificultades de la tarea se revelaron inmediatamente: archivos inexistentes en el país; guerrilleros reticentes; sobrevivientes de la represión ilegal con lógico temor; políticos y militares que guardaban, al unísono, un silencio hermético. Entre fines de 1987 y de 1989, antes de la caída del Muro de Berlín que supuso, también, la partida de defunción de la Guerra Fría, pocos fueron los que quisieron hablar claramente de los violentos episodios del pasado reciente. Gracias a ellos, civiles y militares, fue posible rearmar un rompecabezas que me obligó, asimismo, a un periplo por distintas provincias argentinas y países del mundo donde encontrar fuentes que hubieran sobrevivido a las pasiones inquisitoriales o, simplemente, exculpatorias, de aquellos años.

Aun así, hubo cerrojos oficiales que no se abrieron, expedientes que no se encontraron y detalles

guardados celosamente como trofeos de una guerra sucia y, por tanto, vergonzosa. Tal vez porque, como señalaba el filósofo alemán Walter Benjamin, todo documento sobre la cultura es, al mismo tiempo, un documento sobre la barbarie.

Por ello pienso que la historia siempre se narrará pasando un cepillo a contrapelo del olvido que nos condena a su repetición. A través de borradores sucesivos y empecinados, referidos a una historia que comienza a deshacerse, precisamente, a partir de contarla.

MARÍA SEOANE

Buenos Aires, invierno de 1991

“...Es un muchacho color subido, cabellera ala de cuervo, piel aceite-ladrillo, boca color tomate, dentadura deslumbrante. Un poco oblicuo a lo indio, robusto, sano, con ojos de astuto soñador, dulce y terco... ¿qué porcentaje tendrá de indio? Y algo más todavía, algo importante, es un soldado nato.

Sirve para el fusil, las trincheras, el caballo.”

WITOLD GOMBROWICZ

Diario Argentino

“Desde el punto de vista psicológico, esa generación parece dotada de un verdadero coraje, de una espantosa voluntad de actuar y de una confianza no menos espantosa en las posibilidades de un cambio.”

HANNAH ARENDT

Du Mensonge à la violence

El desenlace

Buenos Aires, 19 de julio de 1976

Un coche sin patente se detiene a las puertas del edificio de trece pisos de la calle Venezuela 3149 de Villa Martelli, un barrio tranquilo de la zona norte del Gran Buenos Aires, a pocos metros de la intersección de la ruta Panamericana con Avenida General Paz. Cuatro hombres armados con ametralladoras descienden del coche, mirando en múltiples direcciones. ¿Esperan un ataque? Uno de ellos, de aproximadamente treinta años, toca el timbre en portería y aguarda unos minutos. Se escuchan sólo algunas bocinas lejanas, que alteran la siesta del barrio. Son las catorce y treinta de un lunes nublado y frío. El portero, desperezándose aún, mira la credencial que extiende el hombre joven, vestido con un pantalón de jean, pullover y borceguíes marrones: capitán Juan Carlos Leonetti, jefe del grupo. Hablan de la familia “Munich” del cuarto piso “B”. El encargado del edificio encrespa sus gestos: está nervioso. Entra en su departamento, vuelve a salir y acompaña al capitán y a dos más hacia las escaleras. El cuarto hombre se dirige al coche estacionado y se comunica por radio. La sintonía es estridente: pide que le envíen refuerzos; luego, dispersa con su ametralladora a un grupo de chicos que comienzan un partido de fútbol en el baldío que linda con el edificio.

En minutos más habrá camiones del Ejército cortando los accesos de salida por la estratégica ruta Panamericana. Dentro del departamento “B”, un hombre de unos cuarenta años, con pelo rizado renegrido, piel aceite ladrillo y perfil de águila, acomoda los papeles que esa noche llevará a su exilio. Un pasaporte a nombre de “Raúl Garzón” y pocos efectos personales. Lo acompaña un hombre algo más joven, castaño, de frente ancha, al que parece darle indicaciones. En la habitación contigua hay dos mujeres con un chico de apenas dos años. En el pasillo del cuarto piso el capitán se parapeta detrás del portero que aprieta el timbre, mientras los otros toman posiciones en los laterales. Una mujer pregunta quién es. “Soy Daniel, el encargado”, se escucha con tonada cordobesa. La mujer de ojos celestes entorna la puerta. El portero corre hacia las escaleras, el capitán empuja con su ametralladora: “¡Ríndanse, hijos de puta!”. La mujer grita: “¡El Ejército!” y traba la puerta. El hombre con perfil de águila, en carrera hacia el balcón, manotea su pistola y dispara mientras intenta una fuga imposible: la ventana está enrejada. Los militares astillan la puerta e invaden el espacio interior rodeados de balas. Uno de los atacados grita: “¡Viva el ERP!” y dispara sobre el capitán que cae como un fardo sobre los pies de los otros hombres que siguen tirando a

matar. En el cuarto vecino se escucha el llanto de un chico. ¿Quince minutos, veinte minutos de metralla y gritos? El olor rancio de la pólvora. Luego, el inventario del combate: en el suelo yacen tres hombres. Las mujeres, una embarazada, y el pequeño son arrastrados por las escaleras. Los otros militares levantan el cuerpo gimiente del capitán, y rompen lo que encuentran a su paso. Revisan mesas, placares, depósitos de agua, pisos, techos, con una obstinación similar a la de una escuadrilla de demolición. Embolsan documentos y papeles, información, el botín máspreciado. Después seguirán con armas, dólares, aparatos electrónicos y ropas. Se escuchan sirenas de coches policiales y el pesado paso de borceguíes en todo el edificio. Los que se atreven entornan las puertas de sus casas. Otros bajan sus persianas. Un camión del Ejército Argentino carga dos cuerpos inmóviles y a las prisioneras. Una ambulancia se pierde a toda velocidad por la ruta con el capitán agonizante, que no llegará vivo al hospital.

Comienza la rutina de cercar el edificio y de prohibir la entrada y salida de gente. La requisita es casa por casa. Los vecinos son interrogados. Aún no entienden qué sucede. Lo imaginan, pero no preguntan. Muchos de ellos creerán haber escuchado, después, una salva de veintiún cañonazos en el cercano regimiento de Artillería 121. Se preguntarán: ¿Un festejo por la captura del enemigo público número uno? ¿Un homenaje al capitán caído en el cumplimiento de su deber? Son las catorce y cincuenta y cinco y Villa Martelli ya no dormirá por varios días. Horas después, suena el teléfono de la portería. Un periodista quiere confirmar, dice, la noticia más importante después del golpe militar del 24 de marzo. El cordobés es reticente, pero el periodista suplica. Una pista, sólo una pequeña pista. No. Deberá buscar otras fuentes. A pesar de la censura de prensa, la noticia se filtra en la edición vespertina del diario Última Hora, secuestrada inmediatamente por el gobierno del general Jorge Rafael Videla y detenido su director, Luis María Albamonte, más conocido como Américo Barrios. Sin embargo, en la mañana del 20 de julio Última Hora se adelanta al parte oficial en la primera plana: “Extremistas ultimaron a capitán de Ejército”. Y en letras catástrofe: “Mataron a Santucho”. El Cronista Comercial, en cambio, prefiere titular: “El presidente de los EE.UU., Gerald Ford, manifestó su fe en la Argentina” y “Día de euforia para la Bolsa y los negocios”. Recién a las once y treinta el comando en jefe del Ejército admite la identidad de uno de los muertos en el comunicado 201/76, explicando, de paso, el origen del operativo: “Por informes de un vecino se ordenó allanar la finca... generándose un enfrentamiento en el que murieron varios delincuentes subversivos. Uno de ellos fue identificado como Mario Roberto Santucho (alias Comandante Carlos, Robi, etc.), jefe del autodenominado Partido Revolucionario de los Trabajadores y ‘comandante’ del Ejército Revolucionario del Pueblo”. Horas más tarde, confirma la muerte de Benito José Urteaga, “alias Mariano”. La información llega a The New York Times en la misma noche del 19 de julio. En su edición matutina del día 20, se lee el parte del corresponsal Juan de Onis en la página dos: “Rebel Chief Reported Slain: Roberto Santucho, uno de los más buscados guerrilleros de izquierda de la Argentina, fue muerto hoy en un enfrentamiento con soldados, indicaron fuentes policiales. El señor Santucho fue el líder del marxista Ejército Revolucionario del Pueblo, la guerrilla responsable de un récord de secuestros, asesinatos y robos desde fines de la década del ’60”.

El 21 de julio la prensa nacional e internacional abunda en detalles sobre el último combate de Santucho. El Cronista Comercial comparte el optimismo militar: “En este mes de la Independencia

Nacional, el desafío que la guerrilla lanzó al rostro de la Nación y de sus Fuerzas Armadas tuvo un vuelco decisivo. Descubiertos, en las provincias de Buenos Aires y de Córdoba, los principales centros de propaganda de la organización proscrita en 1973, eliminados sus jefes más eminentes — Santucho, Urteaga, Domingo Menna, Enrique Haroldo Gorriarán Merlo— las armas de la República clausuran una etapa regada con sangre, sudor y lágrimas... En rigor de verdad, debe señalarse, sin necesidad de adjetivación alguna, que a partir del 24 de marzo la acción antisubversiva adquirió un sesgo realmente efectivo. Reconstituidos, a grandes rasgos, los poderes esenciales del Estado, centralizado su liderazgo, eliminados los factores de corrupción que lo desquiciaban, lanzado el plan económico, el combate antiextremista pudo encauzarse con plenitud. Caben pocas dudas de que el país, obtenida esta victoria de singular importancia política y militar se encauzará, como lo pronunció el teniente general Videla, por el sendero de la democracia, la justicia y la libertad. Aun cuando el trecho a recorrer está sembrado de dificultades, de sacrificios, y exija el tributo de vidas como la del capitán Juan Carlos Leonetti”. El vespertino La Razón sostiene que el operativo se preparó minuciosamente desde el mediodía del 19 de julio y que el ataque comenzó a las catorce y treinta. El Liberal de Santiago del Estero dice: “Con la muerte de Mario Roberto Santucho, y de sus tres lugartenientes, abatidos en un enfrentamiento con las fuerzas militares y policiales, llega a su ocaso una de las organizaciones sediciosas más activas de América Latina”. La Nación, en cambio, desarrolla la historia pública de ambos guerrilleros y del capitán muerto y especula con el fin de Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, y de la esposa de Santucho, Liliana Delfino, a quien apodaban “la alemana”.

En Brasil, el vespertino O Globo pontifica: “Finalmente la Argentina vencerá al terror y asegurada la paz recuperará el alto nivel de civilización de la cual se enorgullecen sus hijos”. En La Habana, el Granma, diario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba (PCC), reproduce un escueto cable de su agencia Prensa Latina. Una nota de la redacción se refiere a Santucho como un “líder revolucionario” o “un jefe insurrecto” al recordar su historia pública. En Lima, una foto epígrafe del tradicional diario El Comercio dice: “Fin de Santucho sacude a la Argentina”. La República de Costa Rica titula “Resonante victoria contra el terrorismo argentino”, y agrega como epígrafe de una foto del guerrillero: “Desde hacía tres años era el hombre más buscado del país a partir de que el ERP fuera puesto fuera de la ley”. El influyente Excelsior de México considera la noticia como la más importante de su página internacional. Su corresponsal en Buenos Aires, Flavio Tavares, vaticina: “La muerte de Santucho —que todos los indicios parecen confirmar— significa de hecho el fin de las acciones guerrilleras de la ultraizquierda neotrotskista”.

En Roma, La Repubblica encarga el análisis a su columnista Saverio Tutino: “Santucho ucciso in Argentina: È il colpo più duro inferto dai militari alla guerriglia. De los tres jefes históricos de la izquierda revolucionaria que se habían unido en una especie de junta supranacional, para seguir una indicación típica de Ernesto Che Guevara, dos murieron en combate, y sólo uno, Raúl Sendic, que yace medio loco en el foso de una prisión en Uruguay, está vivo. Miguel Enríquez, jefe del MIR, fue muerto en Chile en el 74. Ayer le tocó el turno a Santucho. De los tres, Santucho (40 años, de familia patriarcal y acomodada) era el más inclinado a la acción, el organizador más capaz. De profesión contador había transferido a la lucha política la puntualidad y la precisión de quien conoce el valor

del cálculo, la importancia de medir la correlación de fuerzas”. Andrew Tarnowski, corresponsal del The London Times en Buenos Aires, define a Santucho como un líder legendario: “‘Most wanted’ Argentine guerrilla leader killed in army’s biggest success against rebels”, titulan en Londres, y califican al ERP como la guerrilla “estilo Robin Hood más organizada, disciplinada y con mayor poder de fuego”. El monárquico ABC de Madrid opina: “El jefe supremo de todas las organizaciones armadas de Iberoamérica, Mario Roberto Santucho, considerado como el sucesor del Che, fue abatido en un enfrentamiento con la policía”.

Official report on Santucho's death

The official report established yesterday that top Marxist guerrilla leader Roberto Santucho was killed in a military action.

The report said that in Villa Marcella was part of a new building complex with high-rise buildings of 12 stories each.

Argentina

La mort de Roberto Santucho porte un coup sévère à l'Armée révolutionnaire du peuple

De notre correspondant

LA REPUBLICA - 21/7/76

E' il colpo più duro inferto dai militari alla guerriglia Santucho ucciso in Argentina

BUENOS AIRES, 20 — (AP). — Un jefe de la guerrilla argentina, Roberto Santucho, fue asesinado ayer por las fuerzas armadas argentinas en un enfrentamiento que se produjo en un edificio de 12 pisos en Villa Marcella.

Resonante victoria contra el terrorismo argentino

LA REPUBLICA COSTA RICA - 21/7/76

HA MUERTO MARIO SANTUCHO, EL JEFE DE LA GUERRILLA ARGENTINA

Llamado el sucesor del "Che", fue abatido en un enfrentamiento con la Policía

THE LONDON TIMES

OVERSEAS

'Most wanted' Argentine guerrilla leader killed in army's biggest success against rebels

From Andrew Thornton

Buenos Aires, July 20

THE LONDON TIMES - Wednesday 21 July 1976

La guérilla argentine serait décapitée COUP FATAL ?

Buenos Aires, le 20 juillet 1976. L'Armée argentine a annoncé hier la mort de Roberto Santucho, le chef de la guérilla argentine, dans un affrontement avec la police à Villa Marcella.



EL COMERCIO - LIMA
MIÉRCOLES 21 DE JULIO DE 1976
Estremistas Ultimeiros a Capitan de Guerrilla
MATARON A SANTUCHO
Y FORTON DE LAS FUERZAS ARMADAS ARGENTINAS
C. MORA Y OTROS 2 CAPTURADOS

ETATS-UNIS
Chute de la croissance

Para Philippe Labreveux de Le Monde: "Santucho comenzaba (después del golpe militar de 1976) a organizar un 'repliegue táctico' a fin de reorganizar su pequeño ejército...". Una foto de

archivo de Santucho, tomada en una conferencia de prensa de 1973, acompaña la nota de la página diez del diario local de Lausana (a 70 kilómetros de Ginebra) Tribune Le Matin: “La guerrilla argentine serait décapitée. Coup Fatal?”, titula. “La policía argentina espera que la muerte de Santucho y de su lugarteniente siembre en el seno del ERP un desorden y una desesperación tan grandes como las que provocó en Tupamaros la captura de Raúl Sendic en Uruguay en 1972. Algunos no dudan, inclusive, en comparar la muerte de Santucho con la del Che Guevara.” También el Neue Zürcher Zeitung de Zurich se suma a los comentarios de la prensa mundial: “Argentinischer Guerrillaführer erschossen”.

El 22 de julio en Buenos Aires, luego de describir el combate y dar una extensa biografía del capitán “muerto por la Patria”, la revista Gente recoge las opiniones de fuentes militares e imprime una sobreportada de emergencia para su número 574 con una foto del líder del ERP. En sus páginas interiores hay un editorial anónimo: “La muerte, sólo la muerte... prácticamente solo. Sin la estridencia de los operativos traicioneros y las declaraciones ideológicas. Así, solo. Sin nada más que unos pocos hombres, y las armas compradas con dólares de secuestros y robos, muere Santucho, quien fuera uno de los símbolos de la guerrilla argentina”. El mismo día, La Opinión especula sobre cómo se detectó tan importante refugio guerrillero: 1) se trató de un operativo minuciosamente planeado, sobre la base de una previa y precisa localización del área; 2) la información provino de los empleados de una escribanía; 3) se originó en un vecino del edificio; 4) la información decisiva surgió de procedimientos anteriores. Y agrega: “La demora en la identificación del cadáver fue porque Santucho tenía cirugía plástica”. La Razón concluye: “El Ejército ha comunicado que los cuerpos tendrán cristiana sepultura”.

El diario de la colectividad inglesa Buenos Aires Herald prefiere definir al guerrillero: “Santucho is dead... Fue la más importante figura del terrorismo latinoamericano después de Ernesto Che Guevara. Entrenado en Cuba y educado en Harvard, Santucho, a diferencia de Guevara, eligió pelear por la revolución comunista en su propia casa...”. Pasarán varios días hasta que los periódicos de la izquierda, en su mayoría prohibidos, se refieran a los hechos. Lo cierto es que, luego de una semana, la noticia desaparece de la prensa. Y el silencio cubre el destino y la identidad de los prisioneros, y de los cadáveres.

Retrato de familia

(1936-1958)

Los Santucho comenzaron la edad moderna gracias al azar, al radicalismo y al cristianismo sincrético entre San Esteban, la virgen María y los dioses quechuas. Su antepasado más antiguo fue un soldado que peleó con las tropas de Manuel Belgrano en la batalla de Tucumán, y uno de cuyos hijos sirvió en las montoneras del caudillo rosista santiagueño Juan Felipe Ibarra. El hombre —su nombre se pierde en los registros de las guerras civiles del siglo XIX— se instaló en “El Bagual”, un caserío paupérrimo en el límite entre Santiago del Estero y Tucumán desplegado en una zona caliente y seca, despoblada, de monte bajo, espeso e impenetrable, donde pastorean cabras sedientas y ganado mestizo. Allí nació Frágedo Santucho, a fines del siglo XIX. Se casó con Teodora Juárez, una lavandera analfabeta que se convirtió al radicalismo cuando sonó el primer tiro de la Revolución del Parque en 1890, y que solía rezarle a San Esteban para que Leandro N. Alem se recuperara de las heridas recibidas en la lucha política. Frágedo, también analfabeto, desdentado y notable contador de cuentas, tuvo ocho hijos con Teodora. El primogénito Francisco Rosario Santucho nació en 1897, unos años antes de que su padre ganara una fortuna en la lotería tucumana, la dilapidara, y terminara instalando un pequeño aserradero de quebracho con los restos del dinero. Por la época, Santiago del Estero aún mantenía el orgullo de haber sido un centro de industrias artesanales pujantes, con un desarrollo cultural sólo similar a Buenos Aires y Córdoba.

* * *

“La provincia está situada al Norte de la Argentina en la zona central, a mil kilómetros de Buenos Aires. Tiene una superficie de 135.254 kilómetros cuadrados y su capital, Santiago del Estero, fue fundada para España por Francisco de Aguirre el 25 de julio de 1553. Antes de la Conquista, las extensas llanuras pertenecían a las tribus indígenas de los tonocotes y sanavirones y su lengua era el quechua. Rudos, hábiles para el trabajo metódico, los indios fueron una mano de obra excelente que los españoles esclavizaron en el régimen de la encomienda. Los nuevos amos los obligaron a migraciones y dispersiones para escapar de las inhumanas condiciones de trabajo a las que se los sometió. Pero los aborígenes se

rebelaron antes de su extinción, practicando una singular guerra de guerrillas con arcos y flechas, y emboscadas contra los invasores.

”Durante las guerras de la Independencia del siglo pasado, Santiago del Estero aportó la mayor cantidad de hombres y ganado a los ejércitos anticolonialistas. Lograda la Independencia, intentó autonomizarse de Buenos Aires pero su rebelión fue sofocada. A partir de 1820, el caudillo Juan Felipe Ibarra rigió los destinos de Santiago del Estero durante las tres décadas de guerra civil que concluyeron con la caída del caudillo federal Juan Manuel de Rosas. La provincia es una inmensa llanura chata con pocos accidentes orográficos y una escasa irrigación fluvial. Más de diez mil kilómetros de su superficie forman un mar de sal, donde se encuentran las salinas más grandes de la Argentina. El resto del territorio lo cubren llanos polvorientos, extensos bosques de madera durísima que alguna vez abarcaron las tres cuartas partes de su superficie, e innumerables esteros y bañados donde extravían su curso los dos grandes ríos que la atraviesan: el Dulce y el Salado.

”Su economía es casi exclusivamente agropecuaria, y en 1954 tenía 609.500 habitantes, y su capital apenas 63.500. En las primeras tres décadas del siglo XX, las compañías forestales extranjeras devastaron el 80% de las 10.792.000 hectáreas de quebrachales, transformándolas en un inmenso obraje con infrahumanas condiciones de vida para los hacheros, quienes más que hombres de carne y hueso son una institución, una categoría social dentro de los parias del trabajo, un resabio supérstite de los siervos de la gleba, un enclave feudal en los tiempos modernos. Cuando dejó de ser rentable el sueño de tanino y leña, comenzó el interminable éxodo del 20% de su población. Entonces, Santiago del Estero jamás se recuperó del paso implacable del capitalismo forestal.”^[1]

* * *

Francisco Rosario Santucho era bueno para las matemáticas y ligero en el parloteo incesante de los negocios. Su primer trabajo fue en los planes de Defensa Agrícola de Tucumán para combatir la plaga de langosta que asolaba los cultivos de la región. En 1919 se instaló en la estación Gramilla como empleado del ferrocarril del Norte y se enamoró de Elmina Juárez, una maestra rural. De temperamento sigiloso, parco, indígena, Elmina era hija de Isabel Gutiérrez y del pequeño hacendado Francisco Juárez, comisario y juez de Paz de Gramilla, un hombre con fama de guapo, capaz de imponer silencio en una gresca con su bastón caoba con punta de nácar. Los Juárez tuvieron nueve hijos; eran católicos fervientes, conservadores y supersticiosos. En el verano de 1920, la pareja Santucho-Juárez se fugó de la mirada paterna para casarse a escondidas y radicarse en la capital de Santiago del Estero. El viejo Juárez enfermó de rencor hasta que nació su primer nieto, y no dejó de reprocharle a Elmina haberse casado con “el indio Santucho”. De todas maneras, la pareja tuvo siete hijos: Amílcar Latino, Raúl Alberto, Carlos Hiber, Francisco René, Omar Rubén, Blanca Rina y

Oscar Asdrúbal Santucho. Una prole común por esos años, suficiente para dar origen al clan.[2]

El procurador Francisco, en tanto, extendió su actividad profesional por los departamentos norteños de Santiago del Estero: Copo, Pellegrini y Alberdi, lugares de grandes obrajes de quebracho, de monte impenetrable, semiáridos y despoblados. A poco, se transformó en un caudillo político. Radical como su madre, verborrágico, astuto y obstinado como su padre, cruzaba los montes a caballo custodiado por correligionarios armados con revólveres, como abanderado de los campesinos sin derechos sociales en mitines y actos donde la gresca estaba a la orden del día. La época registra la definitiva decadencia de Santiago del Estero y el inicio del éxodo interno hacia otras capitales provinciales, por la salvaje e irracional depredación de sus quebrachales: un río de sequedades.

El golpe de Estado de 1930 encontró a Santucho replegado en la ciudad, fundando el Jockey Club, el Colegio de Procuradores y el Club Atlético Estudiantes. Fue una brillante carrera de ascenso social donde no faltaron amores clandestinos silenciados. El país entraba en un ciclo de golpes militares, de fraude político, producto de la crisis del modelo agroexportador exitoso del roquismo. El Ejército, tantas veces convocado por el radicalismo para zanjar sus pujas con los conservadores, tomaba por primera vez, aunque no por última, vuelo propio: los militares asumían el gobierno imbuidos de un nacionalismo oligárquico e integrista católico, especialmente cultivado contra la “chusma roja” del proletariado anarquista y comunista, cuyos estallidos de la Semana Trágica en 1919 y de la Patagonia en 1921 estaban aún frescos. Los anarquistas ya habían desaparecido de los sindicatos aunque aún faltaba ajustar cuentas con “ese enemigo”, Severino Di Giovanni, pero el “peligro” comunista y socialista no cedía. Tampoco el convencimiento de los radicales de que el pueblo debía gobernar.[3] Pocos comprendieron por qué Don Francisco desertó de ser un caudillo yrigoyenista dadivoso y paternal, común en esas tierras, para unir su carrera al ala conservadora del radicalismo antipersonalista cuando formó, en la provincia, la Unión Cívica Radical Unificada (UCRU) adscrita a la Concordancia.[4] Lo cierto es que fue electo diputado provincial por el departamento de Pellegrini para el período 1932-35, como funcionario de un gobierno que inauguró la Década Infame, época signada por el fraude electoral, la represión al movimiento obrero, los negociados escandalosos y la subordinación de la Argentina como “perla de la corona británica”. Empero, rebelde por los vestigios yrigoyenistas que le quedaban y ante el inicio de una crisis económica que destrozaría la provincia transformándola en un páramo expulsivo de habitantes hacia los centros urbanos, en 1934 realizó su guerra privada contra el gobernador: lo acusó de “conspirador” por haber incumplido las promesas electorales. La prensa local consideró a Don Francisco un exaltado y el comité de la UCRU lo expulsó. Antes de retirarse de la actividad partidaria se defendió con una arenga citada por El Liberal el 6 de enero de 1934: “El hombre de conducta y procedimientos honrados no puede ser desleal porque produzca actitudes que descubran hechos bochornosos e injustos”. Luego del incidente que cambiará el curso de su vida, decidió volver a la profesión convencido de la farsa política en la que había participado, a la espera de nuevos desquites. Pero la muerte de su esposa, Elmina, en el verano de 1935 lo sumió en el luto riguroso, las misas diarias y en una alianza matrimonial con su cuñada más joven, Manuela del

Carmen Juárez, quien solía cuidar a sus hijos durante la enfermedad de la hermana. También ella era maestra rural, y presidía Cáritas de la provincia como católica practicante. Se casaron en setiembre de 1935 pero Don Francisco aceptó no meterse en su cama hasta que ella se lo pidiera.

En su pequeño departamento de Ginebra, Manuela Santucho recordará años después: “De nuestra unión nacieron tres hijos más: Robi, Manuela Elmina y Julio César de Jesús Santucho. Mi Robi nació el 12 de agosto de 1936. En realidad lo bautizamos como Mario Roberto Agustín, y fue el séptimo hijo varón de Francisco. Recuerdo que era un mediodía caluroso y vivíamos en la calle Tucumán 314 del centro de Santiago. Hacía varios días que estaba pujando, pujando, y decía: ahí viene mi niño, pero nada. Hasta que una maestra, colega de mi colegio, decía: ay, Manuelita, ese chico ya nace. Al rato llega la partera Pura Zírpola y me ayudó y pegó un grito cuando vio una masa fea y renegrada. Al poco tiempo me fui con Robi a la chacra de mis padres en Gramilla, llevándome a todos los hijos que se revolcaban entre los pastos y cazaban alacranes, y estuve allí varios meses. Como era costumbre, bajó la Mercedes, curandera del pueblo, a ver al recién nacido. Me dijo: ‘Ay, ay, niña, será como un rey, algo grande, que llegará lejos pero no llegará, y todos sufrirán porque el barro y la sangre, amasados en el azar de Dios, partirán su cabeza negrita’. Creo que olvidé lo que me había dicho hasta ese 19 de julio en que lo mataron... Lo bautizamos dos veces porque era séptimo hijo varón: al nacer y días después en la Catedral de Santiago, donde el presidente Justo lo apadrinó. Después nos mudamos no sé cuántas veces, algo nómada teníamos que tal vez Robi se contagió y, además, Francisco era muy impaciente, siempre quería lo mejor para los hijos. En 1939 nos mudamos a Buenos Aires, hasta 1943, con las dos criadas a un departamento de la calle Pacheco de Melo. Los hijos mayores, Amílcar Raúl y Carlos, comenzaron a estudiar abogacía, y en 1940 nació Manuela Elmina. Las cosas no eran fáciles porque el viejo no conseguía trabajo estable y, después, las peleas políticas que empezaban... En 1943 volvimos a Santiago y compramos una casa en la calle Absalón Rojas 926, de dos plantas, catorce habitaciones y dos patios y vivimos allí hasta fines de 1974, cuando nos perseguían por ser los padres de Robi. Mi negrito siempre pensó en los pobres. Llegamos a tener hasta cinco criadas en la casa que eran como de la familia, y Robi, cuando cumplió trece años, agarró a la Rosa, que estaba con nosotros desde que él nació y le dijo: ‘Mirá, te pido por favor que no me llames niño, vos no sos una esclava’. Mi último de los diez hijos, Julio César de Jesús, nació en 1945 en Santiago. Y siempre quise que fuera cura. Así que en la familia hubo un procurador, tres abogados —Amílcar, Raúl y Manuelita—, Blanca fue escribana, Robi contador, Francisco René librero, Oscar Asdrúbal y Omar Rubén, comerciantes, Carlos Hiber gerente de una empresa, y Julio César fue seminarista. ¿Un militar? No, jamás se le hubiera ocurrido a mi Viejito”.

[5]

Hacia 1942 comenzaron las disputas políticas en la familia. A pesar del respeto que tenían por su padre, al que trataban de usted conservando las formas patriarcales de la colonia española, los hijos mayores se incorporaron al Partido Socialista Argentino (PSA), que había vencido en las elecciones de la Capital confrontando con los radicales —que vivían una crisis profunda en su ideario—, y con los conservadores —que delegaban el poder en los militares. Ya no era posible gobernar como si las masas pobres de la ciudad y los expulsados del campo no existieran. La crisis dio origen al surgimiento del peronismo, y a una nueva crisis política en el PSA, que olvidó los principios de

neutralidad para la Segunda Guerra Mundial, tal como había sucedido en 1914. El 17 de octubre de 1945 fue un punto de inflexión en la historia argentina contemporánea y en la vida de los Santucho.

* * *

“La clase obrera que ha de irrumpir tal cual la reconoció la historia en las jornadas de octubre era producto de la nueva situación configurada tras la crisis de los años 30. Salidos bruscamente de un mundo agrario en declinación, incorporados a las fábricas sin tiempo de asimilar los rudimentos de la lucha sindical, arrastrando consigo la tradición nacional-democrática del federalismo del siglo XIX y del yrigoyenismo de los primeros años, los jóvenes obreros que habrían de protagonizar el 17 de octubre se formaron una conciencia inmediata de la sociedad, lo suficientemente aguda como para diferenciar los campos antagónicos y elegir de acuerdo a sus intereses específicos. Una coincidencia objetiva vinculaba el proceso de expansión industrial que promovían los créditos y el proteccionismo del régimen con las necesidades del desenvolvimiento de clases. Esas necesidades impulsaban a los trabajadores a afiliarse en masa a las nuevas organizaciones sindicales que patrocinaba la Secretaría de Trabajo dirigida por el coronel Juan Domingo Perón o a transformar bruscamente el carácter de la estructura gremial existente. En pocos años el peso de la irrupción obrera había cambiado sustancialmente el panorama político. Hacia 1941 las cifras oficiales registraban un total de 470 mil trabajadores sindicalizados y dentro de esa suma ambas CGT apenas superaban los 300 mil cotizantes. Pero en 1948 la CGT declaraba representar a 2 millones de afiliados. En apenas siete años el grado de sindicalización se había cuadruplicado. La clase obrera se volcaba en bloque hacia una nueva perspectiva, desplazando o dejando aisladas a las antiguas direcciones socialistas y comunistas. Había descubierto a través del sindicalismo de masas el camino para consolidar el régimen salarial, con todas las conquistas que el régimen burgués podía conceder, y respaldaba resueltamente las medidas que favorecían el desenvolvimiento de un capitalismo nacional en el cual advertía la posibilidad de multiplicar sus propias fuerzas. No se proponía abolir el capitalismo, sino transformarlo según sus necesidades presentes, y había encontrado en Perón la formulación más apropiada para esas aspiraciones. Los obreros apoyaban el programa nacionalista burgués de perfil antioligárquico y antiimperialista que comenzaba a esgrimir Perón al calor del combate contra sus enemigos, e identificaban en el Estado el resorte fundamental de sus reivindicaciones”.^[6]

* * *

Con la irrupción volcánica de la clase obrera en la política, todas las propuestas de cambio social tendrían un impulso que atravesaría las tres décadas venideras. La familia Santucho se adecuó a los nuevos tiempos: Amílcar se afilió al Partido Comunista (PC), Carlos Hiber al peronismo, Raúl

y Omar Rubén al radicalismo y Francisco René y Oscar Asdrúbal al nacionalismo integrista, la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN). Unidos en Santiago del Estero en torno del estudio jurídico paterno, los hermanos Santucho canjeaban conejos, mulitas, gallinas, queso de cabra y huevos por los servicios prestados a sus clientes, en su mayoría campesinos pobres del interior de la provincia.

En el invierno romano de 1988, Julio Santucho repasará los primeros años del hermano que más admiró:

“Casi toda la infancia de Robi transcurrirá en ese medio provinciano, cruzado por dos marginaciones: la política, producida por la Década Infame, y la económica que profundizaba el olvido de los pueblos del interior. De allí la ira contra el centralismo porteño. La ira contra el capitalismo portuario. Robi fue quizás el más estimulado de los hermanos; de estupenda memoria, leía el Martín Fierro a los cuatro años, jugaba bien al ajedrez —luego será un jugador difícil de vencer—, y más tarde se destacó como buen basquetbolista, y como un diestro bailarín en la compañía de danzas folklóricas de Alberto Peralta Luna a los doce años. Creo que lo que más lo apasionaba, sin embargo, era el vínculo político que unía y distanciaba a la familia. ¿De él se esperaban hazañas? No lo sé, creció estimulado y protegido. Debía ser bueno, justo y dadivoso. Y se conmovió, era imposible no hacerlo, con las pasiones políticas de mis hermanos. Siempre recordó cuando, ya en primer año de la secundaria en la escuela de Comercio Antenor Ferreyra, una noche de invierno de 1949 Francisco René y Oscar Asdrúbal, militantes de la ALN, encabezaron un comando que incendió la sede del Partido Comunista de Santiago del Estero, del cual mi hermano Amílcar era ya procurador e inició un juicio contra los incendiarios. La presión familiar diluyó las consecuencias de ese atentado, pero Robi siempre lo recordó como ejemplo de las pasiones políticas de la familia.

”Fue un buen estudiante, nada especial, y su mejor amigo fue Raúl Rizzo Patrón, posteriormente asesinado en Salta en 1974, con quien editaban el periódico estudiantil El Chasqui, más dedicado a la exaltación de los caudillos federales, la historia de Santiago del Estero, que a la actividad estudiantil. En esos tiempos, la sola idea de los centros de estudiantes enfurecía a padres y autoridades. La cultura autoritaria negaba derechos políticos a los jóvenes. Pero si a Robi éstos le fueron negados institucionalmente, las sobremesas familiares los permitían con viscerales discusiones en defensa de Rosas o Sarmiento, en torno al nacionalismo o al liberalismo. Al peronismo o al comunismo”.^[7]

Sobre sus vinculaciones familiares, su cuñada Gilda Roldán, que dos décadas después continuaba al frente de la librería “Dimensión” en Santiago del Estero, recordaría que “el hermano que más influyó en su adolescencia fue Francisco René. El Negro era amante del revisionismo histórico, del indoamericanismo de Raúl Víctor Haya de la Torre en Perú, un soñador de la gesta incumplida por Túpac Amaru, y muy santiagueño y antiporteño. Era el más introvertido de los hermanos, parco, hermético y culto. Un lector voraz. Tardó diez años en proponerme matrimonio. Fue

él quien le enseñó a Robi las primeras lecturas políticas de Raúl Scalabrini Ortiz, Manuel Gálvez y Arturo Jauretche, detractores, por lo que recuerdo, de lo que denominaban ‘la cultura liberal’. El Negro había intentado suicidarse a los trece años porque nunca pudo soportar la muerte de su madre. Se paró frente a un espejo, se apuntó al corazón y disparó. Falló porque el espejo le devolvió la imagen invertida de su pecho. Cuando Robi estaba por terminar la secundaria, el Negro ya había dejado la ALN y estaba elaborando el primer diccionario quechua-español. Un año después publicó la revista bilingüe Aquí América —en quechua se dice Canchaj—, mientras Oscar Asdrúbal sacaba la revista Integración. Sí en ese momento, Robi estaba editando un periodiquito estudiantil... Y lo más alucinante de Robi era esa voluntad de acero, intransigente”.^[8]

Durante una siesta tranquila de Santiago del Estero, en noviembre de 1987, el profesor de literatura Eduardo Abdulajá completará la descripción del Santucho adolescente: “Lo tuve como alumno en cuarto año. Era brillante, respetuoso y estudioso. Por eso cuando ocurrió lo que todos conocemos, fue sorprendente; un episodio difícil de comprender para mí pero pienso que quizá respondió a su brillante condición intelectual. Junto con Raúl Rizzo Patrón, años después muerto en un atentado creo que de la Triple A, y María Elmina Porti, que murió en un accidente, fue el mejor alumno del colegio. Era introvertido, diría que poco dado, pero razonador disciplinado y juicioso. No había señales de participación política activa en él en esos años. Recuerdo que cuando pasaba a decir lección movía la cabeza para desplazar un pequeño jopo renegrado que le estorbaba en la frente... Era su gesto típico”.^[9]

En ese clima natural y familiar, es probable que Mario Roberto Santucho haya desarrollado muchas de sus características telúricas y un secreto eclecticismo en su adolescencia como práctica de sobrevivencia entre sus afectos nacionalistas, comunistas y liberales; su pasión política y el espíritu patriarcal heredado del clan serán los pilares donde se desarrollará su prehistoria como sujeto. Eclecticismo que años después imprimirá a sus primeras concepciones políticas en el PRT: no hay por qué suponer que Santucho fue ajeno a este nexo entre lo privado y lo público. Durante su infancia, fue el revisionismo histórico, inculcado por su hermano Francisco René, el que lo comprometió con un profundo localismo antimetropolitano, devenido anticapitalismo, y con los sueños de la liberación indoamericana contra la colonización española, devenidos antiimperialistas en pleno siglo XX.

Tampoco fue inmune a los rezos familiares y al catolicismo practicante de su madre, al mensaje cristiano de transformarse en un paladín de los desposeídos en un medio social pleno de servidumbre obrajera. Cuando su hermano Julio, en vísperas del golpe del 16 de setiembre de 1955 que derrocó a Juan Perón y con apenas diez años partió hacia el colegio León XIII de la orden de los Mercedarios en Córdoba, para iniciar su carrera hacia el sacerdocio, Santucho estará por romper con “la iglesia institucional que traicionó al propio Jesús”. Su liderazgo de mesías, entonces, quedaba vacante en la tierra, porque “¿puede ponerse patas para arriba un mundo injusto sin ser un revolucionario, sin ser un Túpac Amaru reconocido entre nuestros hermanos latinoamericanos que sufren la explotación capitalista?”.^[10] En muchos sentidos Santucho fue representativo de su generación nordestina; en otros fue excepcional: la voluntad ardiente no era un rasgo telúrico, aunque sí la rebeldía contra lo

extranjero, asimilado a la conquista capitalista. Desplegó una compleja y curiosa cosmogonía mestiza entre Jean Jacques Rousseau y Túpac Amaru.

En el verano de 1954, Robi viajó a Tucumán para inscribirse, tal como era el deseo paterno, en la carrera de Contador Público de la facultad de Ciencias Económicas. En tanto, Francisco René, también conocido como “El cacique”, cumplía su sueño de fundar una meca intelectual. En una vieja casona del centro de Santiago alquiló una habitación e inauguró la librería “Aimará” con libros usados. En tanto, publicaba el periódico bilingüe quechua-español Aquí América (Canchaj), mientras Oscar Asdrúbal, en su propia imprenta, editaba la revista local Integración para combatir la corrupción del gobierno de la provincia. La librería fue tan popular que en 1956 debió trasladarla frente a la plaza central de Santiago, rebautizándola “Dimensión” y publicando hasta 1962 una revista del mismo nombre. Allí se organizaron peñas folklóricas que reivindicaban la cultura indígena y latinoamericanista. Luego, se fundó el Centro de Estudios e Investigaciones Socioeconómicas de Santiago del Estero (CEISEPSE), donde se dictaron ciclos de conferencias en los cuales participaron notables intelectuales del momento como Atahualpa Yupanqui, Rodolfo Kuhn, Beatriz Guido, Sergio Bagú, Héctor Agosti, Juan José Hernández Arregui, Bernardo Canal Feijóo y Carlos Astrada.

A partir de la Revolución Libertadora del 16 de setiembre de 1955 dirigida por el general Eduardo Lonardi, el lugar se transformó en un foro reparador de las heridas abiertas por la restauración liberal y alivió, sin duda, el clima de proscripción y persecución de los vencidos iniciado con el bombardeo de la aviación naval sobre la población indefensa de Plaza de Mayo, y prolongado por el gobierno del general Pedro Eugenio Aramburu y del almirante Isaac Rojas, quienes contaron con el aval del radicalismo, el PSA, los conservadores, los democristianos y los comunistas para su faena de desperonizar el país.

* * *

“No bien se iniciara el golpe, Perón alentaría, a través de un comunicado, a la quietud obrera. Y por eso los trabajadores no entrarían en combate. Algo es cierto, sin embargo: el presidente confiaba en que el Ejército lo iba a sostener; se sintió traicionado por los oficiales. Esto prueba que el general no tenía claro que su lugar había mutado, que ya no era Bonaparte, y que nunca más volvería a serlo: el primer peronismo había estallado (...) Al igual que en 1930, la participación activa de los oficiales en la ejecución del golpe fue mínima. Los parecidos terminan allí, porque el del '30 fue un golpe sin violencia interna, un golpe ‘limpio’; el del '55 fue una masacre (...). Los obreros fueron expulsados a patadas de la república burguesa en tanto tuvieran una adscripción política determinada, en tanto se negaran a volatilizarse socialmente, en tanto intentaran definir por las suyas un perfil propio. De lo contrario, eran bienvenidos. Por eso, eran ‘malvenidos’. (...) El bloque de clases dominantes requería destruir el equilibrio bonapartista; para ello era preciso pulverizar al movimiento obrero primero, admitirlo después y evitar la confluencia militar

con los sindicatos; es decir, también había que rehacer las Fuerzas Armadas. Eso fue cumplido puntualmente: más de un millar de oficiales fueron retirados por Aramburu y un centenar volvió. El Ejército no sería, en lo sucesivo, un instrumento capaz de repetir la experiencia del '46; y los sindicatos, tampoco. (...) La Libertadora perfilaba un programa contradictorio. Por un lado, el ministro de Economía Raúl Prebisch propugnaba un multilateralismo que facilitaba el ingreso norteamericano y, por el otro, permitía una redistribución del ingreso en favor de los sectores agrarios. Es decir, intentaba conciliar a dos segmentos del bloque dominante, para lo cual debía sacrificar al movimiento obrero. La operación tenía un álgebra simple: la devaluación redistribuía la renta en favor de los sectores agrarios al aumentar su poder de compra interna, reducía el nivel de consumo popular al aumentar los precios de los productos alimenticios generando, a través de la disminución del consumo, un incremento de saldos exportables que se traducían en un aumento transitorio de la disponibilidad de divisas para importar los bienes requeridos por la actividad industrial, ya que no se abandonó el control de cambios. Dicho con sencillez: el programa de Perón debía conciliar a terratenientes, financistas, industriales y obreros; el programa de la Libertadora expulsaba a los obreros de la ciudadela burguesa y, en consecuencia, se podía laudarse la conciliación de los otros contra el interés proletario. Ése era el plan económico de la Libertadora: reflejaba cabalmente el político (...). La resistencia peronista al gorilismo militar arranca de la intervención de Aramburu a la CGT, de la constatación de las bases sin conducción de que el retroceso ya es imposible. Entonces, con los gremios en estado de licuefacción, con los edificios sindicales en manos del enemigo de clase, con el grueso de los cuerpos de delegados cesanteados, destruidos o encarcelados, la gente comienza, inorgánicamente, a pesar de la dirección sobreviviente y contra ella, a reagruparse fuera de la fábrica, porque la fábrica es territorio enemigo. El barrio, la propia casa, se constituyen en el último refugio del peronismo. Ante un retrato prohibido de Perón y María Eva Duarte de Perón (Evita) se congrega la masa dispersa. Surge un nuevo tipo de militante: el burócrata sindical de la primera mitad de los 50, el que servía para conseguir mejores vacaciones o una plaza laboral mejor retribuida, se pierde; un activista ilegal, clandestino, nace. Porque la Libertadora ilegaliza al peronismo, éste recurre a la violencia terrorista, todos los caminos están cerrados. (...) Entonces, el fin del bonapartismo fue el comienzo del poder bicéfalo: los partidos gorilas y los militares.”[11]

* * *

Si bien una parte de los Santucho —los católicos, los radicales, y el comunista— bendijo el derrocamiento del general Perón, el joven Santucho y sus hermanos que habían sido peronistas lo calificaron de “golpe gorila y oligárquico”, aunque pensaran que Perón había “traicionado y abandonado al pueblo”, y que “la revolución nacional democrática quedaba trunca”. Aún no sospechaban, por cierto, cuánto habría de influirles, en métodos e ideas, el comienzo de la inorgánica

y violenta resistencia peronista al “golpe gorila del ’55”.

Son escasas las fuentes que permiten conocer la opinión de Santucho en esos días de noviembre de 1955 cuando la Revolución Libertadora intervino la CGT y disolvió al Partido Peronista. Algunos testimonios de la época dicen que, con posterioridad a su ingreso como empleado en el Gymnasium Universitario de Tucumán, siguió con atención el aumento de la oposición peronista al gobierno de Aramburu, y también la profunda crisis que sacudió a la UCR cuando el sector intransigente, liderado por Arturo Frondizi, propuso una alianza con la resistencia peronista encabezada por la Central de Operaciones de la Resistencia (COR), y demandó mayor justicia social, la libertad de los sindicalistas presos, y denunció el espíritu de revancha de la Revolución Libertadora.

Los fusilamientos de José León Suárez en 1956, luego del levantamiento del general Juan José Valle, acercaron aun más a Santucho a los historiadores nacionalistas como José María Rosa, y en especial a José Hernández Arregui a través de su libro *Imperialismo y cultura*. A partir de entonces, Santucho solía definirse como “nacionalista de izquierda”,^[12] y no tardó en vincularse, mediante las actividades que organizó en la universidad, con una vertiente marxista que intentaba analizar la cuestión nacional y de la que formaron parte intelectuales como Silvio Frondizi y Jorge Abelardo Ramos. De origen trotskista, ambos eran críticos del stalinismo y de la izquierda tradicional expresada en el Partido Comunista y en las diferentes variantes del socialismo de Juan B. Justo, que habían cometido el “delito histórico” de propiciar el golpe de 1955, producto, en lo esencial, de su copismo acrítico con los centros políticos internacionales. Santucho consideraba a esta izquierda “reformista y dogmática”. Sostenía que habían dado pruebas, frente a los gobiernos de Hipólito Yrigoyen y de Perón —a los que definieron como “fascistoides”—, de no haber comprendido el complejo proceso de nacionalización del movimiento obrero argentino, ni el desarrollo industrial basado en la sustitución de importaciones frente a la crisis del capitalismo mundial de entre guerras, y que ello los había impulsado a simpatizar con la restauración liberal de 1955.

Cuando se definía como de “izquierda”, Santucho ya había arribado a las mismas reflexiones que el sociólogo norteamericano Charles Wright Mills hacía en esos momentos, aunque conocerá sus textos tres años después. Para él, la sociedad no era “una empresa en marcha”, sino el campo de batalla donde transformar la situación de las mayorías, y “ser de izquierda” significaba unir la crítica cultural a la política. Más tarde comprenderá que esa práctica colectiva de los intelectuales debía dotarse de un programa, de metas, y de organización. Su incursión en la vertiente nacionalista y un incipiente aprendizaje de la teoría marxista, más el hastío del mundo bipolar, están expresados en los textos que compartió con su hermano Francisco René.^[13] En un editorial de la revista *Dimensión*, de 1956, decían: “El drama de la subordinación americana al Occidente se proyecta así peculiarmente dentro de Argentina a través del aludido dilema interior-Buenos Aires. Y la afirmación federalista tiene por ello una significación mucho más trascendente que la que habitualmente se le concede, ya que en cierto modo constituye una insurgencia contra la influencia pro-europea de la metrópolis (...) La mayor o menor vigencia del puerto en la personalidad argentina es hoy el dilema principal, o sea: somos nosotros mismos y nos sujetamos (en función de americanos) a un eje de propio desenvolvimiento o en su defecto seguimos fluctuando en torno a un eje extraño, pendiente de la quilla de los barcos ultramarinos que arriban a nuestro puerto”. El texto revelaba una cosmovisión

anticapitalista y antiimperial nacionalista, pero también una conciencia primitiva ya que la lucha del interior provinciano con la capital —nunca resuelta— era la visión del siglo XIX, muy anterior a la formación de la clase obrera. El atenuante para esa mirada provenía de que la nacionalización de los obreros rurales, industriales e inmigrantes se había procesado precisamente durante los años del primer gobierno peronista, violentamente expulsado del poder.

En febrero de 1957, Santucho ingresó al servicio militar en la Escuela de Aviación Militar de Córdoba en el momento en que el radicalismo se dividía entre Intransigentes (UCRI), liderados por Arturo Frondizi, y del Pueblo (UCRP), con la conducción de Ricardo Balbín. ¿Una característica del futuro? Santucho se destacó en la milicia como un buen paracaidista y el mejor tirador de su promoción. Su buena puntería lo transformó en el representante de la escuela en los campeonatos de tiro al blanco de ese año y su jefe, el comodoro Osvaldo Caracciola Villegas, le ofreció un contrato para dirigir el equipo de tiro, que no aceptó. Su viejo amigo y compañero de promoción, el santiagueño Carlos Tarini, revelará las marcas de esa experiencia: “El servicio militar al que nos habíamos acercado con cierta ingenuidad nos sacudió intelectualmente. Comenzamos a percibir cierta podredumbre del militarismo expresado en la crueldad del trato a los soldados y en la formación de los cadetes. Como éramos instruidos, nos pusieron como escribas de los exámenes de los cadetes, a quienes les mejorábamos sus pruebas. En la relectura de las instrucciones, percibíamos el racismo, el clasismo, la soberbia mesiánica del estamento militar. Con soldados de nuestra promoción robábamos películas para analizar la mentalidad militar. En esos días, fue creciendo la idea de denunciar la prepotencia en círculos exteriores a la Escuela de Aviación. Robi se preguntaba cómo combatir esa tendencia, cómo enfrentar ese poder. Años más tarde, cuando cruzaba los ingenios apasionado por las luchas sindicales, bajo el sol brutal de Tucumán, recordaría sus años en la conscripción. Había regresado de Cuba encantado por la supresión de los grados en el Ejército”.^[14]

En las elecciones del 23 de febrero de 1958 Santucho votó por primera vez, pero su voto fue uno de los ochocientos mil en blanco de la ocasión. Siempre votará en blanco o impugnará su voto. Tal era su desconfianza en las alternativas políticas del establishment; el malestar de sus principios. En enero, Perón había sellado un acuerdo en Caracas con el enviado de Frondizi, Rogelio Frigerio, apoyando la candidatura de Frondizi-Gómez, que finalmente se impone sobre la de Balbín-Del Castillo. El frondizismo, que inicia su gobierno con una amnistía general, romperá rápidamente lanzas con el peronismo. A pesar de que se sanciona la Ley de Asociaciones Profesionales que favorecía a los sindicatos, la política de privatización petrolera y la polémica sobre la enseñanza libre o laica resquebrajaron seriamente el frente electoral que había ungido a Frondizi. La izquierda de la UCRI, el PC y el peronismo se opusieron a la ley de radicación de inversiones extranjeras y al plan económico. Pero el curso del frondizismo decepcionó a numerosos jóvenes adherentes y se precipitó una crisis de representatividad política que encontrará a Santucho construyendo sus propias alternativas en la Universidad de Tucumán. Mientras, su hermano Francisco René expande la influencia del CEISEPSE, donde conocerá, entre otros, al escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias y al polaco Witold Gombrowicz, quien en 1960 escribirá en su diario: “En ese Santiago del

Estero (mil kilómetros al norte de Buenos Aires) pasó varios meses hace dos años dedicado a contemplar todas las chifladuras, susceptibilidades y represiones de aquella provincia perdida, que se cuece en su propia salsa. La librería del llamado ‘Cacique’, otro de los miembros de la numerosa familia S., era el sitio de encuentro de las inquietudes espirituales del pueblo, tranquilo como una vaca, dulce como una ciruela, con ambiciones de destruir y crear el mundo (se trataba de las quince personas que se dan cita en el café Águila). ¡Santiago desprecia a la Capital, Buenos Aires! Santiago considera que sólo ella mantiene la Argentina, la América auténtica (legítima) y que lo demás, el Sur, es un conjunto de metecos, gringos, inmigrantes, europeos; mezcla, churria, basura. La familia S. es típica de la vegetación santiagueña, que se transforma por medio de una incomprensible voltereta en arranque y pasión. Aquellos hermanos son de una santa benignidad y no les falta esa dulzura ciruelina, son un poco como un fruto que madura al sol. Y al mismo tiempo los sacuden pasiones violentas que vienen de algún lado del subsuelo, de carácter telúrico. Su modorra, entonces, galopa inflamada por la urgencia de reformar, de crear. Cada uno de ellos es prosélito jurado de alguna tendencia política, gracias a lo cual la familia no tiene que temer a las revoluciones, frecuentes aquí, pues sean cuales fueran siempre darán el triunfo a alguno de los hermanos, al comunista o al nacionalista, al liberal, al cura o al peronista...”.[15]

Del invierno de 1958 datan los primeros documentos que Santucho, aún el joven Robi, elaboró como fundador del Movimiento Independiente de Estudiantes de Ciencias Económicas (MIECE), una agrupación que surgió como alternativa al entonces Movimiento Universitario Reformista (MUR), constituido por corrientes radicales, comunistas y socialistas —en franco proceso de deterioro público—, y al Humanismo, integrado por católicos, liberales y conservadores. En los comienzos, Santucho defendió la idea de que ante la crisis de la izquierda se debía dotar al estudiantado de “una herramienta reivindicativa eficaz”, al tiempo que se intentaba un acercamiento al movimiento obrero tucumano y a las ideas antiimperialistas que recorrían América latina. Promovió, entonces, la primera comisión de relaciones obrero-estudiantiles de la Universidad de Tucumán, y como presidente del MIECE compartió las responsabilidades con Pedro Paz, en 1989 asesor del presidente Carlos Saúl Menem, y con Juan Manuel Carrizo y Jorge Luis Sbédico, sus íntimos amigos que más tarde lo acompañarán en la formación del ERP.

La voracidad de Santucho por encontrar “las armas de la razón” lo llevaba, casi todos los fines de semana, junto con uno de sus amigos, a encerrarse en la biblioteca Sarmiento. La lectura de contrabando era desordenada pero colmaba sus aspiraciones, y a las lecturas nacionales y latinoamericanas en las que había sumado a Carlos Mariátegui y José Martí, Simón Bolívar, José de San Martín y Bartolomé Mitre, incorporó a los clásicos: Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, Maquiavelo, Hegel, Feuerbach, Marx, Engels, Lenin, Trotsky, Freud y Einstein. La teoría de la relatividad lo apasionaba tanto como la economía marxista, o la dialéctica hegeliana. En estas influencias teóricas, le faltó, acaso, una profundización de las visiones de Antonio Gramsci y Rosa Luxemburgo.[16]

Durante ese invierno, en uno de los largos fines de semana en que visitaba Santiago, Robi se plegó a las polémicas febriles de Francisco René y Oscar Asdrúbal con Gombrowicz en el café Águila, o en un bodegón cercano a la librería “Dimensión”. El polaco, que había llegado a la

provincia por recomendación de Canal Feijóo para mejorar su asma y había recalado en una modestísima pensión, solía ser cáustico y agresivo, pero los Santucho lo seguían a todas partes. Si Gombrowicz les decía que era el principal escritor polaco en el exilio, no le creían: “Andá, qué vas a ser vos”, repetían cada vez que no podían convencerlo de que en ese pueblo olvidado se procesaba, también, la libertad de la América oprimida. Robi, ya el más ardiente de los hermanos, le insistía con que el futuro estaba en manos del continente americano, que Europa estaba acabada, que había llegado, finalmente, la hora de encontrar la tradición indígena, “ser nosotros mismos, no imitar a los europeos”. Ser creadores de la Historia. Aunque aún no sabía cuál era el camino de la libertad.

[17]

¿Cuál era la situación internacional que transformará a Santucho en un guerrero durante la Guerra Fría; cuál el contexto que deformará los enfrentamientos nacionales? ¿Qué lo transformará en un proscrito de la izquierda y de la derecha? Si el fin de la guerra caliente había consolidado el dogmatismo stalinista, irradiando una cultura de la “coexistencia pacífica” como lápida colonial sobre las ideas liberadoras e innovadoras de la izquierda del Tercer Mundo, siempre transgresoras de lo que debía ser la biblia del marxismo oficial con sede en Moscú, la cultura política de Occidente, con su potencia hegemónica de posguerra, los Estados Unidos, justificaba la irrupción de los militares en la vida política.

En 1954, sobre veinte Estados latinoamericanos, trece estaban gobernados por militares. Desde el poder mismo, la estabilidad republicana y democrática era instrumental a las necesidades del desarrollo capitalista. Con los golpes militares y la proscripción del peronismo, el Estado era, en las bambalinas, el poder militar, más concretamente el poder del Ejército. El repertorio extramuros era la lucha contra la subversión comunista; el repertorio local, la lucha contra el enemigo interno, que borraba cualquier frontera entre la defensa nacional y el activismo político.

“La reformulación de los objetivos y de las hipótesis de guerra desde 1955, pero sobre todo después de 1959, que convirtió al Ejército en garante del orden económico y social, permitió a los militares argentinos encontrar por fin una misión de alcance internacional. Los epígonos de la guerra fría y el surgimiento de la Doctrina de Seguridad Nacional. Los militares argentinos, denominados luego ‘los colorados’ —liberales—, identificarán al enemigo interno con el peronismo y el comunismo. La Iglesia de esos años también se plegó a la lucha contra el peligro comunista. Monseñor Antonio Caggiano, cardenal primado del país, llegó a decir que ‘la defensa del mundo Occidental sustituye a la defensa nacional’”.

[18]

Lo cierto es que en 1959 los acontecimientos personales y políticos, nacionales e internacionales, detonarán en Santucho pasiones definitivas.

Dos amores, y una sola pasión verdadera

(1959-1961)

Si el peronismo había puesto a la orden del día la cuestión nacional, el antiimperialismo de las burguesías nativas y su alianza con sectores obreros y militares nacionalistas, a partir de enero de 1959 —cuando Fidel Castro entra en La Habana con los grupos del Ejército Rebelde para derrocar a la dictadura de Fulgencio Batista—, la izquierda tradicional argentina sufrirá un proceso de irreversible mutación. Ya el Partido Socialista se había dividido, en 1952, con el surgimiento del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), donde convergieron algunos de los hombres en los que Santucho se inspiró: Jorge Abelardo Ramos —en 1989 embajador del gobierno de Carlos Menem en México— y Hugo Bressano, más conocido como “Nahuel Moreno”, quienes separarán sus destinos en 1956.^[19]

Las primeras fracciones de los socialistas habían sido producto de las posturas ante las guerras mundiales y el peronismo, las segundas fueron a causa de la revolución cubana: ¿era posible conquistar el poder con una serie de etapas políticas sucesivas —elecciones, ejercicio del gobierno, reformas económicas y políticas— o la violencia organizada era la garantía final de éxito? Hacia fines de 1958 entra en escena el Partido Socialista Democrático (PSD) fraccionándose del (PSA), el último francamente simpatizante de la nueva, y única en ese momento, revolución centroamericana. Es muy probable que Santucho hubiera congeniado, sucesivamente, en medio de una obstinada búsqueda de alternativas políticas que no parecían provenir de la izquierda tradicional, con el Grupo Praxis, de Silvio Frondizi y el PSRN.^[20] La década del 60, por lo menos, lo encontrará dictando conferencias en los locales del PSA. Los comunistas, cerrados en su evaluación sobre sus conductas frente al peronismo, y extremadamente cautos con la revolución cubana, a la que no apoyaron claramente hasta varios años después, sufrirán sus primeras escisiones entre 1964 y 1967.

Santucho no podía sustraerse a esta convulsión de los grandes partidos de la izquierda, en el marco de una caliente situación nacional cruzada por huelgas de larga duración (bancarios, ferroviarios, metalúrgicos, frigoríficos), más los permanentes planteos del Ejército a Frondizi para que rompiera sus alianzas con el peronismo, sumido a su vez en una cruda disputa sindical y que no atinaba a estructurar un frente político. La violencia de la resistencia peronista (campana de sabotajes) dirigida por John William Cooke, unida a la sistemática represión al movimiento

huelguístico y político, más la crisis de la izquierda, reclamaba de los jóvenes una nueva teoría, y una nueva práctica.[21] Santucho entendía como indispensable la mutación, la generación de “una nueva izquierda” que conjugara el ser nacional con el ser latinoamericano. Las definiciones que toma desde el MIECE indican que su evolución va en este sentido, trazando un línea de división entre las viejas izquierdas y las nuevas: apoyo a las revoluciones antiimperialistas de Latinoamérica, apoyo a las luchas anticoloniales, atención a las cuestiones nacionales y, sobre todo, estricta independencia de Moscú y de las internacionales socialista y comunista con sede en Europa. El seminario que organizó en el Gymnasium Universitario sobre “El ser nacional en América latina”, con tres panelistas como Silvio Frondizi, Ramos y Hernández Arregui en el invierno de ese año, deja señales de aquella búsqueda.

“La nueva izquierda argentina surgió y se desarrolló en una sociedad en que las mediaciones democráticas estaban altamente depreciadas. Creyó inventar un lenguaje, una nueva forma de tomar posiciones frente a la política. Sin embargo, en gran parte, su lenguaje fue el espejo de la sociedad de la cual emergió: una sociedad en la que el ‘otro’ era el enemigo como lo fue sucesivamente la oposición en 1945/55; el peronismo entre 1955 y 1973; las fuerzas opuestas al régimen militar entre 1966 y 1973. Una sociedad en la que la política es pensada como instrumento en manos de quienes gobiernan, ya sea para acallar al otro, para excluirlo, o para fijar las condiciones de su admisión. Una sociedad en la que cada definición encuentra necesariamente su contrario en el ‘otro’, y que no admite más que dos enunciadores: peronismo/antiperonismo; imperialismo/nación; unitarios/federales; civilización/barbarie; burguesía/proletariado; pueblo/oligarquía; etcétera, y en la que la única actitud resultante es la eliminación del contrario.”[22]

En julio de 1959, Santucho conquistó la dirección del Centro de Estudiantes de Ciencias Económicas y fue promovido como delegado al Congreso Tripartito de la Federación Universitaria Argentina (FUA). La experiencia del MIECE se extendió a otras facultades, y una de las primeras posturas fue apoyar la revolución cubana e intensificar la relación con el movimiento obrero, expresado por la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA). La primavera de ese año es decisiva: conoce a la que será la mujer más importante de su vida, y al hombre que le permitirá entrar en contacto con los revolucionarios cubanos del Movimiento 26 de Julio.

Se enamoró de Ana María Villarreal en una fiesta familiar en Tucumán. Ella era una salteña pequeña y de apariencia frágil, en vísperas de cumplir sus veinticuatro años, de rasgos achinados y gestos dulces, a quien su familia había apodado Sayo, diminutivo de Sayonara. El año anterior había conseguido su licenciatura en Artes Plásticas y contaba con una beca del Instituto de Arte de la Universidad. Segunda hija de una acomodada y tradicional familia salteña, heredó de su padre, Edmundo Diego Villarreal, famoso restaurador de arte, la pasión por el muralismo; y de su madre, Eloísa Guillermina Casasola, cierta predisposición a un silencio terco. Tal vez, el aspecto ascético que la definió, algo conventual, deviniera de los años de la infancia y adolescencia pasados en el colegio religioso Santa Rosa, donde cursó los estudios primarios y secundarios hasta recibirse de

maestra en 1954.

La excusa que Santucho usó para conquistarla fue su interés por la pintura. Aunque sabía que su sensibilidad estética era escasa, detestaba la pintura abstracta, y comprendía muy poco sobre el muralismo al que prefería, polemizó hasta la madrugada sobre el papel que la revolución tenía reservado al arte, y a los artistas. Trató de convencerla de que participara, al comienzo sin éxito, en las actividades políticas del MIECE. No sabía por qué tenía una rara mezcla de necesidad de protección y de posesión de Sayo, al tiempo que se sentía dominado, subordinado por la pasión.

Tampoco había experimentado antes semejante turbación. Dos meses después, el 29 de diciembre, cuando debieron separarse en vísperas de las fiestas de Año Nuevo, escribió desde su cuarto de pensión en Tucumán a Salta la carta más pasional que se conserva de su correspondencia: “Querida mía, si necesitaba una confirmación de lo que siento por vos es ese inexpresable aliento del amor que los largos días de nuestro alejamiento me han dado. Este necesitar tenerte a mi lado, el irremplazable vacío de tu presencia. Este desesperado anhelo de abrazarte, de adorar cada uno de tus gestos, de besar como siempre tus cabellos, tus mejillas, tus párpados cerrados, de morder la brevedad de tus pestañas. Todo ello me envuelve de una angustiosa felicidad.

”Todos los momentos que compartimos son mis compañeros en la espera. Recuerdo nuestras conversaciones, nuestros encuentros, los momentos que pasamos juntos. A veces me parece no poder soportar el alejamiento. Es que te quiero, Sayo, te quiero más de lo que te he dicho nunca. Nuestra conversación del miércoles, lo que vos me dijiste acerca del cariño, me han hecho pensar mucho. Yo creía expresar suficientemente lo que siento. Nunca fui con ninguna mujer como con vos. De acuerdo a tus palabras no te he mostrado todo lo que significas para mí, por eso deseo más que nunca dedicarte todos los días que estemos en Tilcara. Me preocupa y me duele tu silencio. Sabés que necesito tus líneas y no me escribes, ¿por qué? Debí recurrir a T. para escribirte. No tenía tu dirección. Pienso ir a Tartagal el 8. Quisiera quedarme un día en Salta. ¿No habrá dificultades? Saldría de Tucumán el seis a la noche en tren, me quedaría con vos hasta el 8 al mediodía. Voy a viajar a casa así que escribime allí: Absalón Rojas 926, Santiago del Estero; o habláme por teléfono, 2951. Voy a estar en casa desde el 30 a la tarde hasta el 6 a la tarde. Te quiero y te necesito. Robi.”

Con la carta le envía una poesía: “Cervatillo tibio enamorada/ pequeño animalito/ que creces en mis vísceras/ Suave flor/ de clima de montaña/ Como una cosa viva/ y palpitante/ te introduces en mí por mis antenas/ Serena plenitud/ en que refugio/ un futuro cansancio de chañares./ En veranos internos,/ busco rescatarte de los siglos,/ volver nuestro tiempo sin fronteras,/ borrar con largo beso lo imborrable/ restituirnos el vuelo de los pájaros,/ el lenguaje mudo de las sogas,/ la suave caricia de la noche, compartir sin temores lo infinito/ y hacer de cada instante/ brillantes astros para este cielo oscuro. Ahora,/ al penetrar en el tiempo de la claridad/ después de cuatro noches de vigilia/ te presiento tendida en mi costado/ serena/ posesiva/ compañera/ asida de mi mano/ en camino hacia la eternidad”.

El amor irrumpía como una ráfaga inconsciente en medio de una actividad política febril. En noviembre de 1959, Santucho había invitado a un seminario en la facultad de Ciencias Económicas al profesor norteamericano Roland Thomas Ely, un especialista en la historia de la industria azucarera en Centroamérica, casado con una millonaria excéntrica a quien había conocido en su época de terrateniente en las plantaciones azucareras cubanas. Sensible ante la problemática latinoamericana, amigo de Ernest Hemingway y de los rebeldes del Movimiento 26 de Julio aún antes de la toma del poder, Ely había escrito su tesis doctoral sobre la industria azucarera en Cuba en el siglo XVII en la que se analizaban las razones económicas de la explotación colonial en la isla, y muchas de las causas de su atraso y explosión revolucionaria.[23]

Al pie del cerro San Javier, o en uno de los bodegones estudiantiles donde solía comer, Ely se sorprendió, como más tarde sucederá con Gombrowicz, de la fogosidad aguda de Santucho. Ely, también, escuchó sus teorías sobre “la decadencia inexorable del imperio, la farsa de que el desarrollo capitalista aporte bienestar a las mayorías, y el surgimiento liberador de América Latina. Cuba lo prueba más que nadie antes: ahora sí ha comenzado la verdadera historia de nuestros pueblos oprimidos del continente”. [24] El norteamericano no compartía el determinismo de Santucho, y lo invitó a Estados Unidos. El trato era que si Santucho llegaba al Río Grande, él le pagaría el pasaje hasta su casa en Princeton, Nueva Jersey. El viaje sólo se concretará dos años después, pero con la promesa de Ely de establecer los contactos necesarios para que Santucho pudiera viajar a La Habana. El pretexto social del viaje: un seminario en la Universidad de Harvard.

Si en los meses finales de 1959 el amor y la posibilidad de viajar a Cuba lo conmovían, la polémica sobre el surgimiento del foco guerrillero peronista Uturuncos (un puñado de hombres armados, aislados de los centros políticos, y cuyo rol era despertar la conciencia popular demostrando que era posible abrir la brecha de la ilegalidad política a tiros) lo encontró alineado con las posiciones de Ángel Bengochea, por entonces director del periódico Palabra Obrera, que diera el nombre a la organización liderada por Nahuel Moreno desde 1957. El periódico estaba subtítulo “órgano del peronismo obrero revolucionario”, y más adelante “bajo la disciplina del general Perón y el Consejo Nacional Justicialista”. Era evidentemente la etapa conocida como “entrismo en el peronismo” practicado por parte de la izquierda trotskista del momento. Bengochea compartió con Cooke el ideario de la resistencia peronista y, más tarde, bajo el influjo de la revolución cubana tomó el camino de las armas, formando las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN).[25]

En la edición de Palabra Obrera de marzo de 1959, Bengochea decía: “Se ha abierto un nuevo método de lucha en América: la guerrilla. Cuba y Paraguay son un ejemplo de método revolucionario. La lucha por la liberación nacional de los países atrasados no podrá ser el producto de un cuartelazo sino de la movilización de los trabajadores, que son la única garantía de transformar la estructura de estos países... Uturuncos es el símbolo de la lucha de todos los trabajadores argentinos; nuestros guerrilleros son el reflejo de nuestra situación económica y política, pero nada

más que un tibio reflejo. El hambre y las persecuciones de este gobierno de patronos nos llevarán indefectiblemente a la guerrilla como única salida, pero las elecciones de marzo —descontando el triunfo de la clase obrera sobre el gobierno— pueden ser la antesala de la lucha final de los trabajadores por la liberación nacional. De ahí que debamos volcar nuestros esfuerzos sobre las elecciones para aplastar al gobierno... Si el camino posterior es la guerrilla, allí estaremos los peronistas revolucionarios... Alguna vez hemos dicho que las guerrillas simbolizan cierta desesperación; pero ocurre que en estos momentos comienza a empalmar con lo que siente el pueblo... Pero no habrá Uturuncos triunfante sin guerrilleros obreros y campesinos”.

En este artículo se plasman todas las ideas, las contradicciones y las predisposiciones que estarán en el proceso de la formación de las organizaciones armadas de la Argentina, y particularmente en la génesis del ERP: el tenso equilibrio entre la pólvora y la política; la legitimidad de los gobiernos como último dique de contención a la violencia. Se sabe que Santucho y su hermano Francisco René dieron refugio a varios guerrilleros desbandados, y que nunca conoció a Bengochea, aunque sí al médico de la FOTIA Hugo Santilli, que murió con él. Pero a diferencia de Moreno, o los comunistas y socialistas que calificaron el frustrado implante guerrillero como “aventurerismo”, Santucho se inclinó por la misma evaluación sobre Uturuncos que el director de Palabra Obrera. Años después, tendrá al mismo contrincante en Moreno.

Lo cierto es que con Uturuncos, dirigido por Enrique Manuel Mena, e inspirado por Cooke, la guerrilla rural, como método de lucha, hizo su aparición pública en la Argentina del siglo XX, reclamando el fin de la proscripción del peronismo, denunciando el fraude del frondizismo y la entrega del patrimonio nacional.^[26] La experiencia de Uturuncos se incluyó así en la oleada de movimientos revolucionarios latinoamericanos que entre 1960 y 1968 intentaron la guerrilla rural. Tales fueron los casos del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela; Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre (MR-13) y Fuerzas Revolucionarias (FAR) de Guatemala; Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Perú; también el ELN de Colombia; el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua, el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T) de Uruguay y, por último, el ELN del Che Guevara en Bolivia.

El 13 de marzo de 1960 comenzó la implementación del Plan Conintes (Conmoción Interna del Estado) en respuesta a la ola de huelgas y sabotajes de la resistencia peronista que llevará a la cárcel a más de tres millares de activistas sindicales y políticos opositores a Frondizi. Días después, Santucho viajó a Buenos Aires para entrevistarse con Cooke en la casa de Hernández Arregui. De aquella charla surgió la amistad pero también las diferencias que Santucho mantendrá con las distintas vertientes del peronismo revolucionario. Los unía el antiimperialismo, la necesidad de velar por el protagonismo de los trabajadores en los cambios políticos, la denuncia de la burocracia sindical, y la crítica hacia la izquierda tradicional. Los separaba la confianza en Perón y la visión de la lucha armada. Santucho no compartía, por lo menos teóricamente, la tesis del foco rural, e insistía en la necesidad de la independencia política de los trabajadores de lo que él denominaba “una

conducción burguesa”.

En abril, dos meses antes de la sanción de la ley de represión al terrorismo, Santucho viajó a Paraguay y Brasil. Contó sus impresiones a Sayo: “Mi querida, tengo tantos deseos de verte. El Paraguay es muy pobre, Asunción no es más grande que Salta o Santiago, y Concepción es la segunda ciudad del país y no tiene asfalto”. Sayo sabía que el viaje era como una tímida avanzada hacia las fauces de Latinoamérica, y su despedida de soltero.

Al pasar de regreso por Buenos Aires, en ese otoño, Santucho se encontró por última vez con Gombrowicz, y con su lúcida y profética intuición. “... Robi me sorprendió poco antes de su visita a Buenos Aires —nunca nos habíamos escrito— con una carta enviada de Tucumán en la que me pedía que le enviara Ferdydurke en la edición castellana: ‘Witoldo: algo de lo que dices en la introducción a El Matrimonio me ha interesado... esas ideas sobre la inmadurez y la forma que parecen constituir la trama de tu obra tienen relación con el problema de la creación. Claro está que no tuve paciencia para leer más de veinte páginas de El Matrimonio’... Luego me pide Ferdydurke y escribe: ‘Hablé con el Negro (su hermano, el librero) y veo que sigues atado a tu chauvinismo europeo; lo peor es que esa limitación no te permitirá lograr una profundización de este problema de la creación, no puedes comprender que lo más importante ‘actualmente’ es la situación de los países subdesarrollados. De saberlo podrías extraer elementos fundamentales para cualquier empresa’.

”Con esta muchachada me hablo de ‘tú’ y consiento en que me digan lo que les viene en ganas. Comprendo también que prefieran, por si acaso, ser los primeros en atacar —nuestras relaciones distan mucho de ser un tierno idilio—. A pesar de eso la carta me pareció ya demasiado presuntuosa... ¿qué se estaba imaginando? Contesté telegráficamente: ‘Robi S. Tucumán- subdesarrollado no hables tonterías Ferdydurke no lo puedo enviar prohibición de Washington lo veda a tribus de nativos para imposibilitar desarrollo, condenados a perpetua inferioridad -Toldogom.’

”Puse el telegrama en un sobre y lo envié como carta (en realidad son telegramas-cartas). Pronto me respondió en tono indulgente: ‘Querido Witoldito, recibí tu cartita, veo que progresas, pero vanamente te esfuerzas en ser original’, etcétera, etcétera. Quizá no valga la pena anotar todas esas majaderías... pero la vida, la vida auténtica, no tiene nada de extraordinariamente brillante, y a mí me importa recrearla, no en sus culminaciones, sino precisamente en esa medianía que es la cotidianidad. Y no olvidemos que entre las frivolidades puede a veces haber también un león, un tigre o una víbora escondidos.

”Robi llegó a Buenos Aires y se presentó en el barcito donde paso un rato casi todas las noches: es un muchacho color subido, cabellera negra ala de cuervo, piel aceite ladrillo, boca color tomate, dentadura de astuto soñador dulce y terco... ¿qué porcentaje tendrá de indio? Y algo más todavía, algo importante, es un soldado nato. Sirve para el fusil, las trincheras, el caballo. Me interesaba saber si en los dos años que habíamos dejado de

vernos había cambiado algo aquel estudiante... ¿algo cambió?

”Porque en Santiago nada cambia. Cada noche se expresan allá en el café Águila las mismas atrevidas ideas ‘continentales’: Europa está acabada, llegó la hora de la América Latina, tenemos que ser nosotros mismos y no imitar a los europeos, nos encontraremos de verdad si regresamos a nuestra tradición indígena, tenemos que ser creadores, etcétera. Así, así, Santiago, el café Águila, la coca-cola y estas ideas audaces repetidas día tras día con la monotonía de un borracho que adelanta un pie y no sabe qué hace con el otro. Santiago es una vaca que rumia diariamente su vuelo, es una pesadilla en la que uno corre una carrera vertiginosa pero sin moverse de un lugar.

”Sin embargo, me parecía imposible que Robi, a su edad, pudiera evitar una mutación aunque fuese parcial, y a la una de la madrugada fui con él y con Goma a otro bar para discutir en un círculo más íntimo. Consintió con muchas ganas, estaba dispuesto a pasar la noche hablando, se veía que ese ‘hablar genial, loco, estudiantil’ como dice Zeromski en su diario, le había entrado en la sangre. En general ellos me recuerdan mucho a Zeromski y a sus compañeros de los años 1890: entusiasmo, fe en el progreso, idealismo, fe en el pueblo, romanticismo, socialismo y patria.

”¿Las impresiones de nuestra conversación? Salí desalentado e inquieto, aburrido y divertido, irritado y resignado, y como apagado... como si me hubieran dicho: ¡basta ya de esto!

”El tonto no ha asimilado nada desde que lo dejé en Santiago hace dos años. Volvió a la misma discusión de entonces, como si sólo hubiera sido el día anterior. Igual como dos gotas de agua... sólo que está mejor afinado en su tontería y por consiguiente más presuntuoso y omnisapiente. Otra vez tuve que escuchar: ¡Europa se acabó! ¡Ha llegado la hora de América! Tenemos que crear nuestra propia cultura americana. Para crearla, debemos ser creadores si contamos con un programa que desate en nosotros las fuerzas creadoras, etcétera, etcétera. La pintura abstracta es una tradición, es europea. El pintor y el escritor deberían cultivar temas americanos. El arte tiene que vincularse con el pueblo, con el folclore... Tenemos que descubrir nuestra problemática exclusivamente americana, etc.

”Su realidad está llena de quimeras, es digna, por tanto, de conmiseración. Sin embargo, su mano posee el don de transformar las quimeras en realidad, es capaz de crear los hechos. Irrealidad, entonces, por parte de la cabeza, y realidad, por parte de la mano... y la seriedad por un solo lado...”[\[27\]](#)

Robi y Sayo se casaron el 15 de junio de 1960 en el registro civil del centro de San Miguel de Tucumán, luego de una rabiosa polémica familiar por la negativa de la pareja a aceptar el casamiento religioso, que incluyó reuniones de los clanes en Salta y Santiago. Esa vez la pareja logró sortear el

peso de las tradiciones. No siempre será así: la primera hija, Ana Cristina, será bautizada por presión familiar; las dos restantes, Marcela Eva y Gabriela, a escondidas por su abuela paterna, líder, en esos años, de la Acción Católica santiagueña. La batalla por el casamiento civil (como el ateísmo) era una de las formas en que parecía procesarse la ruptura generacional en esos años, y el centro de la discusión no era en sí mismo el rito, sino el derecho a excluir a la religión —como todo deber ser— de la vida amorosa. Una pedrada a la Iglesia secular y a la familia, entendida como uno de los pilares del capitalismo, según absolutizó la crítica marxista, en la búsqueda del Hombre-Razón como hacedor de todas las cosas. A propósito, el 22 de agosto de 1960 Santucho escribió a su quinceañero hermano Julio, internado en el colegio León XIII, una carta que inicia una prolongada batalla de por lo menos una década sobre la religión, el historicismo de las creencias religiosas, la relatividad de los dogmas, y la crítica a la Iglesia como sostén del sistema dominante:

“(…) Con respecto a nuestras divergencias ideológicas, veo que consideras tu deber llevarme al reino de los cielos. Yo ahora creo también necesario hacerte algunas observaciones sobre lo que —desde mi punto de vista— estás por hacer con tu vida. Te aconsejaría que leyeras la Vida de Jesús, y la relacionaras con el momento histórico en que se desarrolló; en qué medida su doctrina y acción —a la par que reconoce antecedentes no muy lejanos, entre otras religiones orientales— son profundamente iconoclastas y creadoras; cómo todo su esfuerzo parte fundamentalmente de la renovación ambicionada por los sectores mayoritarios de la población, sumidos en terrible postergación; y cómo reflexionará sobre la profunda enseñanza de su vida. Jesús destruía falsas verdades (todas las verdades son relativas, y en algún momento falsas), llamaba la atención sobre la supremacía de lo espiritual, es decir del Hombre sobre lo material; señalaba la injusticia de las desigualdades (la Iglesia argumenta sobre el origen divino de la desigualdad). Su actitud no reconocía dioses ni dogmas. Todo era creación. Compara eso con la Iglesia, aliada del privilegio, conservadora, estática, indicando lo que hay que leer y lo que no, deformando las mentes, oponiéndose en todo el mundo a las reivindicaciones de los pobres (el ejemplo en Cuba es muy importante). Allí el bajo clero, como en nuestras luchas por la independencia, está con la revolución, también los fieles, sólo insinúa su oposición la jerarquía eclesiástica identificada con los intereses de los capitalistas yanquis y de la oligarquía cubana. Sobre Cuba, para que te des una pálida idea de lo que es la revolución, lee la Pastoral publicada en La Nación del 9 de agosto de este año. Allí se insinúa esa oposición de la Jerarquía. Volviendo a Jesús, creo que un buen cristiano debe procurar imitarlo. Imitarlo significa precisamente tener su misma actitud. Crítica. Creadora. Profundamente histórica. Reivindicadora y, sobre todo, luchar sin compromisos poco claros. Te pido que leas esto con objetividad, con espíritu crítico. Y si me contestas, hazlo con razones. Fe tengo. Fe en el Hombre. En sus posibilidades, en su continuo esfuerzo, en que nuestra lucha terminará por construir un mundo mejor. Cariños de la Sayo. Te abraza. Robi.”

De alguna manera, Santucho adelantaba —con una simpatía real por el cristianismo de las catacumbas— su percepción de lo que años más tarde será el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, de los Cristianos por el Socialismo, del Concilio Vaticano II, durante el papado de Juan XXIII, en 1962, y su continuación en la Conferencia de Medellín en 1968. La revolución cubana, por otro lado, aparecía como la meca de la revolución posible. Al mismo tiempo, esta distinción entre la jerarquía y la grey católica, y la esencia social del cristianismo, será un pensamiento que no abandonará hasta el final de sus días; aconsejará incluso a su hermano que se ordene como sacerdote, y que el sentimiento religioso no sea discriminante para la política. ¿Se trataba de cambiar una religión por otra? ¿Lo metafísico por lo real? ¿Un paraíso ignoto y alejado por otro terrenal y cotidiano? La contradicción parecía muy exacerbada como para resolverse maduramente. Porque la religión no sólo debía salir de la vida pública sino también de la privada. En el último caso, una misión imposible si de ello dependía una adhesión política. Este rigor y al mismo tiempo este magma que confundía el aniquilamiento de la propiedad privada con el aniquilamiento de las bases legales de la familia (no de la familia con entidad afectiva); la fe y la desesperada mística de los hombres con la política del clero, dio como resultado, años más tarde, un Santucho laico pero místico, y una moral contestataria en las formas —no casarse ni siquiera por civil, no hacer fiesta por la boda, no bautizar a los hijos, no traicionar a la pareja, etcétera—, pero conventual e impracticable en la vida cotidiana.

Volviendo a los recién casados, ambos pensaron la luna de miel diferida. Santucho logró, en octubre, los últimos contactos que le faltaban para organizar el periplo hacia Cuba. En la Segunda Conferencia Latinoamericana de Facultades de Ciencias Económicas realizada en Rosario trabó contacto con estudiantes de Bolivia, Venezuela, Panamá, Costa Rica, Perú y Cuba, que los hospedarían. Antes de partir, colaboró con Francisco René en la redacción del folleto “Lucha de los pueblos indoamericanos”, donde ambos redondeaban las bases del futuro Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP).

12/10

Querido querido

Esto es lo que pasa. Pasa así...
Siento mucho el que el mundo produce
un choque con ellos. Es por un tipo
de Europa. Gama y delgado extranjero
partido a la intervención de Europa; pero
en que el resto.

Por otro lado, cuando con los sucesos
de la Patria, con una de ellas. Se le
de Europa, hay una gran intervención y
libertad al formar los consejos de gobierno
en Lima. Pasa a la Patria hay personas
dentro de la Patria. Por los sucesos, tiempo
y tiempo. Unos y otros a la vez de un lado y
otro. Hay de un lado y otro.

Según de la carta para ir a la reunión
de Comisión. Habla sobre la posibilidad
de la evolución de la economía y a
nuestro nivel. Esto es un estudio más
monitoreo interno.

GOBIERNO NACIONAL DEL LITORAL
FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS COMERCIALES Y POLITICAS
MONTEVIDEO

Querido querido
me que pienso y de eso
me voy bien. Por tanto el de
mis recuerdos. De un lado y otro
de. Seguro, de un lado y otro de un lado y otro.
Algo de un lado y otro de un lado y otro.
Te beso te
Polo

Concebían la supuesta “universalidad” del capitalismo como un “instrumento de coacción y exterminio en manos de minorías monopolizadoras del poder social e histórico”. Los

indoamericanos, agregaban, sabían por experiencialo que ello suponía: “Ya que desde la conquista española hasta hoy no ha faltado el credo pretendidamente universal que ampare y justifique los desplazamientos de fuerza sobre nuestra realidad”. No faltaban críticas a la izquierda tradicional, como avanzada de construcción de una identidad diversa y polémica: “Los stalinistas adhieren a la posición universalista de Occidente. Eluden la subjetividad indoamericana, no ven en la masa india una fuerza revolucionaria y terminan en una lógica imperialista (...) Esto se ve con claridad, por ejemplo, en la Argentina, en donde los teóricos e intelectuales comunistas de la línea soviética han adherido durante lustros a las más reaccionarias interpretaciones históricas y culturales, negadoras de una autonomía y una vigencia particular indoamericana”. ¿La democracia? “Un sofisma constituido con todos sus ingredientes: propiedad privada, liberalismo económico, libertad de prensa, etc. Es la panacea de las potencias imperialistas y el instrumento ideológico más eficaz para mantener la dominación, y a las minorías dirigentes de los respectivos países colonizados como verdaderos aliados y agentes de sus intereses.” Aún no se pronunciaban por la violencia política (“la acción de los sectores revolucionarios y del movimiento obrero se presentan extremadamente restringidas dentro del marco legal y expuestas a las peores condiciones”), pero sugerían la lucha clandestina.[28]

* * *

“La devaluación de la idea de democracia en la nueva izquierda (y en la izquierda argentina en general) está sin duda relacionada con la falta de funcionamiento efectivo de las instituciones democráticas durante largos años, por no decir durante casi toda la historia argentina. En realidad, la izquierda ‘tiró al niño junto con el agua sucia de la bañera’: al rechazar un remedo de democracia institucional, rechazó al mismo tiempo la posibilidad de pensar la diferencia entre democracia y autoritarismo. La democracia pasó a ser un tema de ‘derecha’; y la nueva izquierda se privó de pensarla, y con ello se privó de su propia práctica”. [29]

* * *

Cuando el 5 de enero de 1961 Santucho partió con Sayo desde Salta hacia Estados Unidos, siguiendo la ruta del Pacífico, como años antes la había recorrido el Che Guevara, tenía la convicción, dadas las condiciones de la Argentina, de que la política como juego de consenso era ineficaz para forzar la proscripción; la democracia, una máscara urdida para ocultar los privilegios; y estaba madurando la siguiente imagen: si el poder era el aparato del Estado, y su sostén las Fuerzas Armadas, ¿acaso la verdadera lucha política por el poder no debía contemplar, inexorablemente, un combate frontal, armado, a muerte?

CUATRO

Cuba o el resplandor

(1961-1962)

“Este país está convulsionado, la injusticia, las desigualdades, dan origen a profundas crisis. Desde la Argentina viajamos a lo largo de la cordillera. Es indudablemente la columna vertebral de América.” La carta está fechada el 7 de febrero de 1961, en Panamá. Santucho narra a su hermano Julio —con quien mantendrá la correspondencia más regular hasta los años setenta— el rápido pasaje durante enero por Potosí, La Paz, Cuzco, Lima, Guayaquil, Quito, Bogotá, Cali, Buenaventura, Colón, Panamá, San José de Costa Rica, Tegucigalpa, San Salvador y Managua, y se lamenta de haber “pasado a las disparadas por Centroamérica”. La pareja se había detenido sólo algunos días en Perú, porque Santucho se entrevistó con el líder del aprismo Raúl Víctor Haya de la Torre. No comentará nada de ese encuentro epistolarmente, pero más tarde contará su desilusión por el abandono de las banderas antiimperialistas levantadas durante dos décadas por el viejo inspirador del indoamericanismo. “Es notable cómo Haya de la Torre olvidó a Mariátegui, y es muy probable que pronto claudique ante el imperio y termine sus días como un nacionalista de derecha llevándose a la tumba al APRA.”^[30]

La última escala antes de llegar a México fue Guatemala, en la casa de un hijo de Miguel Ángel Asturias, simpatizante de la guerrilla guatemalteca. Luego pasaron a la vieja Tenochtitlán vía Oaxaca. Se hospedaron en una pensión de mala muerte de la colonia Juárez, en el centro del Distrito Federal mexicano, cerca del café La Habana donde tantas veces habían conspirado el Che y Fidel, antes de la expedición del Granma. A fines de febrero ya estaban en Princeton, Nueva Jersey, en el “Red Formicary” (Hormiguero rojo) de la Constitution Drive Avenue, residencia de huéspedes de los Ely, bautizada así en honor de los revolucionarios latinoamericanos que allí pararon, muchos de ellos cubanos que luego integrarían el Movimiento 26 de Julio.

Santucho asistió, en esos días, a varias conferencias en la universidad local, y visitó Harvard. Sin embargo, jamás realizó posgrado alguno, contra las afirmaciones de la prensa, años más tarde, cuando ya estaba en plena actividad clandestina. Hubo dos razones para esto: aún no se había recibido de contador público, cosa que sucederá recién en 1963, y permaneció en Estados Unidos sólo dos meses. A principios de abril, Ely ya le había facilitado los enlaces necesarios para desembarcar en La Habana.

Sobre su estancia en Cuba se sabe que trabó contacto con algunos de los cuadros militares del Movimiento 26 de Julio. Llegó en momentos del comienzo del bloqueo a la isla, en vísperas de la invasión a Bahía Cochinos, del ascenso de John Fitzgerald Kennedy a la presidencia de Estados Unidos y de la generalización de la guerra fría, cuyo devenir será tan caliente. En tiempo muy próximo sucedería la liberación de Argelia de la colonización francesa; la generalización de la guerra independentista de Laos y Vietnam; la sublevación en el Congo que terminó con el asesinato del líder anticolonialista negro Patricio Lumumba, la rebelión en Santo Domingo, y el comienzo de la construcción del Muro de Berlín.

Santucho llegó a La Habana cuando el frondizismo tambaleaba por las presiones militares en las cuales la situación cubana no era ajena: Argentina había apoyado la Alianza para el Progreso de Kennedy —especie de impulso al desarrollo económico para desactivar las protestas antiimperialistas en Latinoamérica— pero se negaba a condenar a Cuba. Meses más tarde, Frondizi se entrevistará con el Che en la residencia de Olivos. En enero, Guevara había sido nombrado ministro de Industria en Cuba, y esta designación se había transformado en el preanuncio del cambio de rumbo en la revolución.

En la tarde del 26 de abril, junto con millones de cubanos, Santucho escuchó en la Plaza de la Revolución, bajo el sol abrasador, las palabras de Fidel que proclamaban el socialismo como destino, y anunciaban una batalla frontal contra EE.UU. y un mayor acercamiento a la URSS en la esfera internacional. Una época signada, además, por el convencimiento de los dirigentes cubanos de que su experiencia podía difuminarse como ejemplo al resto del continente. Ello sería la garantía, pensaban, para terminar con las condiciones de atraso del resto de “Los pueblos oprimidos” y, también, la mejor defensa de Cuba porque no todos los cañones norteamericanos estarían apuntándole.

Días después de ese discurso de Fidel Castro, en contacto con numerosos latinoamericanos que vivían la agitación de ser protagonistas de la primera revolución socialista de América y del desafío al coloso del Norte —bendecido por la encíclica “Mater et Magistra” del Papa Juan XXIII que admitía las simpatías por el socialismo— Santucho se integró al trabajo voluntario en la zafra e inició su primer entrenamiento guerrillero junto a otros revolucionarios, entre ellos algunos dirigentes de Tupamaros. Del impacto de ese viaje queda una carta escrita a su hermano Julio el 26 de setiembre de 1961, unos días después de su llegada a Santiago del Estero:

“Al volver del viaje me he encontrado con mis convicciones más firmes, si ello es posible. Al ver la desgraciada vida de nuestros hermanos de América Latina y el hermoso futuro que muestra Cuba, se han multiplicado mis deseos de trabajar por la revolución. Me gustaría mucho contarte personalmente lo que vi en Cuba, y especialmente respecto a la situación de la Iglesia allá. Es bastante diferente a lo que divulga mentirosamente la prensa del imperialismo.

”En cuanto a lo que dices de tu decisión de ser sacerdote, no me parece una tontera ese hecho en sí; al contrario, lo valoro altamente y lo encuentro muy positivo. Lo que me

inquieta es la posibilidad de que te dejes absorber por la actitud política de la Iglesia y te conviertas en un enemigo de la liberación de nuestros pueblos. Es un hecho histórico que la Iglesia católica no está de parte de los movimientos populares, contrariando así la doctrina de Cristo, y sobre todo, la actitud de Cristo. Es que no se puede eludir la historia; un movimiento no puede ser siempre revolucionario, positivo, con el tiempo se transforma en defensor del statu quo, en conservador. El ejemplo más elocuente de lo que te digo es la actitud de la Iglesia católica durante las luchas por la independencia política en América Latina. La Iglesia condenó la revolución. Y en algunos casos llegó a excomulgar a sacerdotes que (sin embargo) encabezaron la lucha como Hidalgo y Morelos en México. Es muy instructiva la vida de Hidalgo al respecto.

”En este momento lo más importante en este continente es el esfuerzo de las grandes mayorías por cambiar una situación injusta, por superar el estado de subdesarrollo de nuestros países, es la lucha por la liberación nacional. Ante ésta no se puede ser neutral. O se está con ella, o directa o indirectamente se defiende la situación actual, es decir la prepotencia imperialista, y la cómoda posición de la oligarquía. El cristianismo es un movimiento con una doctrina muy interesante.

”Yo creo que puede desempeñar un papel favorable en esta era, pero para que ello ocurra es necesario un análisis a la luz de sus principios de la situación por la que actualmente pasa el mundo y en especial nuestros países. Eso es lo que no existe. La Iglesia se orienta por una serie de principios sin contenido para la actual situación histórica del continente. El problema de la dominación del imperialismo no es ni siquiera rozado. La explotación del hombre por el hombre tampoco ocupa un lugar de importancia. Y así pasa a ser la justificación que esgrimen los inmorales para mantener la injusticia. No hay capitalista reaccionario que no se escude en los principios, en las argumentaciones pseudo católicas para mantener su supremacía. El problema de la trascendencia, el del ser superior no hacen a lo que ahora se está viviendo como Historia. El éxito del comunismo se basa principalmente en que centra sus proposiciones sobre los problemas más angustiosos del hombre. La mayoría de nuestros pobres son católicos, creen en Dios. Para ellos eso es una cosa resuelta. Lo que no tienen resuelto es la comida, la injusticia terrena, la prepotencia de los ricos, de los gringos.

”Si la explicación materialista del mundo gana terreno, es en virtud de la capacidad de sus sostenedores para hacer frente a los problemas concretos actuales. El cristianismo no tiene por qué no dar satisfacción, por qué no luchar por las reivindicaciones inmediatas. Al contrario, si se es consecuente con la actitud de Jesús, es una obligación irrenunciable. La Iglesia debía ser la primera en denunciar a los fariseos; debía expulsar de su seno, en vez de un Fidel Castro que lucha por un ideal, a los sinvergüenzas que con los bolsillos llenos de oro, con las manos ensangrentadas por la explotación de miles de infelices, tienen la

desfachatez de hablar en nombre de Cristo. ¿Cómo puede hablar de la doctrina cristiana Manuel Prado, presidente del Perú, banquero, gran industrial, que preside un gobierno especializado en el asesinato de los infelices indios que en la sierra peruana no quieren admitir tanta explotación, o un Arturo Frondizi, o Álvaro Alsogaray, que empobrecen al pueblo argentino, entregan la economía del país a manos extranjeras, mientras participan en ACINDAR, DINIE, en las grandes empresas capitalistas y explotadoras? Lo que ellos defienden no es el mundo occidental y católico sino sus ganancias, sus ‘derechos’ privilegiados.

”El mundo está atravesando una revolución, es la revolución de los pueblos oprimidos. De la actitud de gente como vos, de altos ideales, que forman parte del cuerpo de la Iglesia, depende el papel que en este proceso juegue. En ella hay sectores que se opondrán decididamente a esa revolución. Y no es respetándolos, apañándolos, como se ha de ayudar al mejoramiento de la humanidad. Es muy posible que hasta se tengan que producir divisiones. No hay que tenerles miedo. Lo único que hay que temer es el abandono de la verdad; de la lucha por la libertad y felicidad de todos los hombres. Te repito, finalmente, que en mi opinión el cristianismo tiene posibilidades para participar en el liderato de esta revolución y que no ha de ser toda la Iglesia sino sus sectores más idealistas, su mejor gente, la más sincera.

”Mi deseo y esperanza es que vos te sepas ubicar y que algún día te encuentre —como el cura Hidalgo— mezclado con tu pueblo, encabezándolo en su lucha por el bienestar que es la lucha por la liberación nacional de América Latina.

”Esta mañana me encontré con M. Me encargó que te dijera le consigas un Cardenal amarillo. Avisá qué se puede hacer. Nosotros estamos esperando al heredero; ha de venir a mediados de octubre. Sayo te manda muchos cariños. Con gran cariño, te abraza, Robi”.^[31]

En tanto, en Santiago del Estero, el 9 de julio de 1961 una treintena de militantes santiagueños y tucumanos, dirigidos por los hermanos Asdrúbal y Francisco René Santucho, habían realizado el congreso de fundación del Frente Revolucionario Indoamericano Popular (FRIP). En la declaración de principios afirmaban que: 1) la inferioridad de los latinoamericanos era consecuencia de la opresión económica que padecían desde la colonización española; 2) el atraso de Latinoamérica era consecuencia de la deformación estructural causada por la dominación imperialista; 3) en la Argentina, como en el resto del continente, las castas explotadoras resultaban cómplices conscientes o inconscientes del yugo imperialista; 4) la aceptación de la libertad política sin tener en cuenta la opresión económica significaba legalizar el sistema de explotación; 5) los partidos políticos, al prestarse a la estafa descrita en (4) se convertían en encubridores de las castas explotadoras; 6) la lucha por las transformaciones revolucionarias tanto en la Argentina como en América latina era un deber histórico de las nuevas promociones, y 7) la revolución cubana merecía la más absoluta solidaridad de los patriotas latinoamericanos y debía ser defendida del rótulo de “comunista” que le

atribuía el imperialismo.^[32] En síntesis, eran nacionalistas, aún premarxistas porque en vez de clases hablaban de castas, antistalinistas o, más concretamente, anti-Partidos Comunistas, antiimperialistas y antisistémicos, por anticapitalistas y porque identificaban al sistema con el régimen y “la partidocracia” de la cual querían mantenerse al margen. Todas estas características pasarán, bajo distintas formas, a integrar las concepciones de Santucho. Y de lo que comenzaba a ser conocido como “la nueva izquierda” latinoamericana.

cuando salga

Después de un período de tiempo te escribo. La realidad no te am...

Al volver del viaje... con sus conclusiones... la Iglesia...

En cuanto a lo que dice de la desolación de ser sacerdote, no se pe...

En este momento la más importante es siempre el sentimiento de el ap...

El mundo está atravesando una revolución, es la revolución de los...

Este mensaje se escribirá con este, se asegura que te llegue la carta...

Amorosa, siempre esperando al heredero, te de venir a nosotros...

Roby

El FRIP había comenzado a extender su influencia entre los hacheros santiagueños y el movimiento estudiantil tucumano. También había participado activamente en la huelga ferroviaria

convocada por la CGT. A fines de diciembre de 1961, una reunión de militantes a la cual se sumó Santucho intentaba profundizar el diagnóstico sobre la situación socioeconómica de la Argentina. No abandonaban su mirada campesina: criticaban duramente, por “dogmáticos”, “supeditados a una estrategia internacional, e incapaces de comprender la realidad regional” a los comunistas nativos. Se definían como una fuerza “no electoralera” y sacaban pocas conclusiones sobre el peronismo, excepto hablar muy mal de sus dirigentes “burócratas”.

Santucho llegó puntual —y algo desilusionado pues esperaba “un heredero”— al parto de su primera hija, Ana, nacida en octubre, aun cuando desde su arribo de Cuba había comenzado una actividad febril como difusor de la revolución y de las ideas de la nueva izquierda latinoamericana. Sayo, en tanto, había tenido que renunciar a la cátedra de Pintura de quinto año en la universidad tucumana. A fines de diciembre Santucho explicaba a su hermano Julio cómo se sentía con su decisión de luchar para transformar las pobres condiciones de vida de sus compatriotas. “Mi aspiración, también, es superarme moralmente. Yo también me debo a una disciplina, a una lucha. El entregar la vida a un ideal es lo que nos emparenta. Es muy difícil ser consecuente, pero al propio tiempo es el triunfo. Un político revolucionario sincero es como un sacerdote sincero, como un científico, como un artista, y su amor por la humanidad lo lleva a entregar su vida por la superación de los hombres (...) Tengo la panza de los Santucho, espero que baje. Te abraza, Robi”.^[33]

En Santiago del Estero, donde permaneció parte del año '62, nació su segunda hija, Marcela. Pero fue en Tucumán, al pie de los cerros, donde se convenció de que allí se prendería la chispa de la revolución argentina. Había una geografía humana y natural que le recordaba a la sierra cubana, y una situación política explosiva. Es seguro que reforzó su desconfianza en el parlamentarismo debido al curso de los acontecimientos de ese año: Frondizi fue derrocado el 29 de marzo de 1962 luego de treinta y cuatro planteos militares, entre los cuales figuraron la prohibición del retorno de Perón, la ruptura de relaciones con Cuba (8 de febrero de 1962), y la anulación de las elecciones de la provincia de Buenos Aires en las que había ganado el peronista Andrés Framini (19 de marzo de 1962). El presidente de la UCRI había revocado cada uno de los puntos programáticos que lo habían promovido al gobierno: el acuerdo con el peronismo, la política de no alineamiento con EE.UU., la consideración de los intelectuales que lo siguieron, la defensa de la enseñanza pública y una política industrialista que no conformaba a los terratenientes. La cúpula militar golpista tardó sólo veinticuatro horas en ungir al doctor José María Guido como presidente provisional.

“Frondizi fue depuesto porque sólo el mundo empresarial respetaba su programa, porque el movimiento obrero peronista era incapaz de luchar siquiera por su derecho a gobernar la provincia de Buenos Aires, porque las Fuerzas Armadas no estaban dispuestas a sostener solas el programa de la UCRI y porque los partidos opositores, verdaderas astillas sociales, se negaron a defender su continuidad. (...) Entonces, Frondizi marchó hacia la isla Martín García detenido, y las Fuerzas Armadas se hicieron cargo directamente del gobierno, aceptando una mascarada jurídico-institucional. Lo que Frondizi había rechazado en el discurso de Uruguayana (“no seré un títere de nadie”) conformaba la patética realidad de Guido. El final de cogobierno (UCRI-Fuerzas Armadas) exigía una clara hegemonía militar,

lo que equivalía a decir la victoria de una fracción sobre la otra. Las tres fracciones existentes del '45 al '55 se habían reducido a dos: el centrismo legalista de los generales Rauch y Onganía (Caballería) y el derechismo liberal de Poggi y Toranzo Montero (Infantería). Si en 1958 el ala derecha fue incapaz de vencer, en 1962 esta operación resultaba hartamente más compleja. (...) La Caballería, por su origen y composición social, transmitía casi mecánicamente los intereses de la Sociedad Rural. Vale decir: los intereses agrarios más concentrados, ligados mediante la territorialización de la renta agraria al sistema financiero, cuando el sistema financiero tenía por principal obtenedor de crédito a la industria concentrada nacional y extranjera y cuando la masa de créditos externos vinculados al Fondo Monetario Internacional arrojaba infraestructura para esa misma actividad. Entonces, la Caballería era irresistible”.^[34]

Apenas un mes después del derrocamiento de Frondizi —en abril— se produjo el primer choque abierto entre dos fracciones del Ejército, conocidas como “azules y colorados”. Los colorados fueron liderados por el general Carlos Severo Toranzo Montero. La victoria de los azules en setiembre, que se oponían en lo inmediato a que el Ejército se hiciera cargo del gobierno, promocionó al centro de la política nacional, y a la jefatura del Ejército, a su líder, el general de Caballería Juan Carlos Onganía, un oficial integrista católico y anticomunista, cuyo turno presidencial llegaría en 1966.

“El desarrollo industrial reclamado por generaciones de militares sensibilizados por las dependencias críticas llegó demasiado tarde, o más precisamente fue víctima de la guerra fría. Objetivamente, podrían decir los desarrollistas, el Ejército debería haber apoyado el esfuerzo de industrialización emprendido por el gobierno de Frondizi. Pero las condiciones subjetivas lo llevaban a combatir a sus promotores en el marco de una nueva forma de guerra. (...) La autonomía de las Fuerzas Armadas respecto del poder civil era reconocida y estaba institucionalizada, lo que permite explicar el esquema de la crisis. Esta autonomización relativa del Ejército coincide con la reformulación de sus funciones. La mutación estratégica que se produjo entre fines de la década del 50 y principios de los 60 correspondió a la nueva coyuntura continental, a la redefinición de las ‘amenazas’ hecha por el Pentágono. La coordinación de los ejércitos continentales en la lucha contrarrevolucionaria se efectuaba impulsada por Washington y bajo su égida. El ejército ‘politizado’ de la Argentina adhirió sin reservas a las nuevas hipótesis de guerra que legitimaban profesionalmente sus prácticas francamente extramilitares. La relativa autonomía profesional iba acompañada paradójicamente por una heteronomía funcional que rompía con los valores defendidos hasta entonces. La lucha contra el comunismo y la solidaridad con la potencia ‘líder del mundo libre’ se antepusieron a la defensa de la independencia nacional y la preocupación por el industrialismo. La ruptura era tanto más evidente cuanto que los militares atacaban a un gobierno que se negaba a alinearse sin condiciones con la diplomacia norteamericana y que industrializó al país más que ningún

otro anteriormente (...) En el centro del enfrentamiento entre azules y colorados estuvo la posición frente al peronismo: ambos eran antiperonistas, pero en distinta forma. Para los colorados, el peronismo es un movimiento sectario y violento que da lugar al comunismo. Los azules consideraban, por el contrario, que a pesar de sus excesos, sus abusos de poder, su demagogia insoportable, el peronismo es una fuerza nacional y cristiana que permitió salvar a la clase obrera del comunismo y que constituye, por ende, un bastión contra la subversión. Comparten esta opinión con los industriales y la gran patronal, que aprecian el sentido del compromiso y la autoridad de los dirigentes sindicales peronistas. (...) Cualquiera sea su origen, los azules se identifican con las clases dirigentes, la oligarquía de los dueños de la tierra y constructores del país”.[35]

El derrocamiento de Frondizi y el triunfo de los azules, así como la definitiva inscripción de las Fuerzas Armadas en la doctrina contrainsurgente, acentuaron la proscripción del peronismo y alargaron la persecución política a la izquierda. Fueron un nuevo punto de inflexión en la historia política nacional. Los proscritos comenzaron a radicalizar sus métodos políticos, entre ellos los ultranacionalistas de Tacuara, organización de donde provendrá parte de los futuros militantes de Montoneros. José Luis Baxter, quien posteriormente integrará el ERP, precipitó una escisión partidaria de la lucha armada con la fundación del Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), anticipándose en la formación de los primeros núcleos guerrilleros urbanos.[36]

El FRIP se había abstenido, en tanto, de apoyar la candidatura de Framini y llamó al boicot electoral porque consideraba que esas elecciones eran “una nueva trampa para las mayorías explotadas”. [37] Santucho, también impactado por los acontecimientos, comenzaba ya a exigir de sus compañeros mayores definiciones sobre “las vías y métodos revolucionarios distintos a los existentes”. Si desde la universidad promovía la defensa de Cuba ante el bloqueo y de la flamante independencia argelina, desde la FOTIA adhería a la ley del machete. La proscripción política, la desocupación y la pobreza —que comenzaban a ser endémicas en Tucumán— atizaban el espíritu rebelde de los trabajadores rurales. Algunos dirigentes cañeros habían participado en la redacción del programa de diez puntos promovido por las 62 Organizaciones Peronistas —entre ellos figuraban la nacionalización de la banca y del comercio exterior, la expropiación del latifundio y otras medidas de corte nacionalista y estatista— que se conocerá como el programa de Huerta Grande. Así, el movimiento obrero respondía por izquierda a la proscripción y Santucho parecía compartir este programa aunque desconfiaba de las dirigencias sindicales: sospechaba que lo traicionarían. Su obsesión era formar núcleos de trabajadores políticamente independientes.

La FOTIA había logrado, luego de una ola de huelgas y de violentos enfrentamientos con la policía y el Ejército, romper el cerco de la intervención promoviendo al dirigente Mario Aparicio a la secretaría general. En el curso de esas escaramuzas, Santucho conoció a tres hombres que, por distintos motivos, serían decisivos en su futuro: Leandro Fortunato Fote, dirigente del ingenio San José y el primero en desatar la resistencia contra el cierre de dieciséis ingenios en Tucumán; Hugo Santilli, médico del sindicato, y Antonio del Carmen Fernández, joven obrero cañero, hijo de una sirvienta, zafrero desde los ocho años y secretario general del gremio en el Ingenio San José. Los dos

primeros eran militantes de la trotskista Palabra Obrera (Pal. O.), y el tercero, antes de ser pelador de caña, había sido lustrín y boxeador.

Es seguro que los sucesos que comienzan el 28 de julio de 1962 con la ocupación del ingenio San José reforzarán la confianza de Santucho en la acción directa, y su convicción de que los trabajadores azucareros dirigirían la revolución argentina. Ese día, Santucho es visto atravesando incansablemente los cañaverales, los ojos abiertos hasta el límite, mezclado entre las mujeres, chicos, viejos y rudos zafreros armados con piedras, machetes, y cuchillos de pelar cañas llamados “del catorce”. Cargaba una pistola calibre veintidós, vestía pobremente, el pantalón atado con un lazo y alpargatas. “Tomamos la fábrica, la patronal al principio nos apuntaba pero al ver que toda la gente avanzaba y los soldados y la policía no querían disparar, también se cagaron de miedo, subieron a los autos y se fueron. Era tan grande el despelote que parecía una toma de Estado. Ese día empezó todo... Desde que nosotros estábamos en el sindicato se tomó dieciséis veces la fábrica, y en todo eso andaba Santucho. La gente lo apreciaba y decía que no le importaba cómo pensaba él, si era comunista y venía a luchar con nosotros. Ya deben imaginar cómo nos poníamos de contentos. Fue así que lo hicieron hablar en las asambleas varias veces. Les aclaro que cuando había muchos paros la gente le decía que sería lindo dejar un jornal todos los meses para comprar armas porque con hondas ya no hacíamos nada. Nosotros hemos participado en todas las movilizaciones callejeras, también cuando mataron a Hilda Guerrero de Molina...”, recordará en 1973 Fernández, cuando ya era uno de los máximos dirigentes del PRT-ERP. Omitió decir que Santucho no era un orador brillante y que hacía un esfuerzo terrible para violar ese hábito coloquial e intimista en el que parecía sentirse cómodo.[38]

Fote y Santilli fueron los primeros contactos de Santucho con Palabra Obrera, y la relación con ellos se intensificó cuando comenzó a trabajar, por esos días, en la contabilidad del sindicato del ingenio San José. Tanto el dirigente cañero como el médico eran partidarios, por ese entonces, de las ideas sobre la guerra de guerrillas que había desparramado en su pequeño grupo el veterano anarquista de la guerra civil española Abraham Guillén, y que Ángel Bengochea abrazó e intentó aplicar cuando regresó, en 1963, de Cuba. Guillén pensaba que “el foco rural” no podía funcionar en la Argentina puesto “que la guerra revolucionaria hay que hacerla donde está la población”, pero si la población era favorable a la lucha, el enemigo vulnerable y el terreno adecuado, ésta podía iniciarse con un puñado de hombres. La fórmula clásica de la guerra de guerrillas, después desarrollada con variantes por el Che y Régis Debray en Bolivia.[39]

Aunque militantes del FRIP colaboraron con las FARN creadas por Bengochea, Santucho aún no estaba convencido de que el foco guerrillero fuera la respuesta más adecuada al momento. Insistía en crear una organización política —con ciertos rasgos militares— y lo expresaba así: “...Entonces el FRIP debe organizarse como el Estado Mayor de la Revolución Argentina, sobre la base del proletariado rural, especialmente sobre el azucarero; debe dirigir sus esfuerzos a consolidarse organizativamente entre el proletariado rural, fundirse con él y con el resto de la clase obrera, ponerse a la cabeza y señalarle el camino de la lucha, de la toma del poder...”. [40]

Evidentemente, sus ideas aún eran transicionales. No hablaba de la violencia, el partido en el que pensaba no estaba proyectado nacionalmente y, por lo menos, insinuaba definitivas influencias de Lenin —su famoso libro *Qué hacer*— al asimilar el concepto de “vanguardia política” al término cuartelero de “estado mayor”. La guerra, entonces, era la continuación de la política por otros medios: la inexorable concepción de Karl von Clausewitz desplegada en su teoría de la guerra. Pero Santucho se parecía a Bengochea más de lo que él mismo suponía. Y estaba convenciéndose, como todos los líderes guerrilleros que lo habían precedido en la historia, Fidel Castro, el Che, de que sin la decisión ferviente de un puñado de hombres y mujeres dispuestos a todo por la liberación, a quienes los pueblos escucharan y siguieran, las grandes transformaciones sociales y políticas eran imposibles. Comenzaba a creer que la acción era la madre de la conciencia. Y si no optaba por una práctica individualista —al estilo de Severino Di Giovanni— era porque el anarquismo no sólo había sido derrotado teóricamente sino también prácticamente en la Argentina. Sin embargo, los gestos “corajudos” de los anarquistas muchas veces llevarán a Santucho a elogiarlos como sus “abuelos” políticos.

Fernando Hevia, uno de sus compañeros de ruta de entonces, trazará años después la siguiente imagen de Santucho: “Lo conocí en un congreso de la FOTIA en 1962. No parecía un profesional ni un estudiante universitario. Estaba desaliñado. Vestía con ropa gastada, camisa campesina a cuadros, zapatos descosidos, pobremente. Tenía un aspecto jesuítico, y eso parecía atraer junto con su personalidad: ojos negros brillantes y profundos, una sonrisa espléndida, maneras afectuosas y corteses. Sentado entre la gente, buscando contactos políticos, parecía muy interesado en las condiciones de vida, el ritmo de la organización sindical, las propuestas. Después nos fuimos encontrando en diversas actividades —yo era un estudiante inquieto— vinculadas con el gremio azucarero. Había una situación socioeconómica difícil, que tendía a agravarse. Con el anuncio del cierre de los ingenios comenzaron, en esa época, las huelgas salvajes, con cortes de ruta, toma de rehenes, ocupaciones de fábricas y represión policial que preanunciaban las grandes movilizaciones de 1966, cuando el gobierno de Juan Carlos Onganía decretó el cierre de once ingenios, obligando a la emigración forzosa de más de doscientos mil tucumanos corridos por la desocupación y el hambre.

”En esos días, Santucho estaba pasando del nacionalismo antiimperialista, del indoamericanismo, del conocimiento del sufrimiento, del atraso del obrero forestal, del campesino, hacia entender el papel que cumplía el trabajador rural, los cañeros. No descartaba la violencia como autodefensa sindical, pero aún no la veía como una estrategia hacia la toma del poder. Paralelamente, procesaba en su cabeza la teoría marxista y parecía muy preocupado por fundar un partido. Entre el sesenta y dos y el sesenta y cuatro se convierte, prácticamente, al leninismo, buscando quizá linternas teóricas sobre la fundación de un partido de los trabajadores.

”¿Su vida amorosa? Era fiel a Sayo pero subordinaba su vida familiar a su pasión militante, sin armonía. Ya tenía dos hijas, y las tareas domésticas recaían sin duda en ella. Su pasión

política producía catástrofes económicas: en muchos períodos Sayo debía cargar a sus hijas y marchar a la casa de los padres de Robi, en Santiago, porque no podían subsistir pese a que ambas familias ayudaban. Robi era un padre extremadamente cariñoso, pero ausente. Recargada en tareas de crianza, Sayo acumuló una considerable frustración ya que su sueño era convertirse en una artista plástica reconocida. La elección, sin duda, era difícil porque Robi parecía ya convencido de que estaba llamado a cumplir una misión histórica trascendente.

”Y no era sólo una imagen: se levantaba a las seis de la mañana para tomar el colectivo, iba a visitar gente a los sindicatos del interior cargado de papeles, se establecía en la casa de los dirigentes sindicales de los ingenios, de campesinos y obreros. Día tras día, con un libro bajo el brazo —leía en los colectivos— recorría pueblos, a pie o a dedo, y participaba en todas las asambleas que podía. Su ritmo era intenso. Él hacía todo: redactaba, imprimía y repartía volantes... era capaz de ir a despertar a uno de sus compañeros para que no faltara a sus tareas. La organización, por lo menos la mitad de la organización, era él. Solía ser paternal con sus compañeros pero implacable con sus opositores. Volviendo al tema de la violencia, él se reunió con militantes dispersos de Uturuncos en 1964, cuando salieron de la cárcel. Ellos intentaban reorganizarse y Santucho parecía interesado en coordinar las actividades de esos hombres provenientes del peronismo con el FRIP. Pero su objetivo central era, ya en ese año, la formación del partido político revolucionario, y Uturuncos, por su origen peronista, insistía en el movimientismo, en algo más laxo.

”Santucho los acompañó, sin embargo, a la montaña para reconocer el terreno. Supongo que le atraía profundamente la posibilidad de instalar un campamento guerrillero en zonas rurales, ligarlo a esa base social de Tucumán, levantisca, con gran experiencia en las luchas sindicales, y que había incorporado la violencia en ellas. Después de lo del ingenio San José, en ocasión de la huelga ferroviaria de comienzos de 1964, Santucho participó en piquetes de huelga que incendiaban estaciones o puestos de control como protesta. Era temerario. Podía arriesgarse innecesariamente si estaba convencido de lo que hacía. Esto marcó, luego, muchas de las acciones del ERP. El riesgo excesivo, la precariedad de medios. En Santucho se manifestaba ya una valoración absoluta del aspecto moral. De que lo que determina el éxito de una empresa es la voluntad por encima de todo, el sujeto imponiéndose sobre una realidad adversa. Para él, la fe en la revolución movía montañas. Era, a su manera, un modernista absoluto por el papel definitivo que le reservaba al hombre en todas las empresas, en este caso políticas ”.[41]

Acaso para Santucho ser moderno significaría, esencialmente, pensar como un héroe; es decir, como un hombre dispuesto a inmolarsse por un ideal.

Más cerca de la política que de la pólvora

(1963-1965)

La situación tucumana y del país durante 1963 impulsó a Santucho a dedicarse más a la organización política de los trabajadores azucareros que a buscar el camino de las armas.

Tras la victoria de los azules en las Fuerzas Armadas, habían comenzado a prepararse las elecciones presidenciales. Los partidos proyectaron la formación de un frente “nacional y popular” con la participación de la UCRI, la Democracia Cristiana, los conservadores populares y un sector del peronismo que se integraba bajo la sigla Unión Popular. Sin embargo, la inestabilidad política carcomía al país. La Armada —totalmente colorada— se sublevó en abril. Aunque el movimiento fue derrotado, el peronismo volvió a ser proscrito. En consecuencia, triunfó el candidato de la UCR, Arturo Illia, con el escuálido cómputo del 25,2%, un porcentaje menor al del voto en blanco que había ordenado Perón desde Madrid. La crisis política se agravó: la CGT calificó de “fraudulento” al gobierno de Illia, mientras entre los militares crecía la intención de reasumir todo el poder. Santucho tampoco votó en esa ocasión.

Los exámenes en los que se graduó como contador público lo retuvieron más de lo acostumbrado en la capital tucumana. Finalizó la carrera para cumplir con lo prometido a sus padres, pero nunca ejerció sistemáticamente la profesión. Solía lamentarse de haber descubierto tarde su vocación por la economía. A pesar de que su actividad política era ya intensa en los sindicatos, viajó a Rosario como delegado del MIECE en el VI Congreso de la Federación Universitaria Argentina (FUA), cuyas definiciones, por primera vez en la historia del movimiento estudiantil, urgían a los universitarios “a la unidad con el movimiento obrero en su lucha contra la oligarquía y el imperialismo”. El estudiantado se radicalizaba a un ritmo más veloz que los trabajadores.

En mayo de 1963, Santucho está recorriendo con su hermano Francisco René los obrajes de quebracho de Santiago del Estero. Aprende el quechua y, en Tucumán, alfabetiza a varios dirigentes de la FOTIA, entre ellos al secretario general del ingenio San José, Antonio del Carmen Fernández. Mientras realizaban una reunión clandestina, ese mismo mes es detenido por primera vez durante unas horas, en Quimili, un pueblo pobrísimo de hacheros al norte de Santiago del Estero. A pesar de la adversidad, era feliz. Se sentía solidario con el padecimiento de sus paisanos y un heredero de los líderes revolucionarios del mundo.

“Nuestro trabajo se hace cada día más hermoso, más dificultoso, necesitamos de mucho temple para enfrentar todo: la indiferencia de los tontos, las grandes dificultades del trabajo, la enorme tarea que nos hemos echado encima, la lucha diaria, la persecución de la policía y la persecución económica de todos los charlatanes chupamedias que se encaraman en cualquier puesto. Y por eso nos sentimos felices, porque tenemos gente por quienes estamos luchando —miles de trabajadores— y que nos observan con curiosidad y esperanza, porque nos sentimos los representantes del futuro, porque nos sentimos capaces de superar esta sociedad descompuesta. Y en todo momento sentimos el respaldo de la Historia, de los grandes hombres, de las grandes luchas. Sabemos que esta misma lucha que nosotros estamos empezando la han llevado adelante, siempre en beneficio de la humanidad, Cristo, Mahoma, Lenin, Fidel, Mao. Nos sentimos sus herederos. Sobre esto te pregunto: ¿en qué se parece el catolicismo de hoy, apoyado, defendido y sirviendo de máscara a las injusticias más grandes y a los explotadores, al cristianismo de Jesús, el de las catacumbas?

”Vez pasada hemos hecho una gira de una semana por el interior. Después tuvimos una reunión en Quimili. Allí la Policía Federal, que nos había seguido, nos cayó a la reunión que teníamos y detuvo a todos los presentes. Sólo nos costó nueve horas de detención colectiva, con la gran satisfacción de la solidaridad manifiesta tanto de los muchachos que detuvieron junto con nosotros como de los demás trabajadores. Estamos estableciendo una relación hermosa con la gente del campo. Quisiera poder transmitirte mi vivencia pero resulta imposible. Quizá si te hago un relato, tipo diario de algún viaje. Pero por ahora no tengo tiempo. De cualquier forma espero que en tus vacaciones podamos salir juntos aunque más no sea por un par de días.

”Siempre sigo estudiando, fundamentalmente marxismo. La Sayo está bien y de nuevo gruesa. Las chiquitas amorosas.

”Te abraza fuerte, Robi. NOTA: por favor no le muestres esta carta a mi mami ni a mi papi porque por razones obvias no les conté que nos detuvieron”.^[42]

El flamante contador público no había abandonado la idea de crear la Sierra Maestra tucumana, o de desarrollar la guerra popular cuyos ecos llegaban de China con la revolución cultural en curso. En principio, lo que más seducirá de ella será la hostilidad —y ruptura en 1964— hacia la URSS, considerada un paradigma de “nuevo imperialismo” y de “aliado espúreo” de los EE.UU., a causa de la doctrina de la “coexistencia pacífica”, duramente criticada por “reformista” por la nueva izquierda latinoamericana. Pero fue el encuentro con Nahuel Moreno, un veterano, sagaz e informado trotskista que ya se había distanciado de Bengochea, el que puso las fábricas del Gran Buenos Aires en su horizonte, y le hizo acariciar, mediante un pacto, su sueño de edificar ese “estado mayor revolucionario de la Argentina”. La reunión entre ambos se realizó en el invierno del ’63 en la capital tucumana. Era la culminación de una serie de contactos preliminares realizados por algunos estudiantes universitarios del FRIP deslumbrados con las teorías de Nahuel Moreno, quien parecía

muy interesado en esa exótica organización indigenista y nacionalista, cuyo principal referente se definía como “un marxista revolucionario”. Tenían en común la oposición frontal con los comunistas ortodoxos nativos, la desconfianza en “el parlamentarismo burgués” y la idea de crear un partido político nacional, uniendo la influencia del FRIP entre campesinos y trabajadores rurales, con la de Palabra Obrera entre los obreros industriales del Gran Buenos Aires. Los separaba el properonismo de ésta y su adhesión a la IV Internacional, el principal centro político del trotskismo con sede en París.

Esta alianza produjo una crisis en el FRIP y un enfrentamiento familiar. Por primera vez, Santucho se trabó en una dura disputa con su hermano Francisco René, opuesto a la transformación del grupo norteño en una organización celular y de cuadros, y a abrazar el trotskismo. La consecuencia fue que los sectores nacionalistas de izquierda, properonistas, se separaron del FRIP. Santucho accedió a asumir el trotskismo —del que renegaría formalmente años más tarde— a condición de que Moreno abandonara su coyuntural properonismo. Poco después de ese encuentro en que se firman los acuerdos FRIP-Palabra Obrera, escribió a su hermano Julio que lo obsesionaba el estudio de la filosofía y la política para encontrar el camino de la revolución social. En realidad, Santucho ya se interrogaba sobre “qué organización y qué política podían conducir a la toma del poder”.

“El contacto con la gente trabajadora de la ciudad y el campo me va ayudando a abrir la inteligencia para comprender en profundidad la encrucijada que nuestra sociedad está atravesando, a la luz, por supuesto, de lo producido por la inteligencia del hombre, es decir de la conciencia social. En otras palabras, nuestro trabajo entre los obreros en fábricas, barrios, obrajes, aserraderos, y entre los agricultores, nos va obligando a consultar la teoría, lo que dice la filosofía sobre el hombre, sobre la enajenación, sobre las limitaciones del hombre y los caminos sobre su liberación, y así viendo la realidad, conversando sobre ella, intercambiando experiencias entre todos los compañeros, y estudiando individual y colectivamente filosofía y demás vamos comprendiendo la esencia de la problemática del hombre contemporáneo y el camino por el que encontraremos la salida. Ese camino sabemos que es la revolución. Y en torno a la forma de llegar a ella, en la caracterización de la revolución, su estrategia y táctica, ocupamos la otra parte de nuestro esfuerzo diario. Esa actividad nos hace, me hace, profundamente feliz. Te mandaré el boletín que está al salir. Un gran abrazo y muchos besos de tu hermano, Robi”.^[43]

La recortada representatividad política del gobierno de Illia estalló durante 1964. En el primer trimestre del año la CGT, dentro de la cual crecía el liderazgo indiscutido del dirigente metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, anunció un plan de lucha y una intensa campaña para promover el regreso de Perón. Miles de actos de sabotaje, manifestaciones y ocupaciones de fábricas sacudieron el país. A las luchas políticas se sumaron dos episodios como constatación de que la idea de la violencia organizada —aún embrionaria— buscaba cristalizarse para abrir a tiros la brecha de la proscripción. En marzo, las tropas de la Policía Federal desbarataron en la región de Orán, en Salta, al Ejército

Guerrillero de los Pobres (EGP) —un nuevo foco como Uturuncos— liderado por el periodista Jorge Ricardo Masetti y apoyado directamente por algunos combatientes cubanos.[44]

El 24 de junio de 1964, Bengochea y el médico de la FOTIA Hugo Santilli murieron al estallar una bomba que estaban manipulando como parte de los preparativos de las FARN, en un departamento del barrio Norte de Buenos Aires. Este hecho sacudió las filas de Palabra Obrera. Mientras Moreno se apresuraba a enviar una carta al Ministerio del Interior, deslindando relaciones con Bengochea,[45] el FRIP ocultó a algunos sobrevivientes dispersos del EGP, y Santucho lamentó profundamente la muerte de “dos continuadores de las tradiciones militares del pueblo argentino y de su liberación”. [46] Para él, ambos habían asimilado mejor que nadie la herencia de lucha de las montoneras del siglo XIX, del anarquismo y de la resistencia peronista. Este debate fue la primera desavenencia seria entre Santucho y Moreno, y el meollo de una gran polémica que comenzaba a instalarse con fuerza en la izquierda nativa, entre los que creían que la lucha armada facilitaría el camino de la revolución y quienes no.

Esa misma contradicción cruzaba al movimiento político mayoritario del país. En diciembre, Perón fue detenido en Brasil con el famoso “avión negro” impidiéndose su retorno, y la juventud peronista que seguía a Cooke se convenció de que la vía política era insuficiente para modificar el statu quo. Al fuego interno se agregaban las definiciones internacionales. Con los golpes militares en Brasil y Bolivia, y el aplastamiento sangriento de rebeliones populares surgidas en defensa de los gobiernos de João Goulart y de Víctor Paz Estensoro, se extendía la Doctrina de la Seguridad Nacional (DSN) que había tenido su bautismo continental en 1954 con el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala. El militarismo y el intervencionismo estadounidense obturaban, aún más, el complejo tablero político latinoamericano, e incidían negativamente en la resolución de los conflictos políticos nacionales. La DSN era la cara sucia de la guerra fría en el continente.

El FRIP había realizado su último congreso en enero de 1964, en el aula magna de la Facultad de Ciencias Económicas de Tucumán, preparándose para la fusión con Palabra Obrera, que será en agosto. En ese congreso, Santucho emergió, en relación con su hermano Francisco René, que a pesar de las desinteligencias lo seguirá hasta el final, como el líder del grupo. Es más, el boletín del FRIP, editado tradicionalmente por el veterano indigenista, pasará a ser dirigido por Santucho bajo el nombre de Norte Revolucionario. Las tesis de ese último congreso —publicadas en un folleto denominado “El proletariado rural, detonante de la revolución argentina”— reafirmaron las primitivas convicciones. Eran de un obstinado localismo, no daban cuenta de la virtual existencia de la clase obrera industrial ni del desarrollo capitalista intenso de esos años, y se acercaban, aún más, a las concepciones trotskistas sobre el papel efímero y volátil de cualquier burguesía nacional en el proceso revolucionario, y sobre “la burocracia sindical porteña” (peronista) al considerarla un obstáculo para el desarrollo de la conciencia libertaria de los trabajadores.[47]

Como parte de la alianza, ambas organizaciones ratificaron su mutua confianza intercambiando militantes. El FRIP envió un puñado de ellos a Buenos Aires —particularmente a la zona sur del Gran Buenos Aires (Avellaneda)— y Palabra Obrera otro grupo a Tucumán. En el último estaba Ernesto González, uno de sus fundadores y hombre de confianza de Moreno. González vivió con

Santucho durante más de un mes: “Lo conocí poco después de que Bengochea volara por los aires en la calle Posadas. Habíamos tenido numerosas reuniones políticas que dieron como resultado los acuerdos del FRIP con Palabra Obrera, organización de la cual fui fundador. Al poco tiempo, durante 1964, me instalé en Tucumán para retomar los contactos sindicales que teníamos en los ingenios, sobre todo en el Santa Ana y el Fronterita, y allí conviví durante un mes con Santucho. Su casa era humilde, digamos que precaria. Vieja, de tres o cuatro cuartos, e inhóspita. Teníamos una motoneta destartada, y solíamos ir al ingenio Santa Lucía en medio de los calores intensos, y sin un peso en el bolsillo. Recuerdo, y ése era Robi, que nos fuimos a un bodegón y él pidió un sifón de soda para los dos. Santucho era capaz de vivir en condiciones miserables, casi no le importaba su atención personal. La gente solía verlo como a uno de los suyos, era simpático y populista. Más allá de las diferencias políticas que más tarde nos dividirán, para mí nunca fue un gran político, sino un tipo de mucho coraje y enorme voluntad. Una vez hubo una huelga de transportes, y yo decía que sólo si la gente ayudaba se podían hacer los piquetes para detener el tránsito. Pero Robi no estuvo de acuerdo, y organizó el piquete con los militantes, o posiblemente fue él solo. Era voluntarista, también en el sentido marxista del término, dispuesto a hacer cualquier tipo de sacrificio individual, e impaciente. En esa época habían cerrado diez ingenios azucareros, y creo que Robi expresaba la desesperación de los sectores bajos de la clase media, fundamentalmente del Norte argentino, y en particular de Santiago del Estero: un lugar sin salida, y con su economía y movimiento obrero ya desarticulados.

”Influido por sus hermanos, de tendencia nacionalista e indigenista, Santucho se acerca al trotskismo un poco deslumbrado por la solidez intelectual de Hugo (Nahuel Moreno) cuando regresa de Cuba: es decir, acepta que lo fundamental en cualquier proceso revolucionario en nuestro país es el movimiento obrero y no el proletariado rural como pensaba. Mi respeto por Santucho era por su voluntad de avanzar pero con una concepción que luego se convirtió en lo opuesto de lo que él quería”.^[48]

A medida que Santucho se entregaba más y más a la actividad política semiclandestina, las dificultades económicas de la familia crecían. Su esposa y las tres chiquitas —puesto que ya había nacido Gabriela, su tercera y última hija con Ana Villarreal— se mudaron a la casa de los Santucho en Santiago del Estero, donde Sayo comenzó a dictar cursos en la Academia de Artes. En esta época comienza la prolongada separación de la pareja. Santucho no sólo viajaba frecuentemente hacia Buenos Aires para entrevistarse con las huestes de Moreno, sino que continuaba con sus tareas entre los cañeros. Hacia mediados de año había organizado una escuela para los hijos de los zafreros, e incluso una improvisada academia de dactilografía.

Sus primeras incursiones políticas a Buenos Aires le traen sentimientos contradictorios. La ciudad era “el monstruo informe de siempre”. Por un lado, le molestaba la locuacidad pretenciosa de su gente, que contrastaba con su carácter reservado, casi indio. Por otro, lo conmovían los contactos con los obreros industriales, “el otro Buenos Aires que apoyaría la revolución, el germen de una poderosa organización revolucionaria”. Estos acercamientos, empero, no le habían modificado su tesis de que era más importante conquistar la conciencia de los trabajadores norteros que la de los

capitalinos.[49] Pedro Cázes Camarero, entonces un destacado militante de Palabra Obrera, y más tarde director de las publicaciones del PRT-ERP, fue testigo de esos viajes de Santucho a Buenos Aires:

“La primera vez que lo vi fue debajo de un puente viejo de La Boca, en 1964, en la época de los acuerdos FRIP-Palabra Obrera. En ese tiempo Robi sacaba un periodiquito llamado Norte Revolucionario, la mitad en quechua y la otra en español. Hacían hincapié en el carácter indoamericano de la revolución en la Argentina que a nosotros nos parecía, desde Buenos Aires, de un exotismo estrafalario. Durante el invierno del '64, Robi vino a Buenos Aires y en ese momento se estaban produciendo grandes movilizaciones a raíz de la huelga general de la CGT.

”Debajo del puente viejo de La Boca había unas casetas que parecían sacadas del medioevo, con paredes de piedra y cemento, y pegajosas de petróleo. Un lugar inhóspito y con un frío terrible. Era bastante flaco entonces, morocho, narigón, con pinta de indio y zezeaba. Era poco conocido, pero la gente de Palabra Obrera lo trajo a esa reunión en la que estábamos con obreros portuarios. Fue una charla rara porque él hablaba de organizar a la gente y nosotros de volanteo y pintar paredes. Era un estilo un poco diferente, el nuestro era un estilo bien trotsko. Él ya en esa época tenía un discurso político bastante elaborado y se conducía permanentemente con una gran seguridad, dando siempre la impresión de controlar la situación, de ser un jefe.

”Quizá lo más cargado de Robi era su posición: una rara combinación de federalista, muy crispada, muy del interior, con mucha desconfianza y hasta hostilidad hacia la gente de la Capital, y al mismo tiempo una interpretación de tipo unitaria y liberal de la historia argentina que nunca se entendió bien cómo se podían entrelazar seriamente. Al parecer Santucho cambió, porque inicialmente decía que era un nacionalista de izquierda, muy ladeado hacia el revisionismo. Yo creo que en esa voltereta hubo una fuerte influencia de la izquierda liberal, porque Santucho tenía predisposición a interpretar el peronismo como una suerte de fastidio, de desgracia, y aun aquellos que planteaban la cuestión del entrismo como una táctica, veían al peronismo como un incordio que no había más que aguantarse.

”Santucho, en realidad, nunca entendió ese fenómeno. Desde el punto de vista sociológico, el análisis de Milcíades Peña —que influyó en su formación histórica— era bastante riguroso, pero desde el punto de vista de la interpretación, como fenómeno histórico-social, tenía la orfandad política que después caracterizó al PRT. No había un análisis político, había un análisis sociológico que reemplazaba al político. No se hablaba de política, sino de la ‘burguesía’, ‘el proletariado’ en categorías abstractas porque no existe la burguesía en general, o el proletariado en general. Santucho había combinado una lectura más metódica, más seria que la de la mayoría de los militantes de esa época, con una enorme capacidad para generar política autónomamente. Pero entre los planteos estratégicos de largo plazo y

los más inmediatos no tenía nada. Y el vacío era llenado por ese análisis general, sociológico, que soslayaba la necesidad de tener política para las condiciones concretas de la Argentina.

”Santucho estaba influido, sin duda, por Wright Mills y Milcíades Peña, además de los clásicos del marxismo y del revisionismo. Y esto lo influye al punto de sacar la conclusión: ‘Estudia tu pueblo y conocerás el mundo’.

”Pero el pueblo de Santucho (el santiagueño) era un pueblo muy poco representativo estadísticamente, y marchaba hacia la desintegración social, hacia la marginación. El proletariado azucarero y quebrachero fueron los sectores que Santucho usó de paradigma de las clases explotadas, y si bien es cierto que la reestructuración del capitalismo argentino llevaba a la creación de situaciones explosivas, también es cierto que la dinámica de la lucha de las clases no pasaba por esos sectores, y que había otros que tenían un dinamismo mucho mayor y un protagonismo político potencial más elevado. En realidad, la vida política de Robi es un sucesivo descubrimiento de sectores: primero los trabajadores azucareros, después de mayo del ’69 el romance con los cordobeses. Pero nunca hubo un proceso de síntesis, bajo la forma de una experiencia nacional. Y por otra parte persistió, toda su vida, en una pertinaz desconfianza hacia la gran ciudad, con sus luces y sus vicios, y hacia los intelectuales marxistas, a los que acusaba de pequeñoburgueses y que, según él, eran incapaces de tener un pensamiento político propio. Él generaba políticas que no tenían demasiada relación entre lo inmediato y lo mediato. Así, una de la grandes fallas con que nació la organización fue ésa. Ante cada circunstancia no tenía política: reaccionaba por atajos, y el lanzamiento de la guerrilla fue sólo un gesto. En esto consistía el déficit del PRT; pero sucedió que el protagonismo de Santucho fue grande en esos años porque la otra alternativa, el discurso oportunista y reformista de la derecha, de Moreno, tampoco era una política, aunque por lo menos era un remedo de política que daba cierta respuesta a los problemas. En el caso de Santucho esos problemas no eran negados, por supuesto, sino que eran soslayados por la fuga hacia delante, lo que significaba generar hechos para reemplazar al discurso. Acción, más acción. Ésa era su obsesión. Y también su seducción.”[\[50\]](#)

Los nuevos horizontes políticos capturaban a Santucho como una pasión desmesurada. Tal vez por ello no sólo sentía una potencia desconocida sino también culpa por el abandono de su familia. El 1º de agosto de 1964, en una de sus cartas desde Buenos Aires a Santiago del Estero revelaba: “Sayito, mi amor: (...) Anoche te soñé. Estabas llorando como si tuvieras algún problema en casa. Eso me preocupa. Ojalá andés bien. Me alegraría enormemente recibir noticias tuyas. Con Palabra Obrera nos va bien. He estado en una reunión de base con los tipos, muy buena. Tienen intensa actividad entre la clase obrera. El martes tenemos una reunión con la dirección de ellos para resolver todos los problemas y arreglar detalles. Estoy muy contento, especialmente porque he encontrado a

los muchachos de aquí con un nivel muy bueno, con un trabajo sobre la clase obrera que los ha endurecido, que los ha llevado a posiciones revolucionarias mucho más serias y más profundas, y me he encontrado que han sabido afrontar el trabajo con gran responsabilidad. Las perspectivas que se abren son realmente extraordinarias. Pienso en el FRIP y me doy cuenta que tenemos un grupo realmente revolucionario, que tenemos que fortalecer pero que será capaz de afrontar la tarea próxima con responsabilidad y eficacia (...) Tengo siempre tu fotografía conmigo; te miro continuamente y me hago la ilusión de tenerte entre mis brazos. Te siento muy cerca y me emociono al pensar el hermoso camino que recorreremos, que ya estamos recorriendo juntos. Te digo nuevamente que en todo esto tu papel es también principalísimo. Muy duro, sacrificado, difícil. Pero es el verdadero, el único. Y estoy seguro que lo recorreremos juntos. Muchos besos a las chiquitas que las tengo siempre en mi memoria. Te abraza y te besa. Robi”.[51]

No es improbable que durante ese año, en los largos viajes en tren, Santucho haya escrito su primer pequeño ensayo Cuatro tesis sobre el Norte argentino, un intento por sistematizar sus ideas. Lo novedoso del documento, que repite concepciones ya arraigadas en el FRIP, es que por primera vez llama a formular “una estrategia de toma del poder político” para derrocar a la que considera “la clase enemiga” por excelencia: “la oligarquía y la gran burguesía azucarera dueñas de los ingenios y del 75% de las tierras, a pesar de ser el 5% de la población los propietarios de las mismas, y al imperialismo aliado a ella en comercios e industrias”. Intuye, también, que la cuestión del poder político es una articulación de alianzas sociales, aunque muy generales y abstractas, sin precisión de sus representaciones partidarias. Por el momento, no hacía alusión alguna a la violencia como vía esencial para el asalto al poder, aunque la justificaba como respuesta de los trabajadores ante la represión y la proscripción.[52]

El conjunto de la izquierda tradicional no era ajena al problema. Apenas iniciado 1965, y en medio de un progresivo aislamiento del gobierno de Illia, que pese a una gestión respetuosa de las libertades públicas no lograba controlar la radicalización del movimiento obrero y la presión militar, el PC sufrió la primera escisión de un grupo denominado Vanguardia Revolucionaria (VR), integrado entre otros por Juan Carlos Portantiero, José Aricó, Roberto Quieto y Marcos Osatinsky. Estos dos últimos fundarán el Ejército de Liberación Nacional (ELN), grupo destinado a apoyar al Che en Bolivia, una expedición que fracasa y culminará con la formación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Los socialistas no eran extraños a este proceso de cariocinesis: de ellos surgió un pequeño núcleo maoísta conocido como Vanguardia Comunista (VC, que se alineaba con China en sus críticas a la URSS y hacia 1968 pensó en instalar un campamento guerrillero —que nunca prosperó— en el Norte argentino). La escalada norteamericana en Vietnam y el desembarco de marines en Santo Domingo reforzaron en la nueva izquierda su enemistad jurada “con el imperialismo” y la necesidad de que éste fuera “enfrentado continentalmente”.

La experiencia trágica de Bengochea había alejado temporariamente la discusión sobre la violencia del frente FRIP-Palabra Obrera. Es más, Santucho parecía convencido de que el foquismo era una ruta segura a la derrota, y estaba dispuesto a presentar batalla política fuera de la intransigencia —no ya de la marginalidad, puesto que esa parecía ser la condición de la vida política nacional por la proscripción del peronismo— en la que se había desenvuelto. ¿Qué lo llevó, años

más tarde, a violar esta convicción?

Ese año 1965, por primera vez en su historia, Santucho se entusiasmó con una contienda electoral. En las elecciones para la renovación parlamentaria en Tucumán, realizó un acuerdo con el peronista Francisco Riera, posteriormente gobernador de la provincia entre 1983-1987, entonces líder de Acción Provinciana (AP). Apoyada por la FOTIA, y presentando candidaturas obreras, AP fue la fuerza mayoritaria en la provincia imponiéndose sobre el radicalismo y el peronismo ortodoxo con el 32,4 % de los votos. Obtuvo ocho diputados, seis provinciales —entre ellos el dirigente del ingenio San José y de Palabra Obrera, Leandro Fote— y dos nacionales: Riera y Benito Romano, también simpatizante del FRIP. Este gobierno de características populares, sin embargo, fue efímero. Sucumbió, catorce meses después, cuando las FF.AA. derrocaron al gobierno constitucional de Illia.

Lo único que parecía enturbiar la felicidad de Santucho en esos días no eran las dificultades políticas. Varias cartas dan cuenta de la angustia que le producía la separación de su familia. Veía poquísimo a Sayo y a sus hijas y en febrero había tenido que excusarse de asistir a la graduación de su hermano Julio que comenzaba su carrera de seminarista en Córdoba. En una carta breve, lo felicitaba por la decisión pero hacía, también, algunas reflexiones que muestran la mirada que Santucho tenía sobre sí mismo:

“Desde aquí puedo felicitarte en este día tan importante para vos y comunicarte que a pesar de la opinión que tengo de la Iglesia encuentro positiva tu actitud porque sé que piensas entregarte a la Humanidad, que consideras que de esa manera, con sacrificio, sin contemplar tu problema personal, podrás ayudar a que las cosas mejoren para los hombres y servirás a Dios (...) Estoy convencido como te lo dijera ya personalmente que los verdaderos imitadores, seguidores de Cristo, hoy en día somos los revolucionarios, los que entregamos la vida por una sociedad justa, sin explotadores ni explotados, sin fetiches. Los que desenmascaramos diariamente la falsedad y la injusticia, los que estamos preparando una sociedad nueva (...) Supongo que no te gustará esta carta, pero me es imposible hablarte de otras cosas. Finalmente quiero hablarte del futuro. Dentro de lo que te estoy hablando, es decir viendo las cosas desde la situación de la clase obrera y demás, creo muy importante para tu futuro saber qué camino elegir desde ya. Porque si sigues una carrera burocrática que te permita ascender dentro de la Iglesia, convertirte en profesor o alguna cosa así, será mucho más difícil que llegues a entender las cosas. En ese sentido, pienso —abusando de tu paciencia— que es de una importancia inmensa que desde ya tengas un contacto lo más estrecho posible con los trabajadores. Muchos besos y felicidades te deseo, lo mismo que mi Sayito y mis chiquitas. Robi”.^[53]

Había sido tal el éxito de los acuerdos FRIP-Palabra Obrera que se aceleró el congreso de fusión de ambas organizaciones. El 23 de mayo de 1965, Santucho llegó a Buenos Aires decidido a aceptar todos los costos de la nueva alianza. Sabía que el trotskismo como ideología de la nueva agrupación no era bien vista por sus compañeros del FRIP, pero hacía el siguiente cálculo político: eran mayores las ventajas que las incomodidades de depender de un centro externo como la IV Internacional —

liderada por la Liga Comunista Francesa (LCF) a la cabeza de la cual estaba el teórico marxista Ernest Mandel— puesto que a partir de ese momento se podría extender hacia el sector industrial más dinámico del país. En la mañana del 25 de mayo, finalmente, un centenar de miembros de ambas organizaciones sesionaron en el Sindicato de Peluqueros del barrio de Once, para fundar el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Fue el primer congreso el que aprobó como sus documentos históricos las Cuatro tesis sobre el Norte argentino, de Santucho, y un texto de Moreno, elogioso sobre Cuba, luego incorporado a su libro *La revolución latinoamericana*, en el que justificaba la táctica guerrillera. A partir de entonces, el PRT tendría una organización celular, clandestina, y un periódico partidario, mimeografiado, bautizado como *La Verdad*. Moreno fue electo secretario general y Santucho miembro del comité central, asignado naturalmente a la dirección política de todo el Noroeste, con sede en Tucumán.

Para Palabra Obrera no había sido difícil olvidar sus simpatías por el populismo. El peronismo estaba fragmentado en numerosos grupos, y Augusto Timoteo Vandor, apodado “El lobo” —el líder metalúrgico al que calificaban de “burócrata y propatronal”— aspiraba a disputarle el liderazgo a Perón, quien en octubre envió a María Estela Martínez de Perón “Isabel” a recomponer la unidad y reafirmar su jefatura. La situación de Illia era cada vez más comprometida. Hacia fines de año, el teniente general Juan Carlos Onganía fue pasado a retiro como comandante en jefe del Ejército por las presiones sobre el gobierno. El golpe militar de 1966 estaba en marcha, y Santucho volvió a Tucumán convencido de que había que prepararse para lo peor.

La ley del machete

(1966-1968)

—Te van a cagar a tiros si no te arrastras bien —dijo Antonio del Carmen Fernández.

—Si nosotros no vemos, ellos tampoco —contestó Santucho.

El diálogo se confundía con el concierto de los grillos. Ambos reptaban en el cerco del ingenio San José y la maloja reseca crujía. Era la madrugada oscura y agobiante del 13 de enero de 1967.

—Mejor nos abrimos... Y cuando tire la primera mola (molotov) corrí hacia la tranquera, negrito —ordenó Santucho.

Minutos después, el incendio devoraba el cañaveral, propiedad de la familia Frías Silva. Se había anunciado el cierre de once ingenios azucareros y la FOTIA había dispuesto un plan de lucha a partir de diciembre de 1966. La anécdota fue transmitida por Santucho a sus compañeros días después, en una reunión en la Universidad de Tucumán. Dadas las circunstancias, el episodio no parecía tener nada de excepcional.

El 1° de enero de 1967, Santucho había escrito a su hermano Julio, que ya estudiaba teología en el Monasterio de Pollo en España, sus impresiones sobre el clima político que lo rodeaba:

“Querido Julito, en la gratísima compañía de parte de la familia te hago llegar estas líneas que son las primeras que te escribo desde que viajaras. Nuestra vida aquí se desenvuelve muy velozmente. Como habrás visto en los diarios, estamos viviendo una situación prerrevolucionaria en Tucumán, que no tiene perspectivas de convertirse en una salida para la clase obrera, en una salida revolucionaria, porque se da en forma aislada, en una provincia que representa sólo el 5% de la población del país, pero sí significará un ejemplo para toda la clase obrera argentina, significará un colosal aprendizaje para el proletariado azucarero y para nosotros, su dirección política. Por problemas prácticos insuperables no pude viajar como debía a un congreso en Alemania Occidental y perdí en consecuencia la oportunidad de visitarte. La Sayo y las chiquitas te mandan besos y cariños, andan perfectamente, a pesar de la tos convulsa de las tres chiquitas. La Anita y la Gringa (Marcela) entrarán el año que viene al jardín de infantes. Ahora que tengo tu dirección te escribiré seguido. Espero también cartas tuyas a Isabel la Católica 1330, Tucumán. Fraternalmente, Robi”. Santucho reconocía el aislamiento de los cañeros pero parecía empeñado en que esa chispa se generalizara a todo el país. Entonces sí se marcharía hacia un asalto al poder. Por lo menos, al

definir la situación como “prerrevolucionaria” lo que quería decir, según los clásicos marxistas, era que estaban dadas todas las condiciones socioeconómicas para un proceso revolucionario pero que faltaba una organización política (la vanguardia) que dirigiera a la gente.

También creía que esa utopía no era sólo cuestión de tiempo, que no se produciría por el devenir espontáneo de las escaramuzas sindicales —como pensaba buena parte de sus contemporáneos trotskistas, socialistas y comunistas— sino por una mayor politización de la lucha obrera. Todas las teorías a las que adhería, y cada uno de los hombres con los que se identificaba lo estimulaban a modelarse a sí mismo como un paradigma, a enseñar el camino a los demás. Considerarse en esos años “la dirección política de los trabajadores” era, al menos, una desmesura. El PRT era un grupo marginal de la política nacional, que aún transcurría por las turbulentas y anchas aguas del peronismo, cuyo papel resistente se había diluido. La democracia había sido triturada con las orugas de tanques de guerra, y en el horizonte todavía se escuchaba el “desensillar hasta que aclare” de Juan Perón.

El PRT calificó al general Onganía como “bonapartista” —caracterización que también había empleado para Perón, por su jefatura supraclasista y corporativista— y al régimen nacido el 28 de julio de 1966 como una “dictadura pro-imperialista”. Las FF.AA. habían cargado sobre el jaqueado gobierno radical con la excusa de combatir la inflación (el 6,7% anual), el desorden (las huelgas y manifestaciones), la corrupción y la ineficiencia. Impusieron una dictadura cuyo principal fantasma era el avance del peronismo y la izquierda contestatarios, y cuyo objetivo era reconvertir la economía argentina. En asociación con el capital extranjero, principalmente norteamericano, se absorbería a la industria básica y de sustitución de importaciones, al tiempo que se sepultaría la industria obsoleta. En los directorios de las empresas, la crónica periodística encontraba a oficiales del Ejército en un entrelazamiento entre poder económico y poder militar que no se conocía desde fines del siglo XIX. El cuartelazo había contado con el beneplácito de una parte de la población, pero el apoyo más singular provino de Vandor, ya abiertamente enfrentado con Perón y con sectores combativos del movimiento obrero. Las universidades fueron intervenidas a golpes de bastón y el estudiante Santiago Pampillón, en Córdoba, fue la primera víctima baleada por la policía. Los poderes republicanos fueron disueltos y se prohibió toda actividad política. La proscripción del peronismo se ampliaba a todos los partidos y ciudadanos. Como en 1930, el poder del Estado se sostenía sobre las bayonetas. El trípode del régimen —hacia fines del ’66— se basó en el triángulo ajuste económico-represión policial-alineamiento con EE.UU. en la Guerra Fría. Los ministros encargados de cada ángulo fueron, a propuesta de las FF.AA., el empresario Adalbert Krieger Vasena, el integrista Guillermo Borda, y Álvaro Alsogaray como embajador en EE.UU. La violencia estatal había llegado para quedarse, pero no por veinte años como había dicho Onganía.[54]

“El staff de Onganía era el producto de la convergencia de dos corrientes: una, representada por el gran industrial y financista Krieger Vasena, ligado a los intereses norteamericanos a través del pool DELTEC, con base en las Bahamas y fuertes inversiones en la industria frigorífica argentina. El grupo Krieger Vasena, autodenominado ‘eficientista’, colocaba en el centro de su teoría el llamado sistema de economías de escala y sostenía que las nuevas

relaciones económicas obligaban a la Argentina a incorporarse a las exportaciones de productos industriales sofisticados. Otra, representada por hombres provenientes del Ateneo de la República, un club de políticos nacionalistas vinculados al Opus Dei español, se encargó de la ‘política’. Su principal representante fue el ministro del Interior, Borda. El objetivo central del equipo político consistía en articular un Estado autoritario de tipo corporativo. Se caracterizó por las medidas represivas: se dictaron leyes de ‘seguridad nacional’, se implantó la pena de muerte contra ‘los subversivos marxistas’, fueron intervenidas las universidades estatales, imponiéndose una política educativa limitada, irracional y fascistoide, y fueron encarcelados desde marxistas hasta liberales progresistas. Todo ello bajo la seudolegalidad de un ‘estatuto’ que suspendió en los hechos la vigencia de la Constitución Nacional, dando plenos poderes a la dictadura militar. En el plano internacional, el equipo de Onganía, comandado por el ministro Nicanor Costa Méndez, hizo del anticomunismo y de la llamada ‘doctrina de las fronteras ideológicas’ el eje de la política exterior (...) Era una política reaccionaria en toda la línea. Inevitablemente tenía que fracasar y el fracaso comenzó por la economía. La política económica del equipo de Krieger Vasena puede resumirse así: tratar de que la Argentina —país de industrialización media— se convirtiese en exportadora de productos industriales mediante la importación de insumos intermedios de menor costo que los nacionales, facilitando las inversiones extranjeras, centralizando el crédito y suprimiendo las trabas arancelarias a las exportaciones para que la economía funcionase a costos internacionalmente competitivos. Para ello se devaluó el peso y se aplicaron retenciones a los productos tradicionales de exportación, a fin de evitar su encarecimiento en el mercado interno y poder así mantener el congelamiento de los salarios. Pero las únicas empresas industriales en condiciones de exportar eran las pertenecientes al capital extranjero (principalmente norteamericanas) que no impulsaron las exportaciones por no encuadrar en los intereses de las multinacionales. Hubo un par de años de expansión: en 1967-1968 el PBI se incrementó en un 6,2% anual. No obstante, en 1969 el ritmo de crecimiento bajó al 4,1%. Como resultado de ello comenzaron a aumentar rápidamente los precios internos, mientras los salarios continuaban congelados y crecía el descontento en el campo por la política de retenciones y las restricciones crediticias. A ello se sumó el descontento de gran parte de la burguesía industrial nacional media, que protestaba por la estrechez del mercado interno y el alto costo del dólar para importación de equipos. El fracaso de la política económica se extendió al plano político y cultural. A principios de 1969 el país parecía un polvorín seco”.[\[55\]](#)

* * *

Inmediatamente después del golpe del '66, Santucho promovió la transformación del MIECE en Frente de Estudiantes Programáticos de Ciencias Económicas, en coordinación con el resto del

movimiento universitario del país. Era la flamante denominación de las agrupaciones estudiantiles del PRT. En las nuevas condiciones de proscripción masiva, los partidos políticos tradicionales se reunían clandestinamente, y la acción política era un riesgo para la vida y la libertad. Las juventudes de todas las fuerzas políticas comenzaron un proceso de radicalización antidictatorial, fundamentalmente en las universidades, que en el primer trimestre de 1967 confluyó con el comienzo de una agitación obrera creciente. El vandorismo —o participacionismo— se resquebrajaba; la política de “golpear y negociar” no daba resultado. La dictadura había retirado en marzo de 1967 la personería gremial a los siete sindicatos de punta, intentando socavar las bases económicas de la CGT al anular la cuota sindical obligatoria. A partir de mediados de 1967 comenzó, entonces, un reagrupamiento del sindicalismo “combativo” que culminará el 28 de marzo de 1968 con la elección, en un agitado congreso, del gráfico Raimundo Ongaro como secretario general de la denominada CGT de los Argentinos, y con el jaque de los trabajadores al régimen oscurantista de Onganía. El PRT vio en ella el germen del “partido revolucionario”. Santucho tildó, años más tarde, a esta concepción de “oportunismo” y “economicismo burdo”. Una cosa era la conciencia política y otra muy distinta la lucha por el salario. En realidad, pensaba que se trataba de una excusa para renunciar a formar “el destacamento de vanguardia de la revolución”.

Santucho se distanciaba así no sólo del evolucionismo de la izquierda ortodoxa que sostenía que el cambio revolucionario se daría por etapas de diversos grados de acumulación de fuerzas, y confiaba en la lucha política pacífica y parlamentaria, sino también de la creencia que tenían los trotskistas de que en cada sindicato germinaba un soviet. ¿Comenzaba a pensar que el sindicato era un lugar para reclutar luchadores, y que el asalto al poder no dependía de un complejo juego político, sino de un choque decisivo de fuerzas conducidas por un grupo de hombres de acero?

El cierre de once ingenios azucareros en Tucumán suponía la destrucción de la economía regional y provincial. De ellos dependían el 80% de los pobladores económicamente activos, y el 75% del PBI de la provincia. La desesperación social, sumada a las ya difíciles condiciones de atraso, se expresó en las manifestaciones de protesta a las que convocó la FOTIA. El 12 de enero de 1967, Santucho participó de la columna de obreros del ingenio San José que marchaban, junto con otros, y debían concentrarse en el ingenio Santa Lucía, en el pueblo de Bella Vista. Poco antes de las 17, hora en que debía iniciarse el mitin, la policía detuvo a varias personas como gesto intimidatorio. Minutos después comenzó una violenta refriega. Intervino la Guardia de Infantería y los activistas del sindicato del ingenio San José lanzaron bombas incendiarias contra ellos. La policía disparó, entonces, contra la multitud integrada en su mayoría por mujeres y niños. En el desbande quedó el cuerpo muerto de Hilda Guerrero de Molina. La multitud, enardecida, cargó nuevamente contra las fuerzas represivas, obligándolas a refugiarse en el local policial. Bella Vista quedó, por horas, en manos de la gente. La sangre derramada enardeció más a los cañeros y el día siguiente Santucho escuchó de los obreros reiterados pedidos de que se consiguieran “ametralladoras para ir a la lucha a muerte contra la dictadura”.^[56]

En junio de 1970, Santucho escribirá el significado que tuvo ese episodio trágico entre los cañaverales. “El planteo de la lucha armada irrumpe en el PRT no a través de estudiantes e intelectuales revolucionarios influidos por la experiencia de otros países. Surge de la experiencia

directa de las masas obreras argentinas y es incorporado al partido por su vanguardia, que ha recorrido previamente el camino de la lucha pacífica, que ha comenzado por huelgas corrientes, por la participación en elecciones, que ha pasado a la ocupación de fábricas con rehenes, a las manifestaciones callejeras violentas, hasta que, cerradas todas las posibilidades legales con la asunción de Onganía, se orienta correctamente hacia la guerra revolucionaria”.^[57]

Si hasta fines de 1966 Santucho no había formulado la inevitabilidad de la violencia como estrategia política —aceptada como “autodefensa frente a la represión policial y patronal”—, inmediatamente luego de las huelgas de la industria azucarera comenzó a cambiar de opinión. En los meses posteriores participó en acciones de sabotaje: incendio de cañaverales, talado de campos de gladiolos del ingenio San José; y en la instrucción militar (preparación de explosivos, manejo de armas, impresión clandestina de propaganda antidictatorial e instrucciones para la conspiración clandestina) de grupos de obreros y estudiantes tucumanos y santiagueños.

Siempre atento a curar los efectos de la crisis socioeconómica y política con el filo de la espada, el gobierno se empeñaba en sostener que ella era producto de “un grupo de agitadores, subversivos y extranjerizantes”. En consecuencia, aceptaba a sus servicios de inteligencia para detectarlos. El 27 de febrero de 1967, una comisión de la Policía Federal realizó una redada en la Villa Marcos Paz de San Miguel de Tucumán, para detener a “una célula terrorista” que preparaba la “agitación obrera” —como después se informó en el diario local La Gaceta del 2 de marzo— para el paro del 28 de febrero decretado por la CGT nacional. Santucho es detenido, procesado y encarcelado en la prisión de Villa Urquiza por 24 días. Esta vez no podrá evitar que la familia se entere ya que fue allanado el estudio jurídico-contable que su padre y sus hermanos tenían en el centro de la ciudad.

En la carta dirigida a su hermano Julio desde Santiago del Estero el 13 de abril, se refiere a la relativa estabilidad que Onganía había logrado imponer en los primeros meses de su gobierno, pero también a que estaban incubándose violentos enfrentamientos políticos. “...Mi libertad bajo fianza se produjo el día anterior al paro que realizó la CGT nacional. Fue tan breve porque la legislación común está aún en vigencia en el país, y no está penada aún la militancia en organizaciones de izquierda. De manera que la Federal que me detuvo, y que confiaba en el establecimiento del Estado de Sitio, que se considera inminente, pero que no se aplicó por la claudicación de la dirección cegetista, tuvo que pasarme a la justicia ordinaria. La situación en el país se caracteriza por una creciente y hasta ahora exitosa ofensiva del gobierno y de los sectores burgueses monopolistas —tanto nacionales como proimperialistas e imperialistas— contra la clase obrera y la pequeña burguesía que sufren una notoria disminución de su nivel de vida, despidos masivos y superexplotación. El gobierno, por otra parte, ha logrado una estabilización relativa merced a su triunfo frente a la CGT, pero se hacen ya inminentes nuevos enfrentamientos entre las distintas alas burguesas que venían apoyando a la dictadura. El movimiento obrero se encuentra en un pronunciado retroceso, lo que hace prever que a pesar del odio generalizado a la dictadura, los próximos meses no se producirán luchas obreras de conjunto, se aquietarán los conflictos, y que los obreros y la clase media tenderán a orientarse a una oposición política y de acciones violentas aisladas...”

En medio de sus preocupaciones políticas, Santucho seguía interesado en que su hermano ejerciera el sacerdocio al servicio de los pobres. Con cierta impaciencia, y un tono diferente al

mantenido epistolarmente, lo conmina a definirse en favor del proceso de democratización que se vivía en la España franquista. “...Estuvo junto conmigo un muchacho católico, obrero portuario, miembro de Cristianismo y Revolución, que fue detenido por terrorista. Ya habrás visto en los diarios. Con la corriente de ellos, que se orienta claramente hacia posiciones similares a las nuestras, tenemos buenas relaciones. Hay algunos curas, y se destaca un muchacho parecido físicamente a vos, que está a un año de recibirse de cura y estuvo militando en la huelga portuaria. Se hizo muy amigo mío durante los dos meses que estuvo en Tucumán. En él se nota, se personifica, el conflicto entre la Iglesia actual, entre el cristianismo y la dinámica de la lucha de clases en nuestra época. Su militancia en el movimiento obrero lo lleva a adoptar posiciones radicales, a ser un marxista revolucionario, pero aún permanece atado a la ideología religiosa, y al prejuicio institucional eclesial.

”Quisiera que me cuentes algo de España. No bien aflojó, dio un cierto respiro la dictadura, el movimiento obrero y el estudiantado están poniendo en evidencia el otro rostro de España. El rostro revolucionario que durante años corrió silencioso bajo el Estado Policial, por las catacumbas del movimiento obrero y estudiantil, hoy renace con tremenda fuerza y obliga violentamente al español medio, apolítico, indiferente, a tomar partido y jugarse en la lucha diaria, concreta. Tu obligación también es definirte, sin importar que seas argentino. La revolución española tiene una rica tradición internacionalista. Las chiquitas están muy bien, sanitas. La Anita está ahora en Santiago donde cursa primer grado. La Sayo también está perfectamente. Cariñosamente, Robi”.

Para los viejos dirigentes políticos acostumbrados a la legalidad y a la negociación, el cambio en la calidad del enfrentamiento político que se avecinaba tampoco pasaba inadvertido. Había informes policiales sobre la constitución del ELN, integrado por disidentes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) y del PC, que preparaban sus mochilas y armas para confluir con el Che en Bolivia. No llegarán a concretar su propósito porque el fusilamiento de Guevara por las patrullas de Rangers de las FF.AA. bolivianas, el 8 de octubre, los sorprenderá aún en los preparativos de la partida. Querían cumplir con la última consigna del Che, difundida entre los jóvenes rebeldes: “Crear uno, dos, tres Vietnam en América latina, para enfrentar al imperialismo, donde quiera que esté”.^[58]

En el peronismo, en reducidísimos grupos se sabía de la creación de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), integradas fundamentalmente por miembros de la Juventud Peronista (JP). A su vez, los comunistas sufrían la escisión más importante de sus cincuenta años de historia. La Federación Juvenil Comunista (FJC), y algunas regionales, habían constituido el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (CNRR), luego llamado Partido Comunista Revolucionario (PCR), cuya obsesión era la lucha contra el pacifismo y reformismo del viejo tronco comunista dirigido por Victorio Codovilla, y la aceptación de la vía armada para la toma del poder.

Torrevieja, 9 de junio de 1942.

Querido Felipe

Mil felicitaciones a tu cumpleaños.

Te envío una carta de enhorabuena a los doctores y una copia para él en tus manos. Supongo que habrás recibido.

Espero que los amigos perfectamente bien se estén pasando un momento en tus manos. Los días anteriores a los que se ha experimentado gran cambio a lo que vivimos y a lo que se hace. Pero no sé si me doy cuenta de lo que está pasando en los momentos difíciles. Espero que hayas podido pasar un momento en tu tiempo libre. Si quieres, puedes venir a verme y hablar de todas las cosas. Espero que puedas pasar un momento en tu tiempo libre. Si quieres, puedes venir a verme y hablar de todas las cosas.

Espero que los amigos perfectamente bien se estén pasando un momento en tus manos.

Con mucho gusto se lo envío a que sea a lo largo de la vida. Me encantaría que se pudiera hacer una experiencia y que se pudiera hacer una experiencia y que se pudiera hacer una experiencia.

Espero que los amigos perfectamente bien se estén pasando un momento en tus manos. Espero que los amigos perfectamente bien se estén pasando un momento en tus manos.

para dar la bienvenida a los amigos perfectamente bien se estén pasando un momento en tus manos.

Querido Felipe, espero que tengas un buen día. Te mando un abrazo fuerte.

Rob

Nada. Estoy haciendo un poco de trabajo. Si quieres, puedes venir a verme y hablar de todas las cosas.

El radicalismo no estaba exento de este furor. Luego del derrocamiento bochornoso de Illia, algunos jóvenes radicales se inclinaban por forzar la legalidad a tiros. No sólo los marxistas

tradicionales o los peronistas se habían sentido ultrajados por el golpe militar. Los radicales habían vuelto a sentir, como en 1930, la ignominia de ser arrastrados a punta de bayoneta por los pasillos de la Casa Rosada. A fines de 1968, en Setúbal, Santa Fe, los jóvenes radicales —entre ellos Luis Cáceres, Leopoldo Moreau y Federico Storani, quienes posteriormente formarán la Junta Coordinadora Nacional (JCN) del radicalismo, base política del Movimiento de Renovación y Cambio (MRC) que promovió a Raúl Ricardo Alfonsín al gobierno en 1983— se proponían renovar al radicalismo y dotarlo de “una dinámica revolucionaria que posibilite la estructuración de un partido de masas”. Además, se solidarizaban con la CGT de los Argentinos, denunciaban a la dictadura como “fascista” y “al imperialismo como agresor de América latina y de Vietnam”. En realidad, también se trataba de combatir a “los burócratas y electoraleros” como Ricardo Balbín, jefe indiscutido de la UCR.[59]

Durante esos días, el dirigente radical Raúl Borrás —ministro de Defensa del gobierno de Alfonsín entre 1983 y 1985— solía contar a sus correligionarios un episodio que tuvo singular importancia en la historia del PRT, y que ilustra la impotencia de muchos jóvenes radicales. “Benito José Urteaga fue uno de los jóvenes radicales que participó en la defensa de Illia en la casa de Gobierno, el 28 de julio de 1966. Había nacido en San Nicolás en octubre de 1945 y era hijo de Benito Florentino Urteaga, uno de nuestros principales dirigentes en la ciudad y uno de mis mejores amigos. Una tarde de marzo de 1967 nos encontramos en la confitería El Molino, frente al Congreso. Benito opinaba que había llegado la hora de organizar la resistencia armada contra el régimen militar. Traté de convencerlo de que no había que abandonar la lucha política, pero fue inútil. Decía que los militares sólo entendían el lenguaje de las armas. Unos meses después, creo, se integró al ERP en Rosario”. [60] Santucho aún no conocía a Urteaga pero, evidentemente, pensaban lo mismo. Con igual origen político familiar, ambos pertenecientes a la clase media acomodada, aunque con experiencias políticas diferentes, no tardarían en encontrarse.

A pesar de que se generalizaba la idea de la rebelión violenta, no todas las juventudes políticas tomaron el rumbo de la lucha armada. Si en el peronismo la idea rondaba desde la resistencia al golpe militar de 1955, y se acentuó a partir de 1967 con la creciente simpatía de Perón que desde el exilio veía en esta fuerza juvenil la primera y definitiva oportunidad de volver al país, en la nueva izquierda parecía ser un producto más complejo: una parte de los socialistas, trotskistas y comunistas la condenaron.[61]

La explosiva combinación de las ideas liberadoras que circulaban por América latina y el resto del Tercer Mundo, la cerrazón dogmática del marxismo ortodoxo mundial al que desechaba por anacrónico, el cerrojo político que imponía la dictadura y el estrecho contacto con un sector social tan levantisco y acosado como el de los trabajadores azucareros parecían empujar a Santucho a la tentación de desviar cada vez más esfuerzos de la política a la pólvora. La existencia de otras corrientes y propuestas indicaba que aquél no era el único camino que podía transitar la lucha contra el régimen de Onganía. Ni que fuera el más eficaz. Precisamente, esta cuestión era la que aún debía demostrarse.

El fusilamiento del Che en Bolivia estremeció a la izquierda, y particularmente a Santucho. La

tarde del 9 de octubre de 1967 en la que se difundió su muerte, reunió a algunos compañeros de ruta del ingenio San José y dijo:

—Era nuestro comandante, era el mejor... Ahora nos toca a nosotros seguir su ejemplo, recoger su fusil hasta vencer o morir por la revolución socialista en la Argentina.

Algunos sostienen que luego de este juramento Santucho mantuvo un mutismo tan terco que obligó a levantar esa reunión de duelo. Otros, que habló hasta la madrugada explicando que la mayor enseñanza de Guevara era “reafirmar el compromiso a muerte que los verdaderos revolucionarios tienen con sus ideas y sus pueblos”.

Antes de morir, el Che había escrito el Mensaje a la Tricontinental, un documento que junto con el diario boliviano era su testamento póstumo. Santucho había entendido el mensaje como un llamado ineludible al honor de los latinoamericanos que querían reafirmar la soberanía política y la justicia social, y como un alegato en favor del rol de los hombres en las transformaciones históricas, más allá de cuán difícil, larga y trágica fuera la tarea de derrotar al imperialismo. A mediados de julio de 1967, en La Habana se habían dado cita numerosos partidos e intelectuales latinoamericanos para asistir a la primera reunión de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), presididos por el senador socialista chileno Salvador Allende.

Por la Argentina participaron, entre otros, Cooke y Juan Carlos Coral, representante del socialismo argentino liderado por Alfredo L. Palacios. El documento que se difundió, conocido como la Declaración de la OLAS, plasmaba las ideas que corrían por la izquierda guevarista del continente y, muy particularmente, por la cabeza de Santucho. El PRT había adherido —con el acuerdo de Moreno— a esa declaración que establecía: “La lucha revolucionaria armada constituye la línea fundamental de la revolución en América latina...” Agregaba que la guerrilla “como embrión de los ejércitos de liberación, constituye el método más eficaz para iniciar y desarrollar la lucha revolucionaria en la mayoría de nuestros países”. La vía armada debía, además, considerarse como “inevitable” si efectivamente se deseaba triunfar en la lucha por el poder. A partir de ese momento, hacer o no la guerra de guerrillas se convertía en la única línea divisoria entre “los reformistas” y “los revolucionarios”. Una línea divisoria que subordinaba la política al poder de fuego.[62]

Las izquierdas, como Santucho, no pudieron razonar sobre la muerte del Che en términos políticos. La tremenda fuerza de Guevara, su fama de héroe romántico, cabal con sus ideas, nublaban cualquier análisis sobre el fracaso de su empresa. Teóricamente, Santucho no compartía el foquismo rural, pero el Che había hecho lo que él quería lograr: una revolución socialista como en Cuba; y promover la lucha unitaria de Latinoamérica contra “el imperialismo, enemigo común de nuestros pueblos”, aunque en esa cruzada se dejara la vida. Santucho atribuirá la muerte del Che —tal como se sostenía en esa época— al foquismo o a la traición del PC boliviano que lo abandonó. Jamás revisará públicamente esa concepción que no explicaba, sin duda, por qué los campesinos de la quebrada del Yuro nunca se plegaron a la empresa que los liberaría del yugo de la dictadura de René Barrientos. Ni si el fusil era, efectivamente, la clave para conquistar conciencias.

La consecuencia inmediata de la rebelión obrera en Tucumán y del fusilamiento del Che en Ñancahuazú fue la polémica que Santucho comenzó con Moreno, disputándole la dirección del PRT, sobre la necesidad de comenzar con la resistencia armada. En agosto de 1966 se había realizado

clandestinamente, dividido en pequeños grupos, el segundo congreso partidario. Santucho participó de las incómodas reuniones sociales que encubrían la actividad política en la confitería El Greco del barrio de Caballito —a su lado solía sentarse el poeta Luis Franco, con quien lo unirá una larga amistad— pero, tal como él suponía, el cónclave sirvió sólo para intercambiar ideas sobre el golpe militar y ajustar la organización a los nuevos tiempos.

Desde fines de 1967, los militantes tucumanos presionaban sobre Moreno y sus seguidores, bautizados como “morenistas”, para que el PRT se definiera sobre la cuestión militar. Entre otros argumentos, decían que no podían enfrentarse a un ejército sólo con piedras, machetes y cuchillos de pelar cañas. En una reunión del Comité Central —la máxima instancia política— realizada en La Plata en enero de 1968, Moreno se opuso nuevamente al inicio de la actividad guerrillera. El líder trotskista argumentó que el Che había sido derrotado porque su movimiento se basaba “en la clase media desesperada y los lumpenes. El mejor aporte que se le puede hacer a la revolución latinoamericana, aquí en la Argentina, es volcarse masivamente a la lucha sindical”. Y que dadas las condiciones de parálisis política, el PRT tenía que protegerse nadando en dicha actividad sindical. “La clase dirá. Ni nosotros ni los activistas somos quiénes para imponer una forma de organización”, sostuvo.[63]

Invocando a los tucumanos, Santucho defendió la tesis de que por la situación política y social explosiva, y la profunda crisis económica, “están dadas más que nunca las condiciones para iniciar la resistencia armada, demostrarle al pueblo que es posible combatir y derrocar a la dictadura, mientras desarrollamos en las fábricas, barrios y universidades un amplio frente político antidictatorial y antiimperialista. Se necesita decisión, coraje y convicción para salir del reflujó político. El partido no puede moverse detrás de las masas, no puede esperar que las masas se movilicen para empezar a actuar sino que tiene que ser un factor que incida en el desarrollo de la lucha, ir delante de las masas, dinamizar la lucha de las masas”. [64] Era, sin duda, su interpretación de la vanguardia política, del partido político. El tiempo diría a qué distancia de la gente estaba dispuesto a marchar Santucho.

En principio, se separó de viejos militantes como Ernesto González, quien recordará más tarde esa polémica y sus consecuencias: “Al fracasar el movimiento de resistencia contra el cierre de los ingenios azucareros, acompañado por la derrota de la FOTIA en 1967, nosotros decíamos que había que trabajar por la recuperación del movimiento obrero. Pero Santucho insistió en encontrar una salida de tipo elitista, ya sea de guerrilla rural o urbana, lo que profundizó y finalmente decidió la ruptura del PRT en 1968. Nosotros seguimos nuestro camino, fundamos el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y en 1982 el Movimiento al Socialismo (MAS), pero ellos quedaron atrapados en una lógica de guerra popular prolongada, en una vanguardia de clase media, que soñaba con reeditar la imagen del Che Guevara, porque Santucho tenía esa veta romántica corajuda pero sin paciencia para ver el movimiento real de los trabajadores. Pero más allá de los aspectos morales, su política era rotundamente equivocada”. [65]

Santucho salió victorioso de la reunión de enero de 1968. Había logrado que dos antiguos seguidores de Moreno votaran sus posturas —Elías Prieto, cuyo seudónimo era “Juan Candela”, y

Oscar Prada, conocido como “Sergio Domecq”—; y había descubierto que varios compañeros de otras partes del país compartían sus ideas. Entonces, se propuso recorrer ciudad por ciudad para agruparlos. Uno de sus mejores aliados era Luis Pujals, a quien le decían “El flaco” por su cuerpo juncoso. Oriundo de Pergamino, ex estudiante de Derecho e hijo del candidato a gobernador bonaerense por la Democracia Progresista, Pujals se había perfilado como un dirigente político de fuste hacia fines de los cincuenta, cuando tenía apenas dieciocho años, y militaba en el peronismo revolucionario junto con Cooke, antes de alistarse en Palabra Obrera. En Rosario había incorporado al PRT a Benito José Urteaga, de 23 años, apodado “Mariano”, y a Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, apodado “Ricardo”, ambos ex estudiantes de Economía, de familias radicales de clase media alta, y oriundos de San Nicolás. Gorriarán Merlo estaba por cumplir 26 años pero parecía mayor por su calvicie prematura. Era parco, de gestos cautos, un temperamento opuesto al de Pujals y Urteaga.

Santucho también había formado su “primera línea” en Tucumán: a Antonio del Carmen Fernández se le sumaron los contadores Juan Manuel Carrizo y Jorge Luis Sbédico. El mayor peso no deseado de los profesionales y estudiantes por sobre los trabajadores, sin embargo, comenzaba a insinuarse como un síntoma a corregir. Santucho propuso, entonces, que la mayoría de los estudiantes trabajara en fábricas para compartir la vida del pueblo, y transmitieran, de paso, las ideas revolucionarias. El gobierno y los empresarios denominaron a este fenómeno como “infiltración ideológica”.

Moreno y Santucho se vieron por última vez en enero de 1968. Decidido a que el PRT tuviera “una estrategia revolucionaria”, Santucho propició la realización del cuarto congreso para febrero, durante los feriados de Carnaval. Estaba impaciente por definir, sobre todo, la cuestión de la lucha armada “como la vía principal para la toma del poder”. Ya sabía que estaban formándose otras organizaciones guerrilleras, como las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), integradas por ex militantes del socialismo y del comunismo, y que los peronistas intentaban reeditar en Taco Ralo la experiencia del foco rural.^[66]

Las disputas con Moreno habían retrasado su decisión y no quería, de ninguna manera, llegar tarde al campo de batalla.

Informe secreto sobre un revolucionario La Habana - París - Tucumán (1968-1969)

Grupos de dos o tres hombres llegaron sigilosamente —como adiestrados conspiradores— a los fondos de una iglesia del barrio de La Boca. Formaban una curiosa mezcla de caras aindiadas y europeas. Entre ellos, Santucho no se distinguía del montón por sus características físicas: robusto, con 1,72 y setenta kilos, sólo concentraba la atención en escasas oportunidades cuando hablaba. No solía hacer discursos interminables ni repetir sus intervenciones. Y ya era conocido con el seudónimo de “Carlos Ramírez” o, más tarde, como “Miguel”, “Carlos” o, simplemente, “Robi”.^[67]

Sin los morenistas, la cincuentena de militantes se dedicó a discutir un extenso documento redactado por Santucho, junto con Prieto y Prada, editado luego como folleto bajo el nombre de El único camino hacia el poder obrero y el socialismo; a elegir la nueva conducción del PRT y a debatir qué harían en los próximos meses.

Inspirado eclécticamente en los principios del guevarismo, el castrismo, el trotskismo, el leninismo y el maoísmo, para “la toma del poder”, el documento expresaba las ideas centrales por las que batallaba Santucho. Resumía una crítica lapidaria para el resto de las izquierdas y el peronismo, y constituía la primera formulación de que el camino a recorrer era “una guerra revolucionaria” en respuesta “a la guerra contrarrevolucionaria declarada por la burguesía y el imperialismo contra los trabajadores y el pueblo”. Santucho dijo en un momento a los delegados al congreso:

—No queremos la guerra; ellos la declararon primero. Pero la única forma de lograr la paz y el bienestar que deseamos para nuestro pueblo es vencerlos. Y sin armas, no será posible. Por eso debemos prepararnos. Luchamos por el socialismo, y en lo inmediato queremos derrocar a la dictadura e instaurar un gobierno obrero y popular. Ésa es nuestra estrategia y nuestra táctica.

Santucho decía, con esto, que la violencia era no deseada pero inevitable, y exponía su idea de la guerra como fatalidad, como “guerra justa” porque ella era la vía para restituir la paz alterada por la proscripción política y los niveles de explotación socioeconómica que se denunciaban añejos. Empero, la creencia de que el PRT podía ser el depositario de una verdad trascendente incomodará en años venideros cualquier alianza con la izquierda, tanto marxista como peronista. El documento

mencionado sentenciaba, entre otros conceptos: “Nada estuvo más alejado de las preocupaciones de los ‘marxistas argentinos’ hasta el presente que el problema del poder y de la lucha armada. El otrora poderoso Partido Comunista arrastró su existencia en la búsqueda de un gobierno burgués liberal que le permitiera vivir legalmente en el régimen capitalista, usufructuando el nombre y el prestigio del socialismo que otros pueblos construyen a costa de su sangre y sacrificio. Luego, como maná del cielo, vendría el tránsito pacífico al socialismo. Esta concepción desconoce la naturaleza del imperialismo que necesita de la guerra contrarrevolucionaria para prolongar unos años más su agonía histórica. Supone, además, la existencia de una burguesía dispuesta a ceder gratuitamente sus privilegios. En los hechos, se ha revelado tan utópica como reaccionaria”. En el mismo documento se calificaba a otros grupos trotskistas de “espontaneístas, pacifistas, sindicaleros y reformistas”.

También vaticinaba que “algunos grupos de jóvenes peronistas que hacen intentos de formular una estrategia revolucionaria terminarán inevitablemente en el fracaso mientras se mantengan en los marcos de una política oportunista. No puede haber estrategia de poder correcta con una política oportunista que reivindica una dirección (Perón) que en los últimos trece años ha dado pruebas consecuentes de su carácter capitalista y que sólo ha sabido organizar derrotas del movimiento obrero argentino”. Los grupos maoístas tampoco estaban a resguardo de la andanada de críticas, especialmente dirigidas a Vanguardia Comunista (VC), que había abjurado del foquismo rural en esos meses: “Copian dogmáticamente el proceso chino y son recitadores del librito rojo de Mao Tse Tung”.^[68]

Un verbo engreído, desafiante y fundacional sobrevolaba el documento: en él se establecían tesis definitivas para el comportamiento político del PRT y también para el destino de muchos hombres y mujeres que las adoptarían como banderas. Santucho pensaba que la guerrilla podía iniciarse aun cuando existiera inmovilidad política; que había que iniciar la construcción de “un ejército revolucionario, regular en las zonas rurales”; que el lugar para desarrollarlo era Tucumán; que los EE.UU. intervendrían ante cualquier levantamiento revolucionario, por lo que “el proceso armado sólo puede triunfar continentalmente” y que la revolución cubana no era una excepción sino el indicio de que toda América latina, incluida la Argentina, ya podía transitar hacia el socialismo. Es más, Santucho admitía, al refrendar las páginas de ese documento, que la estrategia de guerra revolucionaria podía llevarse a cabo bajo cualquier gobierno y régimen, fuera de facto o constitucional, y no parecía preocupado en ese momento originario por tejer alianzas políticas ni desplegar una idea más precisa de qué hacer con las múltiples representaciones partidarias existentes. ¿Su línea divisoria para la política era la predisposición de unos y otros para lanzarse a la guerra? Tampoco parecía alertado sobre el riesgo de que el sujeto histórico de todas las transformaciones sociales (el pueblo) pudiera ser reemplazado por una élite (el partido de vanguardia). Insistía hasta el cansancio en la necesidad de desplegar la propaganda revolucionaria, pero la entendía más como la difusión de las ideas de un núcleo de cuadros políticos que como una vasta operación cultural contrahegemónica.^[69]

Así, solos contra el mundo pero convencidos de que representaban a millones y decididos a jugarse la vida por esas ideas, la cincuentena de militantes, mayoritariamente hombres, se preparaba para iniciar la guerrilla rural, crear con el tiempo un ejército regular en el campo, e impulsar la

guerrilla urbana. ¿Por qué Santucho no pensaba que esto era foquismo, práctica que había condenado, y aún condenaba? Su argumento fue: “Ahora construiremos una fuerza militar respaldados por un partido, con influencia entre los trabajadores”.^[70] Una aspiración política que debía someterse a la prueba de la realidad.

Ese caluroso fin de semana de febrero de 1968, faltaban dos asuntos importantes a pocas horas del término de las deliberaciones: el nombramiento de Oscar Prada como secretario general del PRT, y el de Santucho como jefe máximo del comité militar —organismo creado en el congreso— y también de la propaganda política. En adelante, se editaría el periódico mimeografiado El Combatiente (EC). Santucho reunía así dos cargos clave. Sin perder tiempo, un par de semanas después del congreso, viajó a Cuba para instruirse en la guerra de guerrillas. Lo acompañaron Pujals, el ex estudiante de Economía Rubén Bonet, apodado “El Indio”, y Antonio del Carmen Fernández.

La permanencia del flamante jefe militar del PRT en La Habana, rodeada de un gran secreto, no duró más de dos meses. Después, viajó a España para visitar en Santiago de Compostela a su hermano Julio, que aún estudiaba teología en el Monasterio de Pollo. En los primeros días de mayo de 1968, Santucho llegó a París acompañado por Bonet, cuando ardían las barricadas en las calles.

El Mayo francés había comenzado el día dos con la ocupación de La Sorbona. A la revuelta estudiantil se habían incorporado diez millones de trabajadores en huelga, con la ocupación de más de 120 fábricas. Banderas rojas y negras de los anarquistas y comunistas ondeaban sobre La Sorbona y el teatro Odeón en el Barrio Latino, y sobre las usinas de la fábrica Renault. El diario comunista L’Humanité contestaba al primer ministro Georges Pompidou: “Aquí se levanta el Gulliver obrero entre la confusión de los liliputienses que lo creían definitivamente aniquilado”. En el patio principal de la universidad, un Víctor Hugo de piedra sostenía entre sus manos el libro rojo de Mao Tse Tung. En las bolsas de trabajo de París ondeaban las banderas del Frente de Liberación Nacional de Vietnam y del Movimiento 26 de Julio de Cuba. Si los insurrectos querían la reforma universitaria, y el alejamiento de Charles De Gaulle de la presidencia, éstas sólo parecían ser las consignas evidentes. En realidad ese movimiento democrático explosivo parecía alertar sobre el boom industrial que lanzaba a la marginalidad a miles de trabajadores y reeditaba una cultura autoritaria. Así lo había entendido Herbert Marcuse, uno de los teóricos de la revuelta, cuando preconizaba la destrucción de la sociedad opulenta, oponiéndose al capitalismo salvaje y al socialismo de la escasez.

A Santucho debió haberle impresionado semejante convulsión. Más tarde, en 1975, afirmarí­a que la vertiente libertaria del planeta no sólo la integraban los movimientos revolucionarios de los países del Tercer Mundo y el movimiento comunista internacional, sino también la “lucha de los trabajadores de los países capitalistas desarrollados”. Pero en mayo de 1968, sus reflexiones transitaban por otros carriles. En realidad, había llegado a París para tomar contacto con la IV Internacional y sus representantes más conspicuos: la Liga Comunista Francesa (LCF), y para debatir muchos de los documentos que en diciembre de ese año formarían parte del célebre IX Congreso de la Internacional trotskista, declarándola partidaria de la OLAS y de la lucha armada por el socialismo en América latina. Congreso que, además, se definirá a favor de reconocer al PRT-El Combatiente —nombre que se le daba públicamente para diferenciarlo del PRT-La Verdad con que

seguían identificándose los morenistas— como delegado oficial de la IV Internacional en la Argentina, abriendo así las puertas a un distanciamiento definitivo entre la LCF y Nahuel Moreno.

Hubert Krivine, Ernest Mandel, Daniel Bensaid y Jean Pierre Beauvais fueron los miembros de la LCF que más debatieron con Santucho en ese viaje. Años más tarde, en un bar de París cercano a la sede de la LCF, Bensaid recordará algunos detalles de ese encuentro: “Llegó a París cuando estábamos en pleno proceso de insurrección. Se hospedó, como lo hará en 1972 luego de salir de Cuba, en la casa de Janneth Havel. Jean Pierre Beauvais, a quien le decíamos ‘Rihel’, fue su principal acompañante en la ciudad. Lo llevó a las barricadas del Barrio Latino, a las marchas obreras, a las manifestaciones más violentas sobre Les Champs Elysées. Santucho no hablaba bien el francés pero Beauvais, como la mayoría de los militantes de la IV Internacional, sabía español. Santucho hizo pocos comentarios políticos, solía callar cuando no comprendía. Pero al final de una de esas jornadas de mayo, la única reflexión que nos transmitió fue: ‘Ustedes tienen un bajísimo nivel de violencia en las acciones de masas’. Nos sorprendió porque para nosotros ardía el mundo. Creo que en ese comentario hay una síntesis precisa de lo que él entendía por violencia. ¿Existe acaso mayor tensión violenta que el momento en que millones han decidido romper el diálogo político y pasar a la acción directa al movilizarse? Pero Santucho pensaba en la violencia de la guerra de guerrillas, estratégica, de las élites. En cierto sentido, una fuerza de choque que superara la voluntad inmediata de millones para asaltar el poder. Esto nos distanciaba porque como trotskistas —aunque en esos tiempos veíamos con simpatía a las guerrillas— teníamos una tradición política distinta. Por muchas razones, en la América latina de esos años la política había sido desprestigiada hasta los límites de la mentira, del engaño, y se acentuaba cada vez más la explotación capitalista, la marginación de los trabajadores y la dependencia del centro imperialista. Santucho reflejaba esa tragedia argentina”.^[71]

Se sabe que Santucho regresó a Tucumán a principios de junio de ese año con cartas de triunfo, ya que de todas las organizaciones que integraban la IV Internacional, el PRT había sido el partido latinoamericano que más presionara para incitarla a reconocer la inexorabilidad de la lucha armada como vía para el triunfo del socialismo. Traía consigo, además, la promesa de la LCF de que se lo reconocería como el principal referente político en la Argentina.

Durante su ausencia, en el país hubo acontecimientos que parecieron confirmar, largamente, su idea de que la Argentina estaba a las puertas de una situación “prerrevolucionaria”, por lo que la creación del partido de vanguardia, armado, entonces, no podía demorarse ni un minuto más. La CGT había quedado en manos del sector más combativo dirigido por el gráfico Raimundo Ongaro, y esto legitimaba la lucha antiburocrática. Por otro lado, dentro de la Iglesia católica se estaba produciendo la revolución interna cuya inminencia Santucho había vaticinado a su hermano Julio: a fines de 1967 se había constituido el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM). Basados doctrinariamente en la Conferencia de Medellín recién realizada, los sacerdotes revolucionarios criticaban al capitalismo y a la dominación imperialista y, sobre todo, reconocían el derecho de los pueblos y clases oprimidas a usar la violencia contra los opresores. La consigna era: “La violencia

de los oprimidos no es violencia sino justicia”, y el paradigma, el sacerdote-guerrillero colombiano Camilo Torres, muerto en combate a fines de 1967.[72]

El desmembramiento de las FAP en Taco Ralo el primero de setiembre del '68, día del fallecimiento de Cooke, su viejo amigo, o el deterioro de la relación amorosa con Sayo —producido no sólo por las prolongadas ausencias en aras de la lucha revolucionaria, sino también por la secreta e incipiente pasión que Santucho sentía hacia la joven estudiante tucumana Clarisa Lea Place—, no lo detuvieron para organizar justamente en setiembre los primeros núcleos de la guerrilla rural en Tucumán. Santucho montó un campamento de entrenamiento en Caspichango, cerca del río Las Calaveras, en la ruta a Tafi del Valle, e inició la primera experiencia de foco rural, con una mínima red de apoyo logístico en la ciudad de San Miguel. La improvisación que caracterizó este emprendimiento tendría, meses después, graves consecuencias.

A principios de 1969, Santucho intentó resolver una de las principales trabas para el desarrollo de la guerrilla: la falta de dinero. Sin dar a conocer su filiación política y con la esperanza de pasar por un simple ladrón para no concentrar la represión policial —tradicionalmente más dura con los militantes políticos— ni delatar los preparativos militares del PRT, dirigió el comando que el 7 de enero de 1969 asaltó el Banco Provincia de Escobar. El operativo reportó un botín récord de 75 millones de pesos —unos 213 mil dólares del momento— y ninguna víctima. Fue la primera “expropiación” de envergadura del proto ERP, que en esos días se denominó Comando Sargento Cabral. La palabra expropiación que el ERP utilizaría de ahí en más fue tomada de la tradición anarquista ya que los fondos y objetos robados a los ricos, a quienes se suponía que no pertenecían por haberlos robado a su vez al pueblo, no eran de uso personal sino que se destinaban a “la causa popular”. La prensa comentó: “Eran cuatro hombres jóvenes y decididos, se movilizaron con gran rapidez pero sin apuro. Pusieron la energía suficiente aunque sin apelar a la violencia física, como para que ningún empleado intentara delatar su presencia”.[73] La detención de dos miembros del comando días después evidenció improvisación e inexperiencia. Santucho debió escapar en una bicicleta, disfrazado de deshollinador, en tanto que los otros no tuvieron esa suerte. La identificación de los detenidos como profesionales, cultos, y de familias acomodadas, confirmó las sospechas de la prensa y de la policía de que no se trataba de simples ladrones.[74]

El encrespamiento de la oposición política y social contra Onganía, sin embargo, dejó en la penumbra el asalto al banco. El 12 de mayo, la ley 18.204 de la dictadura unificó el régimen de duración de la jornada de trabajo que, en ciertas provincias como Córdoba, significaba suprimir ventajas ya adquiridas por los trabajadores. Los metalúrgicos y mecánicos de Córdoba, gremios de punta en esos años, nucleados en la UOM, SMATA, Sitrac (Sindicato de Trabajadores de Concord) y Sitram (Sindicato de Trabajadores de Materfer), declararon un paro por tiempo indeterminado. Las dos CGT (pro vanderista y combativa) se plegaron a la resistencia. Por todo el país se extendían masivas manifestaciones estudiantiles contra la intervención a las universidades. Los jóvenes Juan José Cabral, Ramón Bello y Luis Blanco cayeron bajo las balas policiales, en Corrientes, Rosario y Córdoba. El 29 de mayo Vandor declaró el paro nacional. Una desconocida y masiva violencia popular, insurgente, democrática y antidictatorial, se extendía por las principales ciudades del país,

con epicentro en Córdoba, ocupada parcialmente por los manifestantes que resistieron a la policía y al ejército durante varios días. La insurrección popular —bautizada el Cordobazo— dejó un saldo de catorce muertos y cientos de presos. Los principales dirigentes sindicales cordobeses —Agustín Tosco (Luz y Fuerza) y Elpidio Torres (SMATA)— fueron sometidos a un tribunal de guerra y condenados a prisión. Ongaro había sido detenido un mes antes.

El general Alejandro Agustín Lanusse, encargado de la represión en Córdoba, emergía como el seguro sucesor de Onganía, más dispuesto a una solución política que su antecesor. Hubo cambios en el gabinete: el ministro de Economía, Krieger Vasena, fue reemplazado por José María Dagnino Pastore, quien prometió paritarias (ronda de discusiones de los convenios colectivos de trabajo entre obreros y empresarios) para setiembre del '69 en un intento de calmar la furia sindical. Desde Puerta de Hierro, su residencia en Madrid, Perón alienta la rebelión, da por concluida la etapa del “desensillar hasta que aclare” y, junto con el radicalismo, promueve una serie de contactos para concertar la salida electoral, la reorganización del peronismo con un organigrama donde las fuerzas guerrilleras (formaciones especiales) tendrían un lugar prioritario, y el alejamiento de Vandor.

Estudio Jurídico Contable "Santucho"

TEMA CLASE DE CUENTAS JUDICIALES, EXTRAJUDICIALES, CONTABILIZACIONES Y REGISTRO
AGENCIA INMEDIATA CAPITAL E INTERIOR

FRANCISCO R. SANTUCHO
ABOGADO

ANDRÉS L. SANTUCHO

RAÚL A. SANTUCHO

MANUELA E. SANTUCHO

ABOGADO

BLANCA ROSA SANTUCHO

ABOGADO FISCAL GENERAL

MARIO ROBERTO SANTUCHO

ABOGADO FISCAL GENERAL

OSCAR ALBÉN SANTUCHO

OSCAR A. SANTUCHO

ABOGADO FISCAL

3 de Julio de 1969.-

Querido Julito:

La presente solo para avisarte que tengo que viajar a Bs.As., después del 20, y pensaba entonces haber coincidido ese viaje con tu regreso, para irnos juntos, como pensamos.

La taya y las chiquitas están muy bien, y esperamos ansiosos al comienzo de las vacaciones que nos permitan tenerlas entre nosotros. Tengo para esa fecha un viaje al Norte, que me gustaría que me acompañaras.

Un fuerte abrazo,



ABOGADO ROSAS 100 - SANTIAGO DEL ESTERO

Pero la conmoción ya había ocurrido. Y a partir del Cordobazo, se reforzó la convicción de los jóvenes de la generación de los años 60 y 70 de que la historia del país se contaría entre el antes y el

después de aquellas barricadas humeantes, las protestas obreras, las consignas intransigentes contra el poder militar, el desprecio por los políticos tradicionales como si se tratara de los bomberos de la Historia, y el odio al imperialismo. Las consignas pintadas en las paredes de las principales ciudades del país revelaban una certeza sin antecedentes de que, esa vez, el sistema capitalista comenzaba a estar arrinconado. La protesta se gestaba en las calles, las fábricas, las aulas, los teatros, la literatura y en cualquier rincón expresivo que hubiera logrado forzar, aun en secreto, la censura dictatorial.

Si en los meses posteriores al Cordobazo, las huelgas y manifestaciones se multiplicaron, también crecieron las acciones guerrilleras: robo de armas, hostigamiento a puestos militares, reparto de alimentos en barrios pobrísimo, “expropiados” de los camiones en que los transportaban para su distribución las grandes empresas productoras de leche, carne, azúcar. El 30 de junio de 1969, un comando del Ejército Nacional Revolucionario (ENR), vinculado al comando peronista Descamisados, asesinó a Vandor. En tanto las proto-FAR (ELN), dirigidas por Marcos Osatinsky, quemaron quince supermercados Minimax —colocando explosivos dentro de tubos de pasta dentífrica, según verificó el informe policial posterior—, propiedad de la familia de Nelson Rockefeller, de visita oficial en la Argentina durante esos días. El 27 de julio la policía asesinó al periodista y dirigente de la maoísta VC, Emilio Jáuregui, en una manifestación en Buenos Aires.

La protesta popular y la represión policial fueron in crescendo. A pesar de la distensión que Onganía intentará hacia fines del '69 con la amnistía a Tosco, Torres y Ongaro, y la restitución de la personería jurídica a algunos gremios, seguía gobernando con estado de sitio y nuevas leyes represivas. La crisis había estallado con una presión máxima, acumulada, por lo menos, desde el 16 de setiembre de 1955, día del sangriento golpe militar contra el segundo gobierno peronista. Las fuerzas políticas leyeron ese fenómeno de manera diversa, aunque coincidían en su carácter antidictatorial. Para el peronismo significó el comienzo del fin de la proscripción; para el radicalismo, el tan ansiado retorno a la legalidad institucional. La vieja izquierda comunista y socialista supuso el fin de la dictadura, pero tembló ante la incorporación masiva de la violencia. La nueva izquierda creyó confirmar que la clase obrera y el pueblo —binomio de toda alianza social revolucionaria— estaban preparados para la guerra popular y la lucha por el poder y el socialismo. El régimen comprendió que, con la “agresión subversiva marxista”, había llegado el momento más delicado para su perpetuación. El momento del máximo gesto político: aceptar la legalidad del peronismo, replegarse para volver. Nadie mejor que Lanusse, dentro de las FF.AA., expresaría dicha ecuación. El capitalismo dependiente argentino mostraba señales visibles de agotamiento. Había que cambiar el rumbo económico y político: ¿hacia dónde? ¿Profundizando la dependencia con los países del Norte o modificando radicalmente el sistema? En esta tensión comenzaba a jugarse el destino económico, político y social del país en las décadas venideras. Por lo menos, la partida más decisiva del siglo. La insurrección sólo la había hecho evidente. Faltaba su despliegue y saber quién sería el vencedor.[75]

Santucho participó de la rebelión popular junto a otros dirigentes perretistas cordobeses con fama de expertos políticos y de valientes: el italo-argentino Domingo Menna, apodado “Nicolás”, un estudiante de Medicina, miembro de la agrupación estudiantil Espartaco que se incorporó al PRT en

los primeros meses de 1966, y el empleado de la Empresa de Correos, Carlos Germán, apodado “Mauro”, posteriormente dirigente sindical de la Fiat, que había integrado las filas comunistas antes del golpe militar de Onganía. Ambos ocuparon cargos importantes en el PRT, fueron los pilares políticos de Santucho durante el Cordobazo, y quienes primero le insistieron en concentrar la atención sobre “el proletariado industrial”.

Si bien había impulsado la creación del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR) —una alianza entre el MLN, PCR, VC y el Peronismo Revolucionario de Cooke— cuya alma mater fue Luis Cerrutti Costa, ex ministro de Trabajo de la Revolución Libertadora que luego abrazó el marxismo, para articular un frente político-sindical público, Santucho cuestionó a varios dirigentes perretistas que participaron del mismo por haber aceptado que el PRT se subordinara a la estrategia de la CGT liderada por Ongaro. La actividad del partido revolucionario, según Santucho, no podía diluirse en los sindicatos. En el fondo, como jefe militar del PRT, estaba empeñado en un rápido desarrollo de la fuerza guerrillera, sobre todo luego del Cordobazo, que lo convencerá de destinar mayores esfuerzos políticos en los grandes centros industriales urbanos, aunque sin abandonar su vieja obsesión de subir al monte.

Es más, dado el curso de los acontecimientos, estaba francamente disgustado por el tiempo perdido en la larga polémica con Moreno. Pero los diferentes puntos de vista sobre la cuestión militar y político-sindical comenzaban a despertar serias desavenencias internas entre Santucho y un grupo de dirigentes partidarios.[76]

En una reunión de urgencia del comité central del PRT, el 12 de octubre de 1969, Santucho propuso un plan para el inicio de la actividad guerrillera en todo el país: en febrero de 1970, asalto a un cuartel y ocupación de una radio para iniciar la guerrilla urbana; en abril, las primeras operaciones públicas en los montes tucumanos. Tal decisión, sin embargo, se frustró. La detención del estudiante tucumano Tirso Yáñez en la localidad de Monteros, el 29 de octubre, mientras propagandizaba con petardos y volantes el ideario perretista, puso a la policía sobre la pista de Santucho y de los aprestos rurales. Bajo presión, en sus declaraciones ante la policía y ante el juez, Yáñez involucró a más de medio centenar de sus compañeros. Treinta y nueve de ellos fueron procesados, ocho detenidos y el resto quedó prófugo. Santucho fue visualizado como el jefe indiscutido del grupo, y comenzó su pertinaz persecución.[77]

El primero de noviembre, el jefe de Orden Público de la División de Investigaciones de Tucumán, comisario inspector José Antonio Neme, elaboró un informe de inteligencia, el primero en develar el nivel de conocimiento oficial sobre la actividad política de Santucho:

“Memorando-reservado. Objeto: informar antecedentes. Mario Roberto Santucho.

”En el mes de noviembre de 1960 firma, entre otros, una carta dirigida al entonces ministro del interior doctor Alfredo Vítole, con el fin de solicitar la libertad de María Mastroberti, detenida en el mes de julio de ese año en un restaurante céntrico de Buenos Aires, juntamente con otras veinte personas, en ocasión de efectuarse una despedida al secretario de la Embajada de Cuba. A excepción de la nombrada los restantes recuperaron su libertad

por lo cual se dice en la carta; se deduce el ensañamiento contra María Mastroberti. El día 13 de setiembre de 1961, en horas de la noche, dictó una conferencia en el local del Partido Socialista Argentino, ubicado en ese entonces en la calle Las Heras 21; la que estuvo patrocinada por la Juventud Socialista Argentina. Días antes había regresado a esta ciudad procedente de la República de Cuba, adonde había sido invitado por ese gobierno, para que se interiorizara de la acción del gobierno de Fidel Castro, motivo por lo cual fue dictada la precitada conferencia. En abril de 1966 participó de un congreso realizado en FOTIA, en el cual usó de la palabra en representación del Partido Revolucionario de los Trabajadores. En esa ocasión hizo conocer la adhesión de sus representados ante el organismo gremial, exhortándoles a seguir en la lucha, para combatir —dijo— al capitalismo y la irresponsabilidad de sus gobiernos, por lo cual la clase trabajadora está soportando una grave crisis.

”En setiembre del año 1966, graduado ya de contador público nacional, el sindicato del ingenio San José contrató sus servicios para la contabilidad sindical. Con fecha 2 de marzo 1967 se da a conocer por intermedio del diario La Gaceta, un procedimiento efectuado por la delegación local de la Policía Federal en Villa Marcos Paz donde se descubrió una célula terrorista, secuestrándose material subversivo y un aparato transmisor como así también armas de distintos calibres. En la oportunidad se detuvo a varias personas entre las cuales se encontraba el cuestionado, que en la eventualidad se desempeñaba como asesor del sindicato del ingenio San José, se presumía que era el autor de un folleto titulado ‘La lucha recién comienza (cómo debemos prepararnos para resistir y enfrentar al gobierno militar)’, y en cuyas páginas se refiere entre otros, al período comprendido entre la caída del doctor Illia y los últimos acontecimientos que se estaban desarrollando en ese entonces. En otros capítulos se instruye la forma de hacer frente a la policía, la necesidad de ayudar a los guerrilleros de Guatemala y Colombia; también —según sus declaraciones— Santucho había seguido un curso de adiestramiento sobre la guerrilla revolucionaria en Cuba. Una vez concretada la detención se estableció una discreta vigilancia en los alrededores de su domicilio donde funcionaba, en forma clandestina, la sede del Partido Revolucionario de los Trabajadores, allí fue detenido cuando llegaba a la casa el universitario Armando Archetti, y luego se realizó un allanamiento en el inmueble donde se secuestró numerosa propaganda subversiva de acuerdo con informes del estudiante Archetti. Él servía de nexo de unión entre las organizaciones obreras y el mencionado P. Motivo por lo cual concurría al domicilio de Santucho donde se le proveía del material necesario. Motivo por lo cual se le instruyó sumario por infracción a los artículos 213 inciso 1) y 219 inciso B) del Código Penal de la Nación en función de la ley 16.894.



RECIBIDO
1966

ASUNTO: Informar antecedentes

RAUL ROBERTO BASTIDAS: En el mes de Noviembre de 1966 firma - entre otros una carta dirigida al entonces Ministro del Interior Doctor Alfredo Pizoto con el fin de solicitar la libertad de María WITTENBERG detenida en el mes de Julio de ese año en un restaurante adentro de Buenos Aires juntamente con otras - 10 personas, en ocasión de efectuarse una desfilada al Cuartel - ría de la Subjefatura de Ocho, a excepción de la cual se les fue - tantea recuperarse en libertad, por lo cual dice la carta se - refiere al enfrentamiento contra María Wittenberg. El día 13 de - Septiembre de 1966 en horas de la noche dió una conferencia - en el local del Partido Socialista Argentino, ubicado en esa - entonces en calle San Bernabé 11, la que estuvo patrocinada por - la Juventud Socialista Argentina, días antes había regresado - a esta ciudad procedente de la República de Cuba donde había - sido invitado por sus compañeros, para que se hiciera cargo de - la acción del Gobierno de Fidel Castro, motivo por el cual fue - invitado la precitada conferencia. En abril de 1966 participó - de un Congreso realizado en ROMA, en el cual con de la pala - tra en representación del Partido Revolucionario de los Traba - jadores, en esa ocasión hizo conocer la situación de sus repre - sentantes ante el régimen general, gubernamental y militar por - la lucha, para combatir - dijo - al capitalismo y la irrespon - sabilidad de sus gobiernos, por lo cual la clase trabajadora - está esperando una grave crisis. En Septiembre del año 1966 - grabado ya de Doctor Pizoto Nacional, el Sindicato del In - geniero San José contrató sus servicios para la Ombudsman Sig - nificativa. Con fecha 2 de Marzo de 1967 se le a conocer por inter - medio del Mario la Sociedad de Promoción de Estudios por la - Delegación local de la Policía Federal en Villa María, donde se - le se le informó de la oficina de la Policía, concretamente un oficial - subalterno y un agente transmittió con el también agente de Sig - nificativa milicia, en la oportunidad se le dio a varias personas - entre las cuales se encontraba el mencionado que en la ocu - sión se descomulgó con el local del Sindicato del Inge - nieros San José, se procesa que era el autor de un folleto titulado - "la lucha social continua" (donde se hacen preparativos para re - sistir y enfrentar al gobierno militar), y en otras páginas - se refleja entre otros, el período comprendido entre la caída - del Doctor Illia y los últimos acontecimientos que se desarro - llaron en los últimos, en otros capítulos se describen - la forma de hacer frente a la Policía, la necesidad de apelar - a los Guerrilleros de Guatemala y Chile, también según de - claraciones hechas había seguido un curso de actividades - entre Guerrilla Revolucionaria en Cuba. Una vez concretada - la detención se estableció una discreta vigilancia en los al - rededores de su domicilio, donde funcionaba en forma clandesti - na la sede del llamado Partido Obrero Revolucionario, allí fue - detenido cuando llegaba a la casa el Subsecretario Arsenio AL - ONSO, y luego se realizó un allanamiento en el domicilio de -

1111

de la subterránea, de acuerdo - al, según de casa de un - el mencionado Partido, según - de Buenos Aires de la - por lo cual se le entregó - como dijimos en la inspec - ción en función de la ley - que durante su etapa de - América, algunos países - uno de los miembros del - Social, Partido este que - rido "Palabra Obrera" - miembro de los Trabajadores - Social de Buenos Aires - de, cuyo objetivo era el - tado Socialista con los - al caso expone el material - tivo principales del - de manera: 1) Infor - mes destinados al de - partamento del Tercer - miento Internacional al - de la Revolución del - moral a los guerrill - ros, Chile, para con - rra de acuerdo al - "mas". Personal de Sig - nificativa que en San - José se realizaron - dirigidos generales - miento de datos al - datos pertenecientes al - del Partido Obrero - la Federal de dete - nido Martín, en - guras principales - entre otros se en -

En el mes de Noviembre de 1966, el declarante activista tam -

En el mes de Noviembre de 1966, el declarante activista tam -

En el mes de Noviembre de 1966, el declarante activista tam -



"Al ser interrogado, manifestó que durante su etapa de estudiante universitario visitó

Norteamérica, algunos países americanos, incluyendo a Cuba, siendo uno de los creadores del Frente Revolucionario Indoamericano Popular, partido éste que en el año 1963 toma contacto con el partido ‘Palabra Obrera’ de cuya fusión nace el Partido Revolucionario de los Trabajadores, siendo inscripto en el juzgado electoral de Tucumán con el nombre de Partido de los Trabajadores, cuyo objetivo era llegar al poder para instaurar un Estado Socialista con los demás países latinoamericanos. Reconoció como suyo material secuestrado en su domicilio. Que los objetivos principales del Movimiento puede resumirlos de la siguiente manera: 1) Difusión de doctrinas o manifestaciones críticas destinadas al derrocamiento del Gobierno Reaccionario Bonapartista del Teniente General Juan Carlos Onganía; en el orden internacional el Movimiento debe ayudar a todo el proceso de la Revolución Latinoamericana en el campo socialista, apoyo moral a los guerrilleros de Vietnam, Guatemala, Venezuela y Colombia, para cumplir con ese objetivo debe realizar la tarea de acuerdo con el principal libro de: ‘La lucha recién comienza’. Personal de esta Sección en el mes de agosto de 1967, se informó que en las cercanías de un cargadero del ingenio San José se realizaban reuniones en las que participaban activos dirigentes gremiales con tendencia de izquierda, participando también de ésta el señor Santucho; al margen de lo gremial, en estas reuniones se organizaban festivales y bailes a beneficio del Partido Comunista. El día 25 de agosto de 1967 la Policía Federal de esta ciudad hizo comparecer al ciudadano José Alberto Mirkin, en parte de su declaración manifestó que las figuras principales del Partido de los Trabajadores en Tucumán, entre otros se encontraba Roberto Mario Santucho; el declarante, activista también en el mencionado Partido.

”SAN MIGUEL DE TUCUMÁN, 1 de noviembre de 1969. ”NOTA: Datos personales del causante: M.I. 7180840-C. 1963- hijo de Francisco Rosario y Manuela del Carmen Juárez, domiciliado en Isabel la Católica 1330, Prof. Contador.”[78]

La prosa textual del informe policial se completó el 3 de noviembre con una orden de detención que no partió del juzgado sino de la División de Seguridad de la policía tucumana. El comisario inspector Norberto Bordón solicitaba al director de Investigaciones Jacobo Capraro el arresto en calidad de incomunicados de Santucho y otros militantes “por la participación criminal en la intimidación pública, atentado contra la autoridad de los medios de transporte y comunicaciones y otros delitos”. [79] Días después de la detención de Yáñez, y gracias a la colaboración de espías que desde hacía mucho estaban tras los pasos de Santucho, la policía ya sabía cuál era la polémica interna en el PRT: el enfrentamiento con Prada y Prieto y los planes militares. Sólo faltaba conocer el paradero del jefe. A las dificultades externas se sumó la crisis sentimental que Santucho arrastraba desde hacía más de un año. Creía estar enamorado de Clarisa Lea Place y se quejaba del abandono de su esposa, dedicada ya a la militancia, con lo que estaban de hecho separados. A pesar de la oposición de Santucho, su hermano Julio había regresado en agosto de Europa, con la decisión de abandonar el sacerdocio para dedicarse a la actividad política. Enterado del conflicto familiar, el 7

de noviembre de 1969, Julio le escribió:

“Querido Robicito: (...) Vos has tomado una decisión, yo la considero equivocada pero todavía estás a tiempo de rectificarla; por eso, además de reiterarte mi apoyo incondicional quiero ayudarte, si puedo, con mis reflexiones. Pase lo que pase después, seguí contando conmigo para todo, por supuesto; pero antes, escucháme. Vos dices que es un cambio que necesitas hacer en esta etapa de tu vida y de tu lucha; además no se trata de un caso común y ordinario: éste sentará precedente, inaugura un nuevo tipo de relaciones. Hay que mirar el futuro, no el pasado. Sin embargo, hoy la Sayo milita más y mejor que nunca al punto que por hacerlo tuvo que dejarte solo en Tucumán (del mismo modo que vos, por militar la dejaste sola a ella) pero con la mala suerte que te dejaba justo en el momento que más falta hacía que estuvieran juntos. Además, vos, poco a poco, te habías ido enfriando y apartándote de ella: la subestimaste; debes ser el único en el P (partido) que no se conforma con una compañera como ella. ¿Por qué tu caso es especial, es distinto, único? Ya sé que no lo formulas de esa forma pero es preciso que te hurgues y a lo mejor encuentras algo de eso. Es preciso que veas que sos un ser humano como todos, que el hombre nuevo es frágil porque es siempre tensión y nunca posesión definitiva: cuando te quieres apoyar en tu condición de hombre nuevo, dejas de serlo. Por eso mismo, porque sos un ser humano — cosa que a veces perdimos de vista los que te admiramos y quizá vos también— tienes que analizar objetivamente tu caso, es decir, a partir de lo que la experiencia enseña que le ocurre al común de los hombres.

”Te has sentido atraído por esa chica, has visto sus cualidades, te has enamorado de ella. Y como tu antiguo amor languidecía con este nuevo brote te has sentido renovado. Después, has hecho todo un tinglado para aplicarlo a tu caso concreto, a tus necesidades actuales: todo obra del subconsciente, y lo has planteado seguro de que los compañeros lo aprobarían; quizás, sentiste secretamente vocación de precursor: es un anticipo de las nuevas relaciones del futuro; no son motivadas por el egoísmo sino que el único móvil es la revolución. Pero te olvidas que en este momento preciso no se trata de intentar nuevos tipos de relaciones sino de vivir con el mayor desprendimiento y austeridad una plena moral revolucionaria: un hogar honesto y sólidamente constituido, una fidelidad inquebrantable, una Justicia en la vida cotidiana que sea el reflejo del ideal más absoluto del revolucionario. Y aquí entramos en otro problema: ‘el que dice que ama a Dios, a quien no ve, y no ama a su prójimo a quien ve, es un mentiroso’. No se lucha por la justicia cometiendo injusticias; no puedes exigirle a la Sayo que siga como si nada hubiera pasado porque es pedirle que renuncie a sí misma, que se anule en su propio ser; no se puede usar de las personas como si fueran instrumentos: que se utilizan y después se dejan. El hombre debe subordinarse a la sociedad pero nunca a otra persona: eso es explotación. A no ser que la subordinación sea mutua y entonces se llama amor; y esa entrega mutua no puede cesar por voluntad de una de las partes sin cometer injusticia: en realidad no puede cesar nunca

porque la persona cuando realmente se entrega lo hace total y definitivamente, sin cálculos ni límites. Es lo mismo que la entrega a la revolución, porque ambas surgen del fondo más íntimo de la persona espiritual que sale de sí misma para realizarse a sí misma en la construcción de un mundo nuevo: donde la novedad de las relaciones sociales no consistirá en que sean arbitrariamente distintas sino en que estarán libres de egoísmo y de mezquindad. Vos sabes que la Sayo te ha querido; te sigue queriendo más que antes, por eso se aferra a vos: no es egoísmo sino que siente como si le arrancaran un pedazo de sí misma, un pedazo de su entrega a la revolución, porque el amor que te tiene se identifica con su propia vida, se identifica con la revolución. Quedaría un último punto: el valor práctico de tu gesto, lo mejor del P. lo repudia: eso tiene que ser para vos como los decretos del Concilio para mí. Si estás en desacuerdo, lo más prudente es que revises tu modo de pensar. No te puedes obcecar en que sos el único iluminado, el dueño de la razón. Tienes que replantearte todo desde el principio. No vayas a ser hipócrita, no te conformes con acatar una decisión a la fuerza y arrastrar una situación penosa. Metéte al fondo de tu corazón y ahí vas a encontrar que lo que te digo es justo, que oculto pero vivo late el único e inmenso amor de tu vida: la revolución, la Sayo, las chiquitas. Te lo deseo, de corazón. Julio”.

Clandestinamente, las relaciones entre Santucho y Lea Place se prolongaron un tiempo. Sin embargo, él terminó aceptando las concepciones derivadas de esta carta que, asimismo, constituyeron, más allá de formas específicas, el comportamiento “moral” del PRT: una suma de ética judeocristiana; el deber ser social extremado sobre los sentimientos individuales y, al mismo tiempo, una revulsiva búsqueda de otra moral diferente a la tradicional, considerada hipócrita. Verdaderos apóstoles laicos que, contrariamente a la propaganda que difundirían más tarde sus enemigos políticos, nada tenían de licenciosos o drogadictos.

Los allanamientos y las detenciones masivas de perretistas en Tucumán no dejaron a Santucho demasiado tiempo para la reflexión personal. Mientras intentaba frenar el desbande producido en las filas partidarias, el 24 de noviembre de 1969 una patrulla policial lo detuvo en la calle Corrientes al 1400, en el centro de San Miguel. A pesar de los golpes recibidos en dos días de incomunicación, aceptó declarar pero negó todas las acusaciones. Trasladado a la comisaría de Villa Quinteros, en la localidad de Monteros, se dedicó, inmediatamente, a preparar su fuga. No contaba, sin embargo, con el apoyo de la dirección partidaria.

Con “el desastre tucumano” a la vista, los dirigentes Elías Prieto y Oscar Prada decidieron anular las resoluciones del comienzo de la guerrilla votadas en octubre, disolviendo el recientemente creado comité militar y destituyendo a Santucho de la jefatura, a quien calificaban como “el último foquista de América”. Impotente por estar prisionero, furioso por revivir la misma polémica mantenida con Moreno, que había retrasado la fundación de un brazo militar del PRT, Santucho envió cartas lapidarias: acusó a los que se oponían a formar la guerrilla en aras de la lucha sindical, o a los que querían retrasarla, de “traidores y cobardes” y exigió la inmediata convocatoria al V Congreso.

El 3 de febrero de 1970, escribió: “A los compañeros del Comité Ejecutivo: Recibí un informe indirecto y he leído un documento aprobado por el CC. La indignación no me ha dejado dormir

anoche. Veo que han tomado el camino de la traición abierta a las resoluciones del IV Congreso, renegando de la preparación de la g.r. (guerra revolucionaria), como es costumbre, sin decirlo, y adoptando la tradicional y suicida línea de desensillar hasta que aclare y esperar que el Dios de los acontecimientos ponga remedio a vuestra incapacidad, cobardía e inacción. (...) Servirá para hacer patente al partido que la principal rémora es la actual dirección y estimulará a los dirigentes leninistas, a los cuadros y militantes que consideran a su partido el PRT como el que iniciará y desarrollará la g.r. frente a la dictadura militar, el capitalismo y el imperialismo yanqui, y hará posible el potencial que se necesita en la máxima dirección partidaria. Ustedes han dejado a un costado el fusil y la bandera que nos dejara el Che. El nuevo P. será la mano receptiva que recogerá a ambos, lavará el honor que ustedes están pisoteando y retomará firmemente la preparación y desarrollo de la g.r., que la encrucijada histórica de nuestra Argentina y Latinoamérica exige perentoriamente. En el PRT del IV Congreso no hay lugar para los traidores y los cobardes, recuerden esto, señores. ¡Resistir la traición morenista! ¡Levantar bien alto y desplegar la bandera leninista de la guerra revolucionaria! ¡Por un congreso estatutario y democrático! ¡Viva el PRT! Carlos Ramírez”.^[80]

Para fugarse de la cárcel en tales circunstancias, Santucho sabía que sólo podía contar con algunos fieles del FRIP como su hermano Francisco René o el contador Juan Manuel Carrizo, o con los nuevos compañeros de ruta, como Benito Urteaga, que se habían incorporado al PRT en Rosario cuando éste decidía iniciar la guerrilla. Estos hombres improvisaron su rescate de la comisaría de Villa Quinteros, en la madrugada del 4 de febrero de 1970. Pero el comando debió huir, delatado por los ladridos de los perros del barrio. Las actas policiales —con croquis detallados de la comisaría y de la celda que ocupaba Santucho— decían: “...en su desordenada huida dejaron un bolsón negro, usado, de material plástico, en la parte de la tapia, el cual fue retirado cuidadosamente y una vez en este local policial se comprobó que contenía en su interior los siguientes objetos: un revólver sin uso marca Rubí calibre 32 largo, Nro. 30653; 57 proyectiles de 9 mm para ametralladora PAM; 7 proyectiles para pistola 45; 4 candados sin uso, cinco cadenas tipo Esposa de un metro sesenta de largo, una piola de 9 mtrs. de largo sin uso; un rollo de tela adhesiva; un rollo de alambre de fardo; un rollo de hilo negro para coser; una aguja, un foco para linterna y un frasco de antioxidante, lubricante para arma, quedando todo ello en calidad de secuestro. Se hace constar que en el lugar del secuestro del bolsón quedaron huellas bisibles (sic) de zapatos de varón, pertenecientes a dos o tres personas, como así también en la pared de la tapia por donde intentaron escalar (...) Firmado José A. Salazar, oficial principal”.^[81] El 5 de febrero, trasladaron a Santucho a la comisaría de la ciudad de Concepción. La policía local le tomó una foto para certificar judicialmente que aún estaba en prisión. Se lo ve sentado detrás de las rejas con gesto casi irónico, en alpargatas, y con un libro sobre las rodillas.

237

Los informes recibidos por el ... en forma fragmentaria y se les permitió decir una idea de la evolución de la dirección ... que significa una franca traición a la línea y las ... Congreso y C.C. posteriores y que se obliga a intervenir ... para a las difíciles condiciones en que se encuentra.

... comprender el giro, la confusión y las vacilaciones de un ... dirección, es necesario que el Partido oscarista que desde el IV ... al C.C. de octubre, es decir a lo largo de 19 meses, ... la dirección, apoyado en el sentimiento del conjunto del Partido, ... para imponer el cumplimiento de las resoluciones del ... frente a la permanente oposición de la mayor parte de la " ... a veces frontal, a veces disimulada, pero permanentemente ... y colapsado. Salvo honrosas excepciones, podemos decir que la ... la consecución de la línea partidaria por vía de los viajes // ... en el marxismo y que había roto con él unidades como ... las posiciones leninistas, activadas por acciones personales (... , Linares y otros) (1), algunos y otros como Linares, que lo ... por los miembros instrumentados por Linares en el pe- ... la ruptura. Para como pudo verlos al poco tiempo, todos están ... partes las nuevas y revolucionarias posturas del ala leninista ... a ella el más severo de todos, Leizaola, no tuvo espacio en ... al oposición y desagraviado documento para el Congreso, del // ... al en una línea y que se compartía en absoluto.

... desde entonces hasta ahora, a lo largo de 19 meses, logramos di- ... a veces frustrar, y siempre frucar todos los esfuerzos del ala la ... proletaria que unos pocos dirigentes nacionales representaban ... a ella se lograron importantes avances, tanto por la energía de ... que, como fundamento, por el firme apoyo e inspiración que ... dábamos de la mayoría aplastante de los cuadros y la base parti-

... defensas los hechos más salientes de esta resistencia: ... cuando el IV Congreso mismo fue aprobado oficialmente y los ... los meses posteriores no se publicó ni se llevó a cabo el estudio de la ... de la vida del partido y una crítica de la Dirección de Linares, permitiendo ... leninista imponer la edición y estudio de dicho documento.

... sesión de extrañar especialistas fue entonces resistido tanto ... que imponer la preparación de un grupo de dirigentes.

... una sesión de significación que se realizaron fueron debates ... en preparación y sesiones a duras críticas e intervinieron // ... se por las errores, dificultades y desconocimientos, que como era // ... aconsejados.

... trajo al partido con derivaciones sindicalistas y populistas / ... finalidad de conflictos y protestas al interior del Partido.

... de los dirigentes que hoy nos encontramos al IV Congreso y ... revisión de las posturas partidarias, más dado al mayor apoyo ... al político al desarrollo y aplicación de la línea del IV Con-

... ropó a finalmente impedir la formación de una fuerza alternativa ... de de la necesidad de una jefatura, y la necesidad de una "respon- ... ejecutivo" no por el C.C. Este C.C. oscarista al que tuvimos que ... para dar el mismo en el terreno m., al menos acordamos la ... y la "grape" la dirección ejecutiva de ciertos temas, "voti" dos ... siguientes fundamentales: para antes de fin de año y no cumplió ... disipar el, se acordó más de ninguno de ellos.

... que son sus más vívidos de los ejemplos - los más importantes ... permitiendo comprender la actual situación. Debemos agregar ... de los viejos dirigentes oscaristas - salvo acciones excepcionales ... que caracterizan de carácter burgués y pequeño-burgués, // ... estructuras, llevadas de la mano por la corriente leninista y ... a la que se aplica influencia en todo el partido y hoy con- ... sión y el apoyo de la aplastante mayoría de la organización

1200

la ausencia de ... la una oportunidad ... del marxismo ... por los oscaristas ... la preparación para ... de entre el prohibi- ... de un desgu- ... Congreso, de esa ... contra con toda el ... esta oposición esta ... lítica, a lo que // ... esta moral combati-

... tración, fue el de ... ración. Estas he- ... sus organizaciones ... el (pensamos en el ... una similitud a ... , Linares y otros // ... que los dos ... la dirección per- ... liamos con toda ... una abruptamente ... del IV Cong- ... el P. con una di- ... hubiera sido así ... ver las defensas ... pilla y experien- ... poniente una tre- ... el tema (se de- ... pñico entre los ... otros aceptada ... el visto orga- ... al que plantea ... sólo en un ... lino de calen- ... toid: que ahora

... cuestión más un ... a través votadas ... tiempo en presig ... lítica de Lina-

... se en base, desde ... que permanen- ... camente la han ... al por el mar- ... rista, y en sus ... a los traba- ... erante en el co-

... a promete que / ... sustituyendo su ... vents.

II ... LA ... !!
 II ... LA ... !!
 II ... !!
 II ... !!

La primera consecuencia del fracaso de la fuga fue la detención, dos meses después, de Francisco René Santucho, quien liberado al poco tiempo al acogerse al derecho constitucional de optar por la

salida del país, partió hacia Perú. Los primeros días de noviembre del '72 viajará a Chile para reingresar clandestinamente a la Argentina y comenzar a desarrollar, durante 1973 y 1974, la guerrilla rural entre los hacheros santiagueños.

Las otras dos consecuencias no menos espinosas para Santucho fueron la decisión del juez federal a cargo de la causa, Eduardo Lucio Vallejo, de recluirlo en la cárcel de Villa Urquiza, que reunía mayores condiciones de seguridad, y el estallido de la crisis interna en el PRT.[82] Desesperado porque presentía que su partido estaba al borde del naufragio, el 10 de febrero Santucho envió una nueva carta a los dirigentes porteños en la que exigía la convocatoria al V Congreso y el mantenimiento de los planes para su fuga.[83] El resultado inmediato fue que 16 de los 25 miembros del comité central perretista, dirigidos por Prada y Prieto, decidieron fraccionarse para fundar más adelante el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). Quedaron dos grupos internos que no abandonaron la idea de la lucha armada: la denominada Tendencia Leninista encabezada por Urteaga, quien mantenía una intensa correspondencia con Santucho y, de alguna manera, lo representaba, y la Tendencia Comunista, que quería la suspensión de la actividad guerrillera por un tiempo y la postergación del V Congreso hasta que se analizara mejor “el desastre de Tucumán”. [84]

A principios de marzo, encerrado en Villa Urquiza, Santucho conoció la decisión de un buen número de militantes de Córdoba, Rosario y Buenos Aires de realizar bajo cualquier circunstancia el V Congreso en el mes de julio: querían fundar el Ejército del Pueblo. En una carta, Urteaga le aseguró que lo rescatarían de la prisión para que no faltara a un cónclave tan decisivo. El asunto, agregaba, requería sólo un poco de paciencia y una minuciosa planificación. Pero Urteaga se lanzó, a partir de esos días, a una lucha política denodada, multiplicándose para alinear al conjunto de los núcleos perretistas favorables al lanzamiento inmediato de la guerrilla a nivel nacional. Y Santucho terminó fugándose a su manera.

La guerrilla

(1970-1971)

El 29 de mayo de 1970, primer aniversario del Cordobazo, Montoneros hizo su aparición pública con el secuestro y posterior “ajusticiamiento” —término utilizado para una ejecución sumaria después de un juicio clandestino— del ex presidente provisional teniente general Aramburu, a quien acusaban de haber fusilado a 27 civiles y militares peronistas en los basurales de José León Suárez y por haber expatriado los restos de Eva Perón en 1956. Dos meses después su cadáver apareció en Timote, provincia de Buenos Aires. Más allá de los detalles truculentos del asesinato, el establishment fue sacudido como si la cal viva que cubrió el cadáver del militar amenazara con corroer su propio futuro.

Había que comenzar la transición política para descomprimir la agitación popular. El 8 de junio rodó la cabeza de Onganía; su último gesto fue instaurar la pena de muerte para actos terroristas y secuestros de personas. El 18 de junio lo reemplazó el agregado militar en la embajada argentina en Washington, el general de brigada Roberto Levingston, que había sido jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército durante el gobierno de Onganía. Como asunto menor, Levingston irritaba a la oposición porque su discurso tenía un inconfundible acento inglés: lo bautizaron “el virrey”. Su gestión duró poco, desbarrancado del sillón presidencial nueve meses después.

Los cambios de rumbo en el gobierno tenían un objetivo claro: buscar una salida política para que el estallido del volcán no cubriera de lava al sistema. La historia argentina del siglo XX nunca había registrado semejantes tembladeras; se amenazaba el bastión del poder: el monopolio de las armas. El régimen necesitaba tiempo, recomponer sus alianzas económicas y políticas para entablillar al capitalismo argentino. La crisis económica se había transformado en una crisis política crónica que urgía a su resolución. Santucho, encarcelado, no estaba ajeno a estos movimientos de cintura del establishment. Probablemente, la acción de Montoneros le provocó sentimientos contradictorios. Si por un lado deseaba unirse a ellos para hacer más fuerte el proyecto revolucionario, por el otro, durante el resto de sus días mantendrá una persistente sospecha política sobre los guerrilleros peronistas, a los que consideraba aliados por su nacionalismo revolucionario armado, pero opositores a su proyecto de construir el verdadero socialismo. Esto era así para Santucho porque, primero, confiaban en una dirección burguesa: Perón; segundo, se inclinaban por el

policlasismo que diluía el carácter proletario de la revolución y, tercero, por su origen clerical.

Otra cuestión era la competencia política. Desde hacía tres años Santucho bregaba por iniciar la lucha guerrillera, demorado, al parecer, en interminables debates con los morenistas, y neomorenistas, como denominaba a los últimos disidentes. No cabía duda de que Montoneros había logrado conquistar la delantera política en el movimiento guerrillero en gestación. Por otro lado, las FAL y FAP ya existían. Las FAR, dirigidas por un culto estudiante de Filosofía y empleado de la empresa Gillette, Carlos Enrique Olmedo, estaban preparando el copamiento de la ciudad de Garín en junio, y los Montoneros estaban dispuestos a continuar la escalada armada con la ocupación de La Calera en Córdoba, el 1º de julio, a pesar de la represión que habían sufrido luego del secuestro de Aramburu.[85]

En asuntos ideológicos o doctrinarios tales como: cuál socialismo construir, y cómo entender el marxismo; qué táctica militar y qué estrategia, Santucho también estaba inquieto por el complejo debate que se avecinaba con las organizaciones provenientes de la izquierda como FAL, FAR y los Comandos Populares de Liberación (CPL), esta última aún en formación. Todas parecían confluir en la estrategia de la guerra popular prolongada, antiimperialista y socialista, pero diferían francamente con la metodología, el discurso y la elección de sus aliados políticos, entre otras cuestiones.[86] La mayoría de las direcciones guerrilleras provenían de la clase media y media-alta, sus integrantes eran mayoritariamente profesionales o estudiantes, de familias urbanas de origen peronista o radical, con pocos referentes parentales con el socialismo o el comunismo. El hecho no era curioso. Aunque a los guerrilleros parecía avergonzarlos, ese origen social les facilitaba su incursión en la política. Empero, en esos años, el ingreso medio mensual de un obrero fabril, 450 dólares, había promovido también a jóvenes trabajadores industriales —especialmente en Córdoba, Rosario y Buenos Aires— a la acción política. Traspasando las barreras puramente gremiales, cansados de que sus reivindicaciones fueran negociadas a sus espaldas por concesivos dirigentes peronistas contra sus intereses inmediatos, estos trabajadores integraron el “clasismo”, corriente sindical de izquierda, liderada por los trabajadores de Sitrac-Sitram y, aunque en menor medida, los que engrosaron la segunda camada de las direcciones guerrilleras.

El “clasismo”, cuyo referente más importante fue el secretario general lucifuercista cordobés Agustín Tosco, se expandía como un torrente solicitando mayor independencia política de los “burócratas sindicales”. Derivó no sólo en la demanda de formaciones políticas no tradicionales, sino también en el argumento guerrillero de que —para acortar camino— “la justicia revolucionaria” debía caer sobre Vandor y el ex secretario general de la CGT, el textil José Alonso, considerados los jefes de “la traición” dentro del sindicalismo y, por lo tanto, condenados a muerte por comandos clandestinos.

La crónica policial indicaba que la lucha armada también crecía como un torrente mientras la dictadura iniciaba su repliegue político, como si ambos movimientos guardaran una relación de causa y efecto. Los partidos tradicionales reorganizaban sus filas. Olfateaban la proximidad de un nuevo tiempo electoral y, en secreto, tejían alianzas: hacia noviembre de 1970 radicales y peronistas constituirán La Hora del Pueblo; y comunistas y algunos aliados menores, el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA). Santucho estaba francamente retrasado y hervía por acelerar los tiempos

partidarios.

La fecha del V Congreso del PRT se había fijado para los días 28, 29 y 30 de julio del 70. A fines de mayo, en Córdoba, Menna y Urteaga comenzaron a preparar el grupo destinado a rescatar a Santucho de la cárcel de Villa Urquiza. Pero Santucho decidió fugarse por cuenta propia. El 8 de julio de 1970 ingirió una pastilla de ácido pícrico para simular una hepatitis y obligar a las autoridades del penal a trasladarlo al hospital Padilla. Aprovechando los festejos por el día de la Independencia que relajarían las guardias, en la mañana del 9 de julio recibió la visita de su esposa. Dentro de un libro ahuecado, Ana Villarreal le dejó una pistola. Serían aproximadamente las once de la mañana cuando Santucho se lanzó por una ventana, ante la mirada cómplice de otros internos. Cayó dentro de un tacho de basura, y atropelló en su huida a una señora que se había detenido a burlarse del zafarrancho.[87] El 13 de julio, El Liberal de Santiago del Estero arriesgó una versión: “Se ha dispuesto una exhaustiva investigación pues al parecer la policía estaba al tanto de informes confidenciales que habían anunciado la preparación de un intento de fuga de Santucho. Según los informes, la fuga estaba planeada dentro de un tacho de basura, para lo cual Santucho habría pagado tres millones de pesos a los encargados de transportarlo”. El 16 de julio, El Liberal reprodujo un cable de la agencia UPI desde Rosario. “...Una voz femenina comunicó a los periódicos que en uno de los baños de la confitería La Fragata de esta capital se encontraba un mensaje del terrorista. El mismo consistía en una carilla escrita a máquina en la que desmentía la versión policial de que logró fugarse de la cárcel escondido en un tacho de basura después de pagar tres millones de pesos. Santucho dijo también que ‘seguirá en la lucha revolucionaria contra la dictadura militar y el imperialismo’.”

En la madrugada del 28 de julio, Santucho llegó a la localidad de San Nicolás para cruzar en un bote destartado el Delta del Paraná hasta una casona abandonada en las Islas de las Lechiguanas. Estaba acompañado por José Luis Baxter, apodado “Joe” o “Rafael”, un personaje legendario cuyo periplo ideológico le había permitido, a esa altura, transitar desde el MNRT, pasando por los Tupamaros y el Vietcong, hasta recalar en el trotskismo de la IV Internacional en París y desembarcar, luego, en Buenos Aires.[88]

Esta vez, los asistentes al congreso no superaban el medio centenar. Además de Santucho y Baxter, estaban Benito Urteaga, Domingo Menna, Asdrúbal Santucho, Ana María Villarreal de Santucho, Clarisa Lea Place, Luis Pujals, el santafesino César Cerbato, estudiante de Ingeniería Química, Rubén Pedro Bonet, el estudiante de Medicina Osvaldo Debenedetti, Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, el arquitecto santafesino Jorge Carlos Molina, el estudiante de Ingeniería, también santafesino, Lionel MacDonald, los dirigentes de la FOTIA Antonio del Carmen Fernández y Leandro Fortunato Fote, Carlos Germán, el obrero metalúrgico Guillermo Pérez, el estudiante de Ingeniería salteño Roberto Ramón Arancibia, y el obrero metalúrgico Luis Mattini, entre otros. Edad promedio de los delegados: 25 años. Provenían de Tucumán, Salta, Chaco, Córdoba, Rosario, Santiago del Estero, Santa Fe y Buenos Aires. En el camino había quedado un jirón del PRT, opuesto a la iniciación de la guerrilla.[89]

Apenas desembarcados la totalidad de los delegados, y debido a que el tiempo apremiaba,

Baxter y Santucho desplegaron un extenso documento —diferente al que, trabajosamente, había consensuado Urteaga en los meses previos— como base para la discusión. Por las mismas razones por las que se había fugado antes de que lo rescataran, Santucho se había opuesto a postergar el congreso a pesar de que muchos de los presentes no habían tenido tiempo de debatir el documento que, ahora, presentaba a esa sociedad secreta. El frío intenso parecía ser atenuado por el clima de conspiración pasional —velado con armas— en el que los perretistas, como primera cuestión, se dedicaron a denostar al “pacifismo pequeño burgués” de sus ex compañeros de ruta del neomorenismo. Pero de esta larga introducción, que hablaba de “lucha de clases dentro del partido entre burgueses y proletarios” para explicar el retraso del PRT en la actividad guerrillera, se desprendía un concepto liquidador de la democracia partidaria o de cualquier oposición —ya cultivado por el stalinismo y el maoísmo—, por el cual era posible que el debate interno se transformara en la vigilancia de los “proletarios”, que se suponían virtuosos, contra los “burgueses”, a los que se consideraba fuente de todo mal. Es decir, una dictadura de la mayoría sobre la minoría. No estaban permitidas las tendencias internas permanentes, y esto hacía difícil la coexistencia de disímiles puntos de vista: siempre se terminaba en facciones, repitiendo, de paso, una de las razones de la eterna cariocinesis de la izquierda que aceptaba esta concepción, demostrada contra natura con sólo reflexionar sobre la tradición política argentina. En la nueva izquierda, el monolitismo se agravaba por la clandestinidad y la tendencia a militarizar las estructuras políticas.

Lo cierto es que Santucho convenció a los congresales —ya convencidos de que ninguna diferencia metodológica por más seria que fuera podría menoscabar su unidad para actuar— de que la necesidad inmediata de discutir la preparación de la guerra revolucionaria merecía dejar de lado el malestar que causaba no haber podido debatir antes ese documento. Por lo menos, el testimonio que brindó años después Luis Mattini indica que no hubo protestas duras, ya que estaban tan decididos como Santucho a responder a la exigencia que el Cordobazo había puesto sobre el tapete: crear una fuerza político-militar para luchar por el poder, sin escalas en la lucha por retornar al capitalismo.

En realidad, ajenos a la dialéctica entre las reformas y la revolución, entendían al socialismo como un destino que comenzaba después del asalto al poder y nunca antes de la destrucción del “estado burgués” ni de la modificación de las formas de propiedad. No se detuvieron a considerar que la insurrección popular exigía, como asunto definitivo, la restauración democrática y un freno político para el curso que el capitalismo comenzaba a tomar, abandonando a su suerte a los trabajadores y empresarios ligados al mercado interno. Sólo intentarían expresar este último aspecto en el programa del ERP.^[90]

Pocas fueron las mujeres presentes en el cónclave. Debió ser muy difícil para Sayo y para su vieja amiga Clarisa Lea Place compartir los secretos de un mismo hombre. Santucho y su esposa ya habían recompuesto el vínculo amoroso, pero sin duda ambas mujeres tuvieron que esforzarse por anteponer la meta de la revolución a sus sentimientos personales, confundidos, a esa altura, con la pasión social que las involucraba día a día. Los guerrilleros parecían entender la lucha en la que se embarcaban como un pacto solidario supremo, el lugar trascendente, que no podía ser quebrado por emociones coyunturales. Faltaban apenas veinticuatro meses para que Sayo y Lea Place compartieran

la prisión y la muerte.

El 29 de julio se discutió el tema central: cómo encarar la guerra revolucionaria. La tarea era gigantesca, y requería de ese puñado de jóvenes un compromiso con sus ideales, una voluntad política y un sacrificio personal sin demasiados antecedentes históricos, excepto en las guerras por la independencia del siglo XIX, o de los militantes anarquistas, socialistas y comunistas de principios del siglo XX. Debían, primero, armarse; después, convencer a miles para que los siguieran, y luego disponerse a pelear por lo menos treinta años, no sólo contra el Ejército nativo sino también contra una fuerza de intervención que, estimaban, serían los marines norteamericanos. Como en Cuba, Santo Domingo o Vietnam. Debían dejar de lado la vida acomodada, a veces esconderse perdiendo los vínculos que más amaban. Ir a prisión o morir. Entonces, el heroísmo y la puesta en práctica de sus ideales aparecían como la primera cualidad política. Le seguía la razón de su lucha y el ineludible carácter latinoamericano de la empresa: “Nuestro partido no puede olvidar ni por un momento la experiencia vietnamita, que nos indica que en el actual grado de desarrollo de la revolución mundial, es imposible tomar y mantener el poder en un país aisladamente. Esto sólo se logrará ante la crisis del imperialismo a escala mundial”, escribió Santucho.^[91]

Su idea —su estrategia— era que la guerra popular ya había comenzado en la Argentina a partir del Cordobazo. Que la misma era socialista, prolongada, bajo la forma, en la primera etapa, de guerra civil y, luego, de guerra nacional patriótica contra la intervención extranjera. Los abanderados de esa gesta en la que se embarcaban, no tenían dudas, eran los obreros industriales de Córdoba, Rosario, Tucumán y Buenos Aires, y sus aliados, los obreros rurales y los empleados empobrecidos de las grandes ciudades. Su visión, por supuesto, era sociológica. No había referencia a las representaciones políticas, ya que se las suponía, de plano, inservibles. ¿Era acaso un malentendido que la mayoría de los obreros votara al peronismo, la clase media al radicalismo y, en menor medida, al socialismo y comunismo? Además, ¿había comenzado realmente la guerra popular en la Argentina? Las preguntas no parecían formar parte de los documentos. Sí la certeza casi absoluta de que una vez tomado ese camino se alcanzaría, sin escalas, la victoria. Santucho citó al Che: “En toda revolución verdadera se triunfa o se muere”.

Después de discutir los fundamentos teóricos y políticos de la acción a la que se lanzaban, los congresales tenían que decidir: nombre, símbolo y programa de la fuerza guerrillera; si seguirían o no dentro de la IV Internacional, y quiénes serían los dirigentes en la nueva etapa. No estaban preocupados en definir un programa político partidario. Por lo menos, en las resoluciones finales jamás abordaron la cuestión. Sí en constituir el ejército popular, porque ése era el asunto que, en realidad, los unía. La idea de bautizarse como Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) surgió del delegado de Salta, Roberto Ramón Arancibia, un ex estudiante de Ingeniería que trabajaba en el gremio petrolero, amigo entrañable de Santucho desde principios de los sesenta, y que a partir de mayo de 1976 integrará la lista de desaparecidos.^[92] El símbolo elegido fue la bandera del Ejército de los Andes con una estrella roja de cinco puntas en el centro, que enlazaba la lucha por la primera independencia nacional con la lucha por la segunda independencia política y económica en los cinco continentes, es decir, por el socialismo.

El programa del ERP elaborado por Santucho y Baxter —con innumerables ideas copiadas del

general vietnamita Nguyen Giap— puntualizaba por lo que lucharían hasta “Vencer o morir por la Argentina”, una consigna que, curiosamente, era parecida a la de muchos generales romanos. Santucho leyó, punto por punto, el programa. Luis Mattini aseguró, años después, que una tensión emocionada cubría a los delegados. Tendrían, en su opinión, la razón para las armas. Las palabras que pautaran la exacta diferencia entre ellos y los bandidos; entre los pusilánimes y los valientes; entre los políticos entreguistas y los patriotas:[93]

“El Ejército Revolucionario del Pueblo, uniendo su actividad combatiente a la de otras organizaciones hermanas, ha asumido junto a ellas la responsabilidad política y militar en el proceso de guerra revolucionaria que ha comenzado a vivir nuestro pueblo en su lucha contra la opresión económica, política, cultural y militar que la dictadura ejerce en representación del imperialismo yanqui y del capitalismo argentino. Es el comienzo de nuestra participación plena en esta guerra de oprimidos contra opresores, guerra de la Segunda Independencia, porque es la continuación de la que los fundadores de nuestra nacionalidad, el pueblo y los héroes, libraron de 1810 a 1824 contra la dominación española. Hoy como entonces, la lucha será larga, pues debemos enfrentar a un enemigo superior. La guerra revolucionaria argentina y latinoamericana se desarrollará en un proceso prolongado que, comenzando por puñados de revolucionarios, irá encontrando apoyo popular hasta el momento del triunfo final, sólo posible con la participación plena y activa de la clase obrera, el estudiantado y todo el pueblo patriota antidictatorial y antiimperialista. Porque ésta es una guerra del pueblo, nuestras acciones tienen un objetivo principal: despertar la conciencia popular y mostrar a todos los patriotas el camino para acabar con la explotación, el hambre, la miseria a que nuestro pueblo se ve sometido. Nuestro programa es claro. Queremos, en lo político, la ruptura de los pactos que nos comprometen con EE.UU. y otros países, su publicación y denuncia. El establecimiento de un sistema de gobierno de democracia social, un gobierno revolucionario del pueblo dirigido por la clase obrera. El juzgamiento de los delincuentes políticos, usurpadores del poder y la plena participación en el poder de todo el pueblo a través de sus organizaciones de masas. En lo económico, queremos la ruptura de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo y todo otro organismo de control y penetración imperialista. La expropiación sin pago y nacionalización de todas las empresas de capital imperialista y capitalistas nacionales que lo apoyan, y la administración obrero-estatal de las mismas. La nacionalización de la banca, el crédito y el comercio exterior y la reforma agraria. En lo social, aspiramos a una verdadera reforma urbana que resuelva el problema de la vivienda, con la expropiación de las viviendas alquiladas pertenecientes a las grandes empresas para entregarlas en propiedad a los inquilinos. La alfabetización de todo el pueblo y el posterior establecimiento de la enseñanza secundaria obligatoria y apertura de las universidades al pueblo mediante programas masivos de becas. La eliminación de la desocupación con la reapertura de las fábricas cerradas por el interés de las grandes empresas en perjuicio de los obreros y la población. Queremos jornales,

pensiones y jubilaciones dignos que eliminen la miseria popular. Y libertad absoluta de cultos religiosos. En lo militar lucharemos por la supresión del ejército burgués, la policía y todo otro organismo represivo y su reemplazo por el Ejército Revolucionario del Pueblo y las Milicias Armadas Populares, es decir, el pueblo en armas. Todo militar o funcionario patriota que abandona los organismos represivos tiene su puesto de lucha en la fuerza armada revolucionaria. Convocamos, entonces, a los argentinos a asumir su responsabilidad en la guerra de la segunda independencia. El general San Martín y el comandante Che Guevara son nuestros máximos ejemplos. De ellos tomamos nuestros símbolos. Seguir e imitar su pensamiento y acción, y el de nuestros héroes y mártires del pasado y del presente, es la tarea de la hora”.^[94]

Los congresales aprobaron el programa por aclamación. Santucho explicó luego las severas sanciones a aplicar contra aquellos que violaran la moral y la disciplina, que robaran en beneficio propio, que desertaran o traicionaran, y las rígidas normas de funcionamiento clandestino, celular, que regirían a partir de ese momento. Debían continuar con la práctica de usar un nombre falso, ocultar su domicilio a otros, aportar parte de su salario al PRT, ser discretos en sus opiniones, y tener una vida sobria y modesta. Cedió la palabra a Pujals para el escabroso tema de la pertenencia a la IV Internacional, asunto que levantaba severas críticas entre los delegados de Córdoba y Buenos Aires, especialmente Menna y Mattini, y en todos aquellos directamente vinculados con el movimiento obrero, más proclives a una acelerada nacionalización de las tradiciones políticas y a una pertinaz desconfianza contra cualquier centro político extrafronteras.

Esta desconfianza se atenuaba en el caso de Cuba, ya que la cubana era una revolución latinoamericana. Pero los argumentos de Pujals, Baxter y Bonet, que se sentían orgullosos de su militancia trotskista, no convencieron. Santucho usó —como hará muchas veces— su autoridad de líder, y su más sólida formación intelectual, para neutralizar a los opositores a la IV Internacional. El principal argumento fue que ella había surgido como “una respuesta al envilecimiento del stalinismo y del giro a la derecha de los partidos comunistas”, y que de ninguna manera “esto debe obstruir sino por el contrario facilitar la más estrecha vinculación con las corrientes revolucionarias no trotskistas del mundo...”.^[95] Y si Santucho convenció no fue sólo porque la mayoría de los presentes tenían antecedentes trotskistas, sino porque la nueva izquierda que integraban se había educado en un rabioso antistalinismo, notoriamente rebelde a la práctica de los comunistas argentinos y su sometimiento al modelo soviético. La separación de la IV Internacional, sin embargo, llegará tres años después, y será Santucho mismo quien impulsará al PRT —no sin ambivalencia— hacia las aguas del denostado movimiento comunista internacional.

Los debates finales estuvieron dedicados a elegir a los dirigentes del PRT-ERP, convertido a partir de ese momento en una organización político-militar, y a elaborar el primer plan guerrillero. Santucho y Pujals propusieron una lista de 24 nombres para integrar la nueva plana mayor partidaria, que fue aceptada, y especificaron que el PRT-ERP sería un partido de élite, “de cuadros”, con severas exigencias para ingresar a sus filas. También, que los comandos militares debían estar dirigidos por los militantes partidarios y que todos, sin excepción, ya estuvieran en la actividad

armada o en la actividad política debían ser combatientes. Insistieron en que a partir de ese momento los intelectuales debían trabajar en las fábricas, si era posible, y los obreros debían intelectualizarse —estudiando rigurosamente la teoría política— sin dejar, por supuesto, sus lugares de trabajo. Este intercambio llamado “proletarización” exigía, de hecho, la inmediata formación de una escuela clandestina.[96] De acuerdo con la tradición de los partidos marxistas, los congresales acordaron tres instancias de dirección: buró político (seis miembros) con encuentros diarios; comité ejecutivo (once miembros) con reuniones mensuales, y el comité central (veinticuatro miembros) como organismo deliberativo, con convocatorias trimestrales o semestrales.[97]

En principio, seis hombres serían los máximos responsables cotidianos de lo que sucediera en el PRT-ERP: Santucho, Pujals, Menna, Urteaga, Germán y Carrizo, a los que se agregarían otros a las múltiples tareas que habían previsto. Como jefe militar y de la propaganda, Santucho se encargaría de formar al ERP junto con Carrizo y Urteaga; Pujals, de la organización política; Menna y Germán, de toda la actividad política, especialmente en el movimiento obrero y los distintos “frentes de masas” que abarcaban fábricas, barrios, universidades, escuelas, y otras entidades intermedias donde se nucleaban desde empleados hasta científicos, profesionales y artistas.[98] Por último, el primer “plan militar” del flamante ERP lo constituirían acciones escalonadas de “expropiación de dinero, recuperación de armamentos, toma de pueblos, liberación de presos y secuestros, a realizarse en distintos puntos del país”. [99]

Los delegados regresaron a sus provincias eufóricos, convencidos de que habían fundado la única fuerza guerrillera que lucharía consecuentemente por la liberación nacional y social de la Argentina. Santucho fijó su residencia en Córdoba, junto con Sayo y sus tres hijas; también Menna y Germán. Pujals fue a Buenos Aires, y Urteaga, Carrizo y Baxter, a Tucumán. A Baxter le encomendaron la específica misión de desarrollar la guerrilla rural, tarea que nunca realizó por lo que, lentamente, su prestigio político fue puesto en cuestión. Un año y medio después quedará fuera de la dirección perretista y, desde su ostracismo, promoverá una fracción interna.

El 18 de setiembre de 1970, un comando asaltó la comisaría 24 de Rosario y mató a dos policías que se resistieron a ser desarmados. Inmediatamente comenzó un operativo de represión a cargo del jefe de la policía, comandante mayor de Gendarmería Agustín Feced —juizado años después por gravísimas violaciones a los derechos humanos a partir de 1976— para detectar a la “banda de delincuentes terroristas”. No quedó hospital, hotel o ruta por requisar en toda la capital rosarina, pero el operativo no tuvo éxito. El 21 de setiembre, la prensa difundió un comunicado en el que el ERP asumía la autoría del asalto, y en el cual los guerrilleros parecían preocupados por argumentar legítima defensa por esas muertes, y propagandizar su flamante programa político.[100] A pesar de las intenciones de mantenerse aún en secreto y de no realizar operaciones sangrientas, el ERP irrumpía con violencia en la escena política. El 16 de noviembre, cuando aún humeaban las barricadas de la rebelión popular bautizada el “Tucumanazo”, y siguiendo el plan prefijado, un comando dirigido por Urteaga y Carrizo, vestidos como empleados de la Empresa de Agua y Energía, asaltó el Banco Comercial del Norte, en Tucumán, llevándose un botín de cinco mil dólares que nunca apareció a pesar de que sólo un día después —porque a Carrizo se le desprendió un bigote postizo y pudo ser

reconocido— los dirigentes perretistas fueron capturados en distintos allanamientos. La captura de Carrizo conmovió a la opinión pública tucumana: era el jefe de Auditores Fiscales de la provincia.
[101]

El año 1970 fue decisivo para Santucho. Había logrado levantar, al fin, los cimientos de su utopía al fundar el ERP. Pero, también, había perdido en poco tiempo a varios de sus mejores compañeros. Los próximos años no serán diferentes. El 13 de enero de 1971, Menna fue detenido —luego de resistirse a tiros— en un allanamiento en Córdoba. El 28 de enero, luego de un reparto de víveres en un barrio pobre de la capital tucumana, arrestaron a Clarisa Lea Place. Concentrado en la captación de simpatizantes obreros de las principales fábricas automotrices de Córdoba, en la redacción de casi todos los editoriales del periódico clandestino, y participando en cuanta acción guerrillera podía, Santucho no dejaba sin embargo de preocuparse por tantas fallas, pero las consideraba como un producto inevitable de la lucha y de cierta improvisación.

El 12 de febrero de 1971, en compañía de Juan Eliseo Ledesma, apodado “Pedro” —un robusto, testarudo y audaz obrero de Fiat de 25 años con dotes militares, que en 1975 será ya el segundo jefe del ERP—, Santucho manejó por primera vez en su vida un camión con acoplado para asaltar, chocándolo, al blindado transportador de caudales de la empresa calera de Yocsina en Córdoba. Según relataron después a la policía los choferes del blindado, los guerrilleros lograron llevarse el botín récord de 121 millones de pesos viejos —unos 26 mil dólares— pero no fue el camión que manejaba Santucho el que los detuvo, sino otro grupo de apoyo del ERP que los siguió y desvalijó en el momento en que pararon, unos kilómetros más adelante, para verificar las averías causadas por la primera embestida.[102]

En vísperas del Vïborazo o “Segundo Cordobazo”, la policía cordobesa detuvo a Ana Villarreal el 11 de marzo de 1971 cuando repartía víveres en un barrio obrero. Fue herida en el tiroteo. Desesperado, el 28 de marzo Santucho organizó un comando para rescatar a su esposa, junto a otras detenidas, de la cárcel de Buen Pastor. Pero falló. En la refriega con la guardia del penal, resultó herida Clarisa Lea Place y fueron detenidos varios guerrilleros.[103] En tanto, a fines de febrero Córdoba ardía nuevamente con movilizaciones obreras contra los despidos en las plantas automotrices, ocupaciones de fábricas y toma de rehenes. El gobernador militar Bernardo Bas se negó a reprimirlas temeroso de repetir aquel 29 de mayo de 1969. Levingston lo destituyó y nombró en su lugar al ex diputado conservador José Camilo Uriburu, quien en su primer discurso calificó a las movilizaciones obreras como “una víbora a la que le cortaremos la cabeza”. Veinticuatro horas después de su asunción, la CGT convocó a un paro general y movilización callejera, encabezada por Sitrac-Sitram, a la que la voz popular bautizó de Vïborazo. La represión dejó un muerto, 19 heridos y 258 detenidos. Por primera vez en la historia del país, las movilizaciones obreras enarbolaban banderas guerrilleras de Montoneros, FAP, FAR y ERP, que simbolizaban no sólo la lucha por el retorno de Perón sino por el socialismo. Lanusse, comandante en jefe del Ejército, solicitó la renuncia a Levingston. La junta militar lo ungió presidente.

Levingston no había logrado aquietar la agitación social y política, a la que se había unido la creciente lucha guerrillera, a pesar de proponer —a través de su ministro de Economía Aldo Ferrer— un plan económico que aumentaba los salarios y protegía la industria nacional, y de que peronistas

y radicales proscritos comenzaban a moverse sinuosamente forzando espacios de legalidad antes impensados. Era evidente que la crisis política se había transformado en el principal escollo para la estabilidad del régimen. Con Lanusse se iniciaba un nuevo tiempo político, pero la represión y el estado de sitio no cesaban. En abril detuvieron, nuevamente, a Tosco, y en mayo a Ongaro; las cárceles se llenaban de opositores. El peronismo —en manos del delegado de Puerta de Hierro, Jorge Daniel Paladino— oscilaba entre la componenda con el gobierno y la guerra callejera abierta a través de los jóvenes guerrilleros. A esa altura de los acontecimientos, Perón ya había recibido a varios emisarios montoneros y les había manifestado su simpatía. Es más, el 20 de febrero les envió una carta donde encomiaba todo lo actuado por ellos, desde el asesinato de Aramburu hasta la estrategia de lucha dentro del movimiento peronista.^[104]

A pesar de su obstinado antiperonismo, en esos días Santucho propiciaba una alianza estable de las organizaciones guerrilleras. Entre las peronistas, su mayor simpatía era por las FAR y FAP, con quienes logró acuerdos políticos prácticos no poco trabajosos. Dos décadas después, en su despacho del Congreso Nacional, el diputado justicialista José Carlos Ramos, entonces militante del Peronismo de Base (PB) cordobés, recordará los debates y protagonistas del acuerdo entre las organizaciones armadas:

“Las primeras veces que vi a Robi fue durante el Cordobazo. Yo era delegado de una fábrica de la industria de la construcción, había abandonado mis estudios de Medicina y pertenecía a una estructura que en ese momento era un grupo del peronismo que provenía del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) de Cooke. Desgraciadamente, Cooke, un poco por el estado mismo del peronismo, y a pesar del aval que tenía de Perón, no había logrado generar una política efectiva para nuestro movimiento. Poco después, algunos participaron en la formación de la JP, motor político de Montoneros; y otros seguimos en el Peronismo de Base (PB), vertiente de apoyo a las FAP. A principios del '70 nos habíamos extendido mucho en los barrios fabriles de Córdoba y nos veíamos regularmente con el gringo Menna, un tipo notablemente simpático y voluntarioso, que era la característica más destacada del PRT. Una mística revolucionaria muy intensa que se generaba a partir, precisamente, de Robi. Recuerdo que a fines de 1970, él nos planteó que nos incorporáramos al ERP pero nosotros teníamos diferencias, en primera instancia éramos peronistas. Pero a partir de esos contactos, conocí estrechamente a Robi. Él venía a dormir muchas veces a mi casa, en la calle Sol de Mayo del barrio Clínicas, que fue uno de los centros políticos del Cordobazo. Robi era un tipo cristalino, absolutamente entregado a la lucha por sus ideas. Y con un voluntarismo marcado que generalmente no le permitía reconocer sus limitaciones políticas, o que lo hacía exagerar sus propias fuerzas y subestimar al adversario. Tenía un antiperonismo visceral, es más, obsesivo. Un día me dijo: ‘Mirá, si llegás a un país y te encontrás con miles de tipos arrodillados en una plaza adorando la luna, porque creen en su poder divino ¿qué hacés? Yo pasaría de largo e intentaría construir otra cosa que los conmueva, que les dé fe en sí mismos’. Yo le dije —y creo que en esta discusión estaba la esencia de nuestras diferencias políticas con Santucho

—: ‘Si llego a un país y encuentro que todos están arrodillados en una plaza a las nueve de la noche porque todos creen en la luna, en una de éstas me arrodillo yo también para ver qué pasa, qué siento junto con ellos, y después veo...’ Santucho me lo decía con respecto al peronismo y a Perón.

”Era como un futurista, pensaba tanto en el hombre que debía ser que no veía al hombre que efectivamente era. Robi nunca entendió al peronismo, lo que le imposibilitó tener la suficiente cintura política para cambiar a tiempo. Su principismo lo llevaba a meter el pie en el acelerador, y a tener pretensiones hegemónicas para el proyecto revolucionario. En fin, discutíamos mucho con los perretistas. Ellos pensaban que había que poner la acción política por delante y los acuerdos políticos por detrás. Nosotros creíamos que era a la inversa. Pero, mientras discutíamos, trabajábamos juntos en Sitrac-Sitram y en algunos barrios. Jamás olvidaré el incidente que tuvimos con el ERP en el barrio Urquiza. Nosotros habíamos logrado realizar una asamblea de más de quinientos vecinos para resolver colectivamente el desastroso estado de zanjas, agua potable y cloacas, una serie de problemas derivados de la pobreza y la marginalidad. De repente, apareció un comando del ERP en una camioneta a repartir bombas de agua, al estilo Robin Hood, o benéfico. Nos enojamos mucho porque esa actitud robinhoodiana trababa el protagonismo de la gente. Era una trampa política, porque nosotros veíamos que esos métodos terminaban acarreado la represión sobre el pueblo, y sobre sus dirigentes políticos más representativos. Pero el Robi insistió en defenderlos. Era un amigo estupendo, generoso, valiente, austero, pero muy obstinado. Se instaló varios días en mi casa durante el Vóborazo, en marzo del ’71. Eran días de pasión política y de un enorme compromiso con los ideales por la justicia social. Las Organizaciones Armadas Peronistas (OAP), FAR, FAP y Montoneros, habían formado una especie de coordinadora en Córdoba, pero había una instancia cuatripartita en la que también participaba Santucho, por el ERP. Entre él y Carlos Olmedo, de las FAR, el hombre más capaz que conocí en la política argentina, y que matan en un combate feroz en la localidad de Ferreyra en noviembre de ese año, se daban los debates políticos más serios y cultos que presencié en mi vida. Santucho y Olmedo se respetaban profundamente. Pasaban horas discutiendo sobre política y sobre estrategia militar guerrillera, y Olmedo siempre lo aventajaba. Ambos desconfiaban de los dirigentes montoneros. No se equivocaban en eso. La muerte de Olmedo, y la de José Sabino Navarro en Montoneros, cambiaron el rumbo de las OAP dejándolas en manos de Mario Eduardo Firmenich, por ejemplo. Volviendo a Santucho, diría a la distancia que esa gran austeridad y capacidad de trabajo había logrado concitar dentro del ERP un nivel de dependencia de los militantes muy grande. Santucho era un símbolo de intransigencia, pero su concepción sobre el poder era un tanto autista, y sobre la política, foquista, vanguardista. Y entre esta concepción y la no comprensión del peronismo, el ERP tendría poco futuro. Después de julio del ’71 no volví a verlo más”.

A raíz del aumento de las detenciones, y frente al empleo de la tortura metódica en la represión

política, el PRT había promovido una resolución en la que, a diferencia de los guerrilleros argelinos o montoneros que levantaban el secreto a las veinticuatro horas de detenidos, se ordenaba a los perretistas no dar jamás información a la policía. “Antes que la traición, la muerte”, había dicho Santucho. Con esta actitud intransigente acerca del comportamiento del ERP, Santucho rechazó la posibilidad de conversar con el gobernador militar de Córdoba, quien estaba dispuesto a negociar la liberación de presos del ERP, que ya llegaban a más de treinta, a cambio de una tregua.[105]

Los militares comenzaban a percibir notables diferencias políticas entre las organizaciones guerrilleras, y a experimentar un temor creciente ante la espiral violenta que amenazaba con invadir hasta la intimidad de las familias más comprometidas con el régimen. Al respecto, el general de brigada (RE) Fausto González, subjefe del Ejército en 1987, durante la presidencia de Raúl Alfonsín, describirá así la polémica en las FF.AA. sobre las diferencias entre los guerrilleros, y la manera de combatir a la insurgencia desbordada: “El enfrentamiento armado comenzó a producirse porque en los dos bandos, tanto el oficial como el rebelde, hubo palomas y halcones. Desgraciadamente para el país, en los dos bandos triunfaron los halcones. El conflicto radicó en quién se quedaba con el poder. Hubo un sector de la sociedad argentina, en esos años, conservador y otro innovador o revolucionario; hubo un proyecto de conservación y otro de transformación de la estructura social, económica y política. El proyecto oficial era conservador, de mantenimiento de los partidos políticos y de la alianza con Occidente —estábamos en plena Guerra Fría—; en el sector rebelde se luchaba por el socialismo, tomando como referencia internacional a Cuba, u otros países socialistas que también luchaban por el orden y el progreso pero a un costo inaceptable para el oficialismo argentino. En la época del Cordobazo, yo era capitán en el regimiento II de Infantería de Córdoba. Allí comenzó todo, allí la insurgencia logró su base social, y pensó en el camino de la revolución.

”¿La diferencia, para el ejército, entre el ERP y Montoneros? Bueno, en esa época tomé contacto con algunos dirigentes montoneros de Córdoba. Hablando con ellos entendí que su planteamiento político era netamente elitista: me decían ‘somos la vanguardia de la clase proletaria, tenemos que conducirla a tomar el poder’. Así pensaba también el ERP. Y la diferencia era que Montoneros se decía nacionalista y católico, en tanto que el ERP era más laico e internacionalista. Por eso Montoneros llega a tener cierta aceptación entre el Ejército, y en 1973 se hace el Operativo Dorrego. Volviendo al tema del enfrentamiento armado, recuerdo que en las FF.AA. se planteó en 1970-71 una extraordinaria discusión sobre la metodología para combatir a la subversión: quienes buscaban la salida política, asfixiándolos, y quienes querían su exterminio militar. Yo estaba entonces en la Escuela de Guerra, y viví cómo se imponía la doctrina militar francesa e israelí de contrainsurgencia, doctrinas que proponían llevar el conflicto a los extremos. De tal manera que había que exterminar y, para ello, se debía recurrir a los métodos usados por el enemigo. ¿Quiénes eran las palomas y los halcones? No podría precisar nombres, pero diría que eran los sectores más politizados de las FF.AA. y de la Inteligencia militar los que propugnaban el uso de los mismos métodos que el enemigo para su exterminio, mientras que los sectores de oficiales de Estado Mayor del Ejército propugnaban una lucha clásica. Este debate fue muy

intenso, pero se definió en 1971, y se lleva plenamente a su implementación a partir de 1975 con el comienzo del Operativo Independencia”.^[106]

Sin duda, Santucho no haría ningún gesto que pudiera salvar de la catástrofe al régimen, y mucho menos negociar su neutralidad política a cambio de prebendas. En su opinión, las bajas perretistas se superarían con la creciente simpatía que despertaba el ERP. Además, consideraba que el golpe de Lanusse, con un ministro del Interior como el radical Arturo Mor Roig, revelaba el repliegue de la dictadura. En una reunión de los dirigentes perretistas en abril de 1971, vaticinó el fin inminente de un régimen sitiado por las explosivas manifestaciones populares y por la guerrilla. Reconoció que se aproximaba una apertura política, elecciones, incluso un acuerdo entre Lanusse y Perón. Entonces ¿qué hacer? Primero, dijo Santucho, intentarían el boicot, demostrar que las elecciones eran “sólo una farsa”, una “engañifa de la burguesía”. Empero, no descartó un intento de participación siempre y cuando se lograra lanzar, en una alianza con otros sectores de izquierda, a candidatos obreros. Pensaba en Agustín Tosco.^[107] Esta ambivalencia, que lo llevaría en la práctica a negar el decisivo cambio del momento político, se transformará en una de las claves para entender el destino del PRT. Las Fuerzas Armadas, por su lado, aún no se habían puesto de acuerdo sobre si, finalmente, aceptarían levantar la proscripción al peronismo para garantizar elecciones democráticas.

Como el resto de los jefes guerrilleros, Santucho pensaba que era necesario incentivar la guerra revolucionaria para forzar, en principio, la caída de Lanusse. El resto era una incógnita. El 23 de mayo de 1971, el ERP secuestró al cónsul honorario británico y gerente del frigorífico Swift en Rosario, Stanley Silvester, liberado días después. La prensa se encargó de medir la legalidad política de esa audacia. El diario La Opinión del 2 de julio tituló: “La guerrilla quiere afianzarse como protagonista del proceso político”, y comentó que “las negociaciones entre los guerrilleros y la empresa dieron como resultado un cambio en las condiciones de trabajo de los obreros, el reparto de bienes de primera necesidad en las barriadas pobres de Rosario, dos logros que ningún grupo político puede acreditar en su haber en los últimos cinco años”. El prestigio de los guerrilleros —cuya cantidad el periódico norteamericano The New York Times exageraba en más de seis mil, entre peronistas y marxistas— crecía de manera inversamente proporcional al deterioro del gobierno.^[108]

El 11 de junio de 1971, Santucho organizó y participó, esta vez logrando su objetivo, en el copamiento de la cárcel cordobesa del Buen Pastor, donde estaban recluidas, entre otras guerrilleras, su esposa y Clarisa Lea Place. Según versiones de prensa y leyendas perretistas, se supone que, antes de que se iniciara el violento tiroteo con el que se abrieron paso las presas hasta alcanzar la libertad, Santucho logró franquear la entrada del comando al penal disfrazado de sacerdote.^[109] El 28 de junio el ERP dio su primera conferencia de prensa clandestina en Córdoba, su centro político. Los periodistas fueron citados en una esquina de la ciudad y trasladados a una casa sin que se les permitiera ubicar el lugar. Durante la conferencia, los guerrilleros —cinco hombres y una mujer— permanecieron encapuchados y armados. Uno de ellos —aparentemente el jefe— explicó el ideario erpiano y fijó posición frente al momento político: “La apertura electoral propuesta por el gobierno no es más que una de las medidas para la contrainsurgencia dictada por los Estados Unidos. Si la farsa electoral continúa, nuestra posición se adaptará a la realidad política de ese momento.”^[110]

Sólo años después, los periodistas presentes en la conferencia pudieron saber que el jefe del grupo, que descubrió su rostro para despedirlos amablemente, era Santucho.

Antes de partir hacia La Habana especialmente invitado por el Partido Comunista cubano para los festejos de un nuevo aniversario del asalto al cuartel Moncada, el jefe del ERP recibió una comunicación de Ernest Mandel desde París, los primeros días de julio de 1971. Los trotskistas franceses estaban dispuestos a rever su apoyo al PRT, alarmados por su creciente militarismo, y en general a desandar el apoyo a la lucha armada como vía fundamental para la toma del poder. Se habían apagado los fuegos del Mayo francés y preferían retornar a la tradición política del trotskismo, aparentemente torcida por las convulsiones del Tercer Mundo. Cuando Santucho regresara a Buenos Aires, podría entrevistarse con Hubert Krivine, cuyo nom du guerre era “Sandor”, un dirigente de la LCF y miembro del secretariado ejecutivo de la IV Internacional.

En Cuba, Santucho realizó algunas actividades públicas y otras secretas. No se entrevistó con Fidel Castro pero sí con dos o tres importantes comandantes guerrilleros, entonces héroes indiscutidos, entre ellos Arnaldo Ochoa, con quien debatió sobre estrategia militar. El gobierno cubano siempre mantuvo un riguroso secreto sobre las vinculaciones con dirigentes guerrilleros latinoamericanos, pero era evidente que el aislamiento impuesto por los EE.UU. —que comenzaban a empantanarse en Vietnam, pero seguían alentando golpes de Estado como el que se preparaba en Bolivia contra el general nacionalista de izquierda Juan José Torres— llevaba a los comunistas cubanos, en primer lugar, a aliarse cada vez más incondicionalmente con la URSS y, luego, a impulsar cambios revolucionarios en cualquier parte del planeta, especialmente en Latinoamérica, además de renovar sus principios de internacionalismo guevarista. Era costumbre de la época que el principio de no injerencia en asuntos internos de otros países fuera sistemáticamente violado por los servicios de inteligencia estatal de los bloques beligerantes en la guerra fría. La CIA propiciaría cuanto golpe de Estado contrainsurgente se diera en cualquier parte del planeta, y la KGB aplastará toda revuelta antistalinista. Entre otros escenarios, Santo Domingo (1965) y Checoslovaquia (1968) no dejaban lugar a dudas sobre esa intervención.

Lo cierto es que en La Habana Santucho tomó contacto con Tupamaros, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y con los restos del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia fundado por el Che y refundado por Inti Peredo, quien lo transformó en una organización político-militar al estilo de la Argentina: PRT-ELN. La formación de una mini-internacional revolucionaria del Cono Sur era casi una consecuencia obvia del ideario guevarista, pero Santucho fue quien más insistió en alentar, desde ese momento, un intercambio de información, militantes y dinero que favoreciera una estrategia guerrillera regional para la lucha contra el imperialismo.[111]

El viaje también producirá en él algunas modificaciones políticas, especialmente con relación a su obstinado rechazo a los partidos comunistas. Quizá fue el contacto con algunos dirigentes del PC de El Salvador, como Shafik Handal —que no renegaba del legado de Guevara—, o la anunciada voltereta de los trotskistas franceses que lo dejaba sin sustento internacional o, tal vez, la incuestionable institucionalización de la revolución cubana que, en medio de serias dificultades económicas, comenzaba a depender de los favores soviéticos aun cuando Fidel Castro mantuviera su independencia de criterios para los asuntos latinoamericanos.[112]

Cuando el 10 de agosto Santucho aterrizó en Buenos Aires, vía México, se encontró efectivamente con Krivine. Luis Mattini recordaría la reunión, donde también estaban presentes Pujals y Baxter, este último como traductor, y la definiría “episodio” traumático y anticipatorio del destino de las relaciones entre el PRT y la LCF. “El ambiente para el delegado francés era marcadamente hostil a pesar de que Santucho guardaba un enorme respeto y atención por el visitante, y escuchaba con paciencia sus informes y también sus duras críticas al militarismo, el empirismo y el practicismo del PRT (...) Santucho criticaba a los trotskistas norteamericanos por no apoyar la lucha de las Panteras Negras en EE.UU., quienes, a su juicio, serían uno de los destacamentos de vanguardia de los revolucionarios estadounidenses. A lo que Sandor respondió que era muy evidente que en los EE.UU. no había condiciones ni objetivas ni subjetivas para el impulso de las formas armadas de lucha. El tema se cerró con un comentario de Santucho que inquietó a Pujals y a otros miembros presentes: ‘No es una cuestión de condiciones, sino un problema de línea’.”[113]

Era evidente que Santucho se distanciaba de cierta subordinación al trotskismo siempre que éste se cruzara en su camino para frenar su estrategia militar. Además, los tiempos políticos se aceleraban. Lanusse, convencido de que las FF.AA. no estaban preparadas para enfrentar semejante conmoción interior, se inclinaba cada día más por la convocatoria a elecciones para 1973, con dos años de tiempo para permitir la reactivación gradual de la actividad política y, sobre todo, discutir qué hacer con el peronismo.[114] El jefe del ERP sabía que las crecientes pequeñas acciones que comandos recién armados realizaban en distintos lugares del país no bastaban para conmover al sistema.[115] Si no se podía asaltar el poder en lo inmediato, ¿cómo incidir en el proceso político?

En medio de esas cavilaciones, cuando Santucho estaba dispuesto a iniciar una serie de contactos con dirigentes sindicales clasistas como Tosco, y con algunas organizaciones como el Frente Revolucionario Peronista (FRP), liderado en Salta por Armando Jaime, para afilar una estrategia común en el terreno electoral, la policía cordobesa lo detuvo. Fue la tarde del 31 de agosto de 1971, en la calle Galeotti 371, cuando llegaba de una reunión con las FAR, FAP y Montoneros. La prensa informó del episodio dos días después, una vez que la policía levantó la incomunicación e intervino un juez, aunque los guerrilleros fueron sometidos a torturas durante diez días en la Dirección de Investigaciones de la policía cordobesa. Santucho llevaba un documento falso a nombre de “Enrique Orozco”, según se desprende de las actas policiales que figuran en la causa 23/71 caratulada “Asociación ilícita calificada, tenencia de armas de guerra y uso de documento público falso”. En la redada cayeron también Gorriarán Merlo, el joven empresario Humberto Toschi y el empleado Jorge Alejandro Ulla.[116] La pesquisa policial condujo a involucrar a otros guerrilleros, entre ellos al contador Jorge Luis Sbédico, jefe administrativo de la Compañía Argentina de Teléfonos de Tucumán, quien antes de “pasar a la clandestinidad para continuar la lucha por la liberación de nuestra patria” se llevó fondos de la empresa cercanos a los 6,5 mil dólares.[117] El 6 de junio de 1972, la edición vespertina de Crónica confirmó que murió de nueve tiros de fusil FAL, luego de rendirse herido a la policía tucumana.

1
Nepita querida:

En estos momentos recibo, con inmensa alegría tu cartita del 8. La leeré recién cuando vuelva a la celda, pero lo mismo te contacto para que le H. te despache ahí donde mismo.

Yo estoy bien y aún sigo en V. Durofo. Hay 5 el 7º día de nuestra huelga de hambre. Los cosas se van poniendo mejor y es posible que pronto se resuelva el asunto del aislamiento.

Te mandé ayer una cartita, con la puse que te envié, y le H. me cuenta que le mandó a la dirección vía Trota de retirarlo de allí.

No sé qué me cuentas en tu carta pero a la hora de preguntas que te tengo hecha te apuro otra acerca del Chicho. ¿está como está? ¿no es posible una respuesta en foto?

Probé de escribir una carta (cuando dudo de tu más comentario) a la siguiente dirección: ASES - Unidad A, Autonomía U-2 - Perunido y Nopogi - Capital Federal. Según tu compra en SP, D., las cartas se reciben sin problemas. Esto independiente, por supuesto, de lo que me cuentas vía H. Te quisiera mucho y te beso mucho de amor, te

R.
—

Note: Notar que el papel ya me abillé ahí.

Villa Urquiza 16 perretistas y dos dirigentes del peronismo revolucionario. Días después la policía logró recapturar a la mayoría, excepto a los principales dirigentes evadidos: Urteaga, Carrizo, el obrero de la zafra Ramón Rosa Jiménez, el ex estudiante de Economía y viejo amigo de Santucho, Juan Santiago Mangini —quien en 1975 será uno de los principales jefes de la inteligencia del ERP—, Roberto Coppo y el pampeano Manuel Negrín, quien había compartido la experiencia guerrillera de Bengochea en 1963, y se había incorporado al PRT a principios de 1971.^[118] Inmediatamente, para prevenir un nuevo intento de fuga, la justicia federal cordobesa ordenó el traslado de Santucho y de varios de los perretistas apresados con él hacia la cárcel porteña de Villa Devoto. Como en 1970, Urteaga quedaba como el máximo jefe del PRT en libertad.

Al inaugurar oficialmente el Gran Acuerdo Nacional (GAN) que desde el Ministerio del Interior tejía Mor Roig, en encuentros políticos con los partidos mayoritarios, Lanusse finalmente anunció el 17 de setiembre de 1971 la convocatoria a elecciones para marzo de 1973. Sectores de la Marina y del Ejército se resistían a la idea y en octubre pasearon sin éxito sus tanques amenazadores por Azul y Olavarría. Lanusse, de todas maneras, no estaba dispuesto a admitir la posibilidad del retorno de Perón para su postulación presidencial. Viejo experto en lides políticas, Perón releva desde Madrid a Paladino y endurece su posición al nombrar como su delegado a Héctor José Cámpora, un dentista enrolado en el peronismo desde 1945 que, entre otras cosas, había sido diputado justicialista, había compartido la cárcel y el exilio con Cooke, y mantenía excelentes relaciones con el sindicalismo combativo y la JP. Por primera vez en dieciséis años la correlación de fuerzas favorecía notablemente a Perón: miles de jóvenes exigían su regreso en las calles o con las armas, y el régimen enfrentaba la peor crisis política desde el derrocamiento del peronismo en 1955.

Aunque condicionado, el proceso electoral parecía irreversible. Santucho había meditado sobre esta posibilidad. ¿Podría convencer a los perretistas para que aceptaran entrar en el juego electoral al que habían denostado por principio? A través de las visitas de su hermano Julio, ya incorporado al PRT y a punto de casarse con Cristina Navajas —una estudiante de Sociología, católica de izquierda, que pronto adherirá al PRT—, Santucho logró sacar de la cárcel, sin que fueran requisadas, una serie de cartas de amor con instrucciones políticas a Sayo. A pesar de estar confinado en una celda de aislamiento, lograba leer varias revistas y periódicos por día, practicar durante cuatro o cinco horas diarias un método para la lectura veloz, y agenciarse de algunos libros sobre Marx y Lenin que circulaban en una biblioteca clandestina. Entre los pedidos que le hacía a su esposa figuraban algunos libros de estrategia militar y sobre la guerra de Vietnam, Laos y Camboya.

En la carta del 22 de setiembre —la primera que pudo escribir luego de su detención— explica cuáles son sus preocupaciones políticas. Santucho tenía serias dificultades para convencer a muchos de sus militantes, incluida su esposa, de que la participación electoral no traicionaba los principios del PRT:

“En cuanto a los muchachos no tengo contacto con ninguno. Nuestra situación de aislados es muy rigurosa, y sólo podemos hablar con los guardianes. A los que cayeron conmigo los veo cada dos o tres días, un instante, sin poder cambiar más que el saludo. Por eso, no sé aún qué les preguntaron. Vi a las chiquitas tres veces, y la paso bien con ellas, que se vienen preparadas para entretenerme con cantos, poesía (...) En Tucumán al que más torturaron fue a Hugo (Ducca) que además de los golpes

le pusieron agujas debajo de las uñas. Sé que todos los tucumanos tienen la moral muy alta.

”Por lo que dices veo que no estás conforme con nuestra línea sobre la elección. Creo que porque no la conocés bien. Nuestro punto de partida para tomar posición frente al actual proceso electoral es el punto de vista leninista de que la elección es una farsa, que no ofrece salida alguna y que debemos luchar contra ella, debemos denunciarla ante las masas. Ésa es nuestra definición principista, nuestro enfoque estratégico explicado claramente desde el momento mismo que la dictadura lanzó el GAN. El primer volante donde anticipamos nuestra política frente a las elecciones tiene como título, precisamente, FUERA LA FARSA ELECTORAL. Quedamos claros entonces que no esperamos nada de la elección y que debemos luchar contra ella, desenmascararla ante el pueblo, y tratar de poner en claro ante las masas la imposibilidad de triunfar por vía parlamentaria.

”La cuestión táctica que debemos encarar enseguida es cómo lo logramos, cómo luchamos mejor contra el parlamentarismo, contra la vía electoral. Hasta ahora, el CE no ha definido su táctica, sino que ha dejado abiertas las dos posibilidades de luchar contra el parlamentarismo que de acuerdo a la experiencia revolucionaria deben utilizarse. Es decir el boicot y la participación. Esto ha sido así porque el anuncio inicial de Lanusse, a largo plazo, dejaba muchas cuestiones oscuras aún como para adoptar una definición que por otra parte no era exigida por nada, en primer lugar, el estado de ánimo de las masas.

”Primero: lo que sí hizo el CE (reunión de abril de 1971) es adoptar la línea de la formación de Comités de Base, contra la farsa electoral, y por un programa predominantemente democrático, allí donde hubiera posibilidades o necesidad de organizarlos. Es decir autorizó la formación de esos comités y nuestra participación en ellos, sin convertirlos en línea importante de la organización. Ello se hizo con la idea de que tales comités el día de mañana podrían servir tanto para la táctica de la participación, como la del boicot.

”La adopción de una u otra táctica deberá hacerse en los próximos meses y dependerá del grado de concesiones democráticas que deba aflojar la dictadura y, fundamentalmente, del estado de ánimo de las masas. Si se opta por el boicot, éste debe ser activo, y si se opta por la participación debe encararse desde un punto de vista principista, proletario, de destacar la independencia política del proletariado y tratar de que en su torno se nucleen otros sectores populares, bajo la clara hegemonía política de la clase obrera.

”Rechazar en principio la elección y adoptar el boicot, antes de que estén definidas las situaciones concretas es un punto de vista anarquista, ultraizquierdista, típicamente pequeño burgués, que nuestro P. en este momento está expuesto a sufrir. Es importante entonces, no sólo desde el punto de vista fundamental de que el P. adopte una línea correcta, madura, leninista, sino también desde el punto de vista educativo, dejar esto claro, como lo está a nivel de la dirección. Al respecto es conveniente que releas El ultraizquierdismo, enfermedad infantil del comunismo, de Lenin. Lamentablemente, no puedo extenderme más.

Si es necesario lo haré más adelante. Sólo tengo que agregarte lo que dicen las directivas del CE: la única salida para el país es el triunfo revolucionario en la guerra que ha comenzado a librarse, y la tarea fundamental de los revolucionarios, incluida la actividad frente a las elecciones, es el desarrollo de la guerra.

”Por favor relea los periódicos y los documentos del CE y después tratá de escribirme algo, si estás en desacuerdo o no, pero lo más preciso posible para poder profundizar. Espero tus noticias. Tu R.”

Preocupado por la tendencia general a negar la participación política e incrementar la actividad militar, el jefe del ERP pidió a su esposa que enviara urgentemente la carta a sus compañeros en el exterior. Sin salir de la trampa de ese razonamiento, Santucho había flexibilizado su posición frente al GAN, al que en abril de 1971 había definido como “el abrazo final de toda la vieja argentina que se hunde para dar paso a la nueva argentina socialista que surge potente e impetuosa”.^[119] Pero había llegado a la conclusión de que la salida electoral no era un producto de la presión política popular: las masas, en definitiva, no podían ser protagonistas de la hazaña. Como un gigante descerebrado iban a ser engañadas, nuevamente, por burgueses astutos.

“La táctica correcta de intervenir activamente —con el boicot o la participación— en el proceso electoral, permitirá a nuestra organización mantener un estrecho contacto con las masas y, en lugar de ser aislada, aprovechar los resquicios legales para ampliar vínculos y extender la propaganda y agitación, lo que se verá singularmente favorecido por la falta absoluta de perspectivas favorables a los intereses obreros y populares que caracterizan la próxima elección. Es un intento reformista imposible. La crisis actual de la Argentina capitalista no tiene ninguna posibilidad de ser superada a corto o mediano plazo, por ningún gobierno burgués. El gobierno que surja del proceso electoral próximo, lo mismo si es o no peronista, estará incapacitado para concretar ni siquiera soluciones mínimas porque la única forma de solucionar los problemas actuales es mediante una revolución profunda, socialista, proletaria, que expropié sin hesitar el capital imperialista y monopolista, independice el país, y movilice revolucionariamente al pueblo, tareas que de ninguna manera piensa ni puede llevar adelante el peronismo burgués, ni ninguna otra de las grandes fuerzas políticas burguesas. De manera que a un plazo relativamente breve el gobierno parlamentario que surja de las elecciones estará completamente desprestigiado, las masas no esperarán más de él y se orientarán hacia la guerra popular”, decía en los documentos partidarios.^[120]

Dentro de la cárcel, Santucho aprovechó para leer con la misma voracidad de siempre filosofía, política y economía. Su único vínculo privilegiado con el mundo seguía siendo Sayo, entregada completamente a la lucha clandestina. “Mi negrita querida... Por la tarde vinieron las chiquitas, con mi mami y la Pori (su hermana Blanca Rina). Estaban vestidas con sus falditas largas; me trajeron los

cuadernos. El de la Anita y el de la Marcela, muy bien, prolijitos y con buenas notas; la Gaby regular, desprolijo y con varias notas de las maestras diciéndole que mejore. La Anita te había escrito y las otras quedaron en hacerlo ayer mismo. (...) Aquí ya nos hemos organizado, aunque todavía falta para funcionar a pleno. Nos levantamos a las siete. Antes no se puede por disposición del penal. De siete a siete treinta barremos, nos lavamos y desayunamos. De 7.30 a 8.30 hacemos gimnasia, de 8.30 a 9 leemos diarios, de 9 a 12 estudio, de 12 a 14 almuerzo y descanso, de 14 a 16 orden interno, de 16 a 19.30 estudio y de 19.30 a 21, cursos. Tenemos autorizada la entrada de una tevé que han de traer en estos días. (...) Mi querida, hacé el favor de copiarme las tesis sobre Feuerbach de Marx, y sobre la dialéctica de Lenin. Te quiero mucho, muchísimo, y te beso entera e interminablemente... tu R.”, escribió el 26 de setiembre.

El 28, discute sobre una infidencia de su esposa: “No eres miembro de la dirección y no pueden tomarte como mi portavoz”. Pero la alentaba a seguir trabajando en su nuevo destino político, en el noroeste argentino. “Vos sos capaz, fuerte y tienes excelente moral. Has demostrado que tienes condiciones para la acción. A ello debes unir la máxima sencillez y constancia y una gran discreción cuando, como ocurre con frecuencia y ocurrirá, recurramos a vos, yo y los otros compañeros para comunicarnos”.

Extramuros, mientras el PRT continuaba perdiendo fuerza por la represión, el ERP se popularizaba practicando un foquismo urbano inédito. El 28 de setiembre, después de un allanamiento en pleno barrio Norte de Buenos Aires fue secuestrado Luis Pujals, en la práctica el segundo jefe político del PRT. La Opinión de la fecha, sin embargo, transcribió las declaraciones de su esposa, Susana Gaggero, quien aseguraba que Pujals había desaparecido en realidad el 17 de setiembre, y posiblemente hubiera muerto por torturas en Rosario, bajo la picana del jefe del II Cuerpo de Ejército, el general Juan Carlos Sánchez. Fue el primer desaparecido político del PRT. El mismo 28, Santucho escribe: “En cuanto a mí, estoy bien. Los últimos días han sido malos, principalmente por la desaparición del flaco. Encima de eso, los problemas de la regional Buenos Aires que se plantean en una situación muy difícil. Espero que el CE tome cartas en el asunto y lo solucione de inmediato. Nosotros seguimos aislados, el jueves empezamos la huelga de hambre a ver si conseguimos solucionar esto. Yo todos los días te recuerdo, te acaricio y aunque vos sos tan mezquina conmigo en tus cartas, te sigo queriendo con toda mi alma. Te besa mucho, tu R”.

En Buenos Aires habían quedado al mando del PRT Osvaldo Sigfrido Debenedetti y Víctor José Fernández Palmeiro, ambos con escasa experiencia política y sobre todo muy inclinados a multiplicar las acciones guerrilleras. Instalado en La Plata, y secretario general del PRT de hecho, Urteaga no podía abarcar tantos desafíos. Además, Carlos Germán había partido al exterior para realizar un curso militar. A un año de haber formado el ERP, la mayoría de los miembros de la dirección histórica del PRT estaban fuera de combate.

El 3 de octubre, Santucho cuenta a su esposa que está preparando la apelación de la causa 23/71: “El juicio lo encararemos políticamente y ya he preparado la apelación que presentaremos el martes, y trataremos de darle publicidad. Allí defenderemos la justicia de nuestra causa”.^[121]

Acababa de nombrar abogados defensores a Eduardo Luis Duhalde y a Rodolfo Ortega Peña. Dos décadas después, Duhalde revelará detalles de aquella relación:

“Conocí a Robi unos años antes de la década del 60. Me lo presentó Juan José Hernández Arregui. En ese entonces, él tenía una especial valoración de Robi por ese entronque que estaba haciendo entre la cuestión indoamericana, el cristianismo y el marxismo. En la casa de Arregui es donde escuché hablar por primera vez de ‘los Santucho’, también de su hermano Francisco René, y de la librería que tenían en su provincia. Yo en esos años no tenía acercamiento a las corrientes trotskistas pese a que en la década del cincuenta había militado cerca del Vasco Bengochea. Luego, en los años 70, Rodolfo Ortega Peña y yo teníamos la mayor parte de las defensas políticas. Un día tuvimos una visita de dos personas: Rubén Pedro Bonet y Luis Pujals, que venían a vernos precisamente de parte de Robi, a expresarnos que se acababa de terminar el quinto congreso del PRT y que ellos se planteaban el lanzamiento de la lucha armada. En realidad ya había habido acciones, pero ahora se lo planteaban como estrategia para la toma del poder. Me dijeron: ‘Como vamos a empezar la guerra, seguro que tendremos muchos problemas legales. ¿Quieren ser nuestros abogados?’. A pesar de que nosotros éramos peronistas revolucionarios, por una cuestión de consecuencia política quedamos apalabrados para la defensa. El comportamiento de Santucho frente a la causa fue anteponer lo político por sobre lo jurídico. Él jamás hubiera reconocido una defensa que fuera en menoscabo de su figura como dirigente máximo del PRT y comandante del ERP. Una especie de convicción de su destino histórico, que iba más allá de su utilidad. En Robi jugaba la importancia de esos cargos y la publicidad de eso en el mundo enemigo. Lo cual no quería decir que no apreciara la libertad. Porque como buen contador público, era muy minucioso en el manejo de la organización y quería involucrarse en los detalles más ínfimos y ridículos, lo que llegó a volverse en contra del funcionamiento democrático y colectivo, ya que como el suyo era considerado un pensamiento superior, a él le eran delegadas muchas decisiones. Para ser escuchados, lanzan una huelga de hambre”.

Querido:

Querido, en que estado te encuentras hoy. Es
una gran pena que no puedas salir de tu casa
por el momento. Espero que pronto puedas
volver a tu trabajo. Te deseo mucha salud
y felicidad. Te amo mucho.

Querido, siempre
te amo
y espero
que pronto
puedas
volver a tu
trabajo.
Te amo
mucho.

Con amor y cariño,
Tuyo,
JHO

El diario conservador La Prensa informó el 6 de octubre sobre la posibilidad de que los "acusados por actividades subversivas" que tipificaba la ley 19.081 del fuero antiterrorista, que

autorizaba la participación de las FF.AA. en la represión interna, fueran trasladados al penal de Rawson, 1.100 kilómetros al sur. Al día siguiente, Santucho parecía contento con el traslado. “Mi amor... El traslado nos conviene porque termina el aislamiento, y si nos llevan a Rawson no es tan malo porque allá hay cerca de 200 presos políticos. Lo único malo para mí sería que la visita de las chiquitas tendría que espaciarse. De todos modos nuestra situación es discriminatoria y debemos luchar ante ello. (...) Estoy leyendo a gran velocidad. 400 palabras por minuto. He leído los libros de Ortega Peña y Duhalde —Felipe Varela, Dorrego y Facundo— pero les mandaré una carta porque no comparto el enfoque revisionista. Lo único bueno que he podido leer es Militarismo e Imperialismo en el Brasil de Paulo Carvalho. Tiene una crónica de la muerte de Carlos Marighela, y ubica correctamente al lector en la situación del Brasil desde el punto de vista revolucionario a pesar de ser sintético. En Chile y en Perú parece que está llegando la hora de las definiciones. Si hay informes y novedades contáme que me interesa mucho. Lo mismo otras noticias internacionales que no salgan en los diarios. (...) Quiero que vean la posibilidad de imprimir un artículo sobre la primera resistencia vietnamita, porque es muy instructivo y se acerca mucho a nuestra situación”.

La situación de la familia Santucho se complicaba. El 1º de octubre a las dos de la madrugada, la casa de los Santucho había sido allanada en Santiago del Estero por una patrulla de la V Brigada de Infantería a cargo del mayor Salvador Hugo Anadón. Luego de pasar varias horas detenido en un cuartel, y consciente de que deberá emigrar de su terruño, Don Francisco publicó el 8 de octubre en El Liberal una solicitada dirigida a Lanusse, al estilo de un viejo yrigoyenista ultrajado: “¿Es posible llamar al GAN, como se alardea, cuando hay ciudadanos que desaparecen misteriosamente, cuando se allanan impunemente los domicilios de quienes no piensan como algunos jefes militares, cuando se veja a ciudadanos inocentes, cuando se vive en permanente estado de sitio, cuando las cárceles están llenas de presos políticos y gremiales, ultrajados, torturados, cuando se sanciona una ley de pena de muerte, cuando se afirma que el gobierno está en guerra con una parte del pueblo? ¿Es posible trabajar en paz para edificar un gran país cuando desde el Poder se impone la violencia?...”.

Al día siguiente, Santucho escribe: “Mi negrita amada: estamos con las chiquitas festejando tu cumpleaños. Si tiene un vaso de vino por ahí, levántelo y recuerde que la queremos inmensamente. Las chiquitas me contaron que estuvieron pintando en una pared de Santiago consignas del ERP y que se han puesto a decir que ellas eran del ERP. Hoy es el aniversario de la muerte de nuestro comandante. Aquí no hemos podido combinar nada para recordar esa fecha. Dedicaremos a su memoria la huelga de hambre que hoy recomenzamos y yo he empezado una poesía que te la mandaré cuando termine. ¿Sabías que lo encanaron a mi papá? Lo tuvieron preso unas horas y lo largaron. Son muy hijos de puta estos milicos... Me he quedado pensando en las chiquitas. Ya están grandes y la Marcela es muy viva y pícara. Ha estado diciendo algunas cosas que me hacen pensar que quizá sea conveniente que vos les expliques algunas cosas de mujeres... Los abogados no presentaron la apelación, tal vez les pareció demasiado picante. Vieron el expediente y es de una pobreza franciscana, prácticamente no tiene ninguna prueba y todas nuestras declaraciones son correctas, ni siquiera la asociación ilícita pueden probar. Lo único que hay son las pistolas de cuya portación acusan a Mario (Delfino) y al Gringo (Menna) pero el acta está mal hecha y los muchachos en su declaración niegan haberlas tenido. Naturalmente que lo mismo nos darán con un caño y en último

caso estamos también a disposición del PE. Hay además un informe confidencial y ‘secreto’ con mis antecedentes y se señala el viaje a Cuba, asesor de sindicatos, fuga y asalto al banco Comercial del Norte. Mi cielo, aquí me despido hoy y deseo tengas un buen día el 9. Te quiere, te acaricia, te besa mucho, R.”.

El día del cumpleaños, Sayo logró hacerle llegar una carta en la que, por primera vez, admitía estar deprimida por la separación de sus hijas y de su compañero. Entre líneas, insistía en que el PRT no podía sino boicotear las elecciones. El 10 de octubre y el 4 de noviembre, Santucho escribió las últimas cartas que enviará a su esposa. Había terminado de leer completo, por segunda vez, Fenomenología del espíritu de Hegel, y se quejaba porque Gorriarán Merlo no podía pasar de la segunda página. Simultáneamente, leía Dialéctica de la filosofía de Hegel, de Carlos Astrada, su filósofo predilecto; El otro Rosas, de Luis Franco y La conquista del desierto, “de un coronel argentino, Walter, que parece interesante”.

10 de octubre: “Sayito mía: (...) Sé que estarás pasando momentos difíciles, por la separación de las chiquitas y de tu compañero. Quisiera poder apoyarte mejor. La militancia intensa y la comprensión de que es el precio que tenemos que pagar por nuestra lucha, por el privilegio y la felicidad de estar al servicio del pueblo, de la revolución, de una causa justa y superior son los pilares que permiten asimilar estas dificultades, levantarse alegre y decidido todas las mañanas, supliendo con unos minutos diarios dedicados al recuerdo de los seres más queridos su ausencia física, y acostarse por la noche con una sonrisa, el recuerdo de las tareas realizadas y de las que aún esperan, y un último pensamiento diario para las chiquitas y para mí”.

4 de noviembre: “Negrita querida (...) Respecto al asunto GAN sigues discutiendo, como si nuestra posición fuera la participación electoral tipo Partido Comunista o algo así. Lo que nosotros decimos es que hay que prestarle atención al proceso electoral y dar la batalla también en ese terreno. Esa batalla puede consistir en el boicot o la participación pero, para estar en condiciones de disputarle allí también el terreno al enemigo, hay que empezar ahora por organizar Comités de Base contra la farsa electoral, con un programa de reivindicaciones democráticas. Ello no se opone sino se complementa con la lucha armada. Es para mí una cosa tan clara que no entiendo cómo pueden insistir en confundirla. Será lo mismo que el trabajo de masas, sindical, o reivindicativo. Esto también les cuesta entender a los compañeros que tienden por juventud o déficit político a tomar un camino unilateral, tendiendo por lo general a la lucha armada desde una óptica militarista. Eso no es una política marxista, y así no construiremos la organización revolucionaria que necesitamos, madura, firme, sólida.

”(...) En tu análisis ves solamente una parte de la realidad, la agudización de la represión y la crisis del régimen. Además hay que tener en cuenta cuáles son las políticas viables de la dictadura para salir o desembarazarse momentáneamente de esa crisis. Ocurre que precisamente en este momento, a partir del intento de ‘golpe de bolsillo’ de Azul y Olavarría se hace posible llegar a un proceso electoral (línea Lanusse) con un cierto margen de concesiones y resquicios legales. Ello nos viene de perilla para introducirnos audazmente en esos resquicios y llegar a miles de jóvenes (tanto en el boicot como con la

participación). Ampliar, considerablemente, nuestra influencia y estar en condiciones de dar mayor amplitud a la lucha armada. No hay que tenerle miedo al GAN, hay que mirarlo de frente, eludiendo peligros y utilizando sus resquicios”.

Finalmente, cansado de tantas polémicas estériles, Santucho dio instrucciones para que se intentara la constitución de una fórmula alternativa a las candidaturas “burguesas”: algo así como un Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), cuyo binomio electoral podía ser Tosco y Jaime. [122] Era obvio que la estrategia de Lanusse había perturbado la linealidad de los planes guerrilleros, pensados para pelear en las más extremas condiciones de proscripción política. Y Santucho aún no se planteaba, porque aún había dictadura, qué hacer en caso de un gobierno constitucional. ¿Intuía que la supervivencia de su proyecto dependería, sustancialmente, de cómo resolviera la polémica entre el boicot o la participación electoral, entre las armas y la democracia? En cualquier política, ¿podía plantearse una estrategia, una meta futura, tan dicotomizada con la táctica, el presente, sin desbarrancarse en un error trágico?

En diciembre, y contrariamente a lo que se esperaba, Lanusse endureció su posición: el peronismo dejaría de estar proscrito a condición de que Perón se quedara en Madrid. En los últimos doce meses se había culpado a las FF.AA. de doce desapariciones de opositores políticos, y el 22 de diciembre Lanusse anunció en una conferencia de prensa que no habría paritarias ni amnistía para presos políticos, y que los aumentos salariales se fijarían por decreto. Perón ordenó, entonces, aumentar la presión sobre el gobierno con las formaciones guerrilleras. 1972 se presentía como uno de los años más agitados e intensos de las últimas décadas. Recluido aún en Villa Devoto, Santucho comenzó a planear su nueva fuga: un túnel, al estilo del realizado por los Tupamaros en la cárcel de Punta Carretas en Uruguay. Pero la desbordada actividad de las células del ERP —de 520 acciones guerrilleras entre marzo y diciembre de 1971 le correspondieron 218 (42%)— y la práctica disolución de las estructuras del PRT cambiarán sus planes.

La fuga de Rawson, el arma de Salvador Allende y una llave para Fidel (1972)

“Esto lo hacemos para devolver algo del dinero robado al pueblo. El próximo será el Banco de la Nación.” La consigna del ERP quedó estampada en las paredes de la bóveda del tesoro del Banco Nacional de Desarrollo (Banade), la madrugada del 31 de enero de 1972. Antes de la medianoche del 30, los serenos Oscar Serrano y Ángel Abus, simpatizantes del ERP, habían franqueado la entrada a dos comandos dirigidos por Víctor Fernández Palmeiro y Osvaldo Sigfrido Debenedetti, ambos de 26 años. Los comandos cargaban ametralladoras, martillos automáticos, tubos de acetileno, máscaras, trajes de goma, explosivos y otras herramientas menores que utilizarían luego para violentar el tesoro. A las cinco y treinta de la madrugada se llevaron el botín récord de 401.835.895 pesos moneda nacional, unos 40 mil dólares de la época. Acababan de producir “con una inédita sangre fría, y sin víctimas, el robo más importante de la historia del país y uno de los golpes más espectaculares de la guerrilla urbana”.^[123]

“El robo del siglo”, como lo denominó la prensa, coronaba un mes que había comenzado con el intento de copamiento por parte de Montoneros del edificio de la Prefectura de Zárate, seguido con la primera detención de un sacerdote, peronista y tercermundista, Alberto Carbone. Su prisión indicaba que la Iglesia tampoco estaría a salvo de la crisis política. En ese lapso, también ocurrió la liberación de Ongaro, la muerte en enfrentamiento con la policía de varios militantes peronistas, el estallido de una bomba en la casa del ex ministro de Justicia de Onganía donde murieron cuatro policías, y una masiva protesta de la Confederación General Económica (CGE), afectada por la política lanussista. El ERP había sido la última organización guerrillera en aparecer pero era, sin duda, la más activa y la que más bajas había sufrido en menos tiempo: seis muertos, un desaparecido y cerca de cuarenta prisioneros.^[124]

El violento comienzo de 1972 anticipaba los principales rasgos de un año caracterizado por la

pulseada política entre Perón y Lanusse. La confrontación de estas dos estrategias para el proceso electoral se definió a favor del primero en noviembre de ese mismo año, cuando Perón aterriza en Buenos Aires para sellar las alianzas políticas que lo llevarán al gobierno en 1973, luego de diecisiete años de destierro. Lanusse, hasta promediar 1972, intentará el repliegue militar proponiéndose como candidato presidencial de una alianza cívico-militar, excluyendo al líder exiliado en Madrid e intensificando la represión política.

Dispuesto así el tablero, Perón alistó sus alfiles: nombró a Rodolfo Gabriel “Galimba” “El loco” Galimberti delegado de la Juventud Peronista (JP), organización que crecerá al calor de la campaña electoral por el regreso de su líder con la consigna: “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, con la identificación paulatina de muchos de sus dirigentes con la estructura montonera y, en menor medida, con la de las FAR; y promovió al metalúrgico ortodoxo José Ignacio Rucci al frente de la CGT.

La operatoria contempló la alianza con conservadores populares, democristianos, intransigentes y desarrollistas que, dirigidos por Cámpora, constituyeron en febrero el Frente Cívico de Liberación Nacional (FreCiLiNa), antecedente del Frente Justicialista para la Liberación (FreJuLi) formado en noviembre de ese año. Los radicales de Ricardo Balbín, por su parte, asistían al surgimiento de una corriente radicalizada en sus filas: el abogado de Chascomús Raúl Alfonsín y los jóvenes que habían debatido sobre la lucha armada después del Cordobazo en Setúbal, Santa Fe, daban los primeros pasos para el nacimiento del Movimiento de Renovación y Cambio (MRC) y la Junta Coordinadora Nacional (JCN).

Como resultado de la coyuntura, la escalada guerrillera se intensificó por la articulación de tres tendencias entrecruzadas: la intolerancia militar, el beneplácito de Perón a las organizaciones armadas peronistas y la rebelión popular prolongada como una ola después del Cordobazo y que inclinó la simpatía de vastos sectores obreros y de la clase media y alta, por lo menos hasta mayo de 1973, a favor de las organizaciones político-militares. En el Gran Buenos Aires el 45,5% de la población justificaba la guerrilla, mientras que en el interior del país lo hacía el 49,5%. Sin embargo, el índice de simpatía crecía notablemente en Córdoba y Rosario.^[125] La “crónica de la guerra revolucionaria” —como el ERP denominaba en su periódico Estrella Roja al recuento de sus acciones militares— se expandía sin cesar con repartos de alimentos en los barrios pobres, desarmes a policías, copamiento de cuarteles y de fábricas, secuestros de ejecutivos extranjeros y atentados contra militares.^[126]

A pesar de la prisión de sus máximos jefes políticos, a la que se agregará en febrero la de Antonio del Carmen Fernández y la del arquitecto Jorge Carlos Molina, los comandos del ERP de Buenos Aires parecían haber constituido una organización paralela, lanzada frenéticamente a la acción. El comité militar que de hecho dirigía al PRT en la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires —cuando en teoría estaba previsto que fuera al revés— había disuelto de un plumazo organizaciones de superficie como el Frente de Trabajadores de la Cultura (FATRAC) que nucleaba a intelectuales, artistas y profesionales, pretextando que, para seguir fieles al PRT, éstos debían marchar al trabajo fabril. En las fábricas no era distinto: la mayoría de los dirigentes obreros debían transformarse en combatientes —tal fue el caso de Antonio del Carmen Fernández—, lo que los obligaba a una creciente clandestinidad y desinserción social. La proletarización obligatoria de los

intelectuales, o la militarización obrera, como condición de fidelidad ideológica —especie de alienación política— olía demasiado al stalinismo repudiado por el propio PRT. ¿La confluencia política entre intelectuales y obreros debía realizarse cuerpo a cuerpo, mutando roles, o en base a un programa que los englobara a ambos?

Era inútil, por otra parte, que desde la cárcel Santucho se enojara con el temerario Urteaga, su hombre más fiel y quien más se le parecía, porque los militantes del PRT habían abandonado prácticamente el trabajo político en fábricas, barrios y universidades, para dedicarse sólo a reclutar combatientes. El mismo Santucho, en sus cartas y documentos desde Villa Devoto, enviaba un mensaje ambiguo: un saludo por el creciente protagonismo del ERP, una reiteración de que las elecciones eran una farsa urdida desde el poder y un pedido de desarrollar comités de base para el boicot o la participación comicial.^[127] Santucho explicaba a Urteaga que “el brote de militarismo” era consecuencia de la juventud, inexperiencia y origen social no proletario de los dirigentes que los habían suplido. Las justificaciones generacionales o sociológicas enturbiaban la posibilidad de admitir que la política era errónea.

Una semana después del exitoso asalto al Banade, Santucho convocó a sus abogados, Ortega Peña y Duhalde, para discutir una denuncia tardía de torturas. El 10 de enero, en una conferencia de prensa, el Foro por los Derechos Humanos, que nucleaba a varios abogados defensores de presos políticos como el radical Mario Amaya, Mario Hernández, Felipe Rodríguez Araya, el ex aviador y udelpista Héctor Sandler, Vicente Zito Lema y Rodolfo Mattarollo, entre otros, leyó una denuncia de Santucho reproducida en el diario La Opinión del día once. Luego de su detención en Córdoba, había sido trasladado a la delegación de la Policía Federal y reiteradamente picaneado, golpeado y lacerado. La tortura formaba parte de la práctica represiva, y su denuncia se sucedía a cada una de las detenciones. En realidad, Santucho había convocado a sus abogados para revisar la estrategia de la defensa: no aceptaría, bajo ninguna circunstancia, negar su calidad de secretario general del PRT o jefe del ERP. El alegato de la causa 23/71 lo escribirá él; será un vasto documento político donde se justifica “el derecho del pueblo argentino a armarse en defensa de la Constitución, a luchar por la democracia, la liberación nacional y el socialismo, emprendiendo el camino de la guerra revolucionaria”.^[128]

Si las noticias que le llegaban extramuros sobre el PRT no eran tranquilizadoras, mucho menos las familiares. Previendo la clandestinidad, la prisión y hasta la muerte, con Ana Villarreal habían decidido dejar a sus tres hijas —de diez, nueve y ocho años— bajo la guarda de los abuelos Santucho. Sin embargo, hasta el 2 de febrero no se sentirán conformes con la decisión que implicaba la renuncia definitiva a la estabilidad familiar. El director de Investigaciones de la policía tucumana, inspector mayor Hugo Tamagnini, enterado del nuevo destino de Ana Villarreal en el noroeste, andaba tras sus pasos. La noche del 2 de febrero, uno de sus oficiales la identificó en la capital tucumana, cuando subía a un ómnibus rumbo a Salta. A poco de andar, un patrullero ordenó al micro detenerse sobre la ruta. Tamagnini, el comisario principal Roberto Albornoz y dos oficiales la apresaron con un documento falso y un arma robada.

Según consta en la causa 47/72, tramitada ante la Sala I, vocalía 3ra. de la Cámara Federal en lo Penal de la Nación —fuero antisubversivo—, recién el 7 de febrero, luego de ser torturada, Ana

Villarreal fue puesta a disposición del juez federal Eduardo Malbrán. El acta de la Policía Federal, fechada ese día, dice: “En San Miguel de Tucumán, República Argentina, hoy 7 de febrero de 1972, el funcionario que suscribe, a los efectos legales que correspondan, hace constar: Que en este acto se reciben actuaciones sumariales de la provincia de Tucumán, iniciadas en esa repartición el día 2 del actual, en las que resulta acusada Ana María Villarreal de Santucho, (a) ‘Sayo’ o ‘Berta’, esposa de Mario Roberto Santucho (a) ‘Robi’, ambos integrantes de la organización clandestina extremista subversiva denominada Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Que la causante fue detenida por personal de la policía provincial en un ómnibus de la empresa ‘La Veloz del Norte’ en tránsito a la provincia de Salta, sobre la ruta 9 y antes de llegar al puesto fronterizo de esta provincia. Que en el momento de su detención, entre otros efectos, le fue secuestrada una pistola marca ‘Beretta’ calibre 7,65, con una bala en la recámara y un cargador completo, y ocho proyectiles sueltos, una libreta cívica No. 1.791.472 clase 1935 a nombre de Ana Villarreal con domicilio en San Luis 351 - Salta; y otra libreta cívica evidentemente adulterada con su foto pero No. 5.265.257 clase 1943 a nombre de Zenaida Rosalía Pereyra, con domicilio en Allende 474, Córdoba...”.

Inmediatamente, Sayo designó como abogados defensores a sus cuñados Amílcar y Manuela Santucho, el primero ya distanciado del PC y prácticamente entregado a las tareas de defensa de presos políticos del ERP; a Carlos Zamorano, Ulises Gómez, Cristina Bustos y Julio César Rodríguez Anido, y a Exequiel Ávila Gallo. Años después, Ávila Gallo fundará el partido Bandera Blanca, que en 1987 sirvió al general retirado Antonio Domingo Bussi, gobernador militar de Tucumán durante 1977-80, para iniciarse en las costumbres democráticas.

Trasladada primero a la cárcel del Buen Pastor, y en junio de 1972 al buque-cárcel Granaderos —prisión transitoria pero de hacinamiento de detenidos políticos en el puerto de Buenos Aires— para que asista al juicio oral donde el famoso penalista Carlos Sánchez Viamonte la defiende ardientemente, el 8 de julio Ana Villarreal fue condenada a tres años de prisión. El 9 la embarcaron rumbo al penal de Rawson.^[129] Allí se reunió con Santucho, vio sólo una vez a sus hijas y escribió a sus suegros la última carta de las pocas que se conservan de su correspondencia familiar: “Fue una alegría tan grande ver a mis chiquitas (...) Llegaron las tres con un ramo de dalias blancas por encargo del papi (...) las veo tan grandes, tan fuertes a las morronguitas, por eso es necesario que no se sientan como huerfanitas, que no sientan pena por nosotros, que lo tomen como un hecho natural, no como una tragedia. Aquí a diario veo toda la miseria humana en gente que afuera sería positiva si sólo encontrase un trabajo, comprensión, ternura. Yo sé que para ello es necesario transformar la sociedad, crear nuevos valores morales para que la persona sea considerada humana, para que se realice como un ser útil y capaz. Por ello, aspiro a que mis hijitas lo vean también así, y sé que ustedes me ayudarán como ya lo hicieron tantas veces. Sé y ustedes también, más que yo, que de la clase de infancia que tengan mis hijas, depende su futura madurez (...) Sayo.”^[130]

El 17 de marzo de 1972, el ERP acribilló en Quilmes —en su primer “ajusticiamiento”— al que fuera jefe de la policía tucumana durante 1970, el comandante de gendarmería Abel Pedro Agarotti, acusado de torturador y relevado de su cargo por el propio gobernador de la provincia luego de

reiteradas manifestaciones populares en contra de sus métodos.[131] Agarotti, junto con el coronel Jorge Rafael Videla, transitoriamente a cargo de la V Brigada, habían sido los encargados de la represión a las manifestaciones populares durante el Tucumanazo. La intención de los rebeldes de restituir mediante ejecuciones sumarias la legalidad de la justicia, violada por gobiernos dictatoriales, contradecía sus enunciados humanistas. Los atentados y secuestros guerrilleros, por un lado; los tribunales de excepción —fuero antisubversivo—, la confesión bajo tortura como prueba judicial, y las desapariciones y asesinatos de opositores políticos a la dictadura, por otro, eran las prácticas emergentes de las pasiones trágicas de la historia argentina contemporánea. Aunque en antigüedad y permanencia, las costumbres represivas ilegales del Estado eran predominantes. Se perfilaba un dramático enfrentamiento social imbricado con la insurrección popular contra la intransigencia de un régimen que, sentado sobre las bayonetas, se obstinaba en reestructurar el capitalismo argentino en favor de los grandes monopolios extranjeros a costa del deterioro en el nivel de vida de la población y de la liquidación de la industria nacional. Por esa época, las crecientes protestas de la CGE reflejaban la situación de los empresarios vinculados al mercado interno, que se veían obligados a fusionarse con el capital extranjero o a reconvertirse hacia actividades no productivas para sobrevivir.[132]

Santucho había reiterado en una carta a Urteaga, fechada el 3 de marzo, la necesidad de “evitar por todos los medios que los compañeros disparen a matar si no es en defensa propia”.[133] Pero la lucha estaba lanzada y parecía imposible evitar sus consecuencias. Él mismo había insistido en la necesidad de crear “una justicia revolucionaria”, una justicia paralela al régimen, una especie de poder dual que dos años después intentará construir con la guerrilla rural. El 11 de julio, en una audiencia del juicio oral al que eran sometidos en la Cámara Federal de la Nación, Antonio del Carmen Fernández y el arquitecto Molina expresaron la misma concepción al negarse a ser juzgados por un tribunal de excepción: “Yo rendiré cuentas a mis compañeros. Ante este tribunal lo único que puedo decir es que fui torturado durante tres días. No me arrepiento de nada, me siento orgulloso de ser un trabajador. El que sabe lo que hay que hacer y no lo hace está más muerto que nuestros compañeros caídos. ¡A vencer o morir por la Argentina! ¡Viva el Che Guevara!”, gritó el cañero Fernández, secundado por Molina, antes de que los desalojaran de la sala.[134]

En la carta a Urteaga, Santucho también manifestaba su preocupación por la situación política del Uruguay, donde había asumido el gobierno Juan María Bordaberry, un hombre dispuesto a negociar el recorte de su poder a cambio de que los militares se hicieran cargo de la represión a los Tupamaros, quienes ya habían sufrido serias bajas. Unos meses más tarde, en setiembre, el legendario Raúl Sendic será herido y capturado por el ejército uruguayo. En Chile, el gobierno de Salvador Allende y su “vía chilena al socialismo” comenzaban a ser jaqueados por la derecha local y las empresas norteamericanas perjudicadas por el proceso de nacionalización de la economía. La izquierda mirista consideraba reformista al gobierno de Allende y, aunque había pactado una tregua, se negaba al desarme convencida de que ningún ensayo pacífico podía asegurar la continuidad de la utopía socialista. Santucho predecía la inevitabilidad de golpes militares en el Cono Sur, promovidos por “el intervencionismo yanqui”. Daba instrucciones a Urteaga de buscar contactos más fluidos con los

Tupamaros y con el MIR y criticaba con dureza a Perón por aceptar el juego de Lanusse. En diciembre de 1971 había definido al líder justicialista como “(el) que se postula con energía como el salvador del capitalismo argentino”.^[135] Nunca cambiará de idea.

En la mañana del 21 de marzo de 1972, una camioneta interceptó el coche del director general de la empresa Fiat Argentina, Oberdán Sallustro, cerca de su casa en la zona norte del Gran Buenos Aires. Bajo la supervisión de Baxter, Debenedetti dirigía el secuestro del empresario, apoyado por los comandos “Luis Pujals” y “Segundo Gómez”, de siete guerrilleros cada uno. Santucho desconocía al detalle los planes externos, pero sabía que el ERP planeaba producir un hecho espectacular para obligar a Lanusse a negociar la liberación de los presos, para castigar “a las patronales burguesas” por la represión y explotación de los trabajadores, y para generar simpatías en la población. El secuestro de Sallustro produjo una conmoción inédita. Tenía 57 años y residía en la Argentina desde 1947. Doctor en jurisprudencia, oficial del ejército italiano en Grecia, diplomático condecorado por el Papa Paulo VI, Sallustro había sido director general de la Fiat Concord y de Materfer. En esos días presidía el directorio de la empresa e integraba el del Hospital Italiano y el de la Fundación Fiat Concord. El segundo parte de guerra del ERP, difundido en todos los medios de comunicación, sostenía que los jueces del régimen eran ciegos y sordos ante las injusticias, que Sallustro era responsable de la represión y las cesantías de los obreros automotrices cordobeses. Vaticinaba, también, el comienzo de una nueva era de justicia: “Desarrollando la guerra, construiremos la justicia del pueblo que poco a poco reemplazará a la del régimen miserable. Tantos años de explotación, de persecuciones, de huelgas apaleadas, de odio reprimido, de coraje asesinado, empiezan a ser parte del pasado en este camino que ha emprendido el pueblo para conquistar su derecho, su libertad y su justicia”.^[136]

La prensa italiana intentó analizar el comportamiento guerrillero que salpicaba por segunda vez —la primera había sido a Inglaterra— las costas europeas. El 22 de marzo *Il Corriere della Sera* de Milán sostuvo: “En América latina el empuje revolucionario no está nunca claramente separado de la pasión nacionalista, la lucha contra el capital se confunde con la lucha contra los extranjeros. La polémica marxista tiene matices de xenofobia. Este fenómeno se nota más en países cuya prosperidad o cuya miseria dependen de un único producto controlado por otros: el cobre en Chile, el estaño en Bolivia. Pero también, en el más europeo de los países sudamericanos, el extremismo proletario y el nacionalismo exasperado se hallan codo a codo: los encontramos puntualmente en el rapto de Oberdán Sallustro, director general de la Fiat Argentina, y en los motivos alegados por el llamado Ejército Popular Revolucionario”.

Cuarenta y ocho horas después del secuestro de Sallustro y de su reclusión en una “cárcel del pueblo” —un sótano estrecho—, los guerrilleros exigieron la libertad de todos los presos políticos, el mejoramiento de las condiciones laborales en todas las empresas dependientes de la Fiat, la reincorporación de los cesanteados, la derogación de las leyes represivas, un rescate de un millón de dólares y, además, que la empresa repartiera víveres y útiles escolares en numerosos barrios pobres de Buenos Aires y Córdoba.

El mismo 23 de marzo aterrizó en Buenos Aires, vía Roma, el presidente de la Fiat Aurelio Peccei para dirigir personalmente las negociaciones con el ERP. Era un hombre singular; creía

entender la psicología guerrillera. Había sido uno de los capi partigiani de la resistencia antifascista democristiana y había participado en la captura de Benito Mussolini en Dongo, el 28 de abril de 1945. En la década del 60 integraba ya el directorio de la Fiat, la dirección de la Democracia Cristiana Italiana (DCI), y posteriormente será uno de los fundadores del Club de Roma. Peccei estaba dispuesto a pactar todas y cada una de las condiciones impuestas por el ERP que dependieran de la empresa, ya que la liberación de prisioneros o la derogación de leyes represivas correspondían al gobierno. El 25 de marzo, tras una reunión del Consejo Nacional de Seguridad (CoNaSe), presidida por Lanusse, el gobierno juró que no negociaría “con delincuentes comunes que, como tales, operan al margen de la ley, y de las más elementales normas éticas de la sociedad”. Expresaba la doctrina de las FF.AA. El secuestro de Sallustro se había transformado ya en un leading case.[137]

Por pedido del gobierno italiano, desde su residencia en Puerta de Hierro, Perón condenó el hecho pero sin enjuiciar a los guerrilleros. Los necesitaba. “No puedo estar de acuerdo con estos procedimientos, que sólo se producen donde se carece de garantías y se practica una violencia provocada que tiende a generalizarse”, dijo el 24 de marzo a la agencia EFE. En Buenos Aires, Cámpora desplegó una crítica ambigua, recordándole al gobierno que las causas de la guerrilla se encontraban “en la violencia con que se ha conducido al país desde 1955”. Radicales, comunistas, demócrata-cristianos, socialistas y trotskistas condenaron el secuestro, pero sin dejar de señalar que “la rigidez del gobierno podría perturbar las elecciones y la institucionalización del país”. Sin excepción, los partidos mayoritarios veían a la guerrilla como “una respuesta violenta a una violencia anterior ejercida por la ruptura de la legalidad democrática desde 1955, para no hablar de 1930”. [138] Hasta el 25 de mayo de 1973, éste será el tono político general frente al accionar guerrillero que aún contaba con amplias simpatías. Pero el ERP no se conformaba sólo con un retorno a la “democracia parlamentaria” que, repitiendo el ciclo fatal, fuera nuevamente interrumpida por un golpe militar. Quería abolir el capitalismo, porque el PRT-ERP lo consideraba la causa de esa repetición cruel para los trabajadores y el pueblo argentino.

Los entretelones del caso Sallustro no trascendieron en ese momento, silenciados por el gobierno que de inmediato estableció la censura de prensa. En realidad, Peccei no se dio por vencido. En una reunión con Lanusse le expresó que, dada la ilegitimidad del gobierno militar, su inflexibilidad conducía a un callejón sin salida. No fue escuchado. Entonces, Peccei decidió entrevistarse con Santucho en la cárcel. Era una operación complicada, ya que debía ser mantenida en secreto. El abogado Eduardo Duhalde fue el vínculo natural:

“Un día apareció en nuestro estudio jurídico Aurelio Peccei. Nos vino a plantear que a él le interesaba mucho Sallustro y que creía que se estaban dando un conjunto de intereses para que muriera. En primer lugar nos dijo que era el directorio de la Fiat el que se oponía, especialmente Carro Álvarez, que había crecido a la sombra de Sallustro porque era la personalidad más fuerte, el capo, y que veía en su muerte la posibilidad de ascenso. También mencionó intereses militares, ya que muchos de ellos debían dinero y secretos a Sallustro porque estaban involucrados en negocios con él. Nos dijo que la única forma de superarlo era una negociación directa. Lo cual fue muy dificultoso ya que tuvimos que lograr

el consentimiento del director de la cárcel para que, sin que se supiera quién era Peccei, entrara a Devoto para hablar con Santucho. Esa entrevista se hizo el 5 de abril de 1972 en el despacho del director del penal; Peccei y Santucho conversaron a solas durante una hora y media. Luego, el presidente de la Fiat nos dijo que habían llegado a un acuerdo, y que Robi había entendido la imposibilidad de pedir la liberación de los presos políticos. Esto trasciende porque esa misma noche lo trasladan a Santucho a Rawson para impedir el acuerdo con la Fiat, que por otra parte ya había aceptado pagar un millón de dólares”.

Las versiones que circularon entre los perretistas, sin embargo, contradicen al abogado. Luis Mattini, miembro de la dirección nacional del PRT, afirmará años después que el jefe del ERP había insistido en que no se dejaría libre a Sallustro sin obtener la libertad de los presos políticos. “Decidió de esta manera por varias razones: primero, porque subestimaba a Lanusse. No comprendía que éste cuanto más insistía en la apertura electoral y en la negociación con todos los sectores políticos, precisamente en la prosecución de sus objetivos, menos podía negociar con la guerrilla. Al mismo tiempo que ofrecía una respuesta política al problema de la violencia, no daba tregua en el accionar represivo y no se detenía en consideraciones morales o éticas... Segundo, porque Santucho sobrevaloraba las fuerzas del ERP y en especial confiaba en los hombres de acción... Tercero, porque precisamente debido a las falencias de su formación política, Santucho no había desarrollado aún la capacidad para entender la política como una negociación en un sentido amplio de la palabra, como un arte en el cual la rigidez y sobre todo los falsos principios están de más”.^[139]

Lo cierto es que en la noche del 5 de abril Santucho fue trasladado al penal de Rawson por decreto 1675/72 del PE, junto con su esposa y varios de sus compañeros: Gorriarán Merlo, Alejandro Ulla, el bioquímico Pedro Cazes Camarero y el estudiante de Economía Eduardo Capello. Pero el decreto había sido firmado el 28 de marzo, es decir ocho días antes de la conversación entre Santucho y Peccei. Era evidente que su traslado al Sur ya estaba previsto. Ambos se llevaron el secreto de ese diálogo a la tumba.

El epílogo llegó el 10 de abril. Lasrazzias policiales habían acorralado a los guerrilleros. En pocos días, el ERP tenía ya dieciséis mujeres y once hombres detenidos, entre ellos el jefe militar del ERP en Buenos Aires, Osvaldo Debenedetti, y se habían visto obligados a improvisar un escondite donde mantener a Sallustro recluido mientras se llevaban a cabo las negociaciones. Investigando las casas alquiladas en días recientes, la policía dio con “la cárcel del pueblo” en el barrio de Flores. El director de la Fiat fue asesinado durante el tiroteo entre guerrilleros y policías. En la casa se detuvo a la brasileña Guiomar Schmidt, esposa del guerrillero Mario Klachko, que pudo escapar. Horas después, un comando conjunto del ERP y las FAR, que expresaba una efectiva coordinación política entre dos fuerzas que simpatizaban, acribilló en una calle de Rosario al jefe del II Cuerpo de Ejército, teniente general Juan Carlos Sánchez, acusado por la guerrilla de haber torturado a numerosos presos políticos. Una bala perdida mató a la canillita Dora Cuco de Ayala.

Mientras el PRT se desgranaba en combates y prisiones, y en ambigüedades respecto de la participación electoral, el proceso político tenía otros protagonistas. Una nueva insurrección popular

conmovía el tiempo y los planes oficiales. Los primeros días de abril había estallado el Mendozazo, repitiendo el escenario del mayo cordobés. Lanusse había comenzado a pensar en la renuncia a su candidatura. La rebelión en Mendoza y la demostración de fuerza de la guerrilla el 10 de abril eran un dato inocultable para el propio gobierno. Lanusse comenzó a pensar “que las FF.AA. no estaban preparadas para esa guerra”,^[140] a digerir, paulatinamente, la inevitabilidad del retorno de Perón aunque las FF.AA. jamás lo aceptarían como candidato en la primera vuelta electoral. Es que un gobierno peronista, intuían, significaba volver al bloque histórico, a la alianza de trabajadores, sectores medios y burguesía nacional que había signado a la política justicialista.

La izquierda tradicional también rumiaba su participación electoral, cruzando los dedos para que Perón se quedara en Madrid. Una fracción del PSA, dirigida por Juan Carlos Coral, conversaba con el antiguo crítico de Santucho, Nahuel Moreno, para formar el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), padre del Movimiento al Socialismo (MAS) de los años ochenta. Desde el ENA, los comunistas intentaban convencer al intransigente Oscar Alende y al udelpista Horacio Sueldo de converger en un binomio para constituir la Alianza Popular Revolucionaria (APR). Otros grupos menores, que se mantenían al margen de la guerrilla, como VC y el PCR, constituyeron el Frente Revolucionario Antiimperialista (FRA) que se inclinaba por el votoblanquismo. Todos coincidían en su encono antiimperialista, aunque respecto a cómo transitar del capitalismo al socialismo enunciado, con el GAN y el retorno de Perón a la vista, no había demasiados acuerdos. El PC, la organización más importante de la izquierda, definía a los guerrilleros como “ultraizquierdistas”. En realidad, ellos habían llegado para disputarle un espacio político que creía hegemonizar.

A mil kilómetros del centro histórico del país, con la detención masiva de militantes por el caso Sallustro y la noticia de la captura de Carrizo —el segundo jefe militar del ERP—, una de las actividades principales de Santucho en Rawson era preparar su nueva fuga. Además, estudiaba política, economía y filosofía, escribía los editoriales de *El Combatiente* y los boletines internos, de exclusiva circulación entre los militantes perretistas.

Al enterarse de su traslado a Rawson en la cárcel de Villa Devoto, Santucho conversó sobre la posibilidad de la fuga de Rawson con Agustín Tosco.^[141] En el patio del penal mantuvieron el siguiente diálogo:

—Che, gringo, ¿cuántos kilómetros hay del penal de Rawson al aeropuerto más próximo? —dijo Santucho.

—Ni se te ocurra, negro. Es imposible fugarse de allá, ni con un submarino ruso —respondió Tosco.

* * *

La política frente al GAN, sin embargo, constituía la mayor tensión interna de Santucho durante los primeros meses de cárcel en Rawson. Comenzaba a preocuparle seriamente que el PRT no comprendiera el nuevo momento político. Pero él mismo se debatía en falsos paralelismos: asimilaba guerra revolucionaria con socialismo, y democracia burguesa con democracia, una confusión, por lo

pronto, que padecía todo el pensamiento marxista que había llegado al poder. En definitiva, se luchaba para cambiar la dictadura de la burguesía por la del proletariado. El Partido Comunista Italiano (PCI) era una excepción, pero no estaba en el poder, y tampoco se planteaba la destrucción del capitalismo.

Santucho parecía convencido, aunque su discurso era contradictorio, de que la mayor profundidad de un proceso democrático dependería sobre todo de la cantidad de armamento disponible para defenderlo. Decía: “Frente a la acusación de la dictadura de que nos oponemos a la institucionalización, respondemos que preferimos un régimen parlamentario a la dictadura, llamando a la lucha por la democratización”. Pero agregaba: “No creemos que esa democratización, aunque desemboque en un gobierno parlamentario amplio, solucione los problemas de la clase obrera y el pueblo, pero la preferimos a cualquier dictadura, por eso nuestro partido, el partido de la clase obrera, debe estar al frente de las luchas, fundamentalmente de la lucha por los derechos democráticos del pueblo”.[142] Entonces, era mejor la democracia que la dictadura, pero esa democracia no serviría para la meta final. Semejante antagonismo entre el camino de las reformas democráticas y la revolución socialista como meta nunca abandonará a la cosmovisión perretista. Es más, en mayo, Santucho seguía convencido de que las elecciones eran una concesión de la dictadura “para desviar a la clase obrera y al pueblo de la guerra revolucionaria”. Que tanto Balbín, Perón y Frondizi, que hablaban de un cambio en paz y de la liberación nacional, como “los reformistas pacifistas” de la izquierda, en realidad estaban dispuestos a traicionar al pueblo y a revocar su discurso ante el peligro de una revolución. En medio de tal contradicción, podía diagnosticar, sin embargo, el precipicio hacia el que naufragaba el país: “Sabemos que todo tipo de reforma política o económica en los marcos del sistema capitalista en nuestro país tiene sus límites. La crisis económica es cada vez más aguda. Las necesidades del imperialismo son tan grandes que hacen imposible el desarrollo capitalista estable. No existe ningún sector de la burguesía capaz de tener una política independiente de los grandes monopolios que dirigen nuestra economía, y sacar al país del estancamiento”.[143]

Y aunque propugnaba una alianza con las otras organizaciones armadas, la situación política nacional lo distanciaba cada vez más de las concepciones montoneras porque confiaban en Perón, o de las de FAR, que había iniciado un proceso de confluencia con Montoneros. En el fondo, ninguna de las organizaciones estaba dispuesta a dejar las armas, pero Montoneros había jurado que no realizaría operaciones guerrilleras contra el gobierno justicialista, en caso de que el peronismo triunfara en las elecciones. Las diferencias políticas, en este punto, eran insalvables. Mientras Santucho pensaba que Perón venía a salvar al capitalismo argentino —que él quería liquidar—, Montoneros pensaba que venía a garantizar la construcción del socialismo nacional. ¿Qué los unía, entonces? Aún, el deseo de derrocar a la dictadura. Más tarde, la mistificación de la pólvora como remedio para la crisis política, la derechización del peronismo y la violenta respuesta de la clase dominante que conduciría a una nueva dictadura pero, esta vez, exterminadora.

El penal de Rawson se había transformado en un centro de poder paralelo, un lugar de conspiración, donde los principales jefes de la guerrilla —cuya edad promedio era 30 años— debatían apasionadamente sobre el pasado, el presente y el futuro del país, como parte de una

generación a la que nada parecía serle indiferente. Santucho y el resto de los dirigentes estaban en el pabellón cinco de máxima seguridad, destinado a los detenidos de “máxima peligrosidad”. Allí compartía la dirección política del conjunto de los presos guerrilleros con Roberto Quieto y Marcos Osatinsky de las FAR, Mariano Pujadas y Fernando Vaca Narvaja de Montoneros, y con otros perretistas, entre los cuales estaban el bioquímico Cázés Camarero, Gorriarán Merlo y Menna. Años después, Cázés Camarero reflexionará sobre la vida de Santucho y de los perretistas en Rawson:

“Robi siempre pensaba en organizar una fuga, así que todo el tiempo se discutía cómo fugarse de Devoto primero, y de Rawson después. Aparte de ello, dedicaba bastante tiempo a estudiar y a capacitar a la gente. Tenía una virtud: desconfiaba de los manuales y de las aproximaciones. Él le decía a Gorriarán, que era bastante bruto por cierto, que tenía que estudiar a Hegel, y que nadie podía entender a Marx sin Hegel. Gorriarán peleaba con la Fenomenología del espíritu, y me decía confidencialmente que cada vez que agarraba el libro le parecía que era una especie de subnormal, cosa que le pasaba a mucha gente sin preparación previa en el pensamiento abstracto. De Carlos Astrada, a Santucho le interesaba el hegelianismo, su vuelta al mundo en el pensamiento porque venía del fascismo y se había hecho marxista. Le llamaba la atención que apareciera una escuela argentina hegeliana que no fuera una copia de Europa. Discrepaba seriamente con Althusser porque le parecía que abandonaba aspectos fundamentales del marxismo como la teoría de la contradicción. No recomendaba a todo el mundo esos textos, pero sí trataba de que todos leyeran los libros de Mao y de Giap sobre estrategia militar.

”Por supuesto, no leía a Gramsci porque no le preocupaba el tema del consenso. Él planteaba con mucha claridad la tendencia a una concepción espontaneísta de la evolución de la conciencia de la gente, y que la disputa del consenso se daría sobre la base del efecto demostrativo: por eso la guerrilla, la acción. En ese sentido su pensamiento era más bien blanquista que marxista. Por tanto, primitivo. No era foquista porque el foco había sido derrotado antes de que él iniciara su carrera política a fondo, pero su concepción sí lo era, nada más que tomó formas específicas en una estrategia militarista.

”Santucho tenía la concepción, entonces, de que un grupo de gente muy sólida podía, a través del efecto demostrativo, persuadir a los demás a comportarse de determinada manera. Eso llevaba a que él mismo se tomase como paradigma, y tenía entonces una elevada dosis de autocontrol. Intentaba por todos los medios ser el mejor en todo y que eso dependiera básicamente de la voluntad. Si era de acero, mejor. Cuando comenzamos a recibir libros de Kim-il-Sung y del espíritu Suhei y todas esas cosas estafalarias de los coreanos del norte, nos causaba bastante gracia porque los más iconoclastas de nosotros encontrábamos algunas cosas que eran realmente muy parecidas a las posiciones de Santucho: por ejemplo, era muy moralista para las cuestiones sexuales. No le resultaba fácil aceptar el liberalismo de muchos intelectuales de esa época. Nosotros veníamos de una

experiencia medio hippie, informal, y toda la moralina campesina, vietnamita, nos rompía las pelotas.

”Seguramente vivió con culpa su relación amorosa con Lea Place, pero lo resolvió por el statu quo. Además, él no demostraba nunca sus emociones, excepto en la vida muy íntima. No era demostrativo ni siquiera con sus hijas, pero se veía su emoción cuando colgaba los dibujitos de ellas en las paredes de la celda. A diferencia de Quieto, que tenía en las paredes de su celda minas desnudas, Santucho tenía colgados recuerdos de sus hijas, y retratos de Lenin y el Che. Recuerdo, también, que tenía una veta religiosa en la moral, en cuanto a la negación sublimada de los deseos, orientando toda esa energía —lúdica, sexual— en determinadas direcciones, y pese a que a veces celebraba algún chiste, o que con sus compinches del norte fuera tolerante, se puede decir que no tenía sentido del humor en absoluto. Era formalista, machista, y le daba mucha importancia a la disciplina. Tiempo después Robi introdujo los saludos militares y ciertas formas del ejército regular en la actividad guerrillera, y en general era bastante severo con los compañeros que violaban las formas súper restringidas de disciplina del PRT. ¿Gorriarán Merlo? Tenía una actitud de subordinación a Santucho. Pero lo que tenían en común ambos era sólo la capacidad militar.

”Por lo demás, la vida en la cárcel era monástica. Santucho proponía una vida con alto grado de exigencia y de crispación, además de las tareas siempre relacionadas con la fuga, y de comunicación con el exterior. Se trataba de que los compañeros se levantaran lo más temprano posible. En sus cartas él refleja bien el régimen que seguía, que también adoptaba el conjunto. Pero, al mismo tiempo, Robi tenía con los compañeros una relación de benévola autoridad, una mezcla de patriarca, sacerdote y jefe político, y aunque aceptaba la discusión, se reservaba la última palabra. Las formas eran corteses en la discusión política, pero debajo de esa cortesía había un autoritarismo extremo en la conclusión. No toleraba, en el fondo, ninguna crítica profunda a sus planteos. Estaba totalmente convencido de que tenía razón, y que un crítico estaba seguramente equivocado. Por lo que, para qué negarlo, desarrolló características burocráticas para neutralizar a sus críticos, desplazando a aquellos que podían oponerse a sus convicciones de cualquier estructura de poder. Pero, también, tenía un nivel de autoexigencia arrollador, un rol de omnipotencia que era, sin duda, muy incómoda. Así fue promocionando un modelo de unidad acrítica en el PRT.

”Con los guardiacárceles, Santucho discutía sólo con los oficiales. Ellos estaban muy impresionados por su comportamiento perfecto. En el fondo, lo sentían como a un militar enemigo. Nunca abrió la boca cuando lo torturaron.

”Él pensaba que había que generar una moral alterna, una ética muy grande en los militantes, porque se iban a enfrentar con el Estado. Debían, entonces, sentirse respaldados por algo muy fuerte —la ideología— en sus convicciones. Pero esa personalidad produjo algo singular: cierta incapacidad para la producción teórica colectiva, y la anulación de la

crítica como ejercicio individual, vital. A la democracia, tal como se la veía en la sociedad, se la veía dentro de la organización.

”La violencia no era para él una forma de catarsis. En realidad él decía que era un recurso no deseado, incluso trataba de que el nivel de violencia aplicado por la organización fuera el más bajo posible. En ese sentido, el PRT-ERP no utilizó la violencia como una forma de frenesí caótico, lo que pasa es que Santucho entendía la violencia como una especie de fatalidad que venía impuesta desde afuera y que no había forma de pararla sino contraponiéndole la violencia popular. Después de la fuga de Rawson nos vimos pocas veces porque yo fui detenido nuevamente en 1973, cuando fungía como director de las revistas El Combatiente y Estrella Roja. La última vez que tuve noticias suyas fue luego de lo sucedido en Moreno, en marzo de 1976”.

A principios de junio de 1972, Santucho ya había aceitado suficientemente los contactos con el exterior como para poner en marcha el operativo de la fuga. Las noticias que le llegaban sobre la coyuntura política lo convencían de que no habría elecciones limpias: Lanusse había congelado los fondos sindicales y suspendido la personería gremial de la CGT por el respaldo de ésta a Perón; además, había establecido el 25 de agosto como fecha tope para que los candidatos de las futuras elecciones fijaran residencia en el país. La intención obvia era dejar fuera de carrera a Perón. Santucho también descartaba la posibilidad de un golpe de Estado que frenara el proceso electoral. En cuanto a la necesidad de que la guerrilla abandonara las armas decía que “al no darse posibilidad alguna de una elección verdaderamente limpia y al no encabezar a las masas en este terreno ninguna corriente antiimperialista (el Partido Justicialista, el radicalismo y la burocracia sindical no lo son), el desarrollo del proceso electoral no obliga a la tregua, y hace posible y necesario el entrelazamiento de la lucha armada con la lucha democrática (...)”. Sin embargo, insistía en la idea de preparar una fórmula con candidatos obreros en caso de participar en las elecciones.^[144] Ello era, en realidad, una respuesta a Montoneros, quienes ya habían anticipado su posición favorable a una tregua ante el inminente retorno de Perón. Santucho seguía creyendo que una organización que se denominaba revolucionaria no debía someterse a “una dirección burguesa”. Jamás dejaría de presionar a Montoneros para que se radicalizara hacia la izquierda. Ese momento llegará, pero por la combinación de tres circunstancias: las propias concepciones de Montoneros; la presencia del ERP, disputándole el terreno político de la izquierda armada; y la futura relación traumática con Perón.

El hecho de que Lanusse estuviera realizando los últimos movimientos en el tablero para condicionar la salida electoral y la arremetida contra las organizaciones sindicales —también había sido intervenida la CGT de Córdoba y apresados u obligados a la clandestinidad sus dirigentes— proporcionaba a Santucho el principal argumento para insistir en la fuga y no confiar, como Montoneros, en que el nuevo gobierno, si lo había, dejaría en libertad a los presos políticos, y mucho menos si éstos eran guerrilleros. Las FAR coincidían con Montoneros en la necesidad de una tregua pero pensaban que había que asegurar la libertad de los presos, sin apostar todas las cartas a la bondad de un gobierno peronista. Por eso, cuando el ERP decidió la fuga del penal, sólo contó con el

apoyo decidido de las FAR y cierta complicidad de Montoneros.

La idea de Santucho parecía, al principio, descabellada. Pretendía organizar la evasión de cerca de ciento diez militantes políticos de las tres fuerzas guerrilleras más importantes del país, romper una inexpugnable fortaleza del régimen ubicada en una zona semidesértica, y enfrentarse con éxito a un contingente de 70 soldados, 1.000 infantes de Marina, 200 gendarmes y unos cien policías, que eran la custodia del lugar.

Lo que sucedió después fue documentado en numerosas entrevistas y libros,^[145] pero hubo una historia íntima de la fuga y de los hechos de Trelew que es posible narrar dos décadas después de acuerdo con los testimonios de varios de sus protagonistas.^[146]

El ERP había estado discutiendo varios planes de fuga. Uno, que Santucho consideró como alocado, incluía un rescate en un avión alquilado que aterrizara en el campo de la cárcel. Había sido diseñado por el comité militar de Buenos Aires. El otro, que finalmente se llevó a cabo, fue diseñado por Santucho, Gorriarán Merlo y Osatinsky, pero había sido resistido por el comité militar bonaerense del ERP, lo que Santucho considerará como una de las causas de las dificultades posteriores a la fuga.

La evasión debía comenzar con una señal enviada por los contingentes guerrilleros desde afuera del penal. Recibida la señal, Santucho —que ya era sin duda el jefe indiscutido de todos los grupos armados— dijo: “Ahora”, y se quitó su pullover, como contraseña. Mientras, Marcos Osatinsky se dirigía hacia la puerta enfundado en un gabán de bolsillos anchos y grandes, cargado con una pistola con silenciador entrada pacientemente por las visitas en latas de dulce de batata. La sospecha de que el abogado radical Mario Amaya había colaborado en ello le costará la vida en 1976. Los guerrilleros tenían pocas armas, algunas púas, cuchillos y palos. A su vez, Roberto Quieto marchaba hacia una cita con el director del penal.

Eran, exactamente, las 18 del martes 15 de agosto de 1972.

Cuando comenzó la fuga, Osatinsky disparó sobre el guardiacárcel Juan Gregorio Valenzuela, que intentó impedir el escape, matándolo. Los guerrilleros lograron copar el penal. Los sindicalistas presos habían decidido no participar en la fuga. Los primeros en alcanzar la puerta fueron Santucho, Menna, Osatinsky, Vaca Narvaja, Gorriarán Merlo y Quieto. Los guerrilleros estaban numerados para el orden de fuga del 1 al 110. Cuando ya estaban afuera de la cárcel, Santucho y los demás no encontraron los camiones que debían estar esperándolos para llevarlos al aeropuerto de Trelew; los tiros adentro de la cárcel los habían dispersado. El primer contingente de los seis máximos jefes guerrilleros tomó el único coche que había permanecido, con el estudiante de Agronomía y Veterinaria Carlos Goldenberg (FAR) al volante. Los 19 guerrilleros restantes, que habían logrado salir, llamaron desde la guardia del penal a taxis y remises. Llegarían al aeropuerto de Trelew con un retardo fatal.

Santucho y el primer grupo entraron al aeropuerto cuando el avión de Austral —un BAC 111 con 96 personas a bordo— estaba carreteando. Santucho cruzó la pista corriendo junto a Vaca Narvaja que, disfrazado de mayor del Ejército, hizo señas al avión para que parara. De la torre de control no entendían lo que estaba sucediendo. El avión se detuvo en ese momento porque los guerrilleros que habían subido antes en Trelew —el estudiante de Medicina Alejandro Ferreyra Beltrán (ERP), la

maestra Ana Wiesen (FAR) y Víctor José Fernández Palmeiro (ERP)— ocuparon la cabina y amenazaron al comandante de a bordo. Los primeros seis guerrilleros subieron, y ordenaron esperar unos minutos. Desde la torre de control del aeropuerto ya se había avisado a un avión de Aerolíneas Argentinas próximo a llegar que no aterrizara. El piloto del BAC 111 intentó resistirse. Dijo: “No hay combustible para llegar a Puerto Montt”. Encañonándolo, Santucho respondió: “Pues habrá que llegar igual”.

Los 19 guerrilleros arribaron al convulsionado aeropuerto cuando el BAC 111 ya estaba en el aire. Tomaron la torre de control, pero a la media hora, rodeados por la Infantería de Marina y el Ejército, negociaron su rendición. No pensaban tomar rehenes civiles. Exigían ser regresados al penal de Rawson, revisión médica para prever torturas posteriores, la presencia de jueces, abogados y periodistas. En el momento en que el avión de Austral aterrizaba en Puerto Montt, los guerrilleros detenidos eran llevados a la base aeronaval Almirante Zar, y no al penal como se les había prometido en las negociaciones. Fueron torturados durante días.

El Ejército y la Infantería de Marina tomaron el control del penal de Rawson y ocuparon la ciudad de Trelew. El presidente Lanusse siguió desde Olivos las alternativas de la fuga. Puso bajo su control personal a los efectivos militares. El gobierno de Allende recibió con embarazo la llegada de los guerrilleros, que fueron conducidos a la División de Investigaciones de Santiago, el equivalente de la Jefatura de la Policía Federal Argentina. El general Lanusse había abandonado la cerrada política de las fronteras ideológicas, y había dado pasos tendientes, en un encuentro previo con Allende, al mejoramiento de las relaciones bilaterales. Allende, por su parte, estaba cercado por la política de bloqueo, instigada principalmente por la administración de Richard Nixon, y temía que esa incursión guerrillera alterara sus relaciones con la Argentina, un asunto que, tal como estaban las cosas, el presidente chileno no podía descuidar.

El 22 de agosto a las 3.30 de la madrugada los 19 prisioneros de la base Almirante Zar fueron acribillados, supuestamente por una patrulla a cargo del capitán de corbeta Luis Emilio Sosa, y del teniente Roberto Bravo.^[147] Entre los muertos estaban la mujer de Santucho y Clarisa Lea Place. El gobierno explicó que se había tratado de un intento de fuga. Los tres sobrevivientes de la masacre lo desmintieron. El presidente Lanusse asumió, como comandante en jefe, la responsabilidad de lo actuado por la Marina. La versión oficial la difundió el jefe del Estado Mayor Conjunto, contralmirante Hermes Quijada. La noche del 22, el gobierno sancionó la ley 19.797 que prohibía la difusión de informaciones sobre o de organizaciones guerrilleras. En los días sucesivos, hubo manifestaciones en las principales ciudades de la Argentina. Y más de 60 bombas fueron colocadas en protesta por la matanza.

Peronistas, radicales, intransigentes, socialistas, comunistas, trotskistas y democristianos condenaron al gobierno. Perón calificó a las muertes de “asesinatos”. La opinión pública descreyó de la versión oficial. El 25 de agosto la CGT declaró un paro activo de 14 horas. Se prohibieron los velatorios públicos de los guerrilleros ejecutados. El comisario de la Policía Federal Alberto Villar desocupó con tanquetas la sede del Partido Justicialista en la Capital Federal, donde se velaba a algunos de los “combatientes”, como los llamaban sus compañeros de lucha, que fueron enterrados luego clandestinamente. Ana Villarreal fue sepultada en el cementerio de Boulogne.

Lanusse envió emisarios a Chile para solicitar la extradición de los guerrilleros prófugos. Intentaba juzgarlos como delincuentes comunes. Allende tenía dos opciones: poner a los evadidos a disposición de la justicia chilena por el delito de piratería aérea, en cuyo caso la Corte Suprema debía ocuparse del pedido de extradición del gobierno argentino, o concederles el asilo y un salvoconducto para viajar a Cuba como solicitaban los guerrilleros. Allende, en principio, no descartaba la primera alternativa porque estaba convencido de que la Corte de ninguna manera podía considerarlos delincuentes comunes. De todos modos, encomendó al asesor jurídico de la presidencia, Juan Bustos, que les comunicara que él nunca los devolvería a las autoridades argentinas. En las principales ciudades de Chile se realizaron manifestaciones populares convocadas por el Partido Socialista y el MIR para exigir al gobierno de Allende que se les otorgara a los prisioneros el salvoconducto a Cuba.^[148]

El abogado Duhalde y su colega Gustavo Roca fueron testigos privilegiados de lo sucedido en Chile y de la decisión final de Allende de permitir la salida de los guerrilleros hacia Cuba. En 1990, Duhalde revelará detalles inéditos del episodio:

“El mismo día 15 de agosto, al enterarnos de la fuga, dieciséis abogados viajamos a Rawson. Fuimos, entre otros, Raúl Radizani Goñi, Rodolfo Mattarollo, Carlos González Garland, Rodolfo Ortega Peña y Pedro Galín. No pudimos tomar el avión porque los pasajes estaban reservados para el gobierno. Alquilamos dos remises para que nos llevaran. Nos pararon en todos los puestos policiales desde Bahía Blanca. Cuando llegamos la muerte se respiraba en el ambiente, estaba muy pesado. En seguida nos hospedamos en el mismo hotel que el juez Jorge Quiroga, quien intervenía en los hechos e integraba la Cámara Federal conocida como el Camarón, algunos de cuyos jueces tenían denuncias, y Quiroga, entre otros, de presenciar las torturas a los detenidos y tomarles declaración en esas condiciones. Pero él se negó a vernos. Esa misma madrugada presentamos un hábeas corpus tirándoselo por debajo de la puerta de su habitación. El 16 de agosto Rawson era como un territorio ocupado. Tampoco pudimos entrar a la base naval Almirante Zar. Se nos unieron Mario Amaya e Hipólito Solari Yrigoyen, radicales y abogados del lugar. No pudimos trabajar. Tuve el presentimiento de que la muerte rondaba sobre los prisioneros: Mario Amaya es detenido; intentamos realizar una conferencia de prensa en su estudio de Trelew pero media hora antes de la hora convenida lo volaron de un bombazo.

”Regresamos a Buenos Aires con la certeza de que debíamos denunciar lo que después, trágicamente, sucedería. La situación de los presos en Chile, además, era muy difícil, así que nos dividimos las tareas. Ortega Peña permaneció en Buenos Aires para ocuparse de las defensas; Jorge Yampar, que años después será asesor del ministro del Interior Julio Mera Figueroa durante la presidencia de Carlos Menem, le envía un telegrama al ministro del Interior de Lanusse, Arturo Mor Roig, diciéndole que ante el peligro que corrían las vidas de los prisioneros en la base de la Marina, lo responsabilizaba de lo que pudiera pasarles. Un telegrama histórico, porque no es que la muerte fue casual sino que se advirtió

que se mataría a los prisioneros. Vuela de otro bombazo, en Buenos Aires, la gremial de abogados donde Ortega Peña debía dar una conferencia de prensa.

”En la mañana del 22 de agosto partimos hacia Chile Mario Amaya, Gustavo Roca y yo. El que nunca supo por qué venía y después se arrepintió toda su vida fue Andrés López Acoto, del Partido Socialista. Los abogados del Partido Comunista argentino se negaron a ir. En Ezeiza nos enteramos, pero muy confusamente, de lo que estaba pasando en Trelew. Recién en Chile, mientras íbamos en un taxi al Palacio de La Moneda, supimos de la masacre de los prisioneros, y los nombres de los muertos. Nosotros llegábamos para ir a ver a unos prisioneros y, en cambio, más que en defensores nos convertimos en portadores de la noticia del asesinato de la mujer de Santucho y de la compañera de Vaca Narvaja. Al resto de los fugados debíamos comunicarles el asesinato de sus mejores amigos.

”Antes de verlos, marchamos a dejar nuestros equipajes en un hotel, hondamente preocupados por la situación y por tener que darles noticias tan tremendas. Cuando bajamos al hall del hotel nos estaba esperando un personaje singular que en esos años estaba por la Argentina: Raymond Molinier, conocido en la IV Internacional como ‘Marcos’, hijo de un banquero francés que un buen día se había llevado los dineros de su padre y se había incorporado al trotskismo. Molinier llegó a ser secretario de Trotsky y estaba casado con la alemana Elizabeth Kesselman, con quien vivía en Monte Grande. Ella fue asesinada por las FF.AA. en 1976. El viejo, que toda su vida fue un gran conspirador, acercándose con disimulo nos dice: ‘Ustedes están sentados sobre un polvorín, es algo muy peligroso lo que hacen. Por eso me alojé en una habitación al lado de la de ustedes. Cualquier cosa me llaman. Pero necesito urgentemente una entrevista con Robi’. Partimos para la cárcel, Gustavo Roca y yo. Encontramos a los presos hechos casi una jauría. Aparte de que les resultaba difícil entender que los tuvieran presos dado el régimen socialista, estaban exasperados porque les habían sacado la radio y porque alguien les había dicho algo de lo que había sucedido.

”Estaban en un gran salón del primer piso, con rejas en las ventanas y una larga mesa. Algunos estaban parados. Me acuerdo de que Robi estaba sentado a la cabecera de esa mesa. Yo les digo que había habido una masacre de presos y termino diciendo los nombres de los muertos. Ahí cada uno reaccionó de manera diferente. Los más impulsivos, como Fernández Palmeiro o Gorriarán, gritaban, maldecían. Robi puso sus brazos cruzados sobre la mesa, apoyó la cara y quedó así por más de dos horas. No pronunció una sola palabra. Quedó como petrificado mientras a su alrededor los gritos llenaban el cuarto. Fue una escena desgarradora y aún hoy no sé qué fue más conmovedor: si el llanto y los gritos, o el silencio petrificado de Santucho.

”A partir de ese momento iniciamos una delicada gestión en dos direcciones: por un lado los cubanos, y por otro el gobierno de Allende. Luego de dos días, en la mañana del 25 de

agosto, la secretaria de Allende nos llamó a Roca y a mí para invitarnos a almorzar. Cuando llegamos a La Moneda nos sorprendimos porque el almuerzo era con todo el gabinete. Era una mesa larga y solemne, como todas en esas ocasiones. Allende presidía la reunión. Nos dice que quiere que asistamos porque cada uno de sus ministros expondrá sobre la tesis de extradición o de encarcelamiento en Chile. La ronda la comenzó Clodomiro Almeyda explicando las dificultades serias que planteaba la situación para las relaciones bilaterales con Argentina, y aun con el resto de los gobiernos vecinos como Bolivia y Brasil. A su posición se sumaron todos los ministros, unos veinte, con una tibia diferenciación de Tomic y una decidida defensa en favor de la libertad de los guerrilleros, la única, del secretario del Tesoro, Antonio Novoa Montreal.

”La comida ya había terminado y pensamos que las cartas estaban echadas. Tomó la palabra Allende, y dijo: ‘Chile no es un portaviones para que se lo use como base de operaciones. Chile es un país capitalista con un gobierno socialista y nuestra situación es, realmente, difícil’. Repitió, haciéndolos propios, todos los argumentos de sus ministros. Nosotros nos hundíamos cada vez más en las sillas. De pronto, Allende dijo: ‘La disyuntiva es entre devolverlos o dejarlos presos...’. Hubo un segundo de silencio que Allende rompió con un puñetazo sobre la mesa: ‘Pero éste es un gobierno socialista, mierda, así que esta noche se van para La Habana’. No podíamos creer lo que escuchábamos; corrimos a realizar las gestiones con Cuba para que volaran esa misma noche. Una vez tomada la decisión, Allende nos solicitó tres cosas: que consiguiéramos una declaración de Perón condenando la masacre de Trelew y a favor de la liberación; también una declaración de condena a la masacre de los partidos políticos argentinos y de la CGT. La tercera, que nos costó bastante conseguir, era que Vaca Narvaja se quitara el uniforme del Ejército argentino que aún tenía puesto. Cumplimos con todo. Ellos viajaron esa noche a Cuba, y dejaron las armas y el uniforme que llevaba Vaca Narvaja para que fueran devueltos al gobierno argentino. Lo único que se llevaron fue una enorme llave, del penal de Rawson, que luego le regalaron a Fidel Castro. Ésa fue la historia íntima de Trelew. Santucho nunca creyó que el gobierno peronista podía liberar a los presos. Decía: ‘Nosotros somos enemigos estratégicos, nosotros cuestionamos el sistema, el poder. No nos van a largar’. Era como una obstinada cuestión de principios que no le dejaba ver los matices. Sentía que si los dejaban en libertad les rebajaban la categoría de enemigos fatales”.

Antes de partir para La Habana, Santucho recibió la visita de Beatriz Allende, hija mayor del presidente chileno, quien se había iniciado en las lides políticas en la Juventud Socialista y se sentía orgullosa de haber sido una de las primeras integrantes de las redes de apoyo al Che en Chile, entre 1966 y 1967.

—Mi padre te envía su pistola, pa’ que te defendai. Lamenta mucho lo de tu compañera. Dice que no comparte el camino que elegiste para Chile, pero que jamás te olvides de ser fiel a tus ideas. Y que te abraza —dijo Beatriz.

—Gracias. Dile a tu padre que lo respeto por su honestidad, su valentía. Y que deseo que el pueblo chileno pueda derrotar a los momios y al imperialismo. Defenderemos a Chile donde quiera que estemos —contestó Santucho.[149]

La misma noche del 25, dos horas antes de embarcarse en el avión de línea de Cubana que lo llevaría en vuelo directo a La Habana, Santucho habló con sus tres hijas, sus padres y su hermano Julio, que esperaban la llamada en un departamento de la calle Cangallo al 4000 en Buenos Aires. Quería explicarles personalmente a cada una de sus hijas la muerte de su madre. Estaba desesperado por la pérdida, pero con la tozudez del dolor volcada sobre la obsesión de continuar la lucha. La matanza, interpretaba, era la mayor muestra de agonía de la dictadura. Había que apretar el acelerador para terminar de voltearla.[150]

Los diez guerrilleros aterrizaron en el aeropuerto José Martí en la madrugada del 26 de agosto. Los esperaban honores protocolares del Partido Comunista de Cuba y manifestaciones populares en su homenaje. En una improvisada conferencia de prensa, Santucho, Osatinsky y Vaca Narvaja dieron, por primera vez desde la fuga, su opinión sobre la masacre de Trelew. La consideraban una “salvaje y desesperada respuesta de la dictadura” a los reclamos populares. Reafirmaban, con la consigna “La sangre derramada no será negociada”, que seguirían en la lucha “hasta la victoria final”, y que “la unidad de los revolucionarios, sellada con sangre en Trelew”, sería el legado a conservar por las organizaciones armadas. Santucho agregó: “El ERP, las FAR y Montoneros han demostrado que los muros de ninguna prisión, ni ningún asesinato salvaje del régimen, pueden detener el deseo de los revolucionarios de reunirse nuevamente con su pueblo, de volver a la lucha contra la dictadura y el imperialismo por una patria libre y socialista”. [151]

El grupo permaneció en Cuba hasta la primera semana de noviembre de 1972, partió de allí escalonadamente hacia distintos destinos en Europa y retornó después a la Argentina. En el curso de los dos meses, según las crónicas públicas de la prensa cubana, los guerrilleros visitaron la isla y participaron en las brigadas de trabajos voluntarios habituales en la Cuba revolucionaria. Durante el verano de 1991 en La Habana, el periodista de Radio Reloj, Amable Amador, 50, barbero antes de la revolución socialista, periodista de la revista Juventud Rebelde y dirigente sindical, recordaría así al contingente guerrillero:

“Yo estaba al frente de la microbrigada de trabajo voluntario de la revista Juventud Rebelde, en Alamar, un barrio de La Habana donde estábamos construyendo un edificio para los trabajadores de la revista. De repente llegó una guagüita con un contingente de argentinos. Me habían avisado de que era un grupo muy especial. Si mal no recuerdo, se habían fugado recientemente de una cárcel y no podíamos hacerles preguntas impertinentes ni permitir a los periodistas que les tomaran fotos, porque ellos pensaban continuar la lucha en su país. Esos días, principios de setiembre de 1972, había estado Silvio Rodríguez trabajando con nosotros y cantándonos, y recuerdo que Santucho y Osatinsky se habían aprendido de memoria esa canción de Silvio que se llama ‘Si tengo un hermano’.

”Santucho tenía un humor estupendo, y no me equivoco cuando digo que se distinguía de los otros argentinos. A pesar de que yo quería darle trabajos suaves, él insistía en cargar bloques de cemento, o ser el primero en descargar camiones con materiales de construcción. Íbamos al comedor y no quería ser el primero: le cedía el puesto a otro. En el grupo era como un imán. La atracción se centraba en él, era sin duda el principal dirigente, aunque también Marcos Osatinsky se le parecía. Trabajábamos de siete de la mañana a siete de la tarde. En las siestas, que desde que ellos estaban no dormíamos, Santucho parloteaba con nosotros. Era un devoto del Che, y sentía cierto orgullo infantil de que hubiera sido argentino. Era un americanista convencido, y soñaba mucho con una Latinoamérica como Cuba, y nos ilustraba mucho sobre la situación de la Argentina, que nosotros conocíamos poco entonces. Tenía, también, una curiosidad desmesurada por todo. Quería aprovechar su estadía con nosotros, que no duró más de veinte días, para aprender lo que pudiera del oficio de albañil y de electricista. Su complexión era robusta y estaba sano, a diferencia de Fernando Vaca Narvaja, que tenía una pierna fracturada —si mal no recuerdo— y lo teníamos enderezando clavos. Han pasado dieciocho años y se han borrado muchos detalles, pero sí recuerdo que era tan discreto que se hablaba de su mujer asesinada en Trelew, y se sumía en un silencio doloroso. Su muerte nos conmovió. Era el hombre noble del grupo. Y aunque en su vida de revolucionario haya hecho cosas dolorosas —cuántos de nosotros hemos tenido que tomar el fusil en nuestra vida— nos parecía injusto que un ser tan generoso tuviera que morir.”

* * *

Por el secreto que rodeó la permanencia del grupo en la isla —quedan apenas algunas fotos y reportajes que fueron reproducidos por la revista Bohemia— sólo se sabe que Santucho se entrevistó esa vez —la única— con Fidel Castro. Que escuchó una vastísima exposición sobre la historia de la revolución cubana, y que habló en escasas oportunidades, como era su costumbre, para explicar su estrategia y tácticas políticas. Ya entonces, Castro no simpatizaba con el cerrado antiperonismo del PRT, aunque respetaba las convicciones de Santucho y, sobre todo, su indomable visión guevarista. Esta tesitura de Fidel —que signará la historia de las relaciones con Santucho— pudo tener varias explicaciones: una, que los cubanos imaginaban semejanzas entre el Movimiento 26 de Julio y el movimiento peronista; otra, que Cuba y Argentina no mantenían relaciones diplomáticas desde el derrocamiento de Frondizi, cuando el gobierno argentino se había sumado al bloqueo dispuesto por la OEA a petición de EE.UU., y Castro tenía la promesa de Perón de que, en caso de volver al poder, se normalizarían las relaciones bilaterales.

Durante 1974, cuando Santucho envió un emisario a entrevistar a Castro para solicitarle ayuda para la instalación de la guerrilla en Tucumán, el jefe comunista preguntará a modo de crítica:

“¿Cómo es eso, chico, de una guerrilla rural en pleno gobierno democrático?”, lo que de hecho supuso una decidida abstención cubana en esa empresa del ERP.^[152] Pero en 1972, a despecho de la

URSS y de sus aliados en Latinoamérica, los comunistas cubanos respaldaban aún todos los proyectos revolucionarios del continente, especialmente los generados luego de la OLAS y, en el caso de los guerrilleros fugados de Rawson, creían tener un deber de solidaridad. Después de todo, esa nueva generación de revolucionarios se había forjado a imagen y semejanza del Che y con la esperanza de construir un futuro igual al de Cuba. Santucho, por provenir precisamente de la nueva izquierda formada en las ácidas críticas al alineamiento con Moscú, mantendrá su independencia de criterio respecto del peronismo, criticará el coqueteo cubano con Perón aunque entienda las razones de Estado aludidas, pero también, bajo el influjo cubano y por propia convicción, marchará a identificarse, de manera creciente, con las concepciones soviéticas.

Precisamente, se sabe que Santucho maduró en Cuba su ruptura con la IV Internacional, e imaginó que el futuro frente de lucha contra el imperialismo lo constituiría un “movimiento revolucionario mundial, integrado por los partidos comunistas de los estados socialistas, las luchas de la clase obrera de los países capitalistas y los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo”. En lo que se refería al Cono Sur, esta idea quería plasmarla en una especie de Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR) a la que se unieran otros grupos político-militares de Latinoamérica.

Debió haberlo impresionado tremendamente la participación de los católicos en la dirección del Partido Comunista Cubano, porque Santucho, si bien se oponía desde hacía años a una visión inflexible frente a la religión, por supuesto había sido formado en el laicismo ortodoxo, ateo, de la ideología leninista. Luis Mattini comentará después: “Allí, definió su visión del papel de los cristianos, que años después plasmará en su carta a los cristianos revolucionarios. (...) Santucho entendía la influencia religiosa en los pueblos, particularmente en el norte argentino, por lo que era necesaria una política frente a ello”.^[153] La religión era un asunto privado, pero los partidos marxistas en la Argentina habían tenido la mala costumbre de legislar sobre ella contraponiendo ateísmo con catolicismo, y condicionar el reclutamiento de sus militantes a una nueva fe, atea, lo que los hacía aún más autoritarios. Pero en Latinoamérica, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) y la experiencia de Cuba habían demostrado la falacia de tal posición.

No serán ésas las únicas consecuencias de la última estancia de Santucho en Cuba. También comenzará a modelar la idea de un PRT y un ERP distintos. Un partido aún más centralizado, a imagen y semejanza de los partidos comunistas; una fuerza guerrillera que se alejara de su estructura miliciana para parecerse a un ejército regular, con grados y disciplina cerrada. Cambios que en los anhelos de Santucho acercaban al PRT-ERP al modelo triunfal difundido por el socialismo soviético.

A mediados de octubre de 1972, Santucho y Menna llegaron a Bélgica, vía Praga, para encontrarse con Ernest Mandel y otros miembros de la LCF. Gorriarán Merlo debía seguir viaje a Chile para preparar el ingreso clandestino de ambos a la Argentina. En 1968, el teórico del trotskismo y Santucho habían discutido apasionadamente sobre China y Vietnam con dos miradas que ya entonces se demostraban excluyentes. Para el primero, ambos países marchaban hacia el abandono de la democracia obrera. Desaparecido Pujals, a punto de ser expulsado Baxter y muerto Bonet en Trelew, los tres perretistas que habían sido los participantes del IX Congreso de la IV Internacional donde se adoptó el apoyo a la lucha armada, el líder del ERP sentía que los vínculos internos con el trotskismo se habían roto definitivamente. También el débil lazo que siempre los había unido, ya que,

finalmente, la nueva dirección perretista nombrada después de las bajas sufridas se había opuesto en el V Congreso a que el PRT continuara adherido al centro trotskista, como en la época de Nahuel Moreno.

Además, había tres cuestiones no menos importantes: 1) la IV Internacional marchaba hacia su X Congreso en 1974 decidida a autocriticarse por haber apoyado la guerra revolucionaria en América latina y haber roto así la tradición política del trotskismo. 2) Las noticias que Santucho había recibido de Buenos Aires prenunciaban la ruptura definitiva: en la zona Sur del gran Buenos Aires, Baxter con otros militantes había promovido la “Fracción Roja”, en apoyo de los trotskistas franceses. Su principal argumento era que la militarización del PRT lo había alejado del movimiento obrero, por lo que sostenían la necesidad de guardar los fusiles. Otro argumento, no menos espinoso, era su decisión de boicotear las elecciones porque consideraban “reformista” la idea de Santucho de promover la participación en los comicios de marzo. 3) Por último, Santucho estaba decidido a defender a Cuba de las críticas de “burocratismo” que habían partido de París al gobierno de Castro, y a acercarse al movimiento comunista hegemónico por la URSS, el archienemigo jurado de los discípulos de Trotsky.^[154]

En Bruselas, Santucho permaneció sólo la última semana de octubre, durante la cual tuvo dos reuniones encrespadas con Mandel, Hubert Krivine, Daniel Bensaid y el ex secretario privado de Trotsky, Raymond Molinier. En un bar cercano a la sede de la LCF en París, en enero de 1988, Bensaid y Krivine recordarán algunos detalles de aquella polémica:

“Recuerdo que discutimos sobre Checoslovaquia, Cuba y la URSS. Era evidente que Santucho ya había virado notablemente de posición a nivel internacional porque defendía la alianza estratégica con el Partido Comunista soviético y, es más, recuerdo que entre sus intenciones estaba editar un periódico con el Partido Comunista argentino, que creo que se llamó El Mundo. En el primer viaje de Santucho también habíamos discutido sobre China y Vietnam. Su obsesión era convencernos de la generalización de la lucha armada en la Argentina y no veía con buenos ojos nuestra reticencia. Era muy difícil discutir con él; tenía una visión cerrada de las cosas. Admiraba el modelo vietnamita y pensaba que era posible repetirlo contra los EE.UU., el gran enemigo. Pero para él no era verdaderamente un modelo sino una imagen, lo que hacía francamente imposible su repetición. Creo que cometimos un error al discutir con él tan fieramente sobre sus alineamientos internacionales, lo que promovió, en parte, la ruptura del PRT con la IV Internacional. Santucho tenía un parámetro diplomático en el área internacional, porque veía todo en función de su proyecto estratégico en la Argentina, que era militar, la guerrilla rural y urbana, las zonas liberadas. Su personalidad era impactante, era uno de esos tipos que podían corresponder muy bien a la personalidad de Lenin en cuanto a su obsesión por el poder; uno de los personajes más impactantes de América latina de esos años”, dijo Bensaid.

“Parecía un cura revolucionario, y en su cabeza eran importantes cosas como las mujeres y la moral”, agregó Krivine. Y evaluando el destino del proyecto de Santucho concluyó: “Fue

una historia de esfuerzos y heroísmos: al final, para nada”.

* * *

Santucho estaba ansioso por volver a la Argentina. Además, se había enterado de la liberación de Agustín Tosco y le urgía hablar con él. No se quedaría en Bruselas discutiendo lo que ya era un asunto terminado. Dejó en su lugar a Menna y partió rumbo a París. Se hospedó, como en 1968, en la casa de Janneth Havel, donde lo esperaba Jean Pierre Beauvais para acompañarlo en su regreso clandestino. En enero de 1988 en un bar parisino, Beauvais recordará que “el viaje fue emocionante. Él era un hombre de una valentía y autocontrol que sólo pueden tener aquellos absolutamente convencidos de sus ideales. Santucho tenía un pasaporte venezolano por lo que pasamos inicialmente por Venezuela. Luego fuimos a Chile y allí nos despedimos. Sabemos que el MIR había arreglado su encuentro con Miguel Enríquez, y que ahí concretaron el lanzamiento de la JCR. Después, creo, cruzó a la Argentina en una avioneta que había partido hacia Mendoza. En 1973, cuando nos ilegalizaron en Francia, me detuvieron. Mi sorpresa fue total: Interpol sabía todo. Sabía que habíamos salido con Santucho de París, con qué nombre falso había salido y cuándo había entrado a la Argentina. Notable, ¿verdad?”.

Cuando aterrizó en Chile el 5 de noviembre de 1972, Santucho se encontró con la noticia de que el 16 de octubre había muerto apaleado, mientras estaba detenido, su viejo compañero en las luchas azucareras, Ramón Rosa Jiménez. Su hermano Francisco René, que lo esperaba desde hacía unas semanas en Santiago, le adelantó también que no sólo había serios problemas políticos con Baxter, sino también que se había formado en la Capital Federal una fracción dispuesta a apoyar a Cámpora en las elecciones de marzo: el ERP-22 de Agosto, dirigido, entre otros, por Víctor Fernández Palmeiro. La crisis interna del PRT se agravaba y Santucho no podía permanecer en Chile más de unos días, apenas los suficientes para entrevistarse con el jefe del MIR, Miguel Enríquez, y concretar su proyecto de fundar la JCR. Casi dos décadas después, en enero de 1991, el sociólogo Andrés Pascal Allende, fundador del MIR y sobrino de Salvador Allende, revelará detalles inéditos de ese encuentro con Santucho:

“La relación del MIR con Santucho y el PRT comenzó cuando él y otros compañeros revolucionarios argentinos llegaron a Chile en agosto de 1972, luego de la fuga de Rawson. La historia es conocida. Su llegada creó una situación difícil para el gobierno chileno. De inmediato, el MIR se movilizó para exigir que se les diera asilo político. Miguel Enríquez y yo hablamos con Allende. A pesar de que no éramos parte de la Unidad Popular (UP) y teníamos una política de apoyo crítico al gobierno, sí teníamos una relación estrecha con Allende, que venía de antes. En 1970 él nos pidió que detuviéramos las acciones armadas porque creaban una difícil situación para las elecciones y, si bien nosotros éramos todavía muy antiinstitucionales, antisistema, estuvimos de acuerdo. Entonces, también nos pidió que nos ocupáramos de su seguridad personal, cosa que hicimos. Por lo tanto, nuestro vínculo con el gobierno chileno era exclusivamente con él.

”Enríquez, Baustista Van Schowen, Luciano Cruz y yo nos reuníamos periódicamente con Allende en El Cañaveral, su otra casa que compartía con su secretaria Miriam Ortega —la residencia oficial era la de Tomás Moro—, y en uno de esos encuentros le pedimos que les diera asilo. Pero para él era francamente difícil porque buscaba una relación estable con la Argentina. No quería abrir otro frente de conflicto: ya tenía bastante con los norteamericanos y con la derecha. Él no los iba a devolver pero no podía dejarlos en Chile. Bueno, nosotros presionamos con una movilización hacia la cárcel pública, y hacia donde estaban ellos, en el Cuartel de Investigaciones, cerca del Paseo Mapocho. Finalmente, la salida que dio Allende fue la mejor. Salvador tenía aprecio por Santucho. Si bien él tenía su visión socialista, e impulsaba el cambio revolucionario, concebía un camino para Chile propio: una revolución con empanadas y vino tinto. No estaba de acuerdo con la lucha armada, pero aceptaba que en otros países ése pudiera ser un camino.

”Hay que recordar que él fue el presidente de la OLAS en La Habana cuando era presidente del Senado chileno. El otro elemento fue el apoyo que le dio al Che; incluso su hija Beatriz, que se suicidó en Cuba en 1977, formaba parte de los grupos de apoyo al ELN en Chile.

”Pero nosotros no vimos a Santucho en ese momento, sí en noviembre de 1972 cuando volvió a la Argentina, vía Chile. Nos reunimos en la casa de la comisión política del MIR, cerca del estadio nacional, en Ñuñoa. Estábamos Santucho, Gorriarán Merlo y nosotros. Fueron dos reuniones en las que el MIR y el PRT intercambiaron sus informes políticos, y en las que hablaron fundamentalmente Santucho y Enríquez. Ambos tenían una personalidad fuerte, notable. Lo primero que me llamó la atención de Santucho era su actitud llana, serena, aunque defendía con firmeza sus ideas. Miguel era muy diferente, extrovertido, pasional. Luego de hablar de la situación revolucionaria en la Argentina y Chile, se habló mucho de América latina, y particularmente del Cono Sur. A partir de esa reunión se incubó la idea de una coordinación de las organizaciones revolucionarias, fue el germen de la Junta de Coordinación Revolucionaria, aunque no nació con ese nombre. Sólo se oficializó a finales de 1973, a partir del golpe militar en Chile, a pesar de que ya durante ese año ’73 tuvimos actividades comunes con Tupamaros y el ERP. Yo no participé de la coordinación específica que se dio después, ni de la escuela de cuadros que se armó, ni de la fabricación de armamentos, posteriormente. Lo volví a ver recién en junio de 1973, en Córdoba”.

* * *

La mitología perretista contó que, luego de esa reunión con los miristas, Santucho cruzó la cordillera rumbo a Mendoza con una avioneta particular fletada desde una estancia privada en Chile. Lo cierto es que el 20 de noviembre de 1972 se encontró, después de un año, con Urteaga, quien lo esperaba ansioso en La Plata para informarle en detalle del calamitoso estado del PRT. Los intentos de guardar el secreto de su retorno fueron inútiles. Instalado definitivamente en la zona Norte del

Gran Buenos Aires, Santucho fue detectado en uno de sus viajes al interior. El 14 de diciembre, a escasos días de su regreso, El Liberal de Santiago del Estero publicó: “Entre el 26 y 27 de noviembre últimos, Mario Roberto Santucho, uno de los más importantes jefes del extremismo en la Argentina, quien huyó el 15 de agosto desde el penal de Rawson junto a otros cinco guerrilleros, trasladándose en un avión secuestrado a Chile y luego a Cuba, habría reingresado al país, revelaron hoy fuentes policiales. La entrada clandestina de Santucho al país habría sido detectada por organismos nacionales de seguridad, que comunicaron por radiograma la novedad a la policía de esta provincia, escenario de la iniciación de Santucho en el extremismo, dentro del grupo ERP. Habría ingresado junto a otro prófugo, Enrique Gorriarán Merlo”.

Desafiando la obstinada persecución a la que se expondría por el resto de sus días, Santucho convocó inmediatamente a una reunión de los dirigentes perretistas a mediados de diciembre. A pesar de la pérdida de tantos cuadros políticos durante 1972, el ERP había crecido incesantemente por la pertinaz ola de descontento popular y por la extrema politización de la juventud y del movimiento obrero combativo de la época.

Además, la coyuntura nacional variaba minuto a minuto como una vorágine que sólo imponen los momentos históricos. El 17 de noviembre de 1972, en medio de una multitudinaria movilización popular, Perón había regresado a la Argentina a pesar de las maniobras de las FF.AA. para impedirlo. Miles de manifestantes habían enfrentado a la represión para acercarse a Ezeiza y encontrarse con su líder. Columnas de Montoneros, FAR y algunos militantes del ERP habían atravesado en un día lluvioso y frío de primavera las barreras que los separaban de su objetivo. Y aunque la multitud no había podido llegar a destino, por las numerosas escaramuzas con la policía en los campos aledaños al aeropuerto, sí había conseguido con su obstinación despejar definitivamente el camino hacia la legalidad democrática. Perón llegaba a dar el visto bueno final a los acuerdos políticos que llevarían al justicialismo a la victoria en los comicios prometidos por la dictadura. También a negociar la transición a la democracia con Lanusse, ya convencido de que las FF.AA. debían replegarse a los cuarteles sin llevarlo como candidato presidencial.^[155]

Lo que sucedió el 13 de diciembre de 1972 en una quinta en las afueras de la ciudad de La Plata definió la conducta política del PRT en los años venideros. Santucho y el resto de la dirección perretista que había sobrevivido luego del V Congreso realizaron una reunión del comité central partidario, bautizada “Héroes de Trelew” en honor a los compañeros caídos; estaban dispuestos a producir todas las modificaciones necesarias para salir del pantano. Como primer asunto, saldaron viejas cuentas con Urteaga, a quien se señalaba como el responsable de la mayoría de los desatinos: el gran número de bajas en las acciones del ERP, y el hecho de que el PRT hubiera prácticamente desaparecido del proceso político, especialmente por la formación de escasos y débiles comités de base y por la ausencia en las grandes fábricas. Pero Santucho y el cordobés Germán defendieron a Urteaga. Rodaron otras cabezas por las “desviaciones militaristas” —que parecían mágicamente devenidas de una práctica individual y no de la concepción política vigente—, entre ellas las de Osvaldo Debenedetti, degradado como militante de la organización, y la de Baxter, expulsado definitivamente de sus filas. Un año después morirá en un accidente de aviación en París. Nuevamente prisionero desde 1973, Debenedetti fue asesinado en la cárcel por el régimen militar

durante 1977.[156]

Con estas separaciones, y algunas incorporaciones al comité central, como la del metalúrgico cordobés Juan Eliseo Ledesma, Santucho y los dirigentes perretistas concluyeron que en rasgos generales la política seguida había sido correcta. A regañadientes admitían que las elecciones eran un hecho, pero afirmaban que sólo la guerra revolucionaria podía “recordar a las masas que su lucha trasciende por completo el episodio electoral”; que la vuelta de Perón era un “éxito del enemigo” — y no de la lucha popular como el sentido común indicaba— y que no había razón para ningún repliegue o desarme de las fuerzas guerrilleras porque aún no había una verdadera democracia popular y los acuerdos preelectorales tenían una sola consigna: entablillar al desastrado capitalismo argentino, causa de los males crónicos de la nación, cuando el asunto era precisamente eliminarlo. En ningún momento, Santucho aceptó la posibilidad de que el peronismo ganara la partida electoral. Sí preveía que, inmediatamente después del fin de la dictadura, “el pueblo se lanzará a luchar por sus reivindicaciones más sentidas, pero se enfrentará a una represión creciente”. [157]

Las condiciones políticas habían cambiado. ¿No debía entonces cambiar el camino hacia el objetivo final? No, si la revolución era una meta indiferente a los sacrilegios de la política. Santucho, el jefe, pensaba el poder como un momento de asalto y no como un incómodo y zigzagueante proceso de sumatoria y pérdida de fuerzas en torno a una plataforma política sometida, continuamente, a un test de realidad. Parecía no darse cuenta de que la legitimidad guerrillera acaso tuviera su explicación en la historia de proscripciones políticas y desatinos económicos de los regímenes que se sucedieron al derrocamiento de Perón en 1955. Y que la vuelta de Perón evaporaba esa legitimidad, aunque la lucha por mayor libertad y bienestar que, efectivamente, serían arduos de obtener, siguiera vigente.

Entonces, la “guerra revolucionaria” continuaba. El cónclave terminó en la noche del 15 de diciembre luego que, por unanimidad, se le prohibió a Santucho que en el futuro participara de cualquier actividad guerrillera, para preservar al PRT-ERP de una pérdida decisiva. Él se opuso con un voto solitario a la aplastante decisión del resto de los jefes perretistas. Logró que se hiciera una salvedad: podría volver a combatir sólo cuando decidieran comenzar la guerrilla rural. [158]

El mismo 15 de diciembre, el FreJuLi proclamó la fórmula presidencial Cámpora-Solano Lima. Empezaba la cuenta regresiva para el definitivo retorno de Perón. El 27, la Junta Militar sancionó la ley 20.232 que autorizaba a las FF.AA. a actuar contra la guerrilla cuando lo creyeran conveniente, aun en caso de no regir el estado de sitio. El 28, el ERP acribilló al contralmirante retirado Emilio Berisso. Y, al expirar el año, los cómputos de sus pérdidas militantes eran: un desaparecido, 30 muertos y 203 prisioneros.

Santucho, sin saberlo, acaso se precipitaba al territorio más cenagoso de sus sueños revolucionarios.

El peronismo tan temido

(1973)

Una mañana de diciembre de 1972, arriba de un Citroën destartado con el que se había propuesto visitar todas las regionales del PRT al borde de la hecatombe, Santucho llegó a las puertas del sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba. En Cuba se había dejado crecer la barba para cambiar un poco su aspecto. “El gringo” Tosco, que ya era el más prestigioso dirigente sindical de la izquierda, [159] lo esperaba en las habitaciones del fondo de la casona de la calle Deán Funes donde, en esa época insegura, solía dormir.

Tenían mucho de qué hablar. Habían conversado por última vez detrás de las rejas de Rawson, cuando Tosco se negó a participar en la fuga porque pensaba que, en su caso, eran los propios trabajadores los que debían sacarlo de allí. Y, efectivamente, había sido liberado luego de una persistente demanda de los gremios clasistas y de los partidos de izquierda. Santucho llegaba para convencerlo —aunque otros dirigentes perretistas ya lo habían intentado— de que fuera el candidato a presidente en una fórmula que también integraría el dirigente del FRP salteño Armando Jaime. Ésta era la idea de un vasto sector de la izquierda que insistía en promover candidatos obreros. Lo que allí se dijo, transmitido por los pasillos porosos de la izquierda, se puede resumir así:

—Sé que sos un revolucionario convencido, Gringo, y apuestas a la unidad popular. Que sos el dirigente obrero más respetado por la izquierda marxista y peronista. Con tu candidatura ponemos fin a la fragmentación y no le regalamos a Perón y al resto de los partidos burgueses la democracia ni el apoyo de las organizaciones armadas. Pondríamos la estructura del FAS a trabajar duro. No sé si Montoneros lo apoyaría, a veces pienso que no tienen remedio con sus ilusiones populistas, pero tal vez las FAR y otras fuerzas. Ni qué hablar del PC, que en vez de proponer a Alende-Sueldo podría avenirse a una nueva realidad, sobre todo si se trata de vos. No cuento con el PST. Van a insistir en votar a Juan Carlos Coral, mientras Moreno esté detrás del asunto —argumentó Santucho.

—Negro —dijo Tosco—, apenas salí de la cárcel rechacé la propuesta del PC de ser el candidato de la APR. Porque creo que es una locura enfrentarse hoy al peronismo. La gente luchó durante años para esto. Eso no quiere decir que renunciemos a pelear por la unidad de distintas tendencias sin discriminaciones ideológicas pero que coincidan con el progreso y la liberación nacional. Creo que el peronismo no es ninguna solución, pero yo no iré al velorio antes de que haya

muerto. No es el momento. Por lo demás, mi tarea más importante de los próximos meses es estar al frente del movimiento obrero porque se vienen grandes luchas democráticas. Para mis compañeros, soy más útil afuera de un partido que adentro.

Santucho no insistió. Aunque le incomodaba su apartidismo, y no compartía la visión de que el peronismo fuera el seguro vencedor en marzo, sentía un profundo respeto por Tosco, por su coherencia y su capacidad de dirigirse a miles de trabajadores y ser escuchado. Santucho sólo había sido orador en algunas asambleas estudiantiles y en la FOTIA, pero en el fondo temía hablar en público. Nunca lo haría. En las gigantescas movilizaciones que se avecinaban, siempre estaría confundido entre la multitud y jamás, ni siquiera en los actos públicos del FAS, rompería esa regla impuesta, también, por la clandestinidad.

Durante la entrevista, Santucho también le explicó a Tosco parte de su plan. Había decidido instalar al buró político del PRT, jefatura del ERP, en la ciudad de Córdoba. Mantendrían con Tosco un contacto regular, conservando medidas de protección, a través de Carlos Germán, jefe de la regional cordobesa. El tiempo preelectoral se había agotado; el próximo paso era resolver qué posición tendrían frente a las elecciones del 11 de marzo. En principio, no habría tregua guerrillera para Lanusse. Santucho opinaba que ésta era la única garantía de que la junta militar no se arrepintiera de los pasos dados hacia la democratización.

Hubo algo que Santucho no le comentó a Tosco antes de despedirse: Menna y él habían tenido una serie de reuniones con la Fracción Roja sin obtener resultados, por lo que sus integrantes debutarían en breve como una pequeña organización independiente. Tampoco habló sobre las presiones internas que estaba recibiendo de los militantes cordobeses. Muchos se pronunciaban por el apoyo al FreJuLi, tal como ya lo había hecho el ERP-22 de Agosto, y a Santucho le urgía salir de la incertidumbre ante la imposibilidad de ir con una lista propia a las urnas.

En un barrio residencial de la ciudad de Córdoba, Santucho se reunió el 14 de enero de 1973 con los máximos dirigentes perretistas. Ese cónclave será el encargado de acribillar las elecciones. Un velo de acero parecía cubrir la mirada del jefe guerrillero, compartida acriticamente por el resto de la cúpula del PRT-ERP. Concluyeron que el FreJuLi y el radicalismo, juntos, intentaban “salvar al capitalismo”, que las organizaciones guerrilleras peronistas, FAR, Montoneros y Descamisados^[160] ayudaban al peronismo a “tener una cara progresista”, que el PC se había desbarrancado hacia una posición “derechista” al promover la candidatura de “Alende, conocido colaborador del imperialismo, que ha adoptado recientemente, con fines electorales, el disfraz de antiimperialista y prosocialista”. El pueblo “expresa total indiferencia y desesperanza hacia las elecciones”.^[161] Entonces, se imponía la abstención electoral o el voto en blanco, preferiblemente este último si se lograba propagandizar esa opción masivamente, junto a otras fuerzas políticas que la compartieran.

El dogma sobre la razón y un ancestral miedo al triunfo del peronismo parecían conducir a semejantes conclusiones. La experiencia argentina demostraba que el voto en blanco había sido en realidad un voto al peronismo proscrito. Bastaba respirar el clima de excitación pública que comenzaba a vivirse por la certeza de que había llegado el fin de la dictadura; mirar las calles y plazas donde miles de jóvenes se manifestaban, coreando consignas favorables a la patria socialista, para que los análisis perretistas se desmoronaran.

Pero esta coartada era tranquilizadora. Leer la realidad ¿no hubiera implicado, por lo menos, encontrar un PRT desvalido y cuya fama política provenía exclusivamente del ERP y del culto telúrico al coraje de sus militantes? Para Santucho, la idea de democracia era totalizadora, de una pureza que no admitía recortes: no habría democracia mientras hubiera capitalismo. Eran antónimos. Había escuchado demasiadas veces, por su formación trotskista, y verificado igual cantidad de veces a lo largo de la historia argentina, que la violencia era la única constante, más allá de los avatares parlamentarios. Tenía sus ojos puestos, sobre todo, en derrotar al que consideraba el bastión del sistema: las FF.AA., y parecía ignorar que el poder no era sólo una compleja trama de fuerzas articuladas por la coerción. Al olvidarse del consenso, terminaba poseído por las armas.

La primera consecuencia visible de lo que habían resuelto fue una comunicación de las FAR. Éstas se abstendrían de realizar acciones conjuntas con el ERP en virtud de los profundos desacuerdos respecto del peronismo. Santucho perdía a uno de los aliados más importantes y su ya escuálido vínculo con Montoneros se debilitaba notablemente. Más aún, había perdido la partida para evitar que las FAR, de origen marxista, terminaran aliándose a ellos. Malhumorado, Santucho contestó que el quiebre de la alianza corría por exclusiva cuenta de las FAR; que traicionaban el mandato de unidad dejado por los revolucionarios asesinados en Trelew; y que favorecían los planes del GAN al romper la tan ansiada unidad de las organizaciones armadas. A fines de enero, Osatinsky, Quieto, Santucho y Menna se vieron para discutir el entuerto en un elegante piso del barrio de Belgrano. A pesar que se bajaron los decibeles de la disputa, todo fue inútil. Las FAR se ajustaron, aunque con matices, a la estrategia del FreJuLi junto con Montoneros.^[162] La segunda curiosa consecuencia fue que —precisamente por el cerrado antiperonismo del PRT— se incorporaron al ERP numerosos grupos de la izquierda afines a la guerrilla, patentándolo como la organización armada más activa en todo el país, o por lo menos desde La Quiaca hasta Carmen de Patagones.^[163]

El 7 de febrero de 1973 el triunvirato militar que fungía como Poder Ejecutivo —Lanusse, el almirante Carlos Guido Natal Coda y el brigadier Carlos Alberto Rey— prohibió el regreso de Perón a la Argentina antes de que asumiera el nuevo gobierno, y ratificó el estado de sitio. Esa misma semana, junto con Juan Ledesma, Santucho comenzó a planificar el primer asalto del siglo XX sobre un cuartel. El objetivo: apropiarse de las armas del Batallón Comando de Comunicaciones 141 en la ciudad de Córdoba. Inauguraba así una etapa donde el ERP dejaba atrás su práctica robinhoodiana para centrar su actividad en el asalto a unidades del Ejército argentino, secuestros de ejecutivos extranjeros y militares, y atentados contra miembros de las Fuerzas Armadas acusados por los guerrilleros, generalmente, de practicar torturas o haber rematado a prisioneros heridos.^[164]

Santucho no participó en el copamiento porque sus compañeros le habían prohibido actuar directamente. Ledesma fue el encargado de entrar al cuartel al frente de la compañía “Decididos de Córdoba” —la primera del ERP— integrada por dos pelotones de diez irregulares y bautizada así en homenaje a aquélla de la guerra de la Independencia que luchó contra la ocupación española.^[165] De esta manera, la dirección perretista expresaba su idea de que las FF.AA. eran como un ejército de ocupación. Idea que, más allá de la política de someterse a los dictados del capital extranjero, y de subordinarse a la Doctrina de la Seguridad Nacional que habían demostrado los mandos militares

era, francamente, una imagen de difícil constatación popular. La guerrilla del ERP se empeñaba en comparar la guerra revolucionaria que propugnaban en la Argentina con la guerra nacional de Vietnam. Empero, la concepción de “lucha por la segunda independencia”, comprendida en esta visión, era compartida por la nutrida izquierda marxista y peronista de la época.

El jefe del Estado Mayor del Ejército, general Alcides López Aufranc, convocó a una conferencia de prensa para explicar cómo había sido el ataque que, por única vez en la historia de los asaltos a unidades militares, sería incruento. “El 18 de febrero a las 3.30, un grupo subversivo penetra por los fondos del cuartel en connivencia con el soldado conscripto Félix Roque Giménez, copando con su ayuda la guardia del destacamento y procediendo a sustraer abundante armamento: 75 fusiles FAL, 30 pistolas calibre 11,25, 30 pistolas ametralladoras, dos fusiles ametralladoras y dos ametralladoras antiaéreas, y municiones de diverso calibre”.

Lo más significativo de la conferencia de López Aufranc, sin embargo, fue el lamento por la soledad del gobierno militar, que describía el contexto político y la legitimidad que aún mantenía el accionar guerrillero: “El silencio de algunos dirigentes políticos, sindicales, etc., frente a la violencia que sesga vidas humanas, destruye bienes y altera la paz de la República, los hace cómplices de la misma. Se advierte al pueblo que observe atentamente la actitud y conducta de algunos candidatos a funciones electivas, para descartar aquellos que no ofrezcan garantías de respeto por las libertades básicas contenidas en nuestra Constitución Nacional”.^[166] Cámpora y Perón, los principales destinatarios del mensaje de López Aufranc, contestaban al unísono desde Buenos Aires y Madrid que era por lo menos una “ironía” que los militares hablaran de las garantías consagradas en la Constitución Nacional que ellos habían violado primero. “Por lo menos desde 1930”, agregaban los radicales.

A fines de febrero, para encarar la polémica con aquellos que tenían expectativas en el triunfo peronista y fundamentar la abstención electoral del PRT, Santucho escribió un informe basado en datos del libro *Crisis de una burguesía dependiente*, de Carlos Raúl Cepeda. Entre otros conceptos, decía: “La reiteración de la propuesta populista de Perón fracasará porque ya no existe una burguesía nacional, como se creía en 1945, capaz de sacar al país del estancamiento, y sólo la clase obrera aliada a los trabajadores no proletarios del campo y la ciudad en la construcción del socialismo, podrán lograr la definitiva y segunda independencia de nuestra patria. La guerra revolucionaria está más vigente que nunca, y nuestro partido y nuestro ejército mostrarán el camino hacia la victoria final”.^[167]

En su añeja polémica con la izquierda tradicional (PC) y con la peronista, Santucho estaba empeñado en demostrar que la hegemonía de cualquier alianza política para la liberación nacional no podía estar en manos de una burguesía inexistente. La conclusión era, en principio, prematura y excluyente. ¿Exclusivamente los trabajadores, y sólo ellos, podían sacar al país del atolladero? ¿Acaso el programa del FreJuLi —tercermundista, nacionalista y popular— no era el último intento de reformular un modelo de acumulación que tuviera en cuenta, por una distribución más equitativa de la riqueza, a los trabajadores, los sectores medios y los empresarios vinculados al mercado interno, tradicionalmente postergados en favor de los propietarios rurales e industriales asociados con las empresas extranjeras? Si esa propuesta naufragaba, ¿hacia dónde se dirigiría la Argentina?

Habría que llegar a los estertores de 1975, al precipicio de marzo de 1976, para atisbar las respuestas.

Ese verano de 1973, Santucho descartaba de antemano cualquier éxito en los planes de Perón, y descreía de la influencia de la izquierda peronista para encauzar hacia “la patria socialista” al tercer gobierno del viejo líder. La dirección del PRT-ERP, entonces, mandó imprimir miles de boletas electorales con la estrella de cinco puntas del ERP y una serie de consignas. Éstas eran, entre otras, “Gloria a los héroes de Trelew” y “A vencer o morir por la Argentina”. Sus militantes debían expresarse en las urnas con un voto de protesta; debían, formalmente, impugnarlo. Pero el 9 de marzo, dos días antes de que millones de argentinos, convocados a decidir sobre su destino por primera vez en una década, le dieran la victoria al FreJuLi,^[168] el ERP-22 de Agosto hizo pública su profunda disidencia con Santucho. Un comando dirigido por el temerario Víctor Fernández Palmeiro amenazó al empresario Héctor Ricardo García, propietario del diario Crónica y de Canal 11, para obligarlo a publicar un comunicado de apoyo al FreJuLi.^[169] El peronismo volvía a perturbar las estrechas aguas de la izquierda.

El votoblanquismo camuflado del PRT pasó absolutamente desapercibido entre los festejos populares que invadieron las calles del país y saludaron la victoria de Cámpora, acompañados por el redoble interminable de los bombos de la Juventud Peronista. El 79% de los ciudadanos en edad de elegir habían certificado, en primera instancia, la defunción de la dictadura y, además, habían confiado su destino político a las banderas de la liberación nacional y la justicia social. La izquierda tradicional, sumada, había obtenido cerca del 9% de los votos, menos que la derecha civil y militar sumadas (17%). ¿Existía consenso para continuar guerreando sin escalas hacia el socialismo? Por lo pronto, a sólo 24 horas del triunfo del FreJuLi, Perón envió un claro pedido de desarme a las formaciones especiales: “Al desaparecer su causa, desaparecerá la guerrilla”.^[170] Firmenich y Vaca Narvaja acataron la sugerencia. Osatinsky y Santucho, no.

En el caso de las FAR, no darían tregua por lo menos hasta que el 25 de mayo, día de la asunción del “tío Cámpora”, se iniciara efectivamente el tercer gobierno peronista. Santucho pensaba que había que lograr, por lo pronto, que las cárceles se vaciaran. Su hermano Julio, quien por esos días lo veía regularmente en la localidad de San Martín, donde el jefe del ERP tenía una casa en la que a veces dormía cuando llegaba de Córdoba, recordó: “Robi tenía una inflexible convicción anticapitalista. Pensaba que el peronismo no resolvería la crisis del país y que, a la larga, los militares volverían a la carga. No creía en un triunfo peronista aplastante, ni en la profundidad democrática del gobierno de Cámpora, ni que fuera posible la liberación de los presos del ERP. Por eso el ERP secuestra al contraalmirante Francisco Aleman y al comandante de la región Noroeste de la Gendarmería Nacional, Jacobo Nasif”.^[171]

Abril fue el mes más tenso de la transición. La dirigencia política y el mismo Perón temían que algún sector de las FF.AA., particularmente de la Armada, impidiera la asunción del nuevo gobierno. El 29 de marzo, las FAR coparon un pueblo en Córdoba; el 1º de abril, los tribunales de San Isidro. El 30 de marzo, el conscripto Julio César Provenzano del ERP murió al estallarle la bomba que estaba colocando en el Edificio Libertad, sede de la Armada. El 3 de abril el ERP secuestró en su

casa al contraalmirante Aleman: el comando lo integraban su sobrino Oscar Ciarlotti y su novia María Magdalena Nosiglia. Tanto Provenzano como Nosiglia eran hijos de dirigentes radicales destacados. El 15, el ERP copó el aeropuerto de San Justo; el 21, el pueblo de Ingeniero Maschwitz. El 26, secuestró en Córdoba al jefe de la Gendarmería, Nasif, y el 30, montado en una moto con otro compañero, Fernández Palmeiro del ERP-22 de Agosto mató al ex jefe del Estado Mayor Conjunto, contraalmirante Hermes Quijada, reputado como uno de los responsables de la masacre de prisioneros en la base de la Armada en Trelew. Un día después, fue hallado el cadáver del joven Palmeiro, herido de muerte, al huir, por el chofer del marino.[172]

La tensión de abril del '73 no cedía. El 18, el corresponsal del diario milanés *Corriere della Sera*, Gian Giacomo Foa, recibió una llamada telefónica en su oficina ubicada entre las calles Corrientes y San Martín. Una voz femenina lo invitaba a una conferencia de prensa con Santucho. Si quería ir, debía bajar al bar La Fragata con un diario Clarín doblado en sus manos para ser reconocido. Allí se encontró con dos guerrilleros que lo citaron a la conferencia para el 21 de abril. Nunca supo dónde lo habían llevado. Años más tarde, en Roma, Julio Santucho le reveló que la casa estaba situada en la localidad bonaerense de San Antonio de Padua.[173] Junto con Foa, los guerrilleros habían invitado al periodista Tom Streithourst, enviado especial de la cadena televisiva norteamericana National Broadcasting System (NBC). “La entrevista se realizó a las 19 o 20 de un día hábil, en una habitación sin insignias ni banderas. Santucho estaba encapuchado y bastante nervioso, posiblemente por la presencia de la televisión. Hablaba muy bien el inglés y no titubeaba en las respuestas. Fue el único que habló”, contó Foa a *La Opinión* el 25 de abril de 1973. Según el *Corriere della Sera*, Santucho explicó los motivos del secuestro de Aleman y la posición de su partido frente al gobierno de Cámpora: no atacarían al gobierno, pero “no habría tregua” para las empresas multinacionales ni para las FF.AA.[174]

Al finalizar abril, no quedaban dudas en los mandos militares —especialmente en la Armada— de que de impedirse la asunción del nuevo gobierno el país se desbarrancaría hacia una guerra civil abierta. Los comunicados del ERP sobre el destino de Aleman y Nasif develaron que se intentaba cambiar la libertad de los militares por la de los guerrilleros. Desde su cautiverio, Aleman había enviado una carta a Lanusse recomendándole hacer todo lo posible por su libertad; caso contrario, él contaría a sus captores cómo se había resuelto lo de Trelew.[175] “La versión del canje se originó la semana pasada y pese a que ya es de dominio público no ha sido desmentida oficialmente (...) Las negociaciones están tan avanzadas, a tal punto que sólo restarían resolver problemas de orden práctico”, señalaba *La Opinión* del 24 de mayo de 1973. Trascendió, también, que un sector del Ejército había tenido contactos con algunos jefes del ERP detenidos, como Carrizo, para el canje de 25 o 30 guerrilleros, pero éste quedó en aguas de borrajas en vísperas del 25 de mayo: Cámpora había prometido una amnistía generosa.

A mediados de mayo, el ERP fijó su posición frente al futuro gobierno y la publicitó en más de dos millones de volantes con el título: “Por qué el ERP no dejará de combatir. Respuesta al presidente Cámpora”. Redactados por Santucho y refrendados por toda la dirección perretista, en ellos se sostenía, en esencia, lo que ya había adelantado el jefe guerrillero a los periodistas Foa y

Streithourst: “El gobierno que el Dr. Cámpora presidirá representa la voluntad popular. Respetuosos de esa voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras éste no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas imperialistas y a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias. Pero no dirigirá sus ataques contra las instituciones gubernamentales ni contra ningún miembro del gobierno del presidente Cámpora”.

Los perretistas fundamentaban su decisión de no dejar las armas basándose en la historia de los golpes de Estado y en los sucesivos engaños sufridos por el pueblo por el llamado de Perón a “evitar la guerra civil”, en 1955, o “desensillar hasta que aclare”, en 1966. “La única sangre que no se derramó fue la de los oligarcas y capitalistas. El pueblo, en cambio, vio morir masacrados y fusilados a decenas y decenas de sus mejores hijos”, se argumentaba. Las consignas finales eran: “¡Ninguna tregua al ejército opresor!; ¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!; ¡Libertad inmediata a los combatientes de la Libertad!; ¡Fuera la legislación represiva y total libertad de expresión y organización al pueblo!; ¡Por la unidad de las organizaciones armadas!; ¡A vencer o morir por la Argentina!”.[176]

Años después, Luis Mattini opinaría: “Fue un documento significativo en la historia del PRT porque de alguna manera sintetiza su tragedia política y a su vez es reflejo de la especificidad política argentina. La resolución de no atacar al gobierno democrático era un signo de madurez. Pero la no inclusión de las Fuerzas Armadas y de las empresas imperialistas indica que esa maduración estaba condicionada, cuando no bloqueada por la esencia fuertemente dogmática de la organización, en primer lugar de Santucho y el buró político, extendida en todo el PRT. Pero digo que reflejaba también la especificidad argentina porque, a pesar de tan gruesos errores, el PRT siguió desarrollándose”.[177]

Lanusse se despidió de los argentinos el 24 de mayo con un mensaje por la cadena nacional de radiodifusión: “Hombres y mujeres de mi patria: a ustedes mi eterna gratitud en nombre de un gobierno que no eligieron, pero que les ofreció la posibilidad de elegir.[178] Una vigilia popular de dos días en las calles y plazas del país esperó el amanecer del 25 de mayo de 1973. Las crónicas periodísticas contaron lo sucedido en esa interminable jornada. Una de las manifestaciones de júbilo popular más imponente de las que se recordarán en la historia argentina contemporánea ovacionó en Plaza de Mayo la asunción de Cámpora y la presencia de los presidentes Osvaldo Dorticós, de Cuba, y Salvador Allende, de Chile. La multitud impidió la participación de cualquier fuerza policial o militar en la ceremonia y repudió a la Junta Militar saliente. Entonaba cientos de cánticos y consignas, pero parecía coincidir unánimemente en una: “Libertad inmediata a los combatientes”.

El atardecer del 25, miles de manifestantes con antorchas, pancartas y banderas, se dirigieron hacia el penal de Villa Devoto. Más de cincuenta mil personas rodearon la cárcel porteña; banderas del ERP, FAR y Montoneros flamearon en su torre. Los presos de las organizaciones guerrilleras, por su parte, habían tomado la cárcel esperando a la multitud, que permaneció penitente e impenetrable hasta que “Juan Manuel Abal Medina, secretario general del Movimiento Peronista, trepado a las torretas superiores del penal, anunció con un megáfono que había sido decretado el indulto. Nunca el barrio de Devoto había vivido un júbilo mayor. Los cables anunciaban que en la ciudad de Rawson

se vivían escenas similares”.^[179] Esa noche, quedaron en libertad 371 presos políticos pero fueron acribillados dos militantes de la izquierda a las puertas del penal. El 26 de mayo, el Congreso aprobó por aclamación una ley de amnistía amplia y generosa, y derogó toda la legislación represiva: ley anticomunista y fuero antisubversivo, entre otras. El 28, Cámpora restableció las relaciones diplomáticas con Cuba. Los argentinos percibían el inicio de una nueva era. Inmediatamente comenzaron las movilizaciones, ocupaciones de edificios públicos y fábricas, en demanda de postergadas reivindicaciones, sociales, económicas y políticas. La Juventud Peronista y la izquierda lideraban mayoritariamente la protesta. Mezclado con la multitud, el jefe del PRT-ERP también participó de esas memorables jornadas.

“Tres pronunciamientos históricos guiaron a la clase trabajadora: los de La Falda en 1957 y de Huerta Grande en 1962, emitidos por plenarios conjuntos de la CGT y de las 62 Organizaciones Gremiales Peronistas, y el programa de la CGT de los Argentinos de 1968. En ellos se expresaron las reivindicaciones de la base obrera antes que las clases medias volvieran al peronismo, desde la izquierda revolucionaria, el nacionalismo católico o la mayoría silenciosa. Incluían la planificación de la economía, la eliminación de los monopolios mercantiles, el control del comercio internacional y la ampliación y diversificación de los mercados. La nacionalización del sistema bancario, el repudio a la deuda financiera contraída a espaldas del pueblo, la reforma agraria para que la tierra sea de quien la trabaja, formaban parte de esos programas que el peronismo enarboló en los años de la adversidad y detrás de los cuales se encolumnó para conquistar el futuro. Contemplaban la protección arancelaria de la industria nacional, la consolidación de una industria pesada, la integración de las economías regionales, la nacionalización de los sectores básicos de la economía (siderurgia, petróleo, electricidad, frigoríficos), una política exterior independiente y de solidaridad con los pueblos oprimidos. El 11 de marzo de 1973 el Frente Justicialista de Liberación sólo había llevado al triunfo un programa mínimo que no podía dejar de expresar, sin embargo, los objetivos básicos del peronismo, las aspiraciones populares que trascendían la formalidad de un acto electoral y que sólo podían ser satisfechas en el ejercicio real del poder. Esto implicaba un sueldo digno y un trabajo estable para todos, casa para los que no tenían casa, hospitales para los enfermos, justicia para los que nacieron o envejecieron bajo la injusticia. Su instrumento necesario debía ser un Estado Popular donde participara la clase trabajadora decisivamente a partir de las estructuras que se había dado, y no de aquellas otras que la dictadura instrumentó para esterilizar sus luchas. Aparatos burocráticos, logias reaccionarias, asociados con banqueros y generales no podían estructurar ese Estado, porque sus intereses se oponían a los del pueblo. Las más claras exigencias históricas del peronismo se daban en la relación del Estado Popular con las Fuerzas Armadas, porque de tales relaciones dependía la existencia misma de semejante Estado. Un Ejército que hasta el 25 de mayo había combatido en el frente interno contra su pueblo, una Marina que nueve meses antes había ejecutado y justificado una masacre imperdonable, sólo hubieran podido ser una apoyatura

real del gobierno peronista si se hubiera producido una profunda renovación en sus cuadros y su doctrina y el acceso generalizado a posiciones de mando de oficiales identificados con los objetivos de la Nación y subordinados a la voluntad del pueblo. (...) Éstas eran las expectativas populares, pero había muchos equívocos que en Ezeiza se disiparían brutalmente”.[180]

* * *

Una de las primeras actividades de Santucho, a fines de mayo, fue reunirse con más de dos centenares de ex presos perretistas en el Club Atenas de Córdoba, para realizar un balance de los azarosos años desde la fundación del ERP en 1970. El clima de críticas por los desaciertos fue atemperado por el impresionante magnetismo y respeto que imponía Santucho entre los suyos. Después de todo, los guerrilleros estaban convencidos de que con su lucha habían abierto el ancho cauce de la democracia. Ahora debían continuar, sin respiro, hacia el asalto final al poder aunque ello implicara grandes sacrificios. Estaban convencidos de ser los emergentes, los destinatarios de un mandato histórico indelegable.

Inmediatamente después de esta reunión, Santucho reorganizó la dirección del PRT. El nuevo buró político quedaría integrado por él, como secretario general y comandante del ERP; Luis Mattini —un obrero metalúrgico fundador del ERP, nacido en Zárate y que provenía de las huestes del Grupo Praxis de Silvio Frondizi—, como responsable de asuntos sindicales, junto con el cañero Antonio del Carmen Fernández; el ítalo-argentino Menna para las cuestiones vinculadas con los frentes políticos del PRT; Benito Urteaga como encargado de la organización partidaria, en particular de la propaganda; Gorriarán Merlo como jefe del comité militar del ERP, junto a Carrizo y al cordobés Germán.[181] Era evidente que la cuestión militar continuaba siendo la preocupación central de Santucho: el 50% de los miembros de la nueva conducción estaba destinado al ERP.

En los primeros días de junio, el ERP liberó a Nasif y a Aleman. El 8 de junio, Santucho, Urteaga, Molina y Gorriarán Merlo ofrecieron una conferencia de prensa a cara descubierta por primera vez; la foto dio la vuelta al mundo. Los guerrilleros explicaron a los periodistas su posición frente al gobierno de Cámpora. Andrew Graham Yooll, del Buenos Aires Herald, contará años después detalladamente el encuentro, aunque con algunas imprecisiones. Le impactaron las personalidades de los jefes guerrilleros.

“En ese momento, el nombre tomó cuerpo, pues la puerta lateral se abrió y Santucho —36 años, contador— apareció en el salón de baile. Lo seguían sus lugartenientes Benito José Urteaga, de 27 años, ex empleado de oficina; Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, 31 años, ingeniero y miembro en otros tiempos de la organización uruguaya Tupamaros, y Jorge Molina, arquitecto de 30 años. Santucho, conocido como Robi, era casi una leyenda. Me fue difícil conciliar su aspecto con su reputación, pero tampoco es fácil explicar qué esperaba yo de su aspecto. Tenía el cabello oscuro, corto y enulado; era menudo y hablaba en voz

baja. Los cuatro estaban prolijamente afeitados y usaban ropa nueva, informal y bien cortada. Gorriarán Merlo tenía una calvicie incipiente y el aspecto de un viajante de comercio de clase media de algún suburbio de la Capital. Urteaga tenía la sonrisa pícaro y cálida del muchacho del Centro. Molina era un poco desgarbado, su chaqueta marrón y el pañuelo de seda al cuello le daban el aire de un canchero de barrio. Santucho había organizado al ERP como un verdadero ejército. (...) Cuando entraron al salón de baile en aquel ventoso día de junio, me volvió a asaltar el pensamiento, no en la mente sino en el estómago, de que esos hombres habían matado. Y sin embargo, parecían encantadores. Después de estrechar las manos de sus compañeros vinieron hacia nosotros y se presentaron muy amablemente ante cada uno. Nos preguntaron cómo estábamos y si habíamos tenido dificultades para llegar hasta allí. Los hombres del ERP tenían fama de Robin Hood: secuestraban camiones cargados de productos lácteos y los distribuían entre los pobres. Habían tomado aserraderos y empresas constructoras y llevado los materiales a las zonas obreras, donde las familias vivían en casas de emergencia. Eran tan admirados por algunos, como odiados por otros. Eran jóvenes caballeros encantadores... un contador, un arquitecto... profesiones honorables... Pero estoy excusando el crimen por recordar el encanto.

”La conferencia de prensa era el anticlímax. Pronto iba a saber que todas las conferencias de prensa de la guerrilla, como todas las demás, eran anticlímax. Se hacían para dar la cara, para hacer contacto, pero se decía poco que ya no se supiera. Las conferencias de prensa de la guerrilla son especiales en su preparación, la aprensión, el miedo y la inseguridad. Y después uno sabe que está marcado. La policía llama para controlar que aún vivimos en la misma casa, y nos amenazan con alguna forma de represión. Ellos alegan que solamente a los simpatizantes se los cita a las conferencias de prensa de la guerrilla. Hicimos preguntas y recibimos corteses respuestas; hasta charlamos alrededor del grupo de mesitas. Santucho dijo que estaba muy amargado por la muerte de su esposa; pero que no buscaba venganza. Dijo que la actividad política había terminado con el amor y el matrimonio, pero que tendría que ser la acción política la que diera sentido a la muerte de su mujer para que no fuera un acto inútil. Hablaba suavemente, sin levantar la voz. No se mostró irritado por ninguna pregunta, ni siquiera cuando le pedimos detalles sobre la fuerza numérica de su organización. Su respuesta fue siempre la misma: que por razones de seguridad interna no podía contestar. Su organización preveía que el gobierno del doctor Cámpora no duraría mucho (terminó a los 49 días). Dijo que el ERP no tenía secuestrados (a los que se refería como detenidos) en las celdas de las cárceles del pueblo —lo que no creímos; por otro lado, pensé que el nombre era ridículo para una jaula—, y nos aseguró que las fuerzas del ERP habían engrasado sus armas después de la amnistía para esperar el desarrollo de los acontecimientos políticos. Yo me preguntaba cuál de mis interlocutores habría apretado un gatillo y visto caer a un hombre frente a él: una gran mancha roja extendiéndose sobre la ropa como brotando de la pinchadura de una manguera de jardín. (...) La reunión era

animada y cordial. Santucho desconocía su situación legal después de la amnistía. A nosotros, por un lado, nos encantaba conversar con uno de los hombres más perseguidos de la Argentina. Empleábamos el usted mezclado con el vos y todo se iba grabando en un aparatito. Tomamos varias tazas de café y vasitos de ginebra. No se veían armas y había desaparecido la tensión que experimentáramos dos horas antes. Antes de irnos preguntamos si podíamos fotografiarnos con ellos. A lo que accedieron de inmediato. El único periodista que había llevado una cámara tomó varias fotografías. El hombre de Pueblo (un diario español) y yo posamos con nuestros anfitriones porque queríamos tener una prueba de la reunión. Unos meses antes, Santucho había negado haber tenido una entrevista con un corresponsal del Corriere della Sera, quien alegaba que los conferencistas estaban encapuchados pero que él había reconocido las voces. La despedida fue tan normal y cálida como la llegada. Los jefes se fueron primero, seguidos por los de menor rango, hasta que quedamos con un solo acompañante que nos dijo que podíamos salir. Los cuatro, solos, compartimos un taxi hasta el centro. La foto y mi nota aparecieron en el Buenos Aires Herald al otro día. Para muchos adquirí el rango de superperiodista. Para muchos más (y supongo que todavía lo creen) aparecí como guerrillero.

”El mismo día comenzaron las amenazas telefónicas a mi casa y a la redacción”.^[182]

A partir de junio del '73, la intimidad de Santucho cambió. El luto por la muerte de Ana Villarreal había concluido. Se enamoró de la rosarina Liliana Delfino, recién amnistiada y hermana de Mario, acribillado en Trelew. Cuando Liliana era estudiante de Psicología en Rosario, sus amigos le decían “la alemana”, por su pelo rubio y ojos celestes. Sin embargo, los Delfino eran una familia de italianos del Piamonte, que habían inmigrado a Santa Fe durante la Primera Guerra Mundial. En la única foto que se conserva de ella junto a Santucho, se la ve con una sonrisa algo taciturna y con el pelo teñido de castaño oscuro.^[183] Se había incorporado al PRT en 1967, y había participado de su fundación en el Chaco. Detenida en 1972 y recluida en la cárcel de Rawson, en 1973 ya era una de las pocas mujeres miembros de la dirección nacional perretista. Se encargaba de la propaganda, actividad que incluía la impresión de El Combatiente y Estrella Roja, y de todo tipo de volantes, documentos, folletos; también de la administración de las sofisticadas imprentas subterráneas del PRT-ERP y de su red de distribución clandestina.^[184] En febrero de 1975, la pareja tuvo un hijo: Mario Antonio. A los pocos meses de su nacimiento, para garantizar su atención y prevenir la posibilidad de la muerte de ambos, eligieron como cuidadores del pequeño a la pareja de Ricardo Silva y Josefa Demarchi, fieles simpatizantes del ERP, rosarinos y cincuentones.^[185]

Aunque apostó la mayoría de sus cartuchos a la partida militar, porque preveía la inevitable derechización del peronismo y la represión a su izquierda, Santucho estaba decidido a extenderse en el movimiento social y político del país, especialmente en las grandes concentraciones obreras. Convocó a Mattini, Urteaga y Menna para discutir varias cuestiones: el viejo sueño de comprar un diario; el lanzamiento público del FAS en el mes de agosto y la fundación formal de una federación de agrupaciones obreras, el Movimiento Sindical de Base (MSB), cuya finalidad era trabajar dentro

de la CGT como una corriente antiburocrática.[186] Propuso, también, una política de alianzas más cercana al PC y a la que consideraba la izquierda no peronista, incluso un acercamiento a la radical, expresada entonces por el Movimiento de Renovación y Cambio (MRC) liderado por Alfonsín. Los vínculos con Montoneros y FAR atravesaban su etapa más conflictiva.

Decidida la compra del desaparecido diario El Mundo con sus valiosos archivos, Santucho pidió a la dirección comunista, como parte del acercamiento político, que proporcionara al vespertino un staff de periodistas, cosa que fue aceptada.[187] El idilio con el PC fue breve: duró hasta setiembre de 1973, cuando Santucho decidió asaltar el Comando de Sanidad Militar, ubicado en pleno centro porteño. Respecto de la cuestión sindical, Santucho otorgaba a sus aliados un orden de prioridad distinto al del terreno militar: los comunistas, el Peronismo de Base, el clasismo liderado por Tosco, los grupos peronistas orientados por Ongaro, y los Montoneros con su Juventud Trabajadora Peronista (JTP) en último lugar. Entre 1973 y 1975, Santucho logró una incidencia notable en los centros fabriles, paulatinamente desarmados por la represión y el militarismo perretista, en Córdoba, Villa Constitución, zona Norte del Gran Buenos Aires, Tucumán, Salta, Rosario, La Plata, Zárate, Campana y en puntos tan lejanos como Cutralcó o el ingenio Ledesma de Jujuy.[188]

Después de Trelew, Alfonsín había sido consultado varias veces por el abogado Amílcar Santucho, para resolver espesos asuntos jurídicos. Nunca aceptó la defensa directa del líder del ERP, aunque sí firmó varias protestas junto con otros abogados contra la práctica común de torturar a los prisioneros. Alfonsín era cauto con los guerrilleros, pues no compartía sus métodos. Pero tenía hacia el ERP, por su mayoritaria influencia radical y antiperonista, más oídos que para Montoneros. El dirigente radical Osvaldo Álvarez Guerrero, gobernador por Chubut entre 1983-1987, formó parte del círculo radical que tuvo contactos con Santucho:

“Conocí a Santucho en la época que todavía no había pasado a la clandestinidad, en mayo o junio de 1973 durante el gobierno de Héctor Cámpora. Fue en una reunión en la que coincidimos con Mario Abel Amaya, un abogado brillante, defensor de presos políticos, amigo personal de Santucho, a quien veía frecuentemente por lo menos antes de que la lucha clandestina se generalizara. Santucho no era muy diferente a la mayor parte de los jefes guerrilleros. Daba la impresión de tener una personalidad obsesionada, misional, las características propias de un revolucionario fanático. Una mirada brillante, retraído de carácter, hombre de pocas palabras pero extremadamente seguro cuando hablaba. No recuerdo más detalles de ese encuentro. Sí las preguntas que nos hacíamos. Los sectores progresistas del radicalismo expresados entonces por Raúl Alfonsín, Conrado Storani, Hipólito Solari Yrigoyen, los chicos que recién empezaban sus experiencias políticas en la Franja Morada de la universidad, el grupo de Renovación y Cambio más radicalizado, discutíamos cuáles eran las estrategias que podíamos tener con la izquierda revolucionaria, más esquemáticamente con la guerrilla. Una de las cuestiones decisivas en aquellas discusiones era cómo establecer contactos políticos con esas fuerzas de izquierda para estar informados de sus objetivos y para poder influir, también, en sus posiciones dentro del juego democrático.

”¿Qué teníamos que hacer con la guerrilla? ¿Reprimirla, aniquilarla —como fue en definitiva la tesis que primó en el país con el golpe militar de 1976— o buscar contactos y

establecer normas de convivencia? Había quienes afirmaban que esto último era imposible porque estaban definitivamente apartados de la democracia y la lucha de ellos era por la obtención del poder para una transformación absoluta de la sociedad, por lo cual jamás usarían el camino de la lucha política a través de los partidos democráticos. Había quienes decían que ellos podían aceptar un diálogo, ciertas normas del juego democrático que los llevaran a entender que éste podía ser el camino para sus objetivos, que nosotros compartíamos, de una sociedad más independiente y justa.

”Alfonsín solía decir que los guerrilleros del ERP eran radicales desbandados. Y algo de razón tenía. Buena parte de los militantes del ERP, como Santucho, provenían de familias radicales. Tenía su lógica: diría que hasta mediados de la década del 60 el radicalismo tenía una gran tradición fragotera. Me imagino que Santucho, criado en una familia radical, también tenía una cultura del fusil y del fragote. De manera que la tradición de lucha armada no era ajena al radicalismo. Es más, luego del golpe de Estado de 1966, Arturo Illia solía decirnos que debíamos retomar esa tradición para acceder al poder. Volvimos a vernos con algunos dirigentes del PRT en 1974”.[\[189\]](#)

El enfrentamiento del PRT-ERP con Cámpora fue, en realidad, verbal ya que de hecho Santucho ordenó suspender las actividades militares, aun cuando el contexto político que rodeaba al gobierno peronista se inflamaba como un volcán a punto de entrar en erupción. No es posible saber qué curso hubiera tomado Santucho de no haber sucedido el trágico retorno de Perón, la masacre en Ezeiza el 20 de junio de 1973, que cambió definitivamente el panorama político argentino, y también confirmó trágicamente sus predicciones.

* * *

“La masacre de Ezeiza cierra un ciclo de la historia argentina y prefigura los años por venir. Es la gran representación del peronismo, el estallido de sus contradicciones de treinta años. Es también uno de los momentos estelares de una tentativa inteligente y osada para aislar a las organizaciones revolucionarias del conjunto del pueblo, pulverizar al peronismo por medio de la confusión ideológica y el terror y destruir toda forma de organización política de la clase obrera. Ezeiza contiene un germen del gobierno de Isabel Perón y López Rega, la Triple A, el genocidio ejercido a partir del nuevo golpe militar de 1976, el eje militar-sindical en el que el gran capital confía para el control de la Argentina”.[\[190\]](#)

* * *

A partir de Ezeiza, la violencia política se extendió como una mancha roja indeleble por la geografía argentina. Perón llegaba a tomar directamente las riendas del gobierno. Lo precedían las

manifestaciones populares más politizadas y exigentes que se recuerdan en el siglo XX: dos millones de trabajadores movilizados. Ezeiza selló con sangre la primavera camporista. Aún quedaba por resolver, no obstante, si el pacto corporativo entre el capital y el trabajo propuesto por el ya cansado líder del peronismo —mantener los rasgos populares del capitalismo, con un nivel de participación de los trabajadores en el PBI del 46%, uno de los más altos de la historia; contar con una burguesía nativa dispuesta a no enajenarse al capital extranjero— podía tener éxito. En esta línea, Perón había entregado el Ministerio de Economía al líder de la CGE, José Ber Gelbard, y, en la CGT, contaba con un leal como José Rucci.

De cualquier forma, las promesas de caminar hacia la patria socialista se alejaban. Los discursos del general tenían otros interlocutores. Primero, había que volver a la patria peronista: José López Rega, en el Ministerio de Bienestar Social, intentaba cumplir con el vademécum más reaccionario de esa consigna. Fundó la Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), comandos paramilitares terroristas de derecha para garantizar la pureza ideológica del proyecto, limpiando de las filas del movimiento a la oposición de izquierda.

Santucho estaba en Córdoba durante la tragedia de Ezeiza. La semana anterior había tenido una de las citas más importantes para su estrategia revolucionaria continental, que día a día recaería sobre las fuerzas del PRT para consolidarse. La situación en Chile se agravaba. Había rumores de golpe de Estado contra Allende; en Uruguay el MLN-Tupamaros estaba en prisión o en el exilio, y en Bolivia la situación no era diferente. De Chile, había llegado el dirigente mirista Andrés Pascal Allende para entrevistarse con Santucho y redondear los acuerdos políticos logrados en noviembre de 1972 en Santiago de Chile.

“En junio de 1973, la Comisión Política me envió a la Argentina con Arturo Villabela, encargado de los asuntos militares del MIR. Recuerdo que teníamos una cita con el PRT en la ciudad de Córdoba. Nosotros esperábamos que un enlace llegara al lugar, un café relativamente tranquilo en una zona residencial. Pero nos sorprendió ver venir a Santucho caminando tranquilo, solo, con un periódico debajo del brazo dentro del que tenía una pistola. Nos fuimos de inmediato, pero la sorpresa no nos abandonaba: nos llevó en un colectivo hacia la casa donde estaba viviendo en ese momento, en un barrio popular. Conversamos sobre la situación en Chile, el golpe que se avecinaba, más de la idea de la coordinación mutua que de la creación de la JCR. Ocurría, además, que los dirigentes cubanos con quienes habíamos hablado del asunto no estaban de acuerdo. Ya en esa época preferían alentar los vínculos con los partidos comunistas, o relaciones bilaterales. Era además un momento en el que ellos alentaban esperanzas sobre los movimientos nacionalistas, por lo que existían divergencias políticas con nuestras ideas.

”Es evidente que, al mismo tiempo que había una simpatía y relación grandes con la revolución cubana, existía en nosotros, en el Cono Sur, una independencia mucho mayor de cualquier centro político que la que había tenido y tenía la izquierda tradicional. Santucho, y la práctica lo demostró, era muy entusiasta de la coordinación revolucionaria; él estaba

extremadamente preocupado por la relación con las otras organizaciones revolucionarias y era muy generoso, en cuanto a apoyo de recursos materiales, con ellas. Y esto expresaba, por lo menos, una cosa: que una estrategia revolucionaria efectiva debía tener un carácter regional. Él creía que la JCR tenía que ser el estado mayor de la revolución en el Sur, era el internacionalista más convencido que conocí en Latinoamérica. Luego de la reunión, Santucho nos dejó con otro compañero: un negrazo bien plantado, dirigente de la Fiat, que había participado del asalto al regimiento 141 de Córdoba: Carlos Germán, se llamaba, pero lo apodaban el ‘negro Mauro’. Él nos llevó a distintas reuniones, a un asado, a una actividad interna del PRT y nos invitaron a comer al Sindicato de Luz y Fuerza, donde conocimos a Agustín Tosco. Nos impresionó llegar al sindicato y ver a mucha gente armada con metrallera, como un ejemplo de la extrema militarización de la política en la Argentina. Si por fuera no se notaba, cuando uno se iba metiendo en las organizaciones políticas, se daba cuenta del antagonismo y el encono que se incubaba, una violencia más extendida que en Chile.

”Días después, llegamos a Buenos Aires, a la zona Sur, donde nos esperaba Domingo Menna. Mi impresión fue que la influencia del PRT allí no era tan poderosa como en Córdoba. Menna ya estaba muy entusiasmado con la gran influencia política que el PRT había conseguido en el centro obrero de Villa Constitución. Las entrevistas fueron breves, tal es así que cortamos contacto hacia el 17 de junio, pero permanecemos con Villabela para estar el día de la llegada de Perón. El 20 de junio nos fuimos con unos amigos por la autopista a Ezeiza, llegamos al puente 12, y nos quedamos esperando que Perón apareciera detrás del vidrio blindado que habían puesto en el palco central. Fue alucinante: cansado de estar sentado, me fui caminando hacia el palco, y comenzó una balacera terrible mientras un cantante popular, creo que Leonardo Favio, soltaba unas palomas y hablaba de la paz cuando todo el mundo ya estaba cuerpo a tierra. Me fui arrastrando como pude entre la multitud desbandada, y llegué hasta unas casas donde unos civiles armados me detuvieron. Dije que era chileno, y me dejaron. Seguí corriendo y me encontré con una cerca donde había militares, también disparando. Oí una mezcla de metralla y sirena de ambulancias, que sacaban heridos o muertos. Lo que me impresionó terriblemente fue la vuelta a la ciudad: millones de personas caminando desoladas, arrastrando las banderas, como en un entierro. Como en el comienzo de una tragedia. Dos días después volví a Chile, a sumergirme en las vísperas del golpe de Estado y no volví a saber de Santucho hasta 1974”.^[191]

El 27 de junio de 1973, Santucho, esta vez acompañado por Urteaga y el cañero Fernández —dándole un eminente carácter político a la reunión—, convocó a una conferencia de prensa en el Club Urquiza de la localidad bonaerense de Caseros, que fue transmitida por los canales de tevé 11 y 13 —luego sancionados—, y publicada en la primera plana de los diarios La Opinión y Crónica del 28 de junio. Fue su última aparición pública. Santucho acusó al gobierno de “prepararse para reprimir al pueblo”, de “maniatar a los obreros y dar vía libre a los empresarios para un enriquecimiento

rápido”, de “convertir al Ministerio de Bienestar Social en un cuartel de la CIA y de las bandas fascistas, mientras intenta desarmar a los revolucionarios”. Concluyó: “No le hemos temido a la dictadura militar, no tememos a las bandas fascistas, no tememos al ejército contrarrevolucionario, ni tememos a los políticos traidores y farsantes que se ocultaron en el momento de la lucha y hoy quieren engañar, dividir y destruir a las fuerzas revolucionarias del pueblo argentino. El gobierno del presidente Cámpora está dando un paso trascendental: el de pasar a la represión popular. Si se atreve a hacerlo, cediendo a las presiones reaccionarias, se colocará sin duda en completa ilegalidad, constituyendo esa medida un verdadero golpe de Estado contra la voluntad popular”. El cronista de La Opinión comentó al final: “Santucho dijo que no era una declaración de guerra sino una advertencia política. Habló a los periodistas sin estridencias, estrechó la mano de cada uno e incluso decidió firmar autógrafos”.^[192]

Sus declaraciones cayeron como un chorro de agua fría sobre la dirigencia política. El presidente del bloque de diputados radicales, Antonio Tróccoli, la juzgó “una virtual declaración de guerra” y pidió al gobierno que garantizara el orden. El diputado Vicente Mussacchio de la APR sostuvo que “la transformación pacífica es posible, pero si se sigue con medidas conservadoras la violencia será inevitable”. El diputado peronista Carlos Gallo, del sindicalismo ortodoxo, dijo que Santucho sólo había hecho alarde de antiperonismo y que “con los suyos asume una posición elitista que desprecia la voluntad mayoritaria del país expresada en las urnas”. Para los militares, según la crónica periodística, no hubo sorpresas. “Producidos los episodios de Ezeiza, y la denuncia de la izquierda contra el Pacto Social, el rompimiento de la tregua se consideraba inevitable. Ahora, los militares sospechan que las hostilidades pueden comenzar cuando, en cumplimiento de expresas instrucciones gubernamentales, se efectúen allanamientos en busca de armamentos y explosivos y se produzcan las primeras detenciones”.^[193]

Desde su casa en Gaspar Campos, Perón definió con quiénes transitar su última presidencia y su último año de vida. El 13 de julio, Cámpora fue obligado a renunciar y lo reemplazó el presidente de la Cámara de Diputados, Raúl Alberto Lastiri, yerno de López Rega. El azoramiento de la izquierda peronista crecía desmesuradamente. Empezaban a psicoanalizar a Perón para poder entender por qué abandonaba a su “juventud maravillosa”. Las FAR y Descamisados ya estaban prácticamente fundidos con Montoneros, cuya máxima dirección visible había quedado en manos de Firmenich y Quieto. Sin embargo, el proceso de cariocinesis de la Juventud Peronista fue inevitable ante la ofensiva de los sectores sindicales y el lopezrreguismo, caotizando aún más al principal movimiento político del país.^[194]

Fue durante esos días que Santucho volvió a entrevistarse con Tosco. Acababa de dejar constituida en Córdoba la junta promotora de la Juventud del PRT, luego conocida como Juventud Guevarista (JG), para organizar a numerosos jóvenes de barrios y escuelas que en la primavera camporista se habían sentido convocados masivamente a la entusiasta rebelión contra el autoritarismo escolar, la falta de perspectivas profesionales, el maltrato en el servicio militar y la marginación social.^[195]

Otra vez en los fondos del Sindicato de Luz y Fuerza, Santucho pidió a Tosco que aceptara, para

las elecciones de setiembre, ser candidato a presidente por el FAS e integrar el binomio junto con Jaime. Otra vez, Tosco respondió: “No negro, ¿estás loco...? ¿Cómo me voy a enfrentar a un Perón vivito y coleando?”. Empero, nunca dejó de simpatizar con Santucho y sus esfuerzos políticos. Participó como orador en todos los congresos del FAS posteriores —Chaco (1973); Rosario (1974)—, y mantuvo relaciones estrechas con el PRT hasta poco antes de su muerte. Al despedirse, Santucho le dijo que a partir de setiembre dejaría Córdoba para instalarse en Buenos Aires. Dicen que Tosco no lo volvió a ver hasta que sintió los primeros síntomas de su enfermedad en 1974, cuando ya estaba prácticamente oculto por la persecución de la Triple A en Córdoba, y con el sindicato intervenido. Santucho hizo alquilar una casa en los cerros cordobeses y dispuso un equipo de médicos para atenderlo hasta que por el grave deterioro de la salud de Tosco pidió a los comunistas que tomaran en sus manos el asunto. Tosco morirá de encefalitis aguda en noviembre de 1975 y su multitudinario entierro en el cementerio cordobés de San Jerónimo será dispersado a tiros por la policía y el Ejército.^[196] La tradición represiva de impedir el sepelio de muertos había comenzado en 1972 con Trelew. Seguiría con los asesinados por la Triple A en 1974, el intelectual Silvio Frondizi y el abogado, y diputado peronista, Rodolfo Ortega Peña.

Nuevamente, Santucho no podría participar en la contienda electoral. Pero estaba dispuesto a incidir en la vida política, más allá de esa coyuntura, de la confirmación de sus vaticinios sobre el rumbo del peronismo, y de su intransigente oposición al Pacto Social. El 28 de julio de 1973, redactó y publicó una solicitada en Clarín denominada “Resistir el autogolpe contrarrevolucionario”, que extrañó a la misma prensa que lo había escuchado en aquella conferencia en el Club Urquiza. Entre otras cosas, el PRT convocaba a la lucha por la libertad y la democracia, y hacía un explícito, aunque tardío, llamado a la defensa del camporismo. Santucho, como el resto de la izquierda marxista, peronista y radical —Alfonsín había sido el único político, junto con Alende, en calificar como “golpe de derecha” a la caída de Cámpora—, consideraba a Ezeiza como el inicio de un proceso de creciente derechización y militarización del gobierno constitucional.

El jefe del ERP, esta vez, acusaba a “la derecha peronista, a los mandos de las FF.AA., con el beneplácito de la gran burguesía y el imperialismo yanqui” de intentar “un verdadero golpe de Estado contra la democracia y la libertad conquistadas por el pueblo argentino en siete años de heroica lucha”. Vaticinaba prematuramente: “La represión que se avecina superará en saña a la última dictadura militar. Las bandas fascistas que están organizadas y financiadas por los servicios de inteligencia de las FF.AA., están actuando bajo las órdenes del policía López Rega y del coronel Osinde, ambos peligrosos contrarrevolucionarios”. Concluía denominando “provocación” a los hechos de Ezeiza y llamando a “la unidad obrera y popular” para la defensa de las conquistas democráticas. El peligro para las libertades era cierto. Cierta la descripción del futuro. Ese mismo 28, el ERP festejaba su tercer cumpleaños en distintas ciudades del país y su militante Eduardo Giménez se convertía, bajo las balas de la policía cordobesa, en el primer perretista muerto durante la democracia.

Santucho observaba a las FF.AA. como a una roca indivisible e inalterable. Las juzgaba por su rol histórico desde la Semana Trágica de 1919 —pasando por su inveterada costumbre de interrumpir los gobiernos constitucionales a partir de 1930— y por la declaración de Onganía de

alineamiento con la Doctrina de la Seguridad Nacional en West Point, en 1964, que propugnaba la intervención de las FF.AA. en los conflictos internos. El jefe del ERP no parecía percibir los distintos momentos que atravesaban las FF.AA., y ese emblocamiento promovería aún más el rol pretoriano de los militares, permeables a ser convocados por los sectores dominantes ante las modificaciones sociales y económicas que se estaban incubando en el país.

Cámpora había nombrado ministro de Defensa a Ángel Federico Robledo y comandante en jefe del Ejército al general de división Jorge Carcagno, del arma de Infantería, entre cuyos oficiales de Estado Mayor revistaba el coronel nacionalista de izquierda, Juan Cesio. El coronel (RE) alfonsinista Federico Mittelbach fungía como asesor. Ezeiza no había modificado esa estructura. Si bien la línea divisoria entre conspiradores y constitucionalistas en el seno del Ejército era de difícil delimitación —pesaba la inercia de los cuarenta años—, en julio de 1973 Carcagno aún permanecía al frente de la institución. Tenía dos o tres ideas claras sobre su vinculación con el gobierno y con la sociedad civil y, también, sobre el tema guerrillero. Había jurado absoluto sometimiento a la Constitución; inició una serie de contactos con los partidos políticos y, particularmente, con la dirigencia de FAR y Montoneros o de su estructura política de masas, la denominada JP-Regionales, al frente de la cual estaban Juan Añon y Juan Carlos Dante Gullo, jefe de la Tendencia Revolucionaria y reemplazante de Rodolfo Galimberti. Con ellos, para el mes de octubre, planeaba realizar el Operativo Dorrego, una especie de confluencia laboral-política entre los militares y los jóvenes peronistas, cuyo cerebro fue el propio Cesio. Desde fines de 1972, Carcagno había debatido la total prescindencia del Ejército en la lucha antiguerrillera. Sus ideas tenían, además, un claro destinatario en el Pentágono: había que revisar la teoría de la seguridad hemisférica. Esta posición fue la que llevó a la X Reunión de Ejércitos Americanos realizada en Caracas, Venezuela, entre el 7 y 17 de setiembre.^[197]

Después de Ezeiza, ya nadie velaba las armas. “El 5 de agosto de 1973, el comisario Hugo Guillermo Tamagnini, ex director de Investigaciones de la policía tucumana, que participó en la represión de Taco Ralo, y en disponibilidad a raíz de un sumario judicial acusado de haber torturado a presos políticos durante el régimen militar, fue muerto por el ERP transformándose en la primera víctima mortal de la guerrilla luego de la asunción del gobierno constitucional”, citaba La Opinión el 7 de agosto. El legajo de Tamagnini, y sus últimos pasos como simple ladrón, inclinaban a la sociedad tucumana y también a la prensa a festejar su muerte. Estas simpatías ocultaban, sin embargo, que la estrategia guerrillera se independizaba gravemente del contexto político.

Sin detenerse a reflexionar sobre ello, la dirección perretista se lanzó a cumplir con su estrategia de romper el débil equilibrio democrático: el 6 de setiembre de 1973, la compañía José Luis Castrogiovanni del ERP, integrada por 40 combatientes —bautizada así en homenaje a un estudiante de arquitectura muerto en el intento de copamiento de una comisaría de Merlo el 23 de mayo de 1973—, atacó sin éxito el Comando de Sanidad contando con la colaboración interna del conscripto Hernán Invernizzi, posteriormente apresado. El saldo fue un militar muerto y trece guerrilleros detenidos. Faltaban sólo veinte días para que con el porcentaje de votos más alto de la historia argentina (62,7%) Perón fuera consagrado presidente por tercera vez. Santucho y la dirección perretista juzgaban indispensable “desenmascarar a Perón” para romper las ilusiones de la izquierda

peronista. El estupor político fue generalizado. Perón calificó de “delincuentes comunes” a los guerrilleros; el jefe radical Ricardo Balbín compartió los calificativos. Montoneros y FAR deslindaron aguas: “Nosotros creemos, sin entrar a cuestionar más profundamente la política, que el hecho en sí cumple una función contrarrevolucionaria”.^[198] Los aliados del PRT en el FAS criticaron duramente el asalto. Una de las voces más atemperadas del frente militar, Mittelbach, dijo: “La guerrilla que no se inserta en el proceso general de liberación nacional, cuando protagoniza episodios de acción directa, aun esgrimiendo banderas antiimperialistas o izquierdistas, se desgaja del pueblo y pone en marcha una violencia de élites. El caso más increíble es que mientras el comandante en jefe enfrentaba al imperialismo en Caracas, la guerrilla antiperonista atacó el Comando de Sanidad debilitando las posibilidades de ese comandante en jefe. Más allá de las intenciones, no queda más remedio que juzgar a cada uno de acuerdo a una verificación elemental: saber a quién sirve algo. ¿A quién sirvió el episodio del Comando de Sanidad? A los que decían que Carcagno estaba equivocado, que el enemigo más peligroso no es, como sostenía él, el imperialismo. Así se hace fascismo, aunque no se sepa”.^[199]

El mediodía del 11 de setiembre de 1973 las radios argentinas transmitieron el bombardeo al Palacio de La Moneda de Chile. El anunciado golpe militar contra el gobierno de Salvador Allende había estallado ante la desesperada mirada de miles de voluntades democráticas del mundo. Otra vez, los EE.UU. aparecían detrás de un golpe sangriento contra un gobierno constitucional latinoamericano. Los halcones del Pentágono, parte del Ejército conducido por el general Augusto Pinochet y la derecha chilena, habían considerado necesario un tratamiento de shock. Sonaba la hora de aplicar la doctrina neoliberal promovida por la Escuela de Chicago y la Trilateral Commission promovida por la Fundación Rockefeller y el asesor del presidente Richard Nixon, Zbigniew Brzezinski.^[200]

El socialismo a la chilena moría bajo los escombros de La Moneda junto con su presidente, y era triturado en los cuerpos de miles de trabajadores, intelectuales, científicos, empleados de toda edad y condición, en las tribunas del Estadio Nacional transformado en cárcel. A las diez de la mañana del 11, Allende había hablado por última vez a sus compatriotas. Esa misma tarde, miles de personas se lanzaron a las calles de las principales ciudades de la Argentina en señal de protesta. Fue la manifestación de solidaridad internacional más importante, luego de las convocadas por la invasión norteamericana en Santo Domingo en 1965 o, antes, por la defensa de la República Española en la década del 30. Las columnas más numerosas pertenecían a las Juventudes Políticas integradas por radicales, peronistas, comunistas, socialistas, intransigentes y democristianos y, fuera de ellas, las de las organizaciones guerrilleras. Será la última vez que las abultadas columnas del ERP desfilen públicamente. También esa tarde, Santucho se reunió con Menna para darle instrucciones precisas: debía llegar de cualquier manera a Chile, lo más rápido posible, para llevar una valija con un millón de dólares al MIR, y transmitirle a Miguel Enríquez que el PRT ayudaría a la evacuación de miristas y a su ingreso a la Argentina.^[201]

Las interpretaciones sobre el derrocamiento de Allende entre las fuerzas políticas argentinas

fueron diversas. Perón se sentía cercado por dictaduras militares en el Cono Sur, y consciente de que sus fuerzas para retomar su histórica política de no alineamiento con los EE.UU. estaban debilitadas. El radicalismo, de acuerdo con su tradición, repudió el golpe y, aunque denostaba la intromisión imperial, consideró junto con los comunistas y socialistas que la “ultraizquierda” chilena (los miristas, entre otros) tenía una responsabilidad compartida con la derecha en el derrumbe de Allende. Para las organizaciones guerrilleras, sin excepción, se trataba del final previsible del “pacifismo y reformismo” del gobierno de la Unidad Popular (UP), que no había armado a tiempo a los trabajadores chilenos en defensa del gobierno popular. De hecho, para Santucho significaba un refuerzo a su convicción de que por la vía pacífica no podría defenderse jamás al socialismo. Extremar la polémica en estos términos era, sin duda, un error trágico.

El primer síntoma de que Perón había entendido los problemas planteados por ese contexto regional fue el acuerdo que dio a Lastiri para que promoviera a jefe de la Policía Federal al general peronista ortodoxo Miguel Ángel Iñiguez. Y el primer gesto de Iñiguez fue firmar, el 24 de setiembre de 1973, el decreto 1.454 por el que se declaraba ilegal al ERP. Sin embargo, las del ERP no eran las únicas voluntades armadas. El 25, un comando sin identificación, que posteriormente se vinculó con Montoneros, asesinó al secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci. Inicialmente se acusó al ERP del atentado. Dispuestos a defenderse, los guerrilleros desmintieron la acusación en El Mundo y en Canal 9, medios luego sancionados por reproducir la información. A partir de entonces, la prensa llamará al ERP “organización declarada ilegal” (ODI).

Perón asumió la presidencia el 12 de octubre de 1973. A partir de esa fecha, la máxima dirección perretista había decidido dejar Córdoba para instalar su cuartel general en la zona Norte del Gran Buenos Aires. Santucho comenzó a vivir con su nueva compañera, sus tres hijas y la pareja Silva-Demarchi en una casa de la localidad de Boulogne. Estaba convencido de que en poco tiempo el tercer intento peronista fracasaría. En esos días escribió: “En el marco de una situación económica en constante deterioro, la lucha de clases en Argentina evoluciona aceleradamente hacia grandes enfrentamientos. Las fuerzas revolucionarias mantienen todo su vigor y aun lo acrecientan intensificando su ofensiva mientras la burguesía multiplica sus preparativos y ha comenzado a golpear desesperadamente y a ciegas por medio de las bandas fascistas. En la situación actual ninguno de los intentos burgueses, ni el parlamentarismo, ni el bonapartismo, ni el fascismo tienen posibilidades de lograr estabilizar al capitalismo y alejar el fantasma de la revolución. Ello se debe tanto a la crisis económico-social como a la existencia de un poderoso movimiento de masas y de una vanguardia armada”.^[202]

Debió ser difícil para los aliados del PRT compartir el VI Congreso del FAS en Sáenz Peña, Chaco, con miles de adherentes de todo el país: estudiantes, intelectuales, obreros industriales y rurales, indígenas y dirigentes sindicales, a pocos días del secuestro del coronel Emilio Crespo por un comando del ERP el 7 de noviembre. Los aliados del PRT se quejaban por lo bajo, decían que lo que el PRT anudaba con política lo desataba con las armas. Además de las habituales críticas que provenían de los partidos mayoritarios, la izquierda tradicional no entendía la insistencia del PRT en continuar guerreando como si nada hubiera cambiado en el país. Con el PC las relaciones estaban congeladas y éste había retirado a la mayoría de sus colaboradores de la redacción de El Mundo. La

situación era la misma con Montoneros y FAR. El propio Tosco había hecho llegar una carta donde expresaba sus críticas a los pasos que Santucho estaba dando. Crespo sería liberado recién en mayo de 1974. Su caso había enfurecido al Ejército, y uno de los primeros movimientos en la cúpula militar fue la promoción de Emilio Eduardo Massera como comandante general de la Armada.

Hacia mediados de diciembre, Santucho retomó su nunca abandonada idea de volver a los montes tucumanos. Uno de los principales problemas, como siempre, era el dinero, puesto que contaba con suficientes militantes —unos quinientos— decididos a embarcarse en la guerrilla rural. En esos días el ERP secuestró al gerente de Esso, Víctor Samuelsson, por el que la empresa pagará el rescate récord de 14,2 millones de dólares. Un informe confidencial de la Exxon de EE.UU. publicado en 1983 en *The Wall Street Journal* reveló que la combinación de dos obstinaciones había prolongado el cautiverio de Samuelsson: el encargado de las negociaciones por el ERP era Gorriarán Merlo, un “halcón guerrillero” que no parecía dispuesto a ceder ante ofertas menores, mientras que los directivos norteamericanos intentaron regatear el monto del rescate simplemente por razones comerciales.^[203]

El 18 de diciembre, Raúl Carcagno dejó la comandancia general del Ejército al general Leandro Enrique Anaya. Días después, la administración de Richard Nixon recomendó a su embajador en Buenos Aires, Robert Hill, hombre de la CIA y amigo de López Rega, que ayudara en todo lo necesario al gobierno argentino para neutralizar la oposición izquierdista. Hill nombró como enlace con López Rega a su asistente, el coronel Máximo Zepeda, uno de los jefes de las bandas de ultraderecha guatemaltecas.^[204]

Era evidente que en la Argentina de la época nadie pensaba seriamente en desarmarse.

Tormenta de plomo rumbo al norte

(1974)

“Buscan a Santucho en Salta”, anunciaba uno de los titulares de La Gaceta de Tucumán del 3 de enero de 1974, sin dar más precisiones que la rutinaria pesquisa policial: allanamientos en diversos domicilios del centro de la ciudad. Pero Santucho no estaba en Salta. Festejó el comienzo del año 1974 con Liliana Delfino, sus hijas y parte de su numerosa familia. La reunión, casi secreta, tuvo lugar en un departamento estrecho del centro de Buenos Aires. Santucho había dejado de fumar, estaba más gordo, sin barba, y con el mismo mechón enrulado sobre la frente, sólo que ya le despuntaban algunas canas. En los últimos tiempos solía extrañar la vida bucólica y clanesca de Santiago del Estero, que había saltado por los aires luego de la iniciación de la guerrilla. Sabía de los riesgos que implicaban reuniones como ésa, pero estaba dispuesto a correrlos.

En las fiestas, Santucho podía hacer un recuento del destino familiar. Sus padres admiraban su decisión política pero temían por su vida. Sus hermanos Amílcar, Manuela, Julio, Asdrúbal y Francisco estaban plenamente integrados al PRT: Amílcar y Manuela Elmina, como abogados; Julio y su esposa Cristina en la dirección de las escuelas políticas para la formación de nuevos militantes que tanto obsesionaban a Santucho; Asdrúbal, en Tucumán, reconocía el terreno para los próximos planes militares, y Francisco organizaba políticamente a los hacheros santiagueños. El resto de los hermanos seguía dedicado a sus profesiones. Raúl era juez provincial, Blanca Rina trabajaba en la escribanía familiar, Carlos Hiber era gerente de una empresa comercial en Buenos Aires, y Omar Rubén estaba empleado en una ferretería del centro de Santiago del Estero.

La vida de Santucho había cambiado notablemente en apenas tres años. Les había propuesto a sus compañeros, y a los argentinos, una guerra de tres décadas para lograr un mundo mejor, y esto implicaba, en lo cotidiano, una ansiada trascendencia, pero también, inestabilidad, secreto, prisión, amenaza de muerte omnipresente, y pérdida de los amados. Sin que fuera explícito, el sentimiento de que el presente se había transformado en algo absoluto, extraordinario, donde el futuro se revelaba, acompañaba a Santucho con intensidad desde la muerte de su esposa en Trelew. A partir de allí, su intransigencia política y personal había ido en aumento. No era sólo la situación política la que lo llevaba a extremar posiciones. Es probable que la venganza, sublimada en ideas, estuviera presente en su deseo. Era imposible que Santucho escapara a estas muecas de la condición humana. Su

hermano Julio recordará, años después, que ese Año Nuevo de 1974 Santucho habló largamente sobre estas sensaciones, como intentando conjurarlas. Que conversaron, también, de la notable expansión del PRT-ERP; de la incorporación de numerosos miristas y tupamaros exiliados en el país a las huestes perretistas; y del enojo de Santucho con la dirigencia cubana y con Montoneros.[205]

En los últimos días de diciembre, Santucho había enviado un emisario a Cuba con una carta para Fidel Castro, en la que criticaba el pronunciado acercamiento del PCC al gobierno justicialista. Consideraba a éste “un paso atrás de la revolución, y un producto del chantaje de la guerra fría”. [206] Otra de las misiones del enviado de Santucho era conseguir apoyo para el lanzamiento de la guerrilla rural. El PRT-ERP necesitaba entrenar militantes que pudieran permanecer en los montes hasta que, como vaticinaba, “un nuevo golpe militar abriera las puertas a las grandes fuerzas del capitalismo financiero en ascenso y ahogara en sangre el último intento populista en la Argentina”. [207] Santucho pensaba que ése era el motivo de fondo por el cual se preparaban los escuadrones de la muerte y la inteligencia militar contra las fábricas, las universidades y la guerrilla. También creía que por el mismo motivo Perón había enviado al Congreso, el primer día de su gobierno, la Ley de Asociaciones Profesionales que daba mayor poder a la “patria metalúrgica” —sindicalismo ortodoxo— para controlar a los gremios rebeldes. Poco después, Santucho pensará lo mismo de la propuesta de Perón de reformar el Código Penal, que implicaba un retorno a las leyes represivas derogadas por la gestión camporista.

Ya en junio de 1973, la dirección perretista había decidido iniciar el reconocimiento del terreno para asentar un foco rural. También había establecido que el ERP no debía iniciar ningún combate hasta que la situación política lo permitiera, es decir, hasta que el peronismo hubiera caído en desgracia. Santucho había enviado tres rastreadores para que permanecieran en el monte durante tres meses. Los dirigía Lionel MacDonald, más tarde apodado “capitán Raúl”. La zona elegida era la cadena montañosa que se extendía a lo largo de la ruta 38, en los departamentos de Famaillá y Monteros. Antes de que culminara el plazo fijado para el relevamiento, uno de los guerrilleros desertó por hambre. Los otros dos regresaron con su evaluación: se podía sobrevivir y actuar. Por lo tanto, el problema era el dinero, un buen entrenamiento, y armas. [208] Santucho afirmaba que las armas se podían conseguir en los cuarteles del Ejército argentino, ya que por principio jamás las compraría, así que se dedicó a planificar el asalto al regimiento de Caballería Blindada 10, de la localidad de Azul, al sur de la provincia de Buenos Aires.

En cuanto a Montoneros, Santucho no entendía el porqué de la insistencia de éstos en la defensa de Perón. El PRT-ERP decía que Perón apañaba a las bandas de ultraderecha de la Triple A, que ya habían atentado salvajemente contra varios militantes peronistas y de izquierda, y no se cansaba de repetir que “el terror blanco, fascista, lo promocionan los grupos parapoliciales y las Fuerzas Armadas. Las Triple A son las tres armas”. [209] Una de las primeras víctimas de la alianza anticomunista había sido el senador radical Hipólito Solari Yrigoyen quien, además de ser defensor de presos políticos, se había opuesto a la sanción de la Ley de Asociaciones Profesionales en un encendido alegato en el Congreso que duró más de cinco horas. A los pocos días, una bomba conectada al encendido de su coche lo dejó casi paralítico. A fines de enero de 1974, esa violencia,

diferente a la que había caracterizado el enfrentamiento entre guerrilleros y fuerzas de seguridad hasta el momento, porque en este caso las víctimas eran violadas y masacradas, recrudecería. El comisario Alberto Villar fue promovido a la subjefatura de la Policía Federal, y el comisario Luis Margaride a la jefatura de la Superintendencia de Seguridad Federal. En abril de 1974, Villar quedará al mando de la institución, expandiendo la ola de terror en aras del desarme de la “subversión apátrida”. Entre enero y setiembre de 1974 se los sindicará como responsables de doscientos asesinatos. Y hasta 1976 la Triple A cargará más de mil cadáveres en su haber, sin que fuera detenido uno solo de sus integrantes. Sin embargo, esos crímenes no afectaron la estructura militar de los guerrilleros: la mayoría de las víctimas fueron opositores políticos desarmados.[210]

El año 1974 se había iniciado con la extensión de la violencia política: hubo secuestros de ejecutivos, atentados contra imprentas donde se imprimían El Mundo y el diario peronista Mayoría, y con un allanamiento a la redacción de la revista Descamisados. Santucho, que escribía regularmente en El Mundo bajo el seudónimo de “Ernesto Contreras”, pidió a Urteaga que informara sobre la situación ya que él tenía contacto directo con Manuel Gaggero, director del vespertino. No habría forma de detener la agresión contra el diario, transformado prácticamente en un vocero del ERP. La situación se agravó a partir del 19 de enero. Ese día, mientras toda la oposición de izquierda — incluidos los ocho diputados nacionales de la JP— se batía en el Congreso contra la sanción de la reforma al Código Penal, Santucho ordenó asaltar el cuartel de Azul, la guarnición de tanques más poderosa del país. Tenía tres propósitos: provocar a Perón para que se mostrara como un defensor de las Fuerzas Armadas, demostrar a los trabajadores que el ERP no los traicionaba y era capaz de conducirlos en la revolución social, y conseguir armamento para la guerrilla rural.

El asalto, que comenzó a las 22.30 del 19 de enero, fue dirigido por Gorriarán Merlo, movilizó a la compañía “Héroes de Trelew” del ERP integrada por 80 guerrilleros y fracasó. En el combate murieron el comandante de la guarnición, su esposa, un soldado y dos guerrilleros. Dispersados en una retirada desordenada, y sin llevarse más armas que las puestas, los rebeldes secuestraron en la huida al teniente coronel Jorge Ibarzábal, a la vez que sus compañeros Héctor Antelo y Reynaldo Roldán, obreros metalúrgicos y dirigentes villeros, desaparecieron luego de ser capturados fuera del cuartel.[211] Durante la presidencia de Perón, el comandante en jefe del Ejército Leandro Anaya comprometió su subordinación al poder político. Aún no existía en la cúpula militar la decisión de no dejar vivos a los guerrilleros apresados.

El 20 de enero, Perón se vistió con su uniforme de general: juró ante las cámaras de televisión que el peso de la ley caería sobre los “delincuentes”, y acusó al gobernador bonaerense pro montonero Oscar Bidegain de “irresponsabilidad”, sellando su futuro político. Todos los partidos políticos sin excepción, incluidos los aliados del PRT, se pronunciaron en contra del copamiento. Santucho no los escuchó. Consideraba que el ataque había sido “una derrota militar pero un éxito político” porque había logrado “desenmascarar” a Perón. Al poco tiempo, Gorriarán Merlo fue separado de su cargo de jefe del ERP y enviado para su “reeducación política” a una fábrica de Córdoba. El desaliñado y legendario Carrizo ocupó su lugar.[212] El 22 de enero, Bidegain y el bloque de los ocho diputados nacionales de la JP debieron renunciar a sus cargos. Comenzaba así el

repliegue público de Montoneros y su abierto enfrentamiento con Perón. El 23, un grupo de la lopezrreguista Juventud Peronista de la República Argentina (JPRA) baleó el diario El Mundo, que había difundido la versión del ERP sobre Azul. No fue detenido ningún atacante, sí 18 trabajadores del diario. El 25 de enero, Diputados sancionó la reforma al Código Penal por 128 votos contra 62. El gobierno, finalmente, contaba con dos leyes especiales para la estabilidad del Pacto Social: la del control sindical y la de represión.

Si bien el estallido del peronismo era inevitable —lo había demostrado la tragedia de Ezeiza—, Santucho festejaba el magro triunfo de haberlo acelerado. No obstante, el relevamiento de Gorriarán Merlo mostraba su enojo, no sólo por la desastrosa conducción militar del copamiento sino por lo sangriento del mismo. Santucho insistía, aun dentro de su lógica guerrillera y de su extrema intransigencia, en que las incursiones del ERP debían costar la menor cantidad posible de vidas. En un número especial de Estrella Roja, difundido a propósito del ataque, Santucho parecía preocupado por explicar a la población que las muertes habían sido producto del combate, y que el militar secuestrado había sido tratado correctamente. Se difundía también una carta manuscrita donde Ibarzábal lo ratificaba. Las consignas de tapa de la revista eran: “¡No hay tercera posición entre explotadores y explotados! ¡Ninguna tregua al ejército opresor!”.^[213] Iban dirigidas, obviamente, a Perón y a Anaya.

Santucho jamás se arrepintió del copamiento del cuartel. Si bien era lógico que no prestara atención a las opiniones del gobierno, de la derecha civil y militar o del jefe de la oposición radical, Ricardo Balbín, no pasaba lo mismo en el caso de las durísimas críticas de Tosco, de su abogado Duhalde —que dirigía la prestigiosa revista de la izquierda peronista Militancia—, de Montoneros o del dirigente comunista Rubens Iscaro, jefe del Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS), corriente identificada con el PC. El perretista Luis Mattini escuchó de Iscaro: “Nuestros caminos se bifurcan. Es muy difícil para nosotros no ver una provocación en lo que hicieron”.^[214] A partir de allí, las frágiles relaciones con los comunistas se quebraron. Éstos preferían confiar más en ciertos “militares profesionalistas” y en los dirigentes políticos y sindicales que tenían una larga batalla política contra la nueva izquierda. La actitud de los aliados del PRT demostraba que de persistir la estrategia militar en detrimento de la política, el destino de Santucho era la marginación. Era una visión piadosa: la marginación como futuro estaba en las raíces mismas del PRT-ERP.

Quedaba abierta, entonces, una peligrosa senda hacia el terrorismo. Santucho insistió. En el fondo, fiel a su omnipotente planteo, creía que el PRT-ERP era la única organización capaz de impedir el giro francamente desfavorable para las aspiraciones populares que estaba tomando el tercer gobierno peronista. Decía: “O las masas se lanzan decididamente a la ofensiva o la burguesía ataca organizadamente al pueblo”.^[215] Ambas cosas fueron ciertas.

A principios de febrero, Santucho pidió a Menna, Carrizo y Gorriarán Merlo —aún miembro de la máxima dirección perretista— que convocaran a una conferencia de prensa, realizada por fin el día 14. Asistieron el Buenos Aires Herald, El Mundo, Le Monde, The New York Times, las agencias Reuters y Prensa Latina. En el transcurso de la conferencia, los guerrilleros declararon que si el Ejército no encontraba con vida a Antelo y Roldán, Ibarzábal moriría. También dieron a conocer el

documento fundacional de la Junta de Coordinación Revolucionaria (JCR) por el cual, a partir de ese momento, las organizaciones firmantes —Tupamaros de Uruguay, ELN de Bolivia, MIR de Chile y ERP de la Argentina— comenzarían una colaboración más estrecha en el Cono Sur. Además, los dirigentes perretistas polemizaron con Montoneros, desestimando la teoría del “cerco” que López Rega supuestamente había levantado en torno a Perón. “Nosotros —dijo Menna— consideramos un invento esa teoría. No puede estar cercado un gobierno que en sus planes económicos, tanto en el Plan Trienal, como en lo político, goza del apoyo total del imperialismo y de las empresas multinacionales”.^[216] Las repercusiones de esa entrevista publicada en tapa por el Buenos Aires Herald y en contratapa por El Mundo fueron diversas. El Ejército desmintió cualquier participación en la desaparición de los miembros del ERP. Éste lo aceptó y culpó a la Policía Federal por el hecho. Finalmente, ni los obreros ni el teniente coronel aparecieron con vida.^[217] El Mundo fue dinamitado y, un mes más tarde, clausurado definitivamente. Por último, Montoneros suspendió sus contactos con el ERP, por lo menos hasta junio de 1974.

Los planes militares y políticos de Santucho, más allá del gran despliegue del ERP, se vieron alterados considerablemente a partir de febrero. En primer lugar, el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda del peronismo teñía la vida política, social y cultural del país. La onda expansiva llegó primero a Buenos Aires, con la renuncia de Bidegain, y luego a Córdoba: el 27 de febrero, el jefe de la Policía, teniente coronel Antonio Domingo Navarro, se acuarteló en Córdoba. A punta de pistola, Navarro, en combinación con López Rega, obligó a renunciar al gobernador Ricardo Obregón Cano y al vicegobernador, el sindicalista combativo Atilio López. El futuro, para ellos, será el exilio, en el primer caso, y la muerte, en el segundo. El PRT denominó a este cuartelazo “golpe fascista”.

El lopezrreguismo se lanzaba al control de todos los territorios donde había recalado con fuerza la Tendencia Revolucionaria del peronismo. Poco después, el líder montonero Mario Firmenich fue arrestado por unos días y obligado a pasar a la “clandestinidad”; el ex secretario general del PJ durante el camporismo, Juan Manuel Abal Medina, resultó herido en un atentado. El destino del gobernador de Mendoza, Alberto Martínez Baca, sería igual al de sus pares cordobeses. También el del ministro de Educación, Jorge Taiana, y el de los rectores de las principales universidades del país. El ex presidente Cámpora renuncia a su cargo de embajador en México y regresa al país. Volverá a México, luego de un prolongado asilo en la embajada mexicana en Buenos Aires, para morir de cáncer en 1979.

Lo cierto es que después del cuartelazo de fines de febrero de 1974, en Córdoba, para los planes políticos del PRT se abría una etapa que justificaba la extensión de la lucha clandestina: ocupación por tropas afines a la Triple A, ilegalización de los sindicatos clasistas, detención de muchos de sus dirigentes, como René Salamanca, y obligado ocultamiento de Tosco. Córdoba sería un pionero ejemplo de que la falta de democracia es contraria a los intereses de los trabajadores, aunque las organizaciones guerrilleras de la época siguieran pensando que no. Tenían la infantil imagen de que la mayor represión podía promover una mayor resistencia y combatividad. En el caso del PRT-ERP, esto era así porque al haberse acostumbrado a la lucha clandestina, se movía mejor en ese terreno. Esa imagen, sin embargo, estaba ocasionalmente dilatada: la represión policia-sindical en Córdoba convenció a numerosos dirigentes obreros, entre ellos el ex obrero de Materfer, ex dirigente de

Sitrac-Sitram y secretario general del Movimiento Sindical de Base (MSB), el peruanoargentino Eduardo Castelo, de que la única forma de enfrentar al giro derechista era integrarse a la guerrilla, un razonamiento similar al del período de surgimiento de las organizaciones armadas en el país. A partir de ese momento, el epicentro de los conflictos políticos y sindicales se trasladará paulatinamente a Villa Constitución y al Gran Buenos Aires.

Pero ¿qué había respondido Fidel Castro al pedido de Santucho?

La respuesta había sido no. Cuba no estaba dispuesta a apoyar ninguna guerrilla rural del ERP en Tucumán, con entrenamiento, con hombres o pertrechos bélicos porque le parecía un despropósito armar un foco rural en plena gestión constitucional del peronismo.[218] A pesar del duro juicio político que de hecho significaba la posición del PCC sobre los futuros pasos del ERP, a principios de marzo de 1974 Santucho tomó la decisión de ir él mismo al frente de 40 guerrilleros, instalarse en Tucumán y dar comienzo, por lo menos, al entrenamiento de la que sería la famosa “Compañía de Monte del ERP Ramón Rosa Jiménez”. Sus argumentos fueron que “los propios vietnamitas debieron probar con su práctica armada la posibilidad de desarrollar una guerrilla triunfante contra los norteamericanos y de ese modo ganarse la ayuda internacional”.[219] De lo que se desprendía: Santucho seguía imaginando que la Argentina era parecida a Vietnam; y el ERP al Vietcong. Su intención era crear “una zona liberada” con apoyo de la población local para reclamar reconocimiento internacional como fuerza beligerante e intensificar la formación de combatientes y oficiales capaces de sobrellevar una guerra de larga duración. También consideraba la posibilidad de montar una radioemisora de propaganda revolucionaria y, en el futuro, la necesidad de instalar a la comandancia del ERP y eventualmente a la dirección política del PRT.[220]

Intentando analizar esa lógica revolucionaria, el politólogo polaco Zbigniew Marcin Kowalewski evaluará, años más tarde, que “era obvio que la elección de Tucumán, ya desindustrializada y con una marginación creciente, significaba una ilusión de Santucho, hombre de coherencias insondables. Desde fines de 1970, esa provincia ya no contaba ni para las luchas sindicales ni para las grandes decisiones políticas. El PRT-ERP todavía tenía vinculaciones con dirigentes sociales del lugar pero no conducía ingenios, universidades o sindicatos. Aunque Santucho nunca lo admitió, la experiencia que se disponía a realizar era la reincidencia de los focos rurales de la historia argentina, pero agravada porque, esta vez, el peronismo no estaba proscrito sino en el poder. Todo indicaba que ése no era el camino más seguro para sus metas revolucionarias sino para una derrota. Secuestros de empresarios; ejecuciones de miembros de las bandas de derecha y militares; asalto de cuarteles en las ciudades y foco rural en el campo: ése era el plan militar de Santucho para los próximos dos años. No lograba darse cuenta de que marchaba hacia la desnaturalización de todas sus aspiraciones”.[221]

Antes de subir al monte, Santucho reorganizó la dirección perretista. Carlos Germán quedaba al frente del PRT, y Juan Manuel Carrizo del ERP en las ciudades. Los dirigentes que acompañaron a Santucho fueron el ex estudiante de Ingeniería Hugo Irurzún, apodado “capitán Santiago”, el cañero Antonio del Carmen Fernández y Asdrúbal Santucho, conocido como “capitán Aníbal”. El jefe del ERP trató de resolver el problema planteado por la negativa de los comunistas cubanos. Había

elaborado un plan para la formación de combatientes, una especie de “escuela militar” bajo la conducción de Carrizo, similar a las “escuelas políticas” que ya dirigía su hermano Julio. Ese entrenamiento teórico y práctico se realizaba en quintas de fin de semana, alquiladas temporariamente en las zonas suburbanas de Buenos Aires.

Luis Mattini recordará años después cuáles fueron los primeros pasos de Santucho en Tucumán: “Disponían del armamento apropiado al Batallón 141 de Córdoba. Santucho debía entrenar a la gente para luego volver a la ciudad y esperar las condiciones políticas para lanzar la guerrilla en el monte. Usaron, naturalmente, uniforme verde oliva, y alpargatas o zapatillas. Santucho impuso una disciplina férrea: estudio político obligado, alternando con ejercicios militares. El aseo personal debía ser muy cuidadoso y estaba prohibido el uso de barba y el consumo de alcohol”.^[222]

Además, Santucho había elaborado un plan para reestructurar su pequeño ejército, que se pondrá en vigencia luego de setiembre de 1974: el ERP sería un “ejército regular” pero con comportamiento irregular.^[223] Dio instrucciones para la construcción de modernas imprentas clandestinas — generalmente en los sótanos de casas alquiladas— y para la iniciación de los estudios necesarios para la fabricación de armamento destinado a la JCR, especialmente ametralladoras y granadas de mano. La dirección perretista seguía aspirando a la mayoría de las fuerzas partidarias, para mutarlas en un aparato armado. Mientras Santucho estaba en el monte, Carrizo comenzó a preparar varios asaltos a unidades militares en distintos puntos del país. En tanto, los frentes políticos del PRT se preparaban para incidir en la cambiante y violenta realidad nacional. A pesar del enrarecido clima que ya se respiraba en Córdoba, el 13 de abril por la mañana, más de cinco mil obreros de los principales centros industriales del país, dirigidos por Castelo, daban comienzo al congreso del Movimiento Sindical de Base (MSB) en el Club Córdoba Sport. “Luchar, vencer, obreros al poder”; “A la lata, al latero, los ranchos tucumanos son fortines guerrilleros”; “Duro, duro, duro, al pacto social se lo meten en el culo”; “Izquierda, izquierda, los fachos a la mierda”; “Navarro criminal, a vos te está esperando la justicia popular”, eran algunas de las consignas que cantaba la multitud de delegados fabriles presentes. Los obreros izquierdistas y proguerrilleros se pronunciaban contra la burocracia sindical y contra el pacto social que rebautizaron como “el pacto de los explotadores”.^[224] Dos meses después, en Rosario, más de veinte mil integrantes del FAS mostrarán, con similares estribillos, que Santucho tenía una fuerza social y política dispuesta a acompañarlo en su utopía revolucionaria: el PRT-ERP era la organización hegemónica de esas reuniones.

Cuando Perón expulsó a Montoneros de la plaza aquel célebre Primero de Mayo, mientras las columnas de la JP se retiraban airadas cantando “Qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular” —en un duelo verbal con el líder que anticipaba todas las violencias—, en la antesala del balcón de la Casa Rosada, López Rega recibía un informe preciso del teniente coronel Jorge Osinde —ex jefe de Seguridad del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE) en 1955, consejero militar de Perón en esos días de mayo de 1974 y subsecretario de Deportes en el Ministerio de Bienestar Social, acusado por la izquierda peronista de dirigir personalmente la masacre de Ezeiza—:

—Se detectó un grupo subversivo en el monte tucumano. Son del ERP —dijo Osinde.

López Rega habló inmediatamente con Anaya. El Ejército no participaría directamente contra el ERP rural —excepto en tareas de asesoramiento— sin una expresa autorización del gobierno. Ello suponía una compleja trama política a anudar con Balbín, porque, todavía, el radicalismo era renuente a aceptar la intervención del Ejército en la represión interna. López Rega se comunicó, entonces, con el ministro de Interior Benito Llambí: el hombre para preparar la incursión era el jefe de la Policía Federal, Alberto Villar, recién promovido en el cargo.

Un insólito acuartelamiento de la policía tucumana, el 8 de mayo, facilitó la intervención federal para iniciar las operaciones contra el destacamento guerrillero. Al día siguiente, Villar partió con sus inexpertas tropas hacia San Miguel. Santucho, por su parte, había recibido la noticia del patrullaje de su flamante jefe de inteligencia del ERP y hombre de confianza, Juan Mangini, apodado “capitán Pepe”. Era obvio que el líder del ERP no pensaba pasar desapercibido mucho tiempo, y que estaba dispuesto a aceptar la “guerra de inteligencia” que comenzaba a librarse entre guerrilleros y fuerzas de seguridad. La diferencia estaría en la manera de obtener la información: los guerrilleros apelarían a la infiltración de sus huestes en puestos oficiales, o al reclutamiento de soldados y suboficiales.[225]

La Policía Federal detectó al grupo guerrillero en la zona serrana de Rodeo Viejo, dentro del departamento de Monteros, e inició el cerco. Santucho ordenó a sus hombres comenzar, entonces, una marcha forzada de una semana para eludirlo. Villar, desalentado y para obtener información, usó las prácticas de la Triple A contra la población civil que los guerrilleros, en su repliegue, dejaban a la intemperie frente a la represión. Una vez roto el cerco, y alterando los planes de la dirección perretista, Santucho atacó, el 30 de mayo de 1974, la localidad de Acherál, donde funcionaba una de las bases de comunicación de las fuerzas de seguridad. Así, sin atenerse a los análisis políticos que él mismo había realizado, ya que se suponía que en esa etapa la guerrilla debía únicamente entrenarse, Santucho hacía debutar en la volcánica realidad del país el quinto foco rural de su historia moderna: la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”. El 5 de junio, Santucho explicó su decisión en un artículo: “La apertura de frentes guerrilleros rurales es producto de más de tres años de combate en las ciudades, de varios años de luchas populares y de una considerable evolución en la conciencia del pueblo... La estratégica importancia de las unidades rurales radica en que el auxilio de la geografía hace posible construir velozmente poderosas unidades bien armadas y entrenadas, capacitadas para golpear duramente al enemigo, disputarle zonas, primero durante la noche y luego también durante el día, liberar zonas más adelante y hacer posible la construcción de bases de apoyo como sostén de un poderoso Ejército Revolucionario de carácter regular en condiciones de sostener victoriosamente con sus armas la insurrección general del pueblo argentino que llevará al triunfo de la revolución nacional y social en nuestra patria, abriendo un luminoso porvenir socialista, fin de la explotación y de los sufrimientos y comienzo de una era de justicia y felicidad colectiva para 26 millones de argentinos”.[226]

La audacia de su líder no fue siquiera discutida por la dirección perretista, eufórica por los resultados inmediatos, aun cuando intuyera que, al haber acelerado la ofensiva guerrillera en los cerros tucumanos, el PRT se vería obligado a mantenerla a un costo difícil de prever. Inmediatamente luego del ataque a Acherál, Santucho ordenó a los cuarenta milicianos descender a las ciudades. Pensaba reorganizar las filas de la unidad rural y reiniciar las actividades con una gigantesca

operación combinada en el monte y las ciudades.

La muerte de Perón, el 1º de julio de 1974, determinó, sin embargo, que la operación no se realizara en los tiempos previstos. A pesar de que Santucho comentó: “Ha muerto el líder de la burguesía, al fin la clase obrera caminará por una senda independiente”, decidió dejar sus armas en silencio por el duelo inmensurable de millones de argentinos que ese día lluvioso y frío lloraban desconsolados por las calles, y para quienes el viejo caudillo era algo más que un jefe político. Como luego se demostró, su presencia no sólo había significado un freno a la “patria socialista” de la izquierda que lo había ayudado a retornar al poder, también era la última barrera política que tenía el propio establishment para lanzarse a aplastar la democracia. Apenas un año después, en julio de 1975, cuando el Pacto Social estalle en las jornadas conocidas como “el Rodrigazo”, será evidente que los sectores dominantes ya habían comenzado a planear una reconversión económica para la Argentina, en la que molestaban partidos y sindicatos. Muerto Perón, entonces, la sucesión de Isabel Martínez, y la promoción, de facto, de López Rega como jefe político del peronismo en el gobierno, desataron tormentas de plomo.

Montoneros desenterró las armas el 15 de julio con el asesinato de Mor Roig, ex ministro del Interior de Lanusse, a quien acusaban de no haber impedido la masacre de Trelew. El mismo día la policía mató a cinco miembros del ERP en un enfrentamiento. Entre los muertos estaba Guillermo Pérez, uno de sus fundadores y jefe de la Compañía Héroes de Trelew, quien durante el tiroteo —según contó luego el Estrella Roja del 5 de agosto— gritaba:

—¡No tengo miedo a la muerte, prefiero morir antes que entregarme, verdugos!

El 31 de julio, la Triple A asesinó en una esquina céntrica al abogado Ortega Peña, diputado del Peronismo de Base. El jefe de policía, como era su costumbre, dispersó a tiros el cortejo fúnebre que acompañaba los restos de Ortega Peña y detuvo a 350 personas, la mayoría de las cuales pasaron a integrar la lista de blancos móviles del comando derechista. Silvio Frondizi; el sobreviviente de la masacre de José León Suárez, Julio Troxler; el abogado de presos políticos, Alberto Curutchet; el vicegobernador de Córdoba, Atilio López, y miembros de las fuerzas de seguridad completaron un ranking fatal de un muerto cada 19 horas en los dos meses posteriores a la muerte de Perón.^[227]

El 11 de agosto, siguiendo con el plan trazado, Santucho y Carrizo ordenaron atacar simultáneamente la fábrica militar de explosivos de Villa María en Córdoba, operación que dirigió el obrero Juan Ledesma, y el regimiento 17 de Infantería Aerotransportada de Catamarca, asalto conducido por Hugo Irurzún y Antonio del Carmen Fernández. El movimiento guerrillero había comenzado en la noche del 10 de agosto, los ataques fueron el 11 y se siguió combatiendo hasta el 12. Los partes militares del ERP, posteriores al combate, permitieron saber que el asalto a la fábrica militar fue realizado por la “Compañía Decididos de Córdoba”. Allí, los rebeldes tuvieron tres muertos y un herido, secuestraron al mayor Argentino del Valle Larraburu y al capitán Ángel García a quien, como estaba herido, dejaron luego a las puertas de un hospital, y se llevaron armamento que semanas después fue recuperado por la policía cordobesa. El Ejército dijo que García había sido torturado. Santucho lo desmintió: “Nuestro pueblo sabe que los guerrilleros no torturan a sus enemigos”, dijo en el editorial de El Combatiente N° 130 del 14 de agosto. Más adelante, el ERP intentará, sin éxito, canjear la libertad de Larraburu por la de los presos políticos. En noviembre, un

comunicado guerrillero informaba que el mayor se había ahorcado. El Ejército, en cambio, insistió en que había sido estrangulado.

El regimiento catamarqueño no llegó a ser copado por la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”, integrada en esa oportunidad por 50 milicianos. Lo que allí sucedió tendría graves derivaciones. Según la causa 6047/74, tramitada hasta los primeros meses de 1983, fojas 1197 al 2008 y anexos, el oficial principal provincial René Rolando Romero, jefe de servicio, comunicó al director de Investigaciones de la provincia que: “a las veintitrés quince del 11 de agosto se recibió un dato de carácter reservado en el cual se comunicaba que a la altura de Polcos, lado Banda de Varela, a tres kilómetros de la ruta nacional No. 62 se encontraba un ómnibus con ocho individuos en actitud sospechosa y vestidos todos de negro...”. A partir de ese momento, se produjeron diversos enfrentamientos entre la policía local y los guerrilleros, además de la alerta correspondiente al regimiento que pensaban atacar por sorpresa. El grupo de ataque se había dividido en dos: el primero, dirigido por Irurzún, logró huir; el segundo, bajo las órdenes del dirigente azucarero Fernández, permaneció en las cercanías de Capilla del Rosario. Fernández y los otros 27 integrantes del comando se tirotearon durante horas con la policía y el Ejército que, por primera vez y sin orden del gobierno, intervenía directamente en la represión y persecución de los guerrilleros fuera del perímetro de un cuartel. Posteriormente, el gobierno refrendó lo actuado por el comandante de la V Brigada, general Luciano Benjamín Menéndez.^[228] En 1983, la sentencia en primera instancia de la causa 6047/74 estableció que 13 guerrilleros fueron detenidos y atormentados y que otros 14 tuvieron el mismo trato, luego de haberse entregado cuando ya no tenían municiones. Pero esos 14 nunca aparecieron con vida. El general Menéndez dijo que habían muerto en el enfrentamiento. Santucho, que habían sido fusilados.^[229]

La conmoción política por los sucesos puede medirse en las crónicas periodísticas de la época. Como era lógico, toda la oposición al justicialismo cerró filas en torno al gobierno que se declaraba agredido. Los aliados de Santucho comenzaban a alterarse por el nivel de violencia guerrillera; no la elegían pero sufrían sus consecuencias. La acción política era cada vez más difícil, y los militantes de las estructuras públicas de las organizaciones de izquierda concentraban sobre sí una represión indiscriminada. La cúpula tradicionalmente conservadora del PC creyó que era el momento de deslindar aguas para siempre. En una declaración publicada en el N° 58 de su periódico Nuestra Palabra, a fines de agosto, calificó a los guerrilleros actuantes en Catamarca y Córdoba como “agentes de la CIA” y “provocadores ultraizquierdistas”: simples “terroristas”. El tono de la crítica comunista ponía fin a una relación signada por la desconfianza mutua. Enfurecido, Santucho intentó inútilmente reunirse con el dirigente Fernando Nadra, miembro de la dirección del PC, para debatir las posiciones. El 14 de setiembre en El Combatiente, Santucho promovió una lapidaria declaración. Consideraba que la dirección comunista, en su afán de protegerse, había “traicionado al socialismo, a la clase obrera y al pueblo, poniéndose al servicio de la burguesía”. Como corolario, desestimaba cualquier alianza presente o por venir. El miedo invadió a la dirigencia del PC: dio instrucciones a sus militantes de romper cualquier acuerdo con los perretistas. A su vez, Nadra comenzó a publicar en el periódico partidario, bajo el seudónimo de “Polemos”, una serie de artículos en donde se trataba de hacer entrar en razón a los guerrilleros; Santucho le respondía desde las páginas de El

Combatiente. Esa fractura se profundizaría cada vez más no sólo por la obstinación del PRT-ERP sino por las posiciones comunistas frente al gobierno de Isabel Martínez y, posteriormente, frente al golpe militar de 1976.

Santucho desestimó las críticas de los comunistas escudándose en el lógico encono y las profundas diferencias políticas que habían signado a la relación. Tampoco escuchó los consejos de Miguel Enríquez, líder del MIR chileno quien, poco antes de morir combatiendo contra las tropas de Augusto Pinochet, intentó expresarle sus preocupaciones por el rumbo político del PRT-ERP. Años después, Andrés Pascal Allende recordaría:

“Cuando nosotros mordíamos la derrota, en 1974, el PRT parecía crecer sostenidamente. Nosotros estábamos contentos de que iniciaran la guerrilla en Tucumán, y de la invaluable ayuda material y moral que nos prestaban. Aun en esas circunstancias, Miguel fue el único que vio las dificultades que se avecinaban, y antes de morir le escribió a Santucho una carta memorable. En ella, Miguel criticaba, a partir de la experiencia chilena, la visión del PRT de que el golpe militar era favorable al desarrollo de la guerra revolucionaria. Nosotros ya sabíamos que el golpe era un peligro enorme, y que lejos de favorecer la lucha, podía coartarla. Porque las FFAA unificaban todo el aparato represivo, y lo descargaban, sin trabas, sobre el movimiento popular, que debía pagar costos altísimos por la resistencia.

”También criticábamos la política de ataque indiscriminado del PRT a las FF.AA.; creíamos que no se distinguía entre la oficialidad. Otro aspecto cultural llamativo era la dureza, el racionalismo con que se abordaba la política. Santucho era como un monje, un asceta, preocupado demasiado por cuestiones morales. Creo que se subestimaba la cuota de irracionalidad que tiene todo comportamiento político y social. Pero, en verdad, sólo años después pudimos hacer un balance sobre estas y otras cuestiones: nosotros subvalorábamos la democracia, catalogándola como ‘burguesa’. En realidad aspirábamos a una democracia participativa, que no sólo se agotara en la libertad individual sino que contemplara los derechos económicos y sociales. En ese sentido nos planteábamos una concepción democrática de la sociedad, pero no lo admitíamos, ni siquiera dentro del MIR, que era extremadamente centralizado y, de hecho, poco democrático. El enfrentamiento político y armado obturó la conciencia de esas realidades, y no hubo posibilidad ni tiempo para encontrar otro camino”.^[230]

Sin detenerse y dispuesto a realizar un salto que lo lanzaría aún más a la senda armada, el 11 de setiembre de 1974, Santucho reunió a la dirección perretista en el “Comité Central Antonio del Carmen Fernández”. En una finca de la localidad de Del Viso, en la zona Norte del Gran Buenos Aires, presentó un extenso informe denominado “Poder Burgués y Poder Revolucionario” en el que revisaba su estrategia de poder. Luego de repasar la historia de la frustración política argentina por causa de la defección de los gobiernos “parlamentarios burgueses” y por la represión de las dictaduras militares, sostenía que a partir de ese momento —la muerte de Perón—, y a pesar del

“estado policial” instaurado por Isabel Martínez-López Rega, en el país se abría una “situación revolucionaria”. Nada menos que la hora de ir preparando el asalto al poder. Según este razonamiento, era necesario “desarrollar el poder dual”, lo que en lenguaje marxista implicaba considerarse a sí mismos como la vanguardia política del pueblo y disponerse a establecer zonas liberadas y controladas por la guerrilla, con justicia y funcionamiento político y económico paralelos al oficial.[231] La obvia resultante era la transformación del ERP en un “ejército regular” —con grados militares— a pesar de que éste emergía de dos derrotas considerables en Azul y Catamarca. El informe de Santucho fue aprobado sin modificaciones; también, el relanzamiento de la guerrilla rural, la construcción de grandes aparatos clandestinos y el plan para reclutar en las fábricas más importantes del país —especialmente en Villa Constitución y en el Gran Buenos Aires— nuevos contingentes de obreros revolucionarios. Como la muerte del cañero Fernández había sido un rudo golpe para el PRT, los dirigentes perretistas decidieron que a partir de ese momento ningún miembro del buró político podría participar directamente en operaciones militares.

Pero las consecuencias del episodio de Catamarca no habían terminado. En la misma reunión, seguro de que sus compañeros muertos en Capilla del Rosario habían sido fusilados luego de ser detenidos, Santucho dijo: “Luego de dieciséis días de investigaciones, hemos tomado una grave determinación. Nuestra organización ha decidido emplear la represalia: mientras el ejército no tome guerrilleros prisioneros, el ERP tampoco lo hará. Responderemos ante cada asesinato con una ejecución indiscriminada de oficiales. Es la única forma de obligarlos a respetar las leyes de la guerra”.[232] El 18 de setiembre, en una conferencia de prensa casi secreta a la que asistieron pocos periodistas, en su mayoría extranjeros —de Le Monde, La Repubblica y el Buenos Aires Herald—, Santucho comunicó en los mismos términos esa fatídica decisión. En el momento más terrorista de su historia, el ERP mató en dos meses a diez oficiales. En el mismo período, fueron muertos por las fuerzas de seguridad y la Triple A más de veinte guerrilleros. Sólo el asesinato de una niña el 1º de diciembre en Tucumán, cuando el ERP disparaba contra su padre, el capitán Humberto Viola, detuvo las represalias. Los guerrilleros se avergonzaban de tal acción. Años después, Luis Mattini dirá: “Pocas veces se había visto a Santucho demudado, furioso y casi abatido. Maldecía al jefe del comando guerrillero y al mismo tiempo pensaba cómo hacer un gesto de reparación por esa muerte injustificable”.[233] En verdad, la sangre era el velo más infranqueable para la razón política.

Santucho tardó en percibir que estaba quemando las naves, que la consecuencia para su proyecto revolucionario sería una extrema soledad, aunque las relaciones con Montoneros mejoraban día a día después de su reciente decisión de pasar a la clandestinidad y al combate frontal contra el gobierno. Paradójicamente, en plena campaña de represalias, el PRT-ERP lanzó, el 9 de octubre, una propuesta de tregua al gobierno de Isabel Perón. En una carta enviada a todas las fuerzas políticas, firmada por el propio Santucho, se ofrecía el cese del fuego y la liberación de los militares y empresarios secuestrados a cambio de la libertad de los guerrilleros y demás presos políticos y sociales y la derogación de las leyes represivas. El pacto era inaceptable para el gobierno, dispuesto a profundizar la represión política y militar de los revolucionarios. Tampoco parecía seriamente creíble por el lado del ERP, embarcado en el terror rojo.[234]

El radicalismo, como los comunistas, también intentaba influir en las decisiones de Santucho. Mientras tanto, la paranoia política invadía la vida cotidiana. Corrían rumores de sentencias de muerte tanto de la Triple A como de las organizaciones guerrilleras. Muchos políticos, profesionales, artistas e intelectuales, amenazados por las bandas ultraderechistas, comenzaban su exilio. A mediados de octubre, circuló la versión de que el ERP mataría a Balbín. Fue entonces cuando Balbín le encomendó a Tróccoli, presidente del bloque de diputados de la UCR, que llamara a Mario Amaya para que lo conectara urgentemente con un miembro del PRT. Osvaldo Álvarez Guerrero describirá posteriormente cuál era el estado de las relaciones del radicalismo con el PRT-ERP en esos días:

“En 1974 solíamos tomar contacto, a través de Amaya y de Raúl Borrás, con algunos cuadros políticos del PRT. A pesar que Amaya no coincidía en modo alguno con la estrategia del ERP estaba convencido de que sus objetivos revolucionarios eran nobles. Nos reuníamos entonces en la casa de un diputado del Partido Intransigente, ya fallecido, Raúl Marino, que había sido miembro de la Corte Suprema de Justicia durante el gobierno de Oscar Alende en la provincia de Buenos Aires. Estos contactos desaparecen cuando en abril de 1976 el Ejército secuestra a Amaya, lo torturan brutalmente, y Amaya termina muriendo como consecuencia de las torturas en el Hospital Militar totalmente incomunicado. Pero hacia 1974 existieron otros contactos con el ERP. Antonio Tróccoli, que era el hombre de Ricardo Balbín en el bloque de diputados radicales, en más de una oportunidad lo llamaba a Amaya, a pesar de que Balbín lo despreciaba, para que le informara lo que estaba pasando en el ERP. No podría confirmar si efectivamente, como se sostiene, Tróccoli se entrevistó con un dirigente del PRT a raíz de la versión que circuló en 1974 de que el ERP iba a atacar contra Balbín. La versión se desestimó más tarde porque no era costumbre de esa guerrilla atacar contra políticos”.^[235] No fue Tróccoli sino Enrique Vanoli, secretario político del Comité Nacional de la UCR, quien se reunió, efectivamente, con un emisario de Santucho en una oficina del radicalismo cercana al Congreso, para disipar miedos. No era cierto que el ERP pensara atacar contra Balbín, “como no lo haría contra ningún dirigente político”, juró el emisario.^[236]

El giro derechista del gobierno precipitó a Montoneros a la carrera armamentista primero como “autodefensa” y luego “ofensiva” para voltear al lopezrreguismo. Ellos no eran las únicas víctimas de la política conservadora del binomio Isabel Martínez-López Rega. A mediados de mes, el ministro de Economía, José Ber Gelbard, fue reemplazado por Alfredo Gómez Morales. Este recambio ministerial significaba la defunción del Pacto Social, estrangulado por la derecha y por la izquierda maximalista, ya que el PC lo había defendido en su política de apoyo al peronismo. En su juventud, Gelbard había sido el genio más destacado de las finanzas comunistas. La ofensiva del gobierno siguió contra el último bastión de la JP: la universidad. La designación del nacionalista-integrista Oscar Ivanissevich como ministro de Educación y de Alberto Rocamora en Interior completaba el triángulo de funcionarios leales a López Rega, secretario privado de Isabel. Además, eran conocidos los acuerdos sellados en esos días entre el comandante general del Ejército, Anaya, y

el gobierno bicéfalo.^[237] Isabel Perón y López Rega habían prometido a los militares “terminar con la subversión” mediante el empleo metódico de la Triple A que evitaba, así, la intervención directa de las Fuerzas Armadas; eliminar a los “infiltrados de izquierda en la educación” y recortar el poder sindical. A cambio, el jefe del Ejército debía respaldar al gobierno sin vacilaciones. El único malestar que sentía López Rega contra la cúpula militar era la presencia del general Jorge Rafael Videla como jefe de Estado Mayor del Ejército y del secretario general del mismo, Roberto Viola. Videla, por sugerencia de la embajada de los EE.UU., había hecho un relevamiento de los hombres del gobierno que participaban en los comandos derechistas de la Triple A.

Los últimos días de octubre, el jefe de Organización de Montoneros, Roberto Cirilo Perdía, confirmó a la dirección perretista la fecha en que los montoneros pensaban matar al jefe de la Policía Federal, Alberto Villar. Ambas organizaciones venían sosteniendo una serie de discusiones para hacer más efectiva la coordinación guerrillera y para proteger a sus militantes, en especial luego del 15 de ese mes, cuando Montoneros realiza la Operación Mellizas, el secuestro de los grandes empresarios Juan y Jorge Born que dejó en sus manos 60 millones de dólares, el rescate más cuantioso de la historia mundial de los secuestros políticos. Juan Manuel Carrizo, por su parte, les informó que el ERP planeaba un golpe contra el jefe de Seguridad Federal, Luis Margaride. Los policías eran enemigos jurados de la militancia de izquierda por sus prácticas represivas, y porque eran considerados los jefes indiscutidos —junto con López Rega— de la Triple A. El 1° de noviembre, alegórico “Día de todos los muertos”, en la localidad de Tigre, un comando montonero trituró la lancha de paseo a bordo de la cual estaban Villar y su esposa, con una poderosa carga de trotyl. La jefatura de la Policía Federal fue ocupada inmediatamente por Margaride.

Afectada en su entorno, y ante la conmoción que sacudía al país, el 6 de noviembre de 1974 Isabel Martínez implantó el estado de sitio. A pesar de los acuerdos entre López Rega y Anaya, la posición de las Fuerzas Armadas de no intervenir en la represión interna había virado definitivamente a partir de la muerte de Perón. En parte, por los innumerables síntomas de la crisis económica que también convencía a los empresarios nacionales y extranjeros de la conveniencia de promover un cambio de rumbo, y en parte debido a los operativos guerrilleros. El general de brigada (RE) Fausto González —entonces vinculado a la inteligencia del Ejército—, explicará años más tarde cuál era el sentimiento prevaleciente entre los militares y cuál la diferencia que observaban en el comportamiento de las dos organizaciones armadas más importantes del país:

“Se debería acotar que los altos oficiales estaban remisos a la guerra de exterminio. Fue la presión de la juventud militar —tenientes, capitanes, los que tenían participación directa en los combates contra la subversión— la que empujó a tomar ese camino. Lo más gráfico para ilustrar esta situación es que en los entierros de militares muertos por la guerrilla, los generales lloraban y los oficiales insultaban, y les recriminaban a los superiores no tomar medidas. Ésta fue una lucha por el poder. El sector rebelde, como el ERP, si bien realizó acciones sobre el sector político y gremial, la mayor parte de su accionar fue contra las FF.AA. Porque de acuerdo al análisis que ellos hicieron —siguiendo la famosa frase de Mao—, el poder estaba en la punta del fusil. Entonces había que atacar o suprimir lo que

ellos creían que era el poder base del Estado. Yo creo que era una equivocación política, porque se olvidaban del consenso, o el dominio de la opinión pública. Lo que sucedió es que al estar imbuidos de una estrategia violenta, trataron de destruir el elemento de violencia de quienes ellos consideraban sus enemigos.

”La respuesta a la subversión le costó mucho a las FF.AA. porque no estaban preparadas para eso. Y hubo que hacer transformaciones no sólo orgánicas, sino culturales y militares. El gran error que cometió la guerrilla del ERP fue atacar indiscriminadamente a los militares, que se abroquelaron ante esta agresión: ellos no vieron este problema, o tal vez siguieron lo que sucedía en China, Vietnam, pero la Argentina es tan diferente... Y esta guerra sucia, acá, hecha con otras reglas que las convencionales, trajo una serie de consecuencias dentro de las FF.AA., que aún hoy vivimos. Sí, me refiero a los carapintada. Porque en la guerra contra la subversión se dejaron de lado las jerarquías, y las acciones no eran realizadas según los cánones militares sino según los políticos. Era una guerra ideológica, de tipo político, que derivó en una ruptura de la organicidad. Por eso las consecuencias. No digo que haya sido el elemento principal, pero fue uno de los tantos elementos que intervinieron en las rebeliones carapintada.

”Ahora, a la infiltración de Montoneros se la veía más como una tendencia a buscar apoyo con más amplitud en las bases políticas, sindicales y dentro de las FF.AA.; al revés del ERP, que era totalmente elitista y no tuvo ninguna influencia entre los cuadros militares. Por lo menos no conozco ningún oficial que hubiera tenido contacto —excepto que estuviera infiltrado—, o simpatía por el ERP. Se lo veía una fuerza intransigente, dura, y con objetivos más extremos que Montoneros. Un detalle importante, en ese momento, es que las FF.AA. eran tradicionalmente antiperonistas, pero al producirse una división dentro del peronismo por la existencia de Montoneros, las FF.AA. se alían, naturalmente, con un sector del justicialismo que los combatía.

”En cuanto a la metodología, si bien Montoneros organizó unidades militares, más estructuradas eran las del ERP. También ése fue su error: pasar a una etapa de creación de unidades regulares de la subversión, en el momento en que no habían logrado una supremacía. Esto es una cuestión elemental de la doctrina militar. Creo que uno de los que promocionó esta práctica fue Santucho. Ellos no tenían el apoyo de la gente. Estuve en Tucumán, y vi que ellos habían aterrorizado a la gente para que no colaborara con las FF.AA. Bueno, esto sucedió en ambos bandos. Ahora, las FF.AA. veían a Santucho... una cosa es lo que se dice para la propaganda, y otra lo que se piensa. Entiendo que todos los dirigentes que manejaron la cuestión subversiva eran inteligentes y valientes, si no no hubieran representado un serio problema político y militar. Eran enemigos, pero tenían una gran capacidad de acción, inteligencia y mucho valor. Hubo acciones bien planificadas, hubo sorpresa, es decir que usaron bien los principios de la guerra, y lograron éxitos

importantes. Así, reclamaron una participación muy intensa de las FF.AA., quienes en su totalidad estuvieron empeñadas en combatirlos.”[238]

En los primeros días de diciembre de 1974, en una reunión secreta entre López Rega y el general Anaya, se decidió comenzar con los preparativos del “Operativo Independencia”. Las Fuerzas Armadas, con una ley del gobierno, podrían partir a Tucumán a liquidar el bastión rural del ERP, que no sólo aumentaba su belicosidad en el campo: el 23 de diciembre en el barrio de Once, una camioneta cargada de explosivos y manipulada a control remoto embistió contra la caravana policial en la que se desplazaba Margaride, quien salió ileso. En su lugar murió un cabo de su custodia. Las represalias de la Triple A no tardaron. El Buenos Aires Herald de diciembre contabilizó más de veinte militantes izquierdistas masacrados por los comandos derechistas —entre ellos, uno bautizado “capitán Viola”—; y otros tantos desaparecidos luego de ser tomados prisioneros. El PRT-ERP perdió en esos días al santafesino César Cerbato, uno de sus fundadores y miembro de su dirección nacional. Como ex estudiante de Ingeniería Química, Cerbato era uno de los pocos explosivistas del ERP, menos habituado que Montoneros al uso de bombas.

Pasada la Navidad, Domingo Menna llamó a Santucho desde Villa Constitución. El grupo “clasista” y “combativo” de la lista Marrón, liderada por Alberto Piccinini, e integrada por independientes de izquierda y varios simpatizantes de la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO),[239] el PRT-ERP y Montoneros, había derrotado en las elecciones internas de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) a la vieja dirección del gremio alineada con el líder metalúrgico ortodoxo Lorenzo Miguel. Este triunfo entusiasmó a Santucho porque vio en él un “germen” de otra pueblada contra el “estado policial” de Isabel Perón-López Rega, y la confirmación de sus hipótesis sobre que la salida de la crisis marchaba hacia la conquista de “un gobierno obrero y popular”. En esos días, la policía bonaerense allanó una casa de la localidad de Burzaco buscando al que consideraban “el enemigo público número uno”. Pero Santucho ya había partido rumbo a Villa Constitución.

El dedo en el gatillo
(de Tucumán a Monte Chingolo)
(1975)

La consolidación y la extensión del poder de López Rega en el gobierno crecían al mismo ritmo que la depredación de la Triple A. Los primeros días de enero de 1975, el ex secretario de Perón fue confirmado como secretario de Estado. También se producían mutaciones en la cúpula militar, que incidirían en la lucha antiguerrillera: en un accidente de aviación, en Tucumán habían muerto el jefe de la V Brigada y algunos oficiales del III Cuerpo; todos ellos ocupaban cargos claves para los aprestos bélicos contra el ERP rural. Anaya los reemplazó inmediatamente. El general de brigada Acdel Vilas, oficial sin una trayectoria especial dentro del Ejército, pero con vinculaciones con el poder sindical, comandaría la V Brigada —pivote central del Operativo Independencia— en principio bajo las órdenes del general de división Carlos Delía, quien estaba al frente del III Cuerpo, con asiento en Córdoba. Lo único que faltaba para entrar en operaciones era la orden del gobierno. A fin del mes, Isabel Perón tomó vacaciones para que la sucediera —en interinato— el presidente del Senado, Ítalo Argentino Luder, quien debía acordar con Ricardo Balbín los términos de los decretos presidenciales que autorizarían a las Fuerzas Armadas a intervenir directamente en la lucha contra el ERP. Antes de partir a Villa Constitución, Santucho se había reunido con el jefe de inteligencia del ERP, Juan Mangini, y con la dirección perretista. Los rebeldes conocían la fecha de iniciación del Operativo Independencia.

Cerca del Trópico de Capricornio, sobre la antigua ruta de los conquistadores españoles, Tucumán seguía siendo la provincia más densamente poblada del país y una de las más pobres. Su historial registraba numerosas rebeliones populares inconclusas. Entre la sierra del Aconquija y la llanura, la vegetación exuberante podía cubrir cualquier rastro humano. Santucho había elegido la zona Sur de la provincia para actuar: desde la ruta 38, que la atraviesa en plena llanura, hacia el Este hasta las estribaciones de los montes Calchaquies —zona del departamento de Monteros y Famaillá—, en cuyas laderas la vegetación espesa, las lluvias subtropicales, los desniveles del terreno y un sinnúmero de cursos de aguas brindaban protección natural a los guerrilleros. Abajo, pensaba Santucho, los trabajadores azucareros de los ingenios Santa Lucía, Fronterita, Famaillá, entre otros, le brindarían apoyo político. Conocían al PRT desde las célebres huelgas azucareras de más de una

década.

Santucho había realizado muchos cambios en los últimos meses, fiel a su idea de que el país estaba al borde de una situación revolucionaria: “Cuando los de abajo ya no aguantan más y los de arriba no pueden seguir gobernando”, le había enseñado Lenin. En principio, descartó la posibilidad de realizar el VI Congreso partidario en la clandestinidad. El peligro de hacer una reunión de más de doscientos dirigentes guerrilleros era obvio. La militarización creciente llevaba al PRT a cercenar la democracia interna, y a concentrar las decisiones en un pequeño puñado de hombres. A partir de ese momento, aunque no se hizo explícito, la disciplina militar se impondría como regla táctica en el conjunto de la estructura partidaria.

No habría más que sanciones morales para el abandono de los compromisos militantes; los documentos internos guerrilleros establecían la pena de muerte sólo para la traición. Santucho desestimó, además, la idea de reunir al buró político partidario en un bunker construido en la localidad de San Andrés, zona residencial del Norte del Gran Buenos Aires. Dicho refugio era una obra mayor de ingeniería desplegada en un local subterráneo. Años después, Luis Mattini lo describirá así: “Consistía en dos bóvedas en forma de arco de un solo punto, cruzadas, de unos tres metros de diámetro por quince de largo cada una, con ocho metros de profundidad: sala de reuniones, dormitorios para doce personas, sala de guardia, biblioteca, baños, cocina, depósitos y una salida de emergencia hacia la red cloacal de la zona”.^[240] El lugar fue destinado a la imprenta clandestina central del PRT-ERP en Buenos Aires, y tenía capacidad para editar miles de folletos y revistas en pocas horas. Fue demolido por las bazookas militares a fines de 1975.

Santucho llegó a Villa Constitución los primeros días de enero. Algunos trabajadores de las empresas Acindar y Marathon, presididas en esos días por José Alfredo Martínez de Hoz, y también de Metcon, subsidiaria de la Ford, habían comentado por lo bajo su llegada a la ciudad santafesina. Entre ellos, el obrero metalúrgico Luis Segovia, miembro de la comisión directiva de la UOM local, quien se había encargado de organizar junto con Menna un encuentro con Santucho. La seccional local de la UOM, a punto de ser intervenida por la conducción nacional —que no veía con buenos ojos la heterodoxia izquierdista—, conspiraba para defenderse a sangre y fuego. A Lorenzo Miguel lo respaldaban, en una alianza de intereses, el gobierno y los empresarios para quienes Villa Constitución podía transformarse en un peligroso ejemplo. Los enfurecía la contundencia de los reclamos obreros por salarios y mejoras en las condiciones laborales, la intransigencia y combatividad demostradas en la defensa de sus dirigentes y, sobre todo, la participación de muchos de estos dirigentes en las filas de las organizaciones guerrilleras.

Entre algunas de las ideas que expuso en la reunión secreta con un puñado de obreros de Villa Constitución, Santucho dijo: “Se vienen tiempos decisivos. Isabel y López Rega tienen los meses contados, pero no queremos un golpe militar sino que la clase obrera y el pueblo puedan profundizar la democracia. La lucha de ustedes contra la burocracia, la patronal y la represión fascista es lo más importante. Nuestras fuerzas guerrilleras la apoyarán. Además, nos preparamos para enfrentar al Partido Militar, que ante el deterioro del gobierno está presto a lanzar su ofensiva. Estamos entrando en una situación revolucionaria, esto quiere decir que el enemigo ya no puede gobernarnos ni por el engaño ni por la represión. Pero aún no está claro quién vencerá. Depende de la conciencia de

nuestra clase obrera y nuestro pueblo, y del papel que juegue la vanguardia revolucionaria. Si derrotan al movimiento popular se abrirá una larga noche en nuestra patria, pero creo que esto es imposible”.

Es probable que la única vez que estuvo en Villa Constitución Santucho haya asombrado a los metalúrgicos que lo escucharon por la escasa referencia que hizo a la lucha armada.[241] Estaba preocupado por el desarrollo de “un frente democrático, antiimperialista, un frente de liberación nacional y social capaz de unir las luchas de todo el pueblo”. Buscaba la incorporación de obreros al PRT, pero también la posibilidad de unir a las distintas fuerzas de izquierda que los representaban detrás de un programa democrático y amplio, en el cual se pusiera en primer plano el cese de la violencia de derecha, la defensa de las fuentes de trabajo y la libertad de todos los presos políticos. Santucho no creía necesario balancear este programa con una tregua por parte del ERP. Pensaba que ya lo había intentado sin éxito, meses antes, con la propuesta de armisticio a Isabel Perón. Permaneció sólo un día en Villa Constitución, y destacó allí, de manera permanente, a Domingo Menna. Junto al dirigente metalúrgico Luis Segovia, Menna promovió la notable influencia del PRT-ERP en la última pueblada de la década, el 20 de marzo de 1975, conocida como el “Villazo”.

Después de 39 días de huelga general en toda la ciudad, cuando hombres, mujeres y niños resistían los planes empresarios de reconvertir sus industrias echando trabajadores a la calle, las tropas policiales y los comandos derechistas aplastaron la resistencia obrera —calificada como “guerrilla industrial” a instancias del viejo Balbín— y detuvieron o mataron a sus principales dirigentes. Sólo Luis Segovia logró escapar de las redadas policiales —apenas por algunos meses— para dirigir clandestinamente el Comité de Lucha de los trabajadores de Villa Constitución.

A su regreso de Santa Fe, en una solemne reunión partidaria, Santucho juró con su puño izquierdo en alto como “Comandante en Jefe del ERP”, y fue confirmado como secretario general del PRT. La fórmula del juramento fue difundida en el Estrella Roja N° 47 del 13 de enero. Con la misma fórmula y solemnidad se otorgaban grados militares de ejército regular a otros miembros. La difusión de la ceremonia tenía un doble objetivo: convencer a amigos y enemigos de que el ERP era la organización guerrillera más poderosa del país, y difundir la imagen de “otro ejército” beligerante ante el cual debían aplicarse las leyes de la guerra, sobre todo en lo referido al trato de los prisioneros. Los guerrilleros querían dejar de ser considerados civiles insurrectos. Ahora eran militares del “ejército del pueblo”, una extensión de la idea santuchista del “doble poder popular”. El problema era si podía llamarse guerra a esa crisis política y social que corroía a la Argentina. Desde la teoría y la realidad no había ninguna condición como para considerarla como tal, aunque los guerrilleros imaginaran que sí y los militares se obstinaron en “la guerra antsubversiva”, siguiendo la ideología contrainsurgente de los años de la Guerra Fría.[242]

En el enroque de dirigentes producido en esos días, Santucho diseñó el siguiente esquema: como jefes máximos del PRT, en orden de importancia, estaban él, Benito Urteaga, Domingo Menna, Juan Ledesma, Luis Mattini, Carlos Germán y Eduardo Raúl Merbilhaá, apodado “Alberto”. [243] Este último había sido un estudiante de Derecho de la Universidad de La Plata y se había incorporado a las huestes perretistas en 1970. Pertenece a una familia de estancieros bonaerenses, y era dueño de

una notable formación estética e intelectual. Su abuelo había sido juez de la Corte Suprema de Justicia durante la Revolución Libertadora; su padre, miembro de la Sociedad Rural de La Plata y diputado radical.

En el recambio de dirigentes hubo un desplazado: Gorriarán Merlo. Prácticamente, lo habían echado de todos los puestos de dirección “por abuso de poder”. Años más tarde, su escabroso caso se ventiló públicamente: monje negro de la policía interna perretista, Gorriarán Merlo había matado a un presunto espía sin cumplir con las estrictas normas que los propios guerrilleros tenían para semejante decisión. Aunque no lo expulsó de la organización, Santucho estaba enfurecido con él, al punto de jurar que nunca, mientras fuera jefe del PRT-ERP, Gorriarán Merlo ocuparía puestos de dirección. Gorriarán aceptó formalmente las sanciones, pero meses después comenzó a criticar por lo bajo la jefatura de Santucho.[244]

La cúpula del ERP, entonces, quedó constituida con Santucho en la comandancia general, Juan Ledesma como jefe del Estado Mayor, Carrizo como jefe de Operaciones y otras tareas derivadas y Juan Mangini a cargo de la inteligencia guerrillera.[245] Los máximos puestos en el frente rural estarían a cargo de Hugo Irurzún, Asdrúbal Santucho, Jorge Carlos Molina (apodado “capitán Pablo”), el “teniente” Manuel Negrín, el “teniente” Roberto Coppo y Lionel MacDonald, apodado “capitán Raúl”. [246] Por último, Santucho pidió que no se descuidara el proselitismo del PRT sobre los soldados conscriptos, proclives a detestar el maltrato cuartelero y permeables a la propaganda revolucionaria y a quienes consideraba “el talón de Aquiles del ejército enemigo”. También, exigió que se aceleraran los planes para la producción de una ametralladora denominada “JCR Uno”, ya en proceso de fabricación, y aclaró que si bien la cúpula del PRT-ERP viviría en lo sucesivo en la zona Norte del Gran Buenos Aires, él trasladaría la comandancia del ejército revolucionario a las zonas rurales apenas se iniciara el Operativo Independencia.[247]

Eran tiempos de vértigo. Los partidos políticos comenzaban a aceptar la mayor injerencia militar en las decisiones: Balbín, el jefe del radicalismo, había dado su acuerdo para la firma de los decretos que ordenaban el Operativo Independencia, a pesar de las reticencias de la oposición interna de Alfonsín.[248] Los sindicatos se defendían del deterioro progresivo del salario: en enero el ranking de huelgas se había incrementado con la inflación desbocada, una tendencia que se mantendría durante todo el año. La jerarquía de la Iglesia Católica llamaba reiteradamente a la pacificación pero estaba cada vez más lejos del gobierno y más cerca del orden cerrado. Los directivos del Consejo Empresario Argentino (CEA), que nucleaba entre otros a Martínez de Hoz, Roberto Alemann y Adalbert Krieger Vasena, estimulaban a la cúpula militar y a dirigentes políticos para que propiciaran un ajuste económico ortodoxo, liberal, con una fuerte devaluación del peso, recorte del poder sindical y aumento de tarifas para el desahogo fiscal. López Rega y el ministro de Economía, Gómez Morales, estaban dispuestos a realizar el ajuste económico, y esto profundizaba las dificultades internas del peronismo: los sindicatos se oponían y culpaban a López Rega de todos los males. En la vorágine del hoy se incubaba el futuro próximo.

El 5 de febrero de 1975, el gobierno en pleno firmó el decreto 256 que autorizaba al Ejército a conducir las operaciones antiguerrilleras en Tucumán.[249] Cuatro días después, el gobierno y la

jefatura del Ejército anunciaron que las tropas habían copado veinticuatro horas antes Famaillá, zona de perpetuas rebeliones zafreras.[250] Enterado del envío de tropas, la primera semana de febrero Santucho se había comunicado con los “capitanes” del ERP que dirigían a una partida guerrillera estimada entre cincuenta y noventa combatientes, a pesar de que las informaciones oficiales magnificaban el número. Les había ordenado dividirse en cuatro grupos y esperar que las tropas de Vilas subieran a buscarlos, cosa que no sucedió inicialmente. ¿Qué llevó a Santucho a pensar que ese pequeño ejército inexperto, rodeado por más de tres mil efectivos preparados para la guerra, y desplazándose en una zona que muchos años antes había sido sometida por la miseria económica y la represión política, podía vencer?

Toda su voluntariosa cosmovisión del hombre estaba preparada para esa aventura. El 17 de febrero, desde el editorial de El Combatiente lanzó la consigna: “¡La Compañía de Monte vencerá!”. Reconocía que las fuerzas que se enfrentaban eran desiguales pero confiaba en los aliados políticos de la izquierda y en la población, como cuando había lanzado la guerrilla urbana. Creía que ambos concurrirían en auxilio y apoyo de los guerrilleros.[251] Otra vez, Santucho se proponía demostrar — sin atenerse a las leyes de la guerra de guerrillas ni de la correlación de fuerzas políticas— que era posible “persistir y vencer”, su consigna del momento, aunque no contara más que con la voluntad inquebrantable de un puñado de combatientes. Como temían en voz baja muchos de los dirigentes perretistas, a partir de ese momento los mayores esfuerzos del PRT estuvieron destinados al monte tucumano, que drenó a numerosos dirigentes obreros, extrañándolos de su medio político y social. ¿Qué mito revolucionario, qué lealtad sagrada, impedía explicitar esos temores ante el jefe? Acaso un pacto de sangre por la muerte de tantos de sus compañeros, la terquedad vocacional de esa generación indómita frente al poder y renuente a dejarse vencer, fundó la textura del silencio.

Las únicas respuestas al llamado de Santucho en apoyo del foco rural provinieron de Montoneros, que aceptó enviar algunos de sus miembros a Tucumán. O de los exiliados de Tupamaros, el MIR y el ELN boliviano, que pensaban pelear en una de las batallas decisivas para impedir la derrota del ideario guevarista en el Cono Sur. La población cercana de Famaillá y Monteros ayudó con pertrechos y guardó un silencio cómplice mientras pudo. Las tropas del general Vilas acantonadas en Famaillá se propusieron, y lograron, destruir la base ciudadana de los guerrilleros para interrumpir sus abastecimientos. A mediados de marzo, la controversia existente en el Estado Mayor de Vilas sobre cómo hacer más efectiva “la lucha contra la subversión” se resolvió a favor de “tonificar” el papel de la inteligencia militar, en manos del teniente coronel Pedro A. Coria a partir de ese momento.[252] Las batallas decisivas se darían en los interrogatorios a los pobladores, presuntos simpatizantes de la guerrilla, y a los prisioneros del ERP. Antes de fines de marzo, guerrilleros y militares sólo habían tenido dos enfrentamientos abiertos.[253] Pero en toda la provincia se vivía un anticipatorio clima de “guerra sucia”. La guerrilla denunciaba al Ejército por masacrar y atormentar a la población; y los militares denunciaban a la guerrilla de matar a los que no querían colaborar. Algunos años después se sabrá que la V Brigada había inaugurado 14 campos clandestinos de detención en la estrecha geografía provincial. Tuvo el siniestro mérito de haberlos fundado en la Argentina.[254]

En tanto, en Buenos Aires, a Santucho le preocupaba la impotencia política del PRT, obligado a una rigurosa clandestinidad, para desarrollar la lucha por las libertades democráticas crecientemente conculcadas. El aplastamiento de la rebelión obrera en Villa Constitución; la masiva presencia militar en Córdoba; el enmudecimiento de la Universidad; la persecución al Partido Auténtico (PA), un intento de legalidad de Montoneros, y la ocupación militar de Tucumán, entre otros datos, le indicaban que debía buscar aliados públicos y confiar en ellos. Santucho parecía no darse cuenta de que la militarización era la verdadera causa de la impotencia, y se obstinaba en enfilear los fusiles en la proa de cualquier acción política.

En esos días de marzo, a radicales y comunistas los tentaba la idea de un “golpe legalista”, es decir, un gobierno de coalición “cívico-militar”, como pedía Nuestra Palabra, órgano del PC, desde cuyas páginas se llamaría a elecciones anticipadas luego de la destitución de Isabel Perón-López Rega. La idea era promovida por Ricardo Balbín, a través de su emisario Enrique Vanoli, y por Jorge Rafael Videla, general enrolado, entre otros, en lo que se denominaba en la interna militar el bando de los “Profesionales”, otro eufemismo, esta vez para definir la posición de muchos oficiales del Ejército en favor de que las Fuerzas Armadas no se comprometieran con el gobierno civil porque su tarea no podía estar acotada a la represión de la guerrilla, sino que debía abarcar, también, la posibilidad de hacerse cargo del poder político cuando sonara la hora.

Antes de subir al monte como tenía previsto, Santucho pidió a Merbilhaá que intentara convencer al líder histórico del Partido Intransigente (PI), Oscar Alende, para que éste autorizara a un numeroso grupo de perretistas a incorporarse a sus filas y, desde allí, contar con una tribuna política para actuar al aire libre y tejer alianzas con comunistas y radicales de izquierda. En esos días, el PI tenía una definida plataforma democrática y antiimperialista; simpatizaba abiertamente con los guevaristas y se había convertido en una sólida fuerza de protesta contra la Triple A. El viejo líder intransigente aceptó la propuesta. A lo largo de 1975 se realizaron numerosas reuniones entre Alende, el ex director del diario El Mundo, Manuel Gaggero, representante en el FAS del FRP que lideraba el salteño Jaime, y el propio Merbilhaá. El experimento no resultó. Meses después, y luego de la detención de muchos de sus seguidores, Alende se opuso a que los perretistas continuaran guerreando mientras se afiliaban al PI.^[255] Gaggero debió exiliarse en 1976.

El 1º de abril de 1975, el mismo día en que la policía allanó la fábrica de ametralladoras JCR-Uno del ERP en la localidad bonaerense de Caseros, Santucho partió rumbo a Tucumán. Allí instalaría su centro de operaciones con Ledesma mientras, en Buenos Aires, Urteaga y Menna se encargarían de los complejos problemas logísticos y políticos del PRT, embarcado en un combate frontal contra el Ejército, y en múltiples conflictos laborales y manifestaciones políticas que se estaban desarrollando contra el gobierno: el PRT ganaba adeptos en las más importantes industrias de punta del país. A pesar de los desaparecidos, muertos y presos que llegaban ya a más de doscientos, el ERP todavía parecía tener una fuerza considerable cercana a los 600 militantes, unos 2.000 simpatizantes activos y un área de influencia de más de 20 mil adherentes. Esta fuerza se multiplicaba por la pasión con que cada uno de los rebeldes se comprometía con sus ideas, y por la incorporación de otros grupos políticos provenientes de la izquierda: FAL-Che y América en Armas, y un grupo de las Fuerzas Armadas Peronistas 17 de Octubre (FAP-17), que reconocían al ERP y a

Montoneros la hegemonía en las huestes revolucionarias.[256] A pesar de este caudal humano, preocupada por la destrucción de una de sus fábricas de armas, la dirección perretista aprobó el que será su anteúltimo ataque a una unidad militar urbana. El 13 de abril de 1975, Carrizo dirigió a la Compañía Combate de San Lorenzo del ERP, formada en Santa Fe, contra la Fábrica de Armas Fray Luis Beltrán de la localidad de San Lorenzo. Si bien no lograron copar toda la unidad, los comandos pudieron fugarse por tierra y agua con armas. En el combate murieron un coronel y cuatro guerrilleros.

El grueso de la oficialidad del Ejército, a esas alturas, pugnaba por ampliar su intervención en todo el país. También la Armada. Enterado de los contactos golpistas entre dirigentes políticos y militares, López Rega aumentó su inquina contra Videla y Viola, mentores intelectuales de la iniciativa. Anaya había intentado defenderlos ante Isabel Perón, pero sin resultados. El 13 de mayo la presidenta relevó a Videla de la jefatura reemplazándolo por el teniente general Alberto Numa Laplane, a instancias de López Rega, quien además quería romper la alianza radical-sindical-militar que se insinuaba con fuerza contra él, por motivos diversos pero coincidentes en el tiempo. Numa Laplane permanecerá en el cargo por ciento seis días, un período corto pero el definitivo para la conformación de la cúpula militar que tomará el poder en 1976.

Desde la ciudad de Tucumán, Santucho resumió la posición de la dirección perretista con respecto a los rumores de orugas. El 7 de abril declaró: “Unidad contra el gobierno y contra el golpe: Ante un gobierno fascistoide que supera en saña represiva a la dictadura militar de Lanusse, y el golpe o autogolpe también reaccionario que se prepara, la posición de nuestro partido y de todo el movimiento progresista y revolucionario no puede ser otra que intensificar la lucha y erigir frente al enemigo una poderosa barrera democrática, antifascista, patriótica que mellará el filo de la represión, desbaratará los distintos planes antipopulares y encauzará acertadamente la vigorosa y multifacética lucha revolucionaria del pueblo argentino hacia sus sagrados objetivos de liberación nacional y social. ¡Muera la camarilla de López Rega! ¡No a los golpes militares! ¡Intensificar la lucha, en todos los terrenos! ¡Amplia unidad democrática y antifascista!”.[257]

Las intenciones antigolpistas de Santucho, sin embargo, se topaban con la pesada herencia trotskista: no podía pensar en una propuesta institucional para superar la crisis política. (“No le vamos a resolver los problemas a la burguesía”, había dicho días antes.) Tampoco en cesar con la ofensiva guerrillera que, de hecho, fortalecía la tesis golpista. Sólo meses más tarde, tardíamente, revisará este pensamiento circular. Pero el golpe ya estaba en marcha y por razones más estructurales que la existencia de una guerrilla francamente agónica.

Según los fragmentados testimonios de algunos sobrevivientes del ERP rural y de posteriores informes militares, lo primero que hizo Santucho al llegar al monte fue instalar un quincho de su comandancia. Como lúcidamente había vaticinado el escritor polaco Gombrowicz en 1960, Santucho servía para las trincheras y el caballo: un hombre particular, respetado por los suyos como un héroe infalible, que concitaba, en su estilo pedagógico de hacer siempre lo que prometía, el fervor que despiertan los líderes. Justamente, Santucho sabía que para salir del empantanamiento de su compañía guerrillera desde la llegada de Vilas debía ponerse al frente de sus combatientes y atacar. El quincho de su comandancia estaba ubicado, inicialmente, en la zona llamada Potrero Negro, a

varios kilómetros de marcha del ingenio Fronterita, a unos 35 kilómetros de la capital provincial. Era una construcción de troncos y ramas, con una extensa mesa de reuniones, lonetas verde oliva en los laterales —sobre las que se prendían planos, mapas de la zona y hojas de instrucción cotidiana—, faroles de noche y ametralladoras para la defensa. La compañía de monte del ERP, en esos momentos, estaba integrada por 90 milicianos —de ellos sólo 10 eran mujeres—, número que se mantendrá constante y comenzará a decrecer a partir de octubre de 1975. Santucho comenzó a trabajar con Irurzún, su hermano Asdrúbal, Ledesma, Molina, Negrín y MacDonald, entre otros, en la formación de un batallón, integrado no sólo por milicianos rurales sino por otros provenientes de distintos puntos del país. Inmediatamente, organizó una escuela militar rural para estudio e instrucción de los guerrilleros, y los trabajos técnicos para la instalación de una radio con alcance a todo el norte y centro del país, hasta la provincia de Córdoba, a cargo de Asdrúbal Santucho. Habían adquirido dos equipos Yaesu, ambos con un motor generador portátil, con capacidad de hasta cinco horas de trabajo continuo y un alambre por antena que se suspendía de los árboles más altos. Los dos aparatos serán capturados por el Ejército en el curso del año, por lo que la radio jamás llegará a funcionar.

La vida en el campamento estaba sometida a una rigurosa disciplina: guardias, marchas, entrenamiento, estudio de las experiencias militares de otras guerrillas y ejércitos revolucionarios, acercamiento a los poblados para la visita de simpatizantes, presentación de armas y ceremonias ante las banderas e insignias guerrilleras.

Un mes después, Santucho ya contaba con un núcleo de combatientes entrenados para cumplir con el plan. El 28 de mayo de 1975 comenzó la marcha para atacar, durante el 29, la sede de la V Brigada. En la zona de Manchalá, sin embargo, a pocos kilómetros de Famaillá, los guerrilleros fueron detectados por una patrulla que realizaba tareas de “acción cívica”: pintaban escuelas, hospitales y mejoraban plazas. El Ejército había planeado combinar las tareas de represión con gestos de colaboración de las tropas, para paliar las necesidades ambientales de la población y neutralizar la influencia guerrillera. Luego de varias horas de combate en Manchalá y sus cercanías, el jefe de la compañía, Irurzún, se replegó hacia Potrero Negro. Hubo soldados muertos y heridos, y el ERP perdió armas, planos y varios combatientes, entre ellos dos miristas chilenos. También una insignia. A propósito del combate en Manchalá, años después, un libro publicado por la organización Familiares de Muertos por la Subversión (FAMUS) describió la furia desatada sobre los cuerpos rebeldes, aunque fueran simbólicos: “Después de varias horas de combate y ante el temor de la llegada de refuerzos, los subversivos huyeron por los cañaverales, abandonando vehículos, gran cantidad de armas, documentación y equipos. También una bandera que fue llevada por la compañía de Ingenieros 5 a Salta, su ciudad de origen. El PRT-ERP amenazó con tomar el cuartel en el término de un año y rescatarla. Cumplido el plazo, el jefe de la unidad ordenó una formación donde también concurrió el pueblo salteño. Luego de una arenga, uno de los soldados que había sido herido hizo volar con trotyl el estandarte”.^[258]

Santucho y su comité militar rural atribuyeron la derrota de Manchalá a la inexperiencia de los milicianos y al prematuro combate con el Ejército. Lo cierto es que revisaron la táctica guerrillera y decidieron esperar a que Vilas subiera al monte para emboscarlo. Irurzún, el “responsable” de haber

abierto el fuego antes de tiempo, fue reemplazado por el arquitecto Molina.

Mientras en el monte la guerrilla del ERP no lograba avanzar, en la ciudad de Tucumán el PRT era sistemáticamente destruido por la inteligencia militar. La predicción de Santucho de que subirían con ellos al monte numerosos campesinos de la zona —que en realidad eran escasos y conservadores— no se cumplió. A principios de julio, mientras las movilizaciones obreras más importantes ocurrían a 1.200 kilómetros, debió mudar su comandancia ante el aviso de la llegada del Ejército. Aunque no lo aceptaba, Santucho se había empantanado como todos los focos rurales de la historia argentina.[259]

El gobierno no lograba contener la ola de huelgas y la crisis económica estaba a punto de estallar. Los acontecimientos se desencadenaron rápidamente a partir del 2 de junio de 1975. López Rega promovió a Celestino Rodrigo al Ministerio de Economía en reemplazo de Gómez Morales. Rodrigo anunció una serie de medidas drásticas que fueron popularmente bautizadas como el “Rodrigazo”: una devaluación de entre el 100 y 160% y aumentos de tarifas que llegaban, en el caso de la nafta, al 200%, mientras la oferta salarial en las paritarias en curso promediaba el 38%. La reconversión capitalista cortaba el hilo por lo más delgado: el poder adquisitivo de los salarios. La presión gremial se intensificó: los convenios colectivos obtenían en algunos casos aumentos superiores al 100%. Isabel Perón intentó que los mismos no fueran homologados, pero el 27 de junio la CGT promovió una multitudinaria movilización que enfrentaba, por primera vez, a los gremios peronistas con el gobierno: pedían la cabeza de López Rega y Rodrigo. Ese mismo día, los mandos militares rechazaban el pedido de López Rega de intervenir la CGT y propugnaban su alejamiento y la promoción de Ítalo Luder como presidente provisional del Senado, para asegurar la línea sucesora en caso de renuncia de Isabel Perón. Un día después, Massera se alineó con el Ejército rompiendo su alianza momentánea con López Rega. La cúpula militar exigió la salida de López Rega del gobierno: amenazó con difundir la integración de la Triple A para exponer al gobierno al huracán de la vendetta popular.

Sobre el nivel de violencia política, el 29 de mayo el Buenos Aires Herald había computado los muertos por centenas: desde la muerte de Perón a esa fecha había habido 433 víctimas: la izquierda era la más castigada con 193 muertos; la derecha tenía 38; la policía y el Ejército, 75; había también 13 empresarios, cuatro niños y un diplomático. A principios de junio, la embajada de EE.UU. había mantenido contactos con mandos militares para evaluar la situación. El gobierno norteamericano se inclinaba por la destitución de López Rega. A propósito de ello, el aerograma confidencial E.O 11652 GDS del 16 de junio, remitido por la embajada norteamericana en Buenos Aires al Departamento de Estado en Washington, resumía así la situación: “Las perspectivas no son buenas para una disminución significativa de la violencia política que ha asolado a la Argentina en los últimos años. Los terroristas de ultraderecha continúan operando libremente y son responsables de un número de muertos cercano al de los terroristas de izquierda y las fuerzas de seguridad juntos. Los grupos guerrilleros de izquierda, forzados a adoptar una postura defensiva, continúan activos e intentan explotar el descontento de los trabajadores cada vez que esto es posible. Dadas las dificultades económicas, que son cada vez más graves, no les faltarán oportunidades para hacerlo. Fin del resumen”. La embajada norteamericana concluía que el principal problema terrorista del

momento era la Triple A, ya que el gobierno había tenido cierto éxito en la neutralización de ERP y Montoneros. Terminaba recomendando dos cuestiones básicas: 1) no alentar las inversiones de EE.UU.; 2) “Cualquier delegación ante el gobierno argentino deberá subrayar que el gobierno de EE.UU. se opone a la violencia de cualquier extremo del espectro político, para no dar ninguna indicación de que los medios ilegales son considerados aceptables”. El Pentágono no tardará en cambiar de opinión.[260]

Sin embargo, luego de la precipitada salida de López Rega al exilio diplomático el 20 de julio de 1975, la Triple A siguió funcionando y los mandos militares no intervinieron —a pesar de conocer su estructura— para detener a sus integrantes, entre los cuales comenzaban a revistar oficiales del Ejército. El mismo diario conservador La Prensa recriminaba al gobierno por la impunidad de las bandas de derecha.[261] La consecuencia de la defenestración de López Rega produjo recambios en el poder: un nuevo ministro de Economía, Antonio Cafiero; de Interior, el coronel Vicente Damasco, y de Defensa, el escribano Miguel Garrido. Todos ellos, y sus sucesores, serán devorados por la crisis política. Lo decisivo fue el relevo de Numa Laplane. El 28 de agosto, a pesar de la oposición de Isabel Perón, la cúpula militar logró imponer en la comandancia general del Ejército a Jorge Rafael Videla, quien había comenzado a estudiar la posibilidad de la bordaberrización del gobierno, o de un golpe militar abierto.



Los acontecimientos de los últimos dos meses habían convencido a Santucho de dos cuestiones, en el fondo paradójicas: los cambios en el gobierno, especialmente el ascenso de Videla,

confirmaban que el golpe militar era cuestión de meses; también, que la situación revolucionaria se mantenía por las movilizaciones obreras del Gran Buenos Aires durante el “Rodrigazo”. En este contexto, Santucho admitía que el PRT-ERP propusiera alguna salida política diferente a la invariable acción guerrillera. Por otro lado, a pesar de las evidentes dificultades para conquistar una zona liberada en Tucumán, la derrota norteamericana en Vietnam, y su precipitada salida de Saigón en esos días, radicaba la imagen elemental de que el fin del imperialismo era sólo cuestión de tiempo y tenacidad revolucionaria.[262] A ello se sumaba que Santucho ya no se sentía tan solo en la guerrilla. Las relaciones con Montoneros se enfilaban hacia acuerdos más profundos, tal vez hacia la construcción de una organización unificada antes de fin de año. Sin embargo, si la amenaza de golpe de Estado había limado asperezas, las diferencias en el seno de la izquierda peronista y marxista se mantenían. Montoneros proponía la renuncia de Isabel Perón y la convocatoria inmediata a elecciones; el PC insistía en “un gobierno cívico-militar” y había apoyado a Anaya y a Massera en su embate contra López Rega. Ante la situación, Santucho reafirmó que, costara lo que costase, el PRT-ERP continuaría con la guerrilla rural como la forma más segura de detener el golpe militar en marcha. Propugnaría, además, como salida política a la crisis, una “Asamblea Constituyente, libre y soberana, para que los argentinos pudieran decidir democráticamente qué hacer”.

Estas ideas eran el resultado del último cónclave perretista celebrado a mediados de julio en una quinta de la localidad bonaerense de San Miguel. La mayor parte del comité militar rural del ERP había bajado del monte para asistir al comité central “Vietnam Liberado”, presidido por Santucho, Irurzún y el dirigente obrero cordobés Eduardo Castelo y al que habían sido invitados más de cien delegados, entre ellos el chileno Edgardo Enríquez —hermano del líder del MIR—, algunos tupamaros y bolivianos de la JCR. En la que será la anteúltima reunión importante del PRT-ERP en la década, Santucho desplegó, más claramente que nunca, su empeñada búsqueda de un atajo para el asalto al poder. Sin aceptar la verdadera situación del Cono Sur, atenuado por golpes militares, ni de la Argentina, al borde de uno, ni de su propio ejército guerrillero empantanado en Tucumán, concluyó: “Vivimos una situación de auge de masas hacia el socialismo en todos los países latinoamericanos. Esta ola revolucionaria tiene base para varios años porque se asienta en la crisis económica del capitalismo. Si encuentra un cauce adecuado, depende del papel de la vanguardia revolucionaria para construir los partidos, las fuerzas militares y políticas de masas; dentro de esta perspectiva, comprendemos la verdadera importancia de la JCR, su carácter estratégico y el papel de las zonas liberadas, cuya concreción como posibilidad comienza a vislumbrarse”.[263]

Según describió años más tarde Luis Mattini, el clima del encuentro era la consagración de un “salto hacia adelante” a instancias de la mayoría de sus delegados obreros, como Castelo y Segovia, que pedían más acción y venganza contra las bandas derechistas y mayor decisión para que los militantes perretistas se batieran a la ofensiva en “todos los terrenos”. Así, Santucho volverá a Tucumán a conducir las operaciones del ERP mientras en las ciudades el PRT desplegaba su propuesta para defender la democracia. Aceptaba, por primera vez en su historia, que la crisis política no era sólo “un problema de la burguesía”. Santucho había propuesto un programa de cinco puntos: congelación de precios y aumentos de salarios; libertad a todos los presos políticos y sociales; eliminación del terrorismo gubernamental de la Triple A; derogación de la legislación

represiva y, por último, inmediata convocatoria a una Asamblea Constituyente. Otras de las resoluciones del cónclave fueron: crear un “frente de solidaridad internacional” para denunciar a los comandos derechistas y lograr apoyo para la “zona liberada” en Tucumán; proponer la creación de una organización unitaria de todas las fuerzas guerrilleras, fundamentalmente con Montoneros; nombrar una nueva dirección perretista, de cuya instancia máxima fue relevado Carlos Germán; reinstalar a Santucho, Ledesma y Carrizo, entre otros, en el monte.[264]

El escritor polaco Gombrowicz había dicho de Santucho en 1960: “...Su realidad está llena de quimeras; es digna, por tanto de conmiseración. Sin embargo, su mano posee el don de transformar las quimeras en realidad, es capaz de crear los hechos. Irrealidad, entonces, por parte de la cabeza, y realidad, por parte de la mano... y la seriedad por un solo lado...”. Esta irrealidad (evaluación), y, al mismo tiempo, realidad (acción) compartida por todo el núcleo dirigente perretista, impregnaba las definiciones de la hora. Seguramente, las masivas movilizaciones de Córdoba y Buenos Aires durante julio habían impresionado al jefe guerrillero lo suficiente como para asegurar que la ola insurgente no se detendría. Pero se detuvo mientras Santucho apretaba el acelerador: no había aprendido que una de las cualidades de un dirigente político era, también, saber decir “no” a las desmesuras de sus subordinados; saber replegarse en medio del fragor de una batalla.

Las huelgas comenzaron a declinar a partir de setiembre de 1975, y los principales dirigentes obreros fueron detenidos. En todo el país se apagaban las manifestaciones contrarias al gobierno que se debatía en peleas palaciegas, mientras la nueva conducción militar con Videla y su jefe de Estado Mayor, Viola, elaboraban la estrategia de los próximos meses. Santucho no pudo permanecer en Tucumán. A fines de agosto, el Ejército descubrió el quincho de la comandancia guerrillera. Alertado, Santucho había huido horas antes con su comité militar. Debió desistir, abandonar el monte hasta reforzar la presencia guerrillera con nuevos combatientes y armas. Regresó con Ledesma a Buenos Aires para instalarse definitivamente en una finca de la localidad de San Martín.

La paulatina desmovilización de los trabajadores en todo el país dejó a la guerrilla girando en el vacío: la imagen de un enfrentamiento entre aparatos militares comenzó a teñir la visión pública. Los primeros días de octubre, Viola juró “guerra total a la subversión”. El 5, Montoneros asaltó el regimiento 29 de Formosa, con más de 50 guerrilleros, y secuestró un Boeing 739 de Aerolíneas Argentinas para la operación. En el ataque se produjo un violentísimo enfrentamiento que dejó un tendal de muertos, y la certeza de que la guerrilla peronista se había lanzado, igual que el ERP, a una desenfrenada militarización. Al día siguiente, Luder firmó, junto con los ministros Cafiero, Carlos Ruckauf, Ángel Robledo, Tomás Vottero, Manuel Arauz Castex y Carlos Emery, los decretos reservados 2770/71/72 que extendían la autorización a las Fuerzas Armadas para proceder “a ejecutar las operaciones militares y de seguridad que sean necesarias a los efectos de aniquilar el accionar de los elementos subversivos en todo el territorio nacional”. Años más tarde, Luder se arrepintió de esa decisión.[265] Los mandos militares leyeron esos decretos como: exterminar a los guerrilleros. A partir de ese momento se instauraría un orden cerrado, pletórico de eufemismos: no habrá prisioneros sino secuestrados; no habrá muertos sino desaparecidos.

Entre el 7 y 10 de octubre comenzó la declinación de la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez”: en dos emboscadas del Ejército, una en la ruta 38, zona del arroyo San Gabriel, y otra en

el kilómetro 14 de la ruta 307, a 5 kilómetros del ingenio Santa Lucía, murió, en un encarnizado combate de más de ocho horas, casi todo el estado mayor rural del ERP: Asdrúbal Santucho (jefe de logística), Manuel Negrín (subjefe de estado mayor) y Jorge Carlos Molina (jefe de operaciones). Sólo se había salvado Lionel MacDonald, que continuará al frente de los diezmados comandos guerrilleros junto con el obrero tucumano Julio Ricardo Abad, apodado “teniente Armando”, a la espera de los refuerzos enviados desde Buenos Aires y Córdoba. Entre junio y octubre de 1975, la compañía de monte del ERP y el Ejército tuvieron dos enfrentamientos de importancia: cruzaron armas en la localidad de Los Sosa, repitiendo, de alguna manera, lo sucedido en Manchalá, en el kilómetro 14 y en San Gabriel. Después, hubo cerca de 16 enfrentamientos de distinta intensidad, pero que no alcanzaron los niveles de los dos señalados. A partir de ese momento la guerrilla sería emboscada siempre por el Ejército, exactamente al revés de como preveían que debía ser todos los manuales insurgentes.

Veinte días después de la muerte de los jefes del ERP rural, en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos en Montevideo, Videla dijo: “Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas que sean necesarias para lograr la paz del país”.^[266] En apenas dos años, la delgada película de tiempo que separaba las gestiones de Carcagno y de Videla, era evidente que la balanza se había inclinado a favor de las dictaduras militares en Latinoamérica. Y que en la Argentina, por lo menos, la guerrilla había contribuido, torpemente, a esa inclinación. Fue en esos días que la cúpula del Ejército se decidió por la hipótesis del golpe de Estado contra la irritada Isabel Perón, que luego del breve interinato de Luder había retomado el control vertical del gobierno. El plan económico de Cafiero había fracasado. Los ministros del área se sucederán sin aliento. La crisis los destituía antes de asumir. La convocatoria a elecciones anticipadas por parte de Isabel Perón a mediados de noviembre no detuvo esta tendencia. Fue en esos días, también, que Santucho comenzó a planear el desesperado ataque al Batallón 601 de Monte Chingolo para obtener trece toneladas de armamento. Estaba decidido “a parar, como sea, el golpe militar y a preparar la resistencia”,^[267] una decisión que agonizará en la inmolación de cientos de militantes al grito de: “¡A vencer o morir por la Argentina!”

A muchos kilómetros de Buenos Aires, en Washington, no se debatía ya sobre la conveniencia del asalto militar al gobierno constitucional, sino el mejor momento para hacerlo. El sociólogo norteamericano James Petras, profesor de la State University of New York at Binghamton, reflexionaría años más tarde sobre esa coyuntura argentina que lo involucró indirectamente: “A partir de las manifestaciones obreras de junio-julio del '75 yo observaba con atención la posibilidad de que los guerrilleros pudieran combinar políticamente el deterioro del tercer gobierno peronista con esas luchas que, vistas a la distancia, fueron las últimas para evitar la reformulación salvaje del capitalismo argentino. Basta con ver las consecuencias posteriores al golpe militar de 1976. Pero aquello no fue posible porque los vínculos entre el ERP y el movimiento de masas eran débiles y poco orgánicos, sólo a través de simpatizantes pero que no conducían a la mayoría de los trabajadores, cuyos gremios estaban aún en manos de sindicalistas peronistas ortodoxos, compinches de militares.

”Lo trágico es que el PRT tenía cuadros políticos, y necesitaban más tiempo para extender su influencia y construir un tejido social consciente. Pero este proceso no podía avanzar de acuerdo al reloj militar. Y ellos se equivocaron en esto al poner la mayoría de sus fuerzas en la lucha armada. Ahora, el panorama era muy confuso. Las manifestaciones de trabajadores eran impresionantes y el apoyo político a las fuerzas guerrilleras, como Montoneros, también. Era difícil entre 1973 y 1975 que no se equivocaran en la apreciación del momento político. Tenían que poseer una madurez que no tenían porque la edad promedio de los dirigentes era de 30 años, y porque se habían precipitado al militarismo impacientemente.

”Era evidente que habían cambiado mucho. Entre 1970-71 estuve en Buenos Aires realizando una investigación sobre el comportamiento económico de los gerentes empresariales argentinos, y sobre los de las firmas extranjeras. Quería saber qué diferencias había entre ambos. Yo trabajaba en el Instituto Di Tella, y algunos investigadores de allí me preguntaban si me interesaba entrevistar a algunos dirigentes del ERP o de Montoneros. Primero terminé mi investigación, luego acepté. Pero me interesaba más el ERP porque me parecía más coherente que Montoneros, de tradición católica. Además, era la época de algunas acciones de ellos muy diferentes a las posteriores. Estaban preocupados por conectarse con el movimiento obrero, de poner al ERP al servicio de las luchas populares. Me parecía interesante en contraste con la teoría foquista de sustituir a los protagonistas de la lucha. Esto, por supuesto, era el contexto por el cual yo tomé contacto con Benito Urteaga en La Plata. Esa entrevista yo la publiqué en la revista de Jean-Paul Sartre, *Les Temps Modernes*, en París. Sartre estaba muy interesado en conocer cuál era la evolución de los intelectuales en el Tercer Mundo. Después de la publicación de la entrevista en París, las fuerzas de seguridad argentinas me fueron a buscar a mi oficina de Buenos Aires, pero yo ya había regresado a los EE.UU. En 1975, entonces, yo concluía que, irónicamente, al tiempo que el PRT-ERP crecía y se desarrollaba, inflaban su visión de ellos mismos. El éxito de su política en la primera etapa, con los reclutamientos masivos fue, además de los problemas de concepción, una de las causas de la derrota de la segunda etapa, iniciada en 1973. Porque ellos se confundieron con esos éxitos y comenzaron a pensar que eran, sin duda, la vanguardia. En este sentido, cambiaron el razonamiento y se preocuparon ya por ver de qué manera el movimiento de masas podía apoyarlos a ellos. Invirtieron la relación política entre ellos y las masas.

”A pesar de todo, no creo que ellos fueran el motivo central del golpe militar que se planeaba en la Argentina. Ya en 1971 me había impresionado un diálogo que mantuve, si mal no recuerdo, con Elio Coelho, entonces presidente de la Unión Industrial Argentina (UIA). Yo le preguntaba por qué no se lanzaban a la industrialización como en Brasil.

”—Porque los sindicatos son demasiado fuertes y eso nos llevaría a una guerra civil —

contestó.

”—Pero, ¿por qué no lo intentan? —pregunté, tratando de ir a fondo con su razonamiento.

”—Porque podemos perder —dijo.

”Entonces, el asunto era que los empresarios pensaban que no podían avanzar sobre la base de lo que existía; tampoco, luego de Onganía y el Cordobazo, con una dictadura tradicional, simplemente atacando las direcciones sindicales o a los partidos. El problema en la Argentina era más profundo, y tenían que ir más allá de las cúspides. Tenían que aplastar y desarticular al movimiento social, a los dirigentes de base. Por otro lado, los EE.UU. pensaban en los años setenta, a partir de Chile, que para lanzar el nuevo modelo neoliberal tenían que ir al fondo. Los EE.UU. entendían que el problema no era ya la existencia de un líder popular con las masas descamisadas detrás. En ese momento el problema era que las bases no aceptaban la verticalidad en las empresas. Tanto en Chile como en la Argentina se rompió esa verticalidad. Fue precisamente la extensión de la democracia en las bases, la concientización de masivos sectores de la población, el problema que debían liquidar.

”En este sentido, los EE.UU. planearon y ayudaron a ejecutar el golpe. En octubre de 1975 me invitaron a un debate en la Escuela Superior Militar en Carlyle, Pensilvania. Allí estaban los oficiales que ascenderían al generalato. Querían un marxista para rebatirles sus puntos de vista. Yo hice un análisis sobre la política imperialista y cómo los militares estaban instrumentándola. Terminó el debate y hubo una recepción. Cuando sólo quedaban algunos oficiales dispuestos a seguir bebiendo, me acerqué a ellos para ver si podían contarme más detalles de lo que sucedía en Chile, ya que en ese momento yo estaba escribiendo un libro sobre la intervención de los EE.UU. allí. Entre los oficiales, uno de los que bebía conmigo era dirigente de la Defense Intelligence Agency (DIA), un brazo del Pentágono. Él me decía que no estaba vinculado a Chile sino a la Argentina.

”—¿Qué política seguirán? —pregunté.

”—Mire, hay un gran debate sobre el asunto argentino —señaló.

”—Sí, escuché que hay varias posiciones pero no está claro quién toma cada una.

”—Hay diferencias entre la CIA y nosotros. La CIA está inclinada a que se dé el golpe militar ya, porque el deterioro de Isabel Martínez avanza rápido mientras la fuerza guerrillera crece cada vez más. Entonces piensan que hay que intervenir sin más demoras. Nosotros, en cambio, pensamos que es prematuro, que hay que esperar el desgaste del peronismo para no promoverlo otra vez al rango de mártir; para que estén tan desprestigiados que nadie salga a defenderlos. De esta manera evitaríamos problemas con la gente.

”—¿Y qué hipótesis triunfará?

”—La nuestra, sin duda.

”Así que, después de este diálogo, lo mínimo que se puede decir es que estaban presentes en el golpe militar en gestación, y que tanto el Pentágono como la CIA coincidían en su inevitabilidad, y compartían ideas y estrategias con los militares y empresarios argentinos. La anécdota militar es una clarificación del asunto político, porque a comienzos de 1970 los EE.UU. querían comenzar con la desregulación de las economías latinoamericanas. A partir de ese momento el capital financiero jugó un papel más importante en América latina, fue entonces cuando la banca norteamericana pugnó por eliminar el proteccionismo de los mercados, en detrimento incluso de las propias multinacionales que aún, como en la década del 60, habían demostrado que podían aliarse a los capitalistas nacionales y funcionar. Pero el capital financiero era otra cosa. La banca pensaba que la desregulación y liberalización de las economías nacionales eran el primer paso para extender su influencia, para un futuro desembarco. Pero, primero, había que eliminar una masa impresionante de opositores políticos, y modificar sustancialmente la estructura industrial y de clases sociales en la Argentina. No volví a saber de Santucho hasta febrero de 1976”.[\[268\]](#)

* * *

Los generales Videla y Viola compartían la tesis contrainsurgente de que la manera más efectiva para derrotar a la guerrilla era el uso intensivo de la inteligencia militar. Nominaron al general de brigada Carlos Martínez a cargo de la Jefatura II de Inteligencia quien, en coordinación con el coronel Alberto Valín, jefe del Batallón 601, debía abocarse a atrapar a las cúpulas revolucionarias, en este orden de importancia: ERP, Montoneros, Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), y las restantes. Martínez conformó un equipo de profesionales: seleccionó, entre ellos, al capitán Juan Carlos Leonetti (31), oriundo de Mercedes, a quien el padre de Videla conocía bien de sus épocas de jefe del regimiento de la ciudad. Leonetti había egresado del Colegio Militar como subteniente del arma de Ingenieros, pero en 1972 había cursado en la escuela de Inteligencia del EMGE.

Luego de varios destinos, entre ellos el de profesor de matemáticas en la Universidad del Comahue, en agosto de 1975 fue asignado a la Jefatura II de Inteligencia, área Producción, con una misión especial: atrapar a Santucho, vivo o muerto. La foja de servicio de Leonetti y sus camaradas de armas lo definían como un integrista católico, intransigente y meticuloso. Tan obstinado e incorruptible, para sus mandos, como “el enemigo” que debía enfrentar.[\[269\]](#) Santucho sabía que era el hombre más buscado de la Argentina, pero pensaba que era una consecuencia lógica del camino elegido. Le preocupaba, sin embargo, la indefensión de su familia. El secuestro de su hermano Francisco René en abril en Tucumán, la detención en el mismo mes de su hermano mayor Amílcar en la frontera argentinoparaguaya cuando intentaba averiguar en Asunción sobre el destino de miristas

chilenos miembros de la JCR, secuestrados por la policía del régimen de Alfredo Stroessner, la detención de su sobrina Graciela en La Plata a fines de mayo, la muerte al mes siguiente de su sobrina Estela en Córdoba, y la de su hermano Asdrúbal en Tucumán, además de los atentados dinamiteros contra las familias Lea Place en Tucumán y Vaca Narvaja en Córdoba que exterminaron a ambas, lo ayudaron a convencer a sus padres, renuentes, de que prepararan su salida del país. En tanto, sus hijas estarían bajo el cuidado de su cuñada Ofelia Ruiz, viuda de Asdrúbal, sin militancia política y a quien no veía desde hacía tiempo.

En medio de la batalla por sobrevivir, aunque no lo admitieran, el PRT-ERP y Montoneros se acercaron como nunca en su historia. A mediados de octubre, los dirigentes de ambas organizaciones y de la OCPO coincidieron en fundar la Organización para la Liberación de Argentina (OLA). El viejo sueño de Santucho de unificar “las fuerzas de izquierda en un partido único de la revolución” estaba por concretarse, a pesar de que su gran amigo y aliado en la dirección montonera, el fundador de las FAR, Marcos Osatinsky, había sido dinamitado luego de ser detenido en agosto en Córdoba. [270] Menna y Perdía debatieron en sucesivos encuentros los acuerdos bilaterales: en principio, Montoneros asistiría con una importante partida de dinero al PRT, en serias dificultades financieras, y enviaría a Tucumán algunos militantes; el PRT, por su parte, les facilitaría sus tecnificadas imprentas para la edición de propaganda. Acordaron, además, encarar en forma conjunta la producción de armamento y la constitución de un Movimiento de Liberación Nacional (MLN), fusionando todos sus frentes políticos en las ciudades y zonas rurales. Por último, enviarían emisarios para convencer a otras organizaciones nacionales e internacionales de apoyar la iniciativa. [271] Menna y Perdía debían preparar todos los documentos de fusión. La unidad quedaría sellada con la firma de Santucho y Firmenich en una reunión cumbre prevista para los primeros meses de 1976.

A mediados de octubre, la operación más ambiciosa y cruenta de la guerrilla urbana latinoamericana estaba en marcha. La cúpula perretista aprobó la propuesta de Santucho de concentrar en el Gran Buenos Aires todas las fuerzas del recientemente formado Batallón General San Martín del ERP, unos 130 guerrilleros, para asaltar en diciembre el Batallón de Arsenales 601 de Monte Chingolo, ubicado en la jurisdicción de Lanús, al sur de Buenos Aires. Menna y Mattini expresaron su inquietud por el riesgo de semejante empresa, pero Santucho explicó que “sin armas no podremos reforzar la compañía de monte, ni retardar y resistir al golpe militar”. Les aseguró que él y Ledesma planificarían la acción y que contaban con la ayuda interna de un conscripto, planos y detalles del movimiento del cuartel. Luego les dijo:

“El mayor problema es evitar la represión posterior y la evacuación de la gente y el armamento, para lo que haremos un círculo defensivo alrededor del batallón, cortando puentes de acceso para impedir los refuerzos de La Plata, y llevaremos las armas en camiones cisterna de aceite o nafta, modificados”.

La fecha inicial del ataque: entre el 19 y 20 de diciembre a las seis de la tarde. [272] Las vísperas de la Navidad, con el inusual movimiento de gente en la zona, facilitarían la retirada de los guerrilleros del lugar.

Los planes de Santucho, sin embargo, no pudieron cumplirse.

La inteligencia militar daba señales de eficiencia. El 7 de diciembre, el único jefe militar del ERP entrenado para esos ataques, el obrero Juan Ledesma, fue secuestrado por una patrulla militar, trasladado a una prisión clandestina en Campo de Mayo y cruelmente atormentado —destripado— durante meses, hasta morir.^[273] Santucho, abatido por la noticia, no tuvo tiempo de reponerse: el mismo día fueron apresadas su cuñada Ofelia Ruiz, sus cuatro hijos y varias de sus sobrinas en una fiesta infantil. El Ejército intentaba debilitar, aunque no impedir, la operación del ERP. Ya conocía los planes de ataque, la zona de los probables objetivos de los guerrilleros. La detención de los niños Santucho, publicada en toda la prensa, tuvo ribetes surrealistas. Años después, en su casa de La Habana, Ofelia Ruiz recordaría algunos detalles:

“Nos detienen el 8 de diciembre en Rafael Castillo. Éramos diez en total. Yo era la única adulta, después estaban mis cuatro hijas, María Ofelia (15), María Susana (14), María Silvia (12), y María Emilia (10); los cuatro hijos de Robi, Ana Cristina (14), Marcela Eva (12), Gabriela (11) y Marito, de ocho meses. También teníamos a Esteban Abdon, el hijo de Elías, quien recién había sido secuestrado. Nos llevan a Campo de Mayo y me encapuchan, veo cómo torturan a una chica y escucho gritos todo el tiempo. A la noche viene un coronel, de la seguridad, y me habla. Me dice que el Ejército se hará cargo de nosotros, y me pregunta por Ana. Digo que no sé. ‘Liliana’, insiste. ‘No sé quién es’, contesto. Después supe que era la mujer de Robi. El coronel me dice: ‘Mañana sin falta te mando a buscar para que te reúnas con las chicas. Los vamos a llevar a una casa, pero de allí no podrán salir’. Aunque me trataban distinto a otras secuestradas, yo estaba atada, y me llevaban al baño y me bajaban la bombacha; me daba no sé qué cosa pedir... Después me sacan de allí... En el camino, antes de subirme a un camión, alguien gritó: ‘¡Así que ésta es la cuñada del hijo de puta!’. No sé dónde fuimos, pero llegué a una oficina donde me recibió el coronel del día anterior. No me acuerdo su nombre. Me dan un asiento, y el coronel me dice: ‘Mire Ofelia, le vamos a sacar la venda. ¿Qué es lo que quiere?’. ‘Una aspirina’, dije, porque me dolía la cabeza, tenía los ojos ardidos y mucho hambre; no comía hacía días. El coronel me dice que las chicas están en la comisaría de Quilmes, y me promete que me van a devolver todo lo que me habían robado en el allanamiento. Así que nos encontramos allí, llorábamos todos. Al otro día, el coronel nos dijo que nos dejaban en libertad. ¿Qué había sucedido? Habían recibido un comunicado del ERP donde decía que si no aparecíamos, tomaban represalias. Aunque me dijeron que tenían órdenes de no pegarnos, a las chicas sí las habían maltratado en la comisaría. Después el coronel nos acompañó —y aquí empezó una historia surrealista, pensando que era diciembre de 1975— a buscar hoteles. Yo no tenía documentos, y estaba con nueve chicos. Y llamarse Santucho en esos días era complicado. El coronel insistía en que yo me quedara con mis hijas, pero que a los otros los tenían que venir a buscar los padres. ‘Usted me chantajea —le dije— porque ya le he dicho que no tengo noticias de Robi desde hace mucho, así que mis sobrinos vienen conmigo’. Finalmente conseguimos un hotel en el barrio de Flores: el hotel Splendid. El Ejército

estaba preocupado porque no nos agarrara la Triple A. En el hotel, el coronel presionaba al administrador, que nos miraba espantado porque estábamos zaparrastrosas todas, y porque un coronel del Ejército le estaba pidiendo que hospedara a la prole de Santucho. El hombre no entendía nada. El militar se fue y me dio una cita en Liniers para unos días después. Antes de irse la miró a Anita, la hija mayor de Robi, y le dijo: ‘Todavía está por verse quién ganará esta guerra, pero no tengas miedo, éste es un problema entre tu papá y nosotros. No matamos chicos’. Después de bañarnos nos fuimos a un restaurante a darnos un banquete... Era absurda la situación: una mesa larga, con una mujer y nueve chicos.

”Un patrullero nos ve y nos lleva detenidos a la comisaría. ¡Imagínese lo que fue explicarles que el Ejército nos estaba pagando el hotel! Nos dejaron cuando llamé al coronel al teléfono que me había dado. Después nos enteramos de que el administrador, creyendo que el coronel en realidad era un guerrillero, había avisado a la policía. Habían dejado un custodio en el hotel, que habrá escuchado mis gritos cuando el coronel me dijo que ellos nos iban a mandar a los Estados Unidos. Para no enfurecerlo le dije que tenía que consultarlo con mis hijas, pero en cuanto se fue corrí a un bar y llamé por teléfono a Carlos Santucho — que fue la última vez que lo escuché— y le dije que le avisaran a Robi dónde estábamos. Horas después, una de las chicas viene corriendo y me dice: ‘Tía, tía, allí está Alejandro’. En el lobby del hotel, leyendo un diario, había un compañero de Robi, y unos pasos más adelante la custodia del coronel. ¡Qué cosa tan loca! Recuerdo que salí a hacer unas compras para ver si Alejandro me seguía, pero no. Cuando vuelvo al hotel ya no estaba, pero encontré a las chicas agitadas en el cuarto preparando unos bultitos, tipo valija: ‘Ya nos vamos a Cuba, ya nos vamos a Cuba’, gritaban. Alejandro les había dicho que nos asiláramos en la embajada cubana. Tomamos un taxi con un miedo bárbaro a que nos detuvieran; cuando llegamos, la embajada estaba cerrada. Golpeamos con desesperación mientras veíamos que venía a detenernos un policía de custodia en la calle. Entonces, de repente, la puerta se abrió. El empleado no entendía nada. Una mujer con nueve chicos de todas las edades que le pedía, le rogaba, que nos dejara entrar. Y no nos dejaba. Por la puerta entornada vemos que un hombre viene atravesando el hall, corriendo. Era el cónsul, porque el embajador Emilio Aragonés estaba en Cuba. ‘Déjalas entrar, chico’, dice con acento cubano. Y yo respiro. Entramos como un malón. Cuando pude serenarme, me enteré de que ellos no sabían que nosotras llegaríamos o sea que, en realidad, Alejandro le había dicho a las chiquitas que estaban tramitando nuestra ida allí, y nosotras nos adelantamos. Teníamos un hambre terrible, comimos como locas, y nos llevaron al sexto piso y allí esperamos. Al día siguiente, envían a buscar a Marito, y a Esteban. Nos trataban muy bien —nunca en mi vida me había acostado en sábanas almidonadas— pero estuvimos encerradas durante cuatro meses. Sólo los sábados y domingos podíamos salir a la terraza. Pensaban mandarnos a La Habana enseguida, pero vino el golpe militar de marzo y se hizo difícil. Emilio Aragonés comenzó a negociar con Videla nuestra salida, pero secuestraron a dos diplomáticos cubanos y las negociaciones quedaron estancadas. Sólo autorizaron

nuestra partida a fines de 1976. El 27 de diciembre salimos hacia el aeropuerto. Estaba prácticamente tomado por el ejército y la aeronáutica. Escuchamos por los parlantes que decían: ‘En este momento parte rumbo a Moscú, vía Lima, en el vuelo de Aeroperú, la familia del terrorista Santucho’. Robi ya había muerto, también Carlos y Manuelita, así que rehicimos nuestra vida aquí, en Alamar, Cuba”.[\[274\]](#)

* * *

Inquieto, el buró político perretista debatió durante todo el día 10 si era conveniente continuar con sus planes. Santucho dijo que había realizado un minucioso análisis de la situación y que del mismo se desprendería que la operación de Monte Chingolo no había sido delatada por Ledesma. En su desesperada fuga hacia adelante, Santucho volvía a subestimar a su oponente. ¿Quién ocuparía el lugar de Ledesma? Santucho intentó asumir la conducción táctica, pero el resto de sus compañeros se opuso. Carrizo debía estar al frente de los enlaces e Irurzún y el experto teniente del ERP Abigail Atademus al frente de los combates. Quedaba una sola posibilidad: Benito Urteaga.[\[275\]](#)

El 19 de diciembre, el ERP tampoco pudo atacar el cuartel. Una crisis en la Aeronáutica desencadenó la rebelión encabezada por el brigadier Jesús Orlando Capellini en la base aérea de la localidad de Morón. Aviones rebeldes sobrevolaron amenazantes la Casa Rosada, lanzando proclamas derechistas. Capellini se adelantaba a los planes de las otras armas, pero confluía con ellas. El resultado de la revuelta fue la destitución del brigadier Héctor Luis Fautario, y su reemplazo por el brigadier mayor Orlando Ramón Agosti, un aviador proclive a romper con la prescindencia de la Fuerza Aérea en la lucha antiguerrillera. Su designación empezaba a completar el trío militar que dirigiría el asalto al poder el 24 de marzo de 1976; el resto fue obra de los relevos naturales del Ejército, producidos a fines de diciembre del '75. Entre ellos, los decisivos fueron la promoción del general de división Luciano Benjamín Menéndez al mando del III Cuerpo; y de Domingo Bussi, en reemplazo de Vilas al frente de la V Brigada en Tucumán. Ambos eran hombres convencidos de que el nuevo orden requería de una faena inescrupulosa: había que pulverizar a los opositores armados o desarmados.

La fecha final para el ataque guerrillero al cuartel fue fijada para el 23 de diciembre a las 19.30 horas. A esa hora aún habría luz natural, pero cuando terminaran los combates la penumbra de un caluroso atardecer facilitaría la retirada de los insurgentes. Ni la compleja situación política, ni la posibilidad cierta de que se hubiera violado el secreto guerrillero, habían sido suficientes para torcer la decisión de Santucho.

Quince años después, en base a crónicas periodísticas, testimonios de sobrevivientes, documentos del PRT-ERP e informes militares,[\[276\]](#) fue posible reconstruir el rompecabezas trágico de aquel 23 de diciembre de 1975.

Días previos:

El Batallón de Arsenales 601 Domingo Viejo Bueno está ubicado en la localidad sureña de Monte Chingolo, dentro del perímetro del camino General Belgrano y las calles Coronel Lynch y

Montevideo, en el partido de Lanús, una de las zonas más densamente pobladas del Gran Buenos Aires. Linda con la villa de emergencia IAPI, con 20 mil familias pobrísimas. En 1975 tenía un cuerpo de 18 oficiales, 67 suboficiales, 189 empleados civiles y unos 404 conscriptos. Era el depósito de armas más grande del país.

A mediados de noviembre, la Jefatura II de Inteligencia habría confirmado el ataque guerrillero a través de varias fuentes, entre ellas, de uno de sus infiltrados en el ERP, el villero desocupado Jesús Ramés Ranier, apodado “El Oso”, colaborador de Juan Ledesma. Aunque la Jefatura no conocía con precisión el cuartel que se intentaría copar, sí sabía que el copamiento se realizaría en el Sur del Gran Buenos Aires. Se dejó que el ataque se realizara para asestar un duro golpe a los insurgentes. Cuarenta y ocho horas antes del mismo, se camufló la defensa de las unidades militares de la zona. En el Batallón Domingo Viejo Bueno sólo permanecerían algunos oficiales y suboficiales y unos pocos soldados voluntarios para confundir al soldado informante del ERP.

Entre el 5 y 7 de diciembre, el ERP concentró en las localidades de Lanús y Avellaneda, en casas amplias y bajas, gran parte de los 130 guerrilleros —18 oficiales y demás combatientes de su Batallón General San Martín— que debían actuar directamente, apoyados por un grupo similar en los alrededores del cuartel. No participarían otras organizaciones armadas, particularmente Montoneros. Los guerrilleros provenían de diversas zonas del país. El grueso era de la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires. Ellos contarían con 20 autos robados, en total unas 150 armas entre fusiles, granadas, pistolas y ametralladoras, dos morteros, equipos de comunicaciones (walkie-talkies), dos camiones cisterna acondicionados para el transporte secreto del armamento, 25 “controles” de seguridad que verificarían la suerte corrida por cada uno de los guerrilleros y siete puestos sanitarios en los alrededores con 20 médicos para socorrer a los heridos, quienes siempre, según las órdenes de Santucho, debían ser evacuados del campo de batalla. El conjunto de milicianos vestirían con un doble juego de ropas de calle: camisetas, jeans y zapatillas. Portarían documentos de identidad falsos y 400 mil pesos —dos veces el valor de un salario profesional— para la retirada. La edad promedio de los guerrilleros era de 23 años.

Los 250 militantes deberían enfrentarse contra unos cinco mil efectivos alistados para la represión: policías Federal y de la Provincia de Buenos Aires y Gendarmería; regimientos de Infantería RI 3 de La Tablada, RI 7 de La Plata y RI 1 de Capital Federal; VII Brigada Aérea de Morón; Base Aeronaval de Punta Indio; II Brigada Aérea de Paraná; Batallón de Infantería de Marina 3; Batallón de Comunicaciones 601 de City Bell, y el propio Batallón de Monte Chingolo.

Santucho y Urteaga diseñaron un círculo de fuego con nueve escuadras del ERP para interrumpir los refuerzos militares en puentes y pasos a nivel: puentes de Avellaneda, Pueyrredón, Bosch, Victorino de la Plaza, Uruburu, La Noria, Puente 12 sobre el río Matanza y sobre el Arroyo de las Piedras, y el paso a nivel del Ferrocarril Belgrano. Los comandos debían levantar barricadas con autos y colectivos incendiados y montar allí sus ametralladoras. La “Compañía Héroes de Trelew” tendría a su cargo el ataque directo al cuartel con 55 hombres montados en 12 autos y un camión que embestiría el portón de la entrada principal de la guarnición. El 16 de diciembre, estos guerrilleros se acuartelaron en una amplísima y antigua casa en Lanús a pocas cuadras del cuartel. Solían ser visitados por Ranier, supuestamente integrante del operativo.

El 21 de diciembre por la tarde, Santucho llegó a la base del ERP en Lanús para explicar el sentido del ataque. Reunió a sus oficiales y, resumiendo su posición, les dijo:

“Compañeros: ésta es la operación guerrillera más grande de la historia latinoamericana. Más grande aún que el asalto al cuartel Moncada con el que Fidel comenzó la lucha revolucionaria en Cuba. El copamiento no es sólo para recuperar armamento. El golpe militar parece inevitable y necesitamos demorarlo para estar en condiciones de impedirlo o, en caso de que igualmente se dé, para poder resistir con nuestro pueblo lo que vendrá. No darán el golpe si aún no han derrotado a las fuerzas revolucionarias. Si logramos recuperar las 13 toneladas de armamento, será un gran paso para iniciar la guerra de posiciones, consolidar una zona liberada en Tucumán y lograr reconocimiento internacional para que nuestro pueblo no esté tan solo ante la barbarie que se desatará”.

Luego, se habría producido el siguiente diálogo entre Santucho y uno de los oficiales guerrilleros:

—Comandante, el armamento es malo e insuficiente. Y no hemos hecho ningún plan para neutralizar las MAG de las torres de agua, que pueden causarnos muchas bajas, ni para la retirada por si no podemos permanecer dentro del batallón.

—Teniente, los ángulos de tiro están estudiados por la comandancia. Hay un plan de retirada para cuando termine la apropiación de armamento. No creo que se necesite otro. No hay posibilidades de que seamos derrotados.

* * *

Martes, 23 de diciembre:

A las siete de la mañana, Benito Urteaga y Juan Manuel Carrizo se trasladaron a una casa alquilada a siete cuadras del cuartel. Desde allí se comunicarían permanentemente con Santucho y el resto del buró político perretista concentrado en una casa de la localidad de San Martín, a 30 kilómetros de los combates.

“A esa hora llegó un camión con gente desconocida. El conductor, un muchacho muy joven vestido con pantalón y campera de jean, estacionó el camión sobre la avenida Cadorna, a unos veinte metros de nuestro negocio. De la parte de atrás del camión bajaron cuatro muchachos. Cargaban tabloncitos y caballetes. Los armaron en las veredas hasta formar una gran mesa. En seguida descargaron muchas botellas de sidra y muchos paquetes de pan dulce, todo por quince pesos viejos. Nos llamó la atención el precio tan bajo (un kilo de azúcar costaba 32 pesos), pero unas horas después entendimos el porqué. Al empezar el ataque al cuartel los ‘vendedores’ sacaron armas pesadas del camión y avanzaron en posición de ataque. Eran guerrilleros disfrazados”, recordaría más tarde María Juana Lotito, empleada de una juguetería.

A las 19, a ocho cuadras del cuartel, el conserje del hotel Molino Blanco atendió a una pareja singular. Un hombre de unos cincuenta años abrazaba una mujer de no más de diecisiete. Amenazaron al hotelero con un arma y lo obligaron a recorrer todas las habitaciones, interrumpiendo a las parejas

que disfrutaban del amor. Minutos después, unos cincuenta guerrilleros invadieron el hotel y robaron todos los coches del estacionamiento. Luego, enfilados detrás de un gran camión partieron hacia el cuartel. A las 19.40 embistieron el portón de la guardia central, sobre el camino General Belgrano. Pero antes de entrar se descargó sobre ellos una lluvia de metralla.

De todas maneras, una caravana de nueve coches logró ingresar. Los coches se distribuyeron de derecha a izquierda de la guardia central, en una línea abanicada. La guardia repelía el ataque y obligaba a los guerrilleros a soportar el fuego de la metralla proveniente de las torres de agua. Cinco minutos después se produjo el ataque al sector de los galpones donde se depositaba el armamento. Los atacantes no pudieron penetrar en los galpones, repelidos por fuego graneado de los soldados parapetados allí. Sin embargo, permanecieron dentro del cuartel durante cuatro horas hasta que los desalojaron. Lo que sucedió dentro del perímetro de la guarnición no pudo ser reconstruido en su totalidad.

El diario La Opinión del 26 de diciembre contará así parte del combate:

“Desde el momento en que el camión atravesó la barrera de contención del puesto 1, se generalizó en todo el sector que llega hasta la guardia de prevención y la jefatura de la unidad, un violentísimo combate que duró más de dos horas. Los subversivos superaban la treintena, y prácticamente doblaban en número a los defensores del área. La reacción de la guardia fue instantánea. El conductor del camión fue muerto apenas cruzó la barrera de contención, y el vehículo sin control se detuvo metros después a un costado del camino de acceso. Allí la lucha se hizo encarnizada, cayendo varios extremistas, mientras otros, que entraban por el portón derrumbado, algunos de ellos mujeres, arrojaron una granada al centinela del puesto 1, dejándolo fuera de combate. De acuerdo con versiones recogidas entre los vecinos, pudo determinarse que la lucha comenzó alrededor de las 19.40 del martes 23, extendiéndose la faz más dura de las acciones durante dos horas y media. Sin embargo, hasta la madrugada, se escuchó el tableteo de las ametralladoras y descargas de armas de fuego. Los sediciosos contaron, además, con un amplio despliegue de fuerzas de apoyo que actuaron en forma sincronizada. Desde los techos de un almacén denominado Tres Palmeras, ubicado frente al acceso del regimiento, varios subversivos atacaron con armas largas a las fuerzas militares. Por la avenida General Belgrano —entre las calles El Chaco y Formosa— los sediciosos emplazaron una bazooka y una ametralladora pesada sobre un trípode. Se colocaron detrás de un camión que se encontraba accidentalmente en el lugar sobre Formosa —según pudieron observar varios vecinos—, otro sedicioso instaló detrás de un tanque de gasoil abandonado una ametralladora pesada, que disparaba sin cesar contra la base militar (...)

”En la intersección de las calles Belgrano y Montevideo había un Ford Falcon blanco, cruzado transversalmente, y allí dos hombres y dos mujeres instalaron sobre el carrier de un viejo Ford A una pequeña bazooka que disparaba también contra el destacamento. Los vecinos reconocieron a una de las mujeres como la que manejaba en todo momento el arma.

Al mismo tiempo se producía desde la calle Coronel Lynch, frente a la villa IAPI, otro ataque de los sediciosos, mientras a varias cuadras de distancia de los hechos, en General Belgrano y Cadorna, eran incendiados tres ómnibus que cerraban el acceso hacia la base militar (...)

”Cerca de las 21, efectivos de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, comenzaron a atacar al núcleo ubicado en la intersección de avenida General Belgrano y Montevideo. Lo hacían desde las instalaciones de un matadero de ovejas, cayendo cuatro sediciosos en ese enfrentamiento. Al parecer, la mujer que manejaba el pequeño mortero, al estallar una de las cargas fue prácticamente destrozada. (...)

”Entre los que atacaron el cuartel se encontraban aproximadamente, una decena de mujeres armadas con granadas —hechas con envases de yogurt y de crema de manos— y pistolas automáticas. Una de ellas tenía rango de sargento, y la mayoría vestía pantalón y camisa. Los hombres, por su parte, llevaban puesto dos pantalones y dos camisas cada uno. Las prendas a la vista eran de colores oscuros —verde o azul—; debajo tenían ropas de colores vivos (...)

”Uno de los momentos más dramáticos de la noche se vivió con la llegada —cerca de las 22— de efectivos de refuerzo del regimiento 3 de Infantería que cargó, por uno de los flancos, sobre los atacantes de la guardia. Muchos soldados demostraron gran valor en las acciones; algunos fueron sorprendidos por el ataque cuando transitaban por el cuartel y defendieron sus posiciones disparando sus fusiles, rodilla en tierra. Los jefes extremistas utilizaban insignias de grado.

”Trascendió que los sediciosos habrían utilizado, al iniciarse las acciones, una avioneta, del tipo empleado para remolcar planeadores, y un helicóptero. También llamó la atención de los efectivos militares que los subversivos, en medio del combate, cantaran (...).”

* * *

“A las 22, Urteaga habló por teléfono con Santucho, diciéndole que había perdido contacto con la gente, que habían fallado totalmente las comunicaciones. Urteaga estaba sobrepasado por los acontecimientos. A las 23 se vuelve a comunicar y pide autorización para ordenar la retirada. Santucho aprobó. Al día siguiente la confusión era general. Los dirigentes del PRT tuvieron que enterarse de todo por la prensa”, recordaría Luis Mattini.^[277]

Pasada la medianoche, aún se escuchaban ráfagas perdidas en la cercana villa IAPI, rastrillada por las tropas del Ejército para encontrar guerrilleros heridos u ocultos entre la gente aterrada por el vuelo rasante de los helicópteros y los allanamientos militares. Fue la víspera de Nochebuena más luctuosa del siglo. Las fuerzas de seguridad informaron de siete bajas. A pesar del tendal de

guerrilleros heridos, no hubo prisioneros. Sí numerosos muertos y desaparecidos. La causa 820.902/75, iniciada el 24 de diciembre en el juzgado número uno de La Plata, y caratulada “Barbate, Daniel y otros por asociación ilícita, homicidios, lesiones, robos reiterados, intimidación pública, incendio, tenencia de armas de guerra y explosivos, e infracción a la ley de seguridad 20.840” permitió saber con exactitud casi una década después la cantidad de víctimas y su destino: 53, incluidos cuatro civiles muertos accidentalmente y entregados de inmediato a sus familiares. Cuarenta y nueve cuerpos fueron inhumados en el Cementerio de Avellaneda; 18 de ellos fueron entregados a sus familiares 25 días después de iniciada la causa. Los 31 restantes, sin identificar, fueron inhumados en una fosa común. En 1990, durante sus investigaciones, el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) descubrió que esas inhumaciones no fueron registradas en los libros oficiales del cementerio. Muchos de los cuerpos, revelaron luego testimonios de familiares de los guerrilleros, estaban masacrados.

Horas después de la tragedia, el general Videla viajó a Tucumán para pasar la Nochebuena de 1975 con las tropas. Allí habló contra la corrupción e “inmoralidad” del gobierno, mensaje que fue considerado como un ultimátum a Isabel Perón. No hubo reacción popular ni oficial. Tampoco ante la clausura de las pocas puertas de legalidad que quedaban a la izquierda: al día siguiente del ataque, con el pretexto de que Montoneros había participado en el copamiento, Isabel Perón legalizó al Partido Auténtico (PA), embarcado desde el mes de octubre en un intento de constituir un frente electoral de centro-izquierda con Oscar Alende (PI), Héctor Sandler, de la Corriente Argentina Revolucionaria (CAR), y Horacio Sueldo del Partido Revolucionario Cristiano (PRC), negociaciones en las cuales el PRT estaba presente, a través de algunos dirigentes del FAS y del propio Alende.

Esa Navidad, también, Santucho se reunió con parte de su familia. Su hermano Julio recordará: “Robi estaba deprimido, casi no hablaba y tampoco comió. Fue la primera vez que le escuché decir ‘algo anda muy mal, Julito, nos estamos equivocando’”.^[278]

Santucho convocó a una reunión urgente del buró político perretista el 27 de diciembre, para evaluar la tragedia de Monte Chingolo. Se acercaba, como había previsto, el fin del “estado policial” de Isabel Perón y la inevitabilidad del golpe militar. También se confirmaba su malentendido de que la crisis política se resolvería marchando hacia la revolución socialista. En ese momento, nada hacía suponer que los trabajadores defenderían a un gobierno que sentían ajeno y a un capitalismo distributivista que fenecía bañado en sangre. Tampoco que estuvieran dispuestos a defender algo más que la vida. En esa situación, a Santucho sólo le quedaba ordenar el repliegue de las diezmadas fuerzas del PRT-ERP para sobrevivir.

Siempre que aceptara la derrota.

La utopía en llamas

(1976)

Sólo en julio de 1976, luego de numerosos episodios signados por una inercia trágica, Santucho habría de entender los motivos de la debacle de Monte Chingolo. Sucederá cuando esté a punto de partir hacia su exilio cubano. Pero ese caluroso 27 de diciembre de 1975 a las nueve de la mañana, su certidumbre era otra.

Llegó en un Renault 12 blanco al cruce de la ruta Panamericana con la Avenida General Paz, precedido por el ex universitario Fernando Gertel, el confiable secretario y enlace del buró político perretista. Dobló hacia la calle Venezuela de la localidad de Villa Martelli, y estacionó en el número 3149. La reunión se hacía en el departamento “C” del tercer piso, habitado por Eduardo Merbilhaá, quien se había mudado recientemente al barrio.^[279] El edificio, anónimo y transitado como todas las torres de propiedad horizontal, ofrecía varias ventajas para la conspiración: estaba situado en el límite exacto entre la Capital Federal y la zona Norte de la provincia de Buenos Aires —donde vivían casi todos los miembros de la dirección perretista—, y posibilitaba una rápida vía de escape en múltiples direcciones.

El clima de la reunión fue tormentoso. A Santucho lo esperaban impacientes Merbilhaá, Mattini, Urteaga y Menna. La reconstrucción de los hechos parecía muy difícil, en medio de la confusión dolorosa que habían dejado los 25 muertos, 24 desaparecidos y 27 heridos del ERP. Años después, Luis Mattini aceptaría que el horizonte de sus análisis en ese momento era estrecho; llegaba hasta la aceptación de que el asalto al cuartel había sido “un acto de aventurerismo”, un término que en la tradición izquierdista significa violar, a fuerza de impaciencia, las reglas de la política y de la lucha revolucionaria. Y que Santucho enmascaró en la frase “Fue una derrota militar y un triunfo político”, copiada a Fidel Castro, la definitiva pérdida de rumbo de la guerrilla guevarista.^[280] Lo cierto es que los documentos internos perretistas sobre la catástrofe de Monte Chingolo revelaron lo siguiente: Santucho pensaba que lo sucedido era su culpa por haber ordenado la operación a pesar de las numerosas señales que indicaban que las fuerzas de seguridad estaban sobre aviso y por haber subestimado la capacidad del enemigo. Esto había sucedido a causa de “la exageración del espíritu combativo en algunos casos, o simple fanfarronería en otros, muy extendidos en nuestra organización”. Luego, por la inexperiencia guerrillera y, finalmente, por problemas técnicos.

Santucho, sin embargo, no se arrepentía de haber “votado la preparación de esta acción”, y definía con la consigna maoísta de “errar, persistir, volver a errar, y persistir hasta la victoria” el espíritu revolucionario que había fundamentado la decisión. Recordaba la historia de los ejércitos patrios derrotados en la guerra de la Independencia; la derrota de San Martín en Cancha Rayada; de Bolívar, cuatro veces vencido en Venezuela; de Fidel Castro en el Moncada, y de Mao en la Larga Marcha. Así, Santucho seguía creyendo que la Argentina marchaba hacia la revolución socialista, por lo que, en su caso, la derrota militar no revertía esta situación. La consecuencia fue que no renunció a su cargo ni fue relevado: su culpa quedó sin saldar y la política no se modificó.[281]

Numerosos perretistas comenzaban a presentir, en esos días, el fin de sus sueños revolucionarios. Hubo, entonces, una respuesta del ERP para conjurar esa desmoralización. Durante dos semanas, Urteaga había investigado minuciosamente las circunstancias por las cuales, en menos de un mes, el Ejército había secuestrado camiones de propaganda revolucionaria y armas a Ledesma y a doce oficiales del ERP, había allanado imprentas clandestinas y, finalmente, había llegado a saber del ataque a Monte Chingolo. El 14 de enero de 1976, en el barrio de Floresta, se halló el cadáver de Jesús Ramés Ranier. Días después, un “expediente” de circulación restringida —que sólo podrá encontrarse años más tarde en algunas bibliotecas extranjeras— daba cuenta de un extenso interrogatorio a Ranier, a cargo de “un tribunal revolucionario”, en el que Ranier aceptaba ser un agente del Servicio de Informaciones del Ejército (SIE), y se declaraba culpable de numerosas delaciones. Acusado de “traidor”, fue “condenado a muerte”. [282]

El PRT-ERP nadaba en aguas contaminadas y algo similar ocurría con Montoneros. El 28 de diciembre, Roberto Quieto había sido secuestrado por el Ejército en una playa de San Isidro mientras paseaba con su familia. A pesar del reclamo nacional e internacional por su vida, Quieto nunca apareció y Montoneros acusó a su jefe de “traición” por las numerosas bajas sufridas con posterioridad a su secuestro. [283] La paranoia, la distorsión de los objetivos que habían animado a los guerrilleros, revelaba una persistente crisis política. Los chivos expiatorios postergaban su reconocimiento.

La situación del país reforzaba la espiral de violencia, el ferroso círculo de fuego. Inmediatamente luego de la victoria sobre el ERP en Monte Chingolo, de los sistemáticos golpes a Montoneros y del evidente deterioro del gobierno, hacia fines de enero de 1976 la cúpula de las Fuerzas Armadas decidió descartar la propuesta de bordaberrización del gobierno, aun cuando Isabel Perón estaba dispuesta a aceptarla. José Alfredo Martínez de Hoz, Videla y Viola se habían reunido varias veces en la primera quincena del mes, para formular un plan económico de emergencia a aplicar luego de la toma del poder. La violencia revolucionaria, la inflación galopando hacia marcas universales y la inminente cesación de pagos de la deuda externa, requerían, para la mentalidad empresarial-militar, despejar a punta de bayoneta el camino para nuevos negocios, la recomposición de los vínculos con el Fondo Monetario Internacional (FMI), la tasa de ganancia y los niveles de inversión. Las prioridades, en este orden, eran: destruir la guerrilla y la resistencia sindical.

A pesar de la mesiánica respuesta guerrillera, en su intento por demorar o frenar el golpe de Estado, y de que su lógica parecía girar en una contradicción de acero —hostigar a las FF.AA. para

desalentar el golpe militar aunque ese hostigamiento les proporcionara a éstas una coartada perfecta —, Santucho insistió en sellar un acuerdo con otras fuerzas políticas en favor de una pertinaz resistencia democrática. Envió un documento, redactado y firmado por él, a todos los partidos políticos, sindicatos, iglesias y medios de prensa extranjeros. Allí proponía la formación de “un Frente Democrático y Patriótico, integrado por peronistas antifascistas, radicales progresistas, intransigentes, cristianos, socialistas, marxistas leninistas y otras fuerzas progresistas” para luchar por la defensa de las libertades consagradas en la Constitución Nacional, el incremento de los salarios, la investigación y el castigo a los jefes de la Triple A, el congelamiento de los precios, el levantamiento del estado de sitio, la derogación de la legislación represiva, la libertad de los presos políticos y la realización de elecciones, previstas para noviembre de 1976, sin ninguna clase de proscripción. Si estas condiciones se cumplían, además de la legalidad del ERP y Montoneros, Santucho prometía un armisticio. Al final de su carta, advertía: “En caso de que los mandos militares quieran intentar un nuevo golpe militar, la respuesta es clara: guerra total de resistencia popular... Argentinos: unidos, organizados y determinados a vencer sabremos hacer honor a las heroicas tradiciones de nuestros mayores y al inmortal ejemplo de los centenares de combatientes y luchadores que riegan con su generosa sangre el actual camino hacia el futuro de liberación y felicidad que sabremos conquistar.”^[284]

Pero ya era tarde para apagar la hoguera atizada con esmero febril durante años. El 16 de febrero, la Asamblea Permanente de Entidades Empresarias (APEGE) —que reunía a la Sociedad Rural, las Confederaciones Rurales Argentinas, la Cámara de Comercio, la Unión Comercial Argentina, la Cámara de la Construcción y algunas otras entidades empresarias menores—, junto con la Unión Industrial Argentina (UIA) y a instancias de Martínez de Hoz, realizó un paro empresario total. Los ministros Cafiero y Ruckauf, que habían intentado reflotar un proyecto de convergencia empresaria-sindical, renunciaron. Los siguieron los últimos leales a Luder en el gabinete. Isabel Perón estaba decidida a completar su mandato, aun aceptando el plan económico elaborado por las FF.AA. Un gesto, también, inútil.

El temor invadía las fábricas ante la detención o secuestro de los delegados. La clase media, aterrada por los niveles de violencia, el caos gubernamental, la hiperinflación y los reclamos sindicales, simpatizaba con el orden que prometía una incursión militar; la derecha civil y uniformada pedía el golpe de Estado; el radicalismo decía no tener soluciones; la izquierda tradicional abogaba por un gabinete “cívico-militar”. En esos días, Videla promocionó a la jefatura de la Policía Federal a Albano Harguindeguy, segundo jefe del I Cuerpo de Ejército. El organigrama del nuevo régimen se montaba pieza por pieza.

Luego del paro empresario, Santucho reunió a sus compañeros para tomar una serie de medidas defensivas, especialmente en las fábricas. En la tapa de *El Combatiente* N° 205 del 25 de febrero, denunció la orden de “los generales contra revolucionarios para la realización de un vasto operativo selectivo contra los activistas de fábricas y gremios”. Pedía que los gremialistas trasladaran a la clandestinidad las conducciones sindicales y que se convenciera a los soldados de que no se plegaran al plan de los generales. Dos consignas finales englobaban este mensaje: “¡Fuera los milicos de las fábricas! ¡Luchar sin desmayo por el pan de nuestros hijos!”

En su lógica, Santucho pensaba que el golpe militar generaría “una guerra civil abierta” por lo que, si bien los obreros, empleados o profesionales de izquierda desarmados no podían sino ocultarse o partir al exilio para protegerse, en el caso de las fuerzas guerrilleras se debía continuar la resistencia armada. Como si tamaña empresa pudiera depender sólo de una fuerza de élite. Años más tarde, los listados de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) constatarán que los obreros no respondieron a las directivas del PRT-ERP ni lograron sortear la represión: serán el mayor porcentaje de los desaparecidos, alojados en campos clandestinos de detención ubicados en dependencias de las fuerzas de seguridad.[285]

Para desplegar su estrategia frente al golpe militar, Santucho realizó tres movimientos: ordenar que todas las estructuras políticas del PRT se militarizaran bajo la consigna “Todo el partido al combate”; reactivar la conquista de la “zona liberada en Tucumán”; enviar al exterior una serie de emisarios con la tarea de conseguir apoyo internacional para el ERP como fuerza beligerante y debilitar el futuro reconocimiento externo del gobierno militar, tomando como ejemplo lo sucedido en Vietnam.[286] La primera cuestión era, de hecho, una legalización del estado de cosas imperante desde mediados de 1975. La segunda, en cambio, requirió del auxilio de Montoneros y del envío de un nuevo contingente al monte.

En esa época, Perdía y Firmenich desplegaron en El Cadillal, al norte de la zona elegida por el ERP en Tucumán, un grupo denominado “Fuerza de Monte del Ejército Montonero”, tal vez con el objetivo de aliviar la presión de las fuerzas militares dirigidas por Domingo Bussi que ya, a esas alturas, habían elevado de 2 a 14 los campos clandestinos de detención y habían cambiado su táctica: rastrillaban pueblos y ciudades; subían al monte a emboscar a la debilitada guerrilla guevarista.[287] El intento rural montonero no prosperará más allá de algunos meses. Su primera baja fatal el 13 de febrero de 1976, sin embargo, produjo conmoción en el Ejército. En la zona fue muerto a bayonetazos, luego de ser tomado prisionero, el sociólogo Julio Rodolfo Alsogaray, hijo del ex comandante general del Ejército de Onganía.[288] Santucho, empero, insistió en mantener a unos cuarenta combatientes de la “Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez” “a la defensiva”, pensando que el nuevo régimen militar haría que miles de argentinos pasaran a la lucha armada, engrosando las filas guerrilleras. No admitía la situación real en el monte. En los informes del Ejército, lo que sucedía entre los cerros se describirá así: “El 30 de diciembre de 1975 se puso en marcha la Operación Lamadrid I, que luego continuó mediante Lamadrid II y Lamadrid III. Aquella operación duró aproximadamente veinte días, se rastrilló la zona de sierra montuosa, lindera al llano, con la finalidad de destruir al oponente y a su infraestructura. El propósito era provocar previamente su inestabilidad para obligarlo a abandonar sus escondites. Diariamente se descubrían dormideros, campamentos y equipos abandonados. En la primera semana del año se localizaron siete campamentos, algunos con capacidad hasta para cuarenta personas, como el hallado a cuatro kilómetros al oeste de Pueblo Viejo, que se componía de tres quinchos y varias construcciones menores. Vainas servidas, tarros, ropa, restos de medicamentos y material para los primeros auxilios quedaban esparcidos cuando los delincuentes se retiraban apresuradamente”. [289]

Con respecto a la tercera cuestión, la estrategia internacional del PRT-ERP, a fines de febrero

Llegaron a Roma dos emisarios de Santucho con el propósito de iniciar un periplo por la Europa occidental en búsqueda de apoyo político. Otra vez, el sociólogo norteamericano James Petras fue testigo de esta empresa: “A principios de 1976 teníamos en Roma la última reunión del Tribunal Russell. Santucho había mandado dos emisarios a conversar conmigo y con Julio Cortázar para convencernos de que el Tribunal se expidiera a favor de declarar al ERP como fuerza beligerante por la guerrilla en Tucumán. Así, pensaban, podrían exigir la aplicación de la Convención de Ginebra sobre las leyes de la guerra, especialmente para el trato de los prisioneros, ya que el ejército había resuelto hacía tiempo que los torturaba y luego los mataba. Pero lo que más me impresionó del ERP en ese momento era la visión muy exagerada de su capacidad militar. Sostenían que había dos ejércitos en la Argentina, y una guerra. Era una idea pretenciosa. Cortázar y yo, aunque estábamos decididos a ayudar para evitar la masacre de prisioneros porque ésa era la tarea de defensa de los derechos humanos específica del Tribunal, no compartíamos esa apreciación de los guerrilleros. Durante horas, tratamos de explicarles que lo que solicitaban excedía los marcos del Tribunal; segundo, que considerábamos que no había una guerra y tampoco dos ejércitos. Cortázar compartía la evaluación sobre lo que podríamos hacer pero estaba muy preocupado por la respuesta hostil de ellos. Nos criticaron duramente porque decían que no teníamos derecho a ser neutrales en la lucha que se libraba en la Argentina.

”Estaban equivocados porque ni Cortázar ni yo éramos neutrales al denunciar los asesinatos masivos de opositores políticos en la Argentina. Cuando la discusión subió de tono, se politizó, yo les pregunté cómo era posible que hubieran iniciado operaciones en Tucumán, porque iniciar una revolución aislada en una provincia es peor que iniciarla en un país. Se enojaron mucho, pero repetí que yo no era un estratega militar pero sí un hombre con sentido común. Me explicaron que contaban con el apoyo de la población, pero en el fondo sentí que tenían un tremendo voluntarismo e idealismo. Porque si ellos habían resuelto que estaban en guerra y que había dos ejércitos, así tenía que ser, y no había posibilidad de que estuvieran equivocados. A pesar de esto, Cortázar y yo nos comprometimos a hablar con los juristas del Tribunal para tratar el asunto. Pero el resultado fue como habíamos previsto. La última vez que supe de la situación del PRT-ERP fue el 4 de julio de 1976 en Argelia. Me encontré en un autobús con Julio César, el hermano de Santucho. Teníamos la reunión de la Liga por los Derechos de los Pueblos, promovida por la Fundación italiana Lelio Basso. Allí me explicó que la situación política había cambiado notablemente, y que Santucho estaba optimista ya que el golpe militar provocaría resistencia y sería posible extender la lucha guerrillera con mayor participación popular. Ya sabíamos, por la experiencia vivida en el Tribunal Russell, que los golpes militares —como el caso de Chile— eran muy negativos para cualquier proceso de lucha. Que era muy difícil que las fuerzas guerrilleras resistieran semejante embate militar. Pero a pesar de estas consideraciones, he respetado siempre a Santucho por su compromiso con los trabajadores; por haber jugado su vida por esos ideales.”[290]

Santucho no parecía dispuesto a retroceder. A pesar de que conocía la fecha aproximada del golpe militar —y tal vez para dar confianza a sus compañeros, demostrar que nada limitaba sus convicciones revolucionarias, o porque continuaba subestimando las fuerzas de sus enemigos—, convocó al comité central perretista para el 28 de marzo. Los 70 principales dirigentes de la organización asistirían a la que fue la última reunión importante del PRT-ERP. En tanto, el jefe del ERP tenía varios asuntos personales pendientes: despedir a sus padres, Manuela y Don Francisco, y a su hermana Blanca Rina, que unas semanas después debían partir hacia Cuba. A ellos se sumará Julio César, pero con destino a Roma. La pareja Silva-Demarchi había partido en febrero hacia La Habana, llevándose al pequeño Mario Antonio. Santucho no pensaba irse del país en esas circunstancias. Es más, solicitaría al comité central perretista en pleno autorización para subir nuevamente al monte.

A la una de la madrugada del 24 de marzo, mediante la denominada “Operación bolsa”, fue arrestada por un comando militar al mando del brigadier Basilio Lami Dozo la todavía incrédula Isabel Perón. A las 2.45, oficialmente las FF.AA. se hicieron cargo del gobierno. Los funcionarios y los líderes del sindicalismo y del Partido Justicialista fueron detenidos y alojados en tres buques-cárcel. La junta militar integrada por Videla, Massera y Agosti, a través de continuos bandos militares declaró a todo el territorio nacional “objetivo militar” sujeto al nuevo orden.^[291] Inicialmente no hubo sorpresas. Era el golpe militar más anunciado y fue el que menor resistencia tuvo en la Argentina moderna. Se nombró al presidente del Consejo Empresario Argentino, de la gran industria del acero Acindar, del Centro Azucarero de la Argentina, José Alfredo Martínez de Hoz, ministro de Economía. Debía producir “un relanzamiento productivo”. Igual que en 1966, se clausuró el Congreso Nacional, se prohibió la actividad partidaria y se estableció la censura previa, se anuló toda la legislación laboral y se rediseñó al Poder Judicial con jueces adictos al Proceso de Reorganización Nacional (PRN). Pero al estilo de 1976, se sembró el terror del Estado: 340 campos clandestinos de detención en la geografía del país, miles de desaparecidos —incluidos 140 niños y 232 adolescentes—, y diez mil presos políticos.^[292] A poco de andar, el plan productivo devendría en predominio del capital financiero, en especulación desenfrenada, endeudamiento externo, deterioro del nivel de vida de los trabajadores, desocupación y desindustrialización.^[293] Dos años después, la simpatía inicial por el régimen mutará en mueca trágica.

“A partir del golpe militar de 1976 se comienza a conformar un nuevo bloque de poder constituido por una fracción de la oligarquía que se había diversificado hacia la industria y una fracción del capital extranjero que había liderado el proceso de sustitución de importaciones anterior. El primer objetivo fundamental de la dictadura militar fue redefinir, en forma irreversible, las características sociales, económicas y políticas que le habían permitido a los sectores populares cuestionar el poder y comenzar a definir un proyecto revolucionario. El otro consistió en que, junto a la reimplantación de las condiciones de dominación social, debían eliminarse las pujas internas dentro de los sectores dominantes

mediante la articulación de un nuevo bloque de poder. Desde esta perspectiva, ciertamente quedaba invalidada la estrategia de profundizar la industrialización sustitutiva ya que dicho proceso no habría hecho más que consolidar las condiciones ya presentes en los sectores populares así como sus alianzas con la pequeña y mediana burguesía nacional. (...) En este contexto y con estos objetivos, el régimen militar internaliza la crisis capitalista mundial mediante una política económica basada, por un lado, en la apertura del mercado interno a los bienes importados y a la libre movilidad de los capitales y, por otro, en la reforma financiera y la liberación de la tasa de interés. A partir de allí, la sociedad argentina transitó del agotamiento de un patrón de industrialización a una crisis estructural basada en la centralización del capital, la concentración de los ingresos y los mercados y la desestructuración industrial. (...) Las alteraciones generadas en la estructura económico-social fueron profundas. Desde el momento mismo del golpe de Estado, se produjo una acentuada redistribución del ingreso en contra de los asalariados que se mantuvo a lo largo de toda la dictadura y se llevó a cabo mediante la caída del salario real, el redimensionamiento del mercado de trabajo y el cambio sectorial de la ocupación, el deterioro de las condiciones laborales y la prolongación de la jornada de trabajo. (...) Para lograr imponer una reestructuración de estas características, que sin duda también incluyó al ‘mundo’ cultural, se recurrió a dos elementos básicos: el primero de ellos fue la definición y aplicación de una nueva doctrina represiva que estuvo destinada a lograr su ‘viabilidad’ social y política, mientras que el segundo fue el masivo endeudamiento externo, el cual tuvo un papel clave en las transformaciones económicas. A partir de la crisis capitalista, el avance de los sectores populares y el agotamiento de la sustitución de importaciones se produjo una revisión y transformación de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Las FF.AA. abandonaron la concepción de que el crecimiento económico era el elemento superador de los conflictos sociales, reemplazándola por otra en la cual la crisis y la represión eran los factores centrales para disciplinar y subordinar a los sectores populares. (...)”[294]

Pero en esos días de marzo de 1976, la sociedad se resignaba al nuevo orden. La misma mañana del 24 de marzo, recluido en la casa de Villa Martelli junto con Urteaga y Menna —que se había mudado recientemente al cuarto piso “B” del edificio—, Santucho redactó un extenso editorial para difundir la posición del PRT-ERP ante el golpe militar. También debía preparar los documentos sobre el inminente cónclave perretista que iba a realizarse en una casa quinta de la localidad bonaerense de Moreno. En el documento que analizaba la situación nacional, Santucho comenzaba con una consigna imposible: “¡Argentinos, a las armas!”. Y entre otros párrafos decía: “...la usurpación del gobierno por los militares y el recrudecimiento de la represión antipopular que caracteriza a la nueva dictadura, coloca a nuestro pueblo ante un desafío histórico, en una nueva etapa de la lucha revolucionaria ya iniciada y a las puertas de la época histórica por la que ya marcha erguida y determinada su vanguardia guerrillera. (...) Ya hay quien sostiene que esta dictadura no durará, que los militares volverán pronto a llamar a elecciones. Nosotros pensamos que no es así. Que este régimen, que no es provisorio y viene a producir cambios en la estructura socio-económica

argentina, se mantendrá hasta que las fuerzas revolucionarias estén en condiciones de derrocarlo. (...)”. Y concluía: “Un río de sangre separará a los militares del pueblo argentino. El gobierno militar no tiene posibilidades de derrotar al movimiento de masas (...) El paso dado por los militares clausura definitivamente toda posibilidad electoral y democrática y da comienzo a un proceso de guerra civil abierta que significa un salto cualitativo en el desarrollo de nuestra lucha revolucionaria”.^[295] ¿Qué le hizo suponer a Santucho que los argentinos estaban dispuestos a resistir, con las armas en la mano, el ascenso militar? Tal vez haya sido su obstinada y voluntariosa idealización del “pueblo” como una masa uniformemente heroica. O su resistencia a aceptar que las organizaciones guerrilleras no habían sido unidas, como imaginaban, “vanguardia indiscutida del pueblo”. O su definitiva confusión respecto de las innumerables movilizaciones por derechos económicos, civiles y políticos de la década, que él había interpretado como la demostración cabal de una masiva conciencia anticapitalista y proguerrillera ya adquirida.

Ese documento fue el que Santucho expuso a sus compañeros en la quinta de Moreno, a la que también habían sido invitados algunos tupamaros y el mirista Edgardo Enríquez. Pero, además, en lo referido a los asuntos internacionales, Santucho aceptaba, por primera vez, que “la URSS era el bastión principal del campo socialista”, consumando definitivamente su ruptura política con el trotskismo.^[296] Esta defensa acrítica de la URSS era la resultante del proceso político de Santucho desde mediados de 1972, pero de cualquier manera indicaba que el jefe del PRT-ERP se alejaba de un cierto dogmatismo para ceder ante otro: desembocaba en el stalinismo que originariamente había denostado.

A pesar de las fantasías guerrilleras, semejante reunión clandestina a cuatro días de que las Fuerzas Armadas hubieran tomado el poder no pasó desapercibida. A la hora de la siesta del 29 de marzo, durante un receso del cónclave, una patrulla militar atacó la quinta. Años más tarde, Luis Mattini contará así el enfrentamiento: “El grueso del comité central, incluido el buró político, dormía en el piso superior del chalet. Unos doce hombres vestidos de civil —probablemente a las órdenes del capitán Leonetti—, que habían llegado en un par de camionetas, se lanzaron directamente al asalto de la casa a través del amplio y descubierto jardín del frente, disparando sus armas e intimando a la rendición. (...) Los grupos de retirada, previamente numerados por orden de salida, bajaron rápidamente y se apostaron en la planta baja, en medio del tiroteo, esperando la orden del jefe de la defensa, Juan Manuel Carrizo. En el primer grupo iban Santucho, el buró político y Edgardo Enríquez, precedidos por un sargento del ERP con un fusil FAL y dispuestos a romper el cerco por la parte trasera de la casa. (...)”.^[297] Ya en la calle, Santucho y Carrizo robaron un coche para huir. Urteaga tomó un colectivo a pocas cuadras y Eduardo Merbilháa y Edgardo Enríquez debieron ocultarse durante dos días en una zanja en medio de un maizal. Este último desapareció para siempre un mes después, como resultado de un operativo conjunto de los ejércitos argentino y chileno.

“Santucho estuvo en Moreno” y “Fueron abatidos doce extremistas el lunes en Moreno”, tituló La Opinión del 1° de abril. No daba la lista de las bajas. Entre los cuatro muertos y ocho desaparecidos, el PRT-ERP había perdido a cuatro miembros de su dirección nacional, entre ellos, al jefe de

inteligencia del ERP, Juan Mangini (desaparecido), y a la ex estudiante de Psicología Susana Gaggero de Pujals (muerta). El Combatiente del 21 de abril de 1976 publicó la lista de las doce bajas y exigió, sin éxito, “la aparición de los compañeros detenidos y muertos en Moreno”. En el artículo citado, La Opinión anunciaba, también, que el Ejército había secuestrado valiosa documentación probatoria de las actividades del ERP, lo que lo obligaría a una mayor clandestinidad para borrar las huellas dejadas en Moreno.

Los guerrilleros no lo lograron. Una semana después, la prensa informaba —aunque sin dar detalles— que en una fulminante operación el Ejército había desbaratado “las bases extremistas de Córdoba” deteniendo a cerca de trescientos perretistas, y que en un enfrentamiento que duró horas había matado a Eduardo Castelo, jefe de la regional y flamante miembro del buró político del PRT en reemplazo de Ledesma. A principios de mayo, fue secuestrado, atormentado y posteriormente asesinado el escritor Haroldo Conti, a quien Santucho consideraba uno de los narradores más comprometidos con su tiempo. Hacia fines de mayo, alrededor del 20, también desapareció Juan Manuel Carrizo, jefe del Estado Mayor del ERP. Estas pérdidas sumieron a Santucho en “una profunda depresión y estuvo casi una semana en cama”.^[298]

Sin embargo, Santucho aún se obcecaba en su militarismo. Ordenó la formación de “una escuadra especial”, fuerza de élite, destinada a continuar produciendo armamento clandestino. Las noticias que le llegaban del Norte, a través de correos, informaban que MacDonald aún podía resistir la embestida de las tropas de Bussi, y esperar refuerzos guerrilleros. “Si podemos eludir el combate abierto y mantenernos por lo menos hasta que pasen los primeros meses del golpe, les habremos ganado parte de la batalla”, le escribía Santucho a MacDonald, convencido de que en pocos meses “la política antipopular de la dictadura más cruel y sanguinaria de nuestra historia, quedará desnuda y vastos sectores populares pasarán a la oposición abierta”.^[299]

En medio de la tormenta, a principios de junio Menna y Santucho habían asistido a una reunión en la casa de Roberto Perdía, a la que también concurrieron los montoneros Raúl Yäger y Horacio Mendizábal. El objetivo era definir qué nombre y programa tendría la OLA. Santucho solía comentar irónico, de esta reunión, lo “duros” que eran los debates con Montoneros, ya que el PRT había tenido que aceptar que la alianza se denominara Frente para la Liberación de la Argentina (FLA), porque el nombre OLA se asemejaba demasiado a Organización para la Liberación de Palestina (OLP). A pesar del progresivo aislamiento político, entonces, Santucho soñaba con esa unidad para reparar las pérdidas del PRT-ERP y trabajaba en ello a un ritmo difícil de seguir para sus propios compañeros.^[300] Escribía más que nunca antes, con la intención de orientar al PRT en la nueva etapa.

Creía que en el terreno guerrillero aún había “tres grandes tareas” a cumplir: “la construcción del Ejército del Pueblo”, “el desarrollo de la autodefensa de masas” y “el trabajo del proselitismo militar dentro de los filas enemigas”. Decía: “Nuestra causa es justa”, por lo tanto, a pesar de las desventajas numéricas, y de las dificultades más que evidentes, los guerrilleros podrían atravesar con “su voluntad de acero” y “el apoyo del pueblo” todas las barreras.^[301] Denunciaba, también, a la “impunidad del régimen” y “el silencio obsecuente y uniforme de la prensa ante los crímenes”. Instruía a sus compañeros acerca de cómo organizar la lucha en las fábricas con “comités fabriles

clandestinos” para impedir “la superexplotación de la mano de obra, con salarios miserables, incremento de la jornada de trabajo y anulación de los derechos laborales”.^[302] En este último punto, el PRT coincidía con la política sindical de Montoneros y OCPO, organizaciones con las que mantenía estrechos contactos. La idea común era la formación de Comités de Resistencia al golpe militar, pero los montoneros insistían en la constitución de una CGT paralela (CGT-R), asunto que sus aliados guevaristas no veían con buenos ojos. En la práctica, tampoco compartían, aunque no los condenaban, los atentados de Montoneros del 18 de junio contra el jefe de la Policía Federal Cesáreo Cardozo —víctima de 700 gramos de trotyl colocados debajo de su cama— y del 2 de julio, cuando nueve kilos del mismo explosivo volaron el comedor de la Superintendencia de Seguridad Federal causando dieciocho muertos y casi sesenta heridos. El PRT-ERP y la OCPO creían que el uso indiscriminado de las bombas podía lanzarlos a un terrorismo desbocado. Por lo menos, no existían antecedentes de tal conducta en ninguna de estas organizaciones guevaristas.

En esos días, las Brigadas Rojas de la OCPO mantenían secuestrado al coronel Juan Alberto Pita, interventor militar de la CGT, con la ayuda logística del ERP. La respuesta de la Policía Federal a los atentados fue tomar represalias contra numerosos detenidos alojados en los calabozos de Coordinación Federal. Cuarenta prisioneros fueron hallados mutilados y carbonizados en la localidad bonaerense de Pilar.

Pero en las fábricas, el PRT había perdido influencia a partir de los últimos meses de 1975, y la dramática situación de sus fuerzas, acosadas por el Ejército en los centros urbanos, hacía que las instrucciones de Santucho quedaran en el papel. Además, ¿qué había pasado realmente en Tucumán? El teniente coronel Jorge Mittelbach, subjefe de la Fuerza de Tareas “Berdina”, oficial de Operaciones y Personal en Famaillá entre mayo y julio de 1976, recordará, años más tarde, la agonía del ERP rural y el cierre del Operativo Independencia a cargo del general Domingo Bussi. “Cuando llegué al monte habría unos 10 o 15 guerrilleros dispersos, dirigidos por MacDonald, a quien matamos poco después. Ahora bien, como oficial del Ejército Argentino, creo que no estábamos preparados para la lucha antisubversiva. Y cuando fuimos al monte, salimos a combatir con los reglamentos de Corea, Vietnam y Argelia. Por eso decíamos: tomamos prisioneros, los torturamos, y con la información así lograda salimos a buscar a otros subversivos. Al monte se transfirieron los procedimientos usados en las ciudades, pero también, porque el ámbito lo permitía, se salió a combatir abiertamente. A mí, que soy militar, no me tembló la mano para ese combate limpio. No hubiera tenido problemas en ser jefe de un pelotón de fusilamiento de guerrilleros que hubieran sido juzgados sumariamente en esas condiciones de combate. Pero para mí, que soy un profesional de la violencia, aniquilar al enemigo significaba hacerle perder su capacidad de lucha hasta rendirse o matarlo en combate franco.

”Cuando llegué, entonces, Bussi era ya gobernador de Tucumán. Pero una de las primeras cosas que vi fue que se le daba importancia prioritaria a la inteligencia militar que consistía en: tomar prisioneros, someterlos a tormentos, extraerles información y pasarlos a disposición final, es decir pegarles un tiro en la cabeza, quemarlos y enterrarlos en el monte. Lo primero que me mostraron cuando llegué fue el patio de prisioneros, un lugar

lóbrego y tenebroso. Esa misma noche del 25 de mayo de 1976, a un día de estar en la fuerza, a las dos de la mañana me despertaron los gritos de los torturados. Me asomé y vi gente de 70 años, y también de doce años. Inmediatamente pedí hablar con los jefes de la fuerza, tenientes coroneles Reposi y Ríos Ereñú. Reposi me dijo: ‘Mirá negro, acá las cosas no son como nos enseñaron en la escuela’; yo contesté: ‘Las cosas son como vos querés que sean, como tu ética de militar lo indique’. Y Reposi, reflexionando, me dijo que hablara con Ríos Ereñú. Le pedí un relevamiento médico de los prisioneros, y que sacaran a esa criatura de doce años de ahí. Ríos Ereñú me dijo: ‘No se preocupe, déjeme que yo hable con el general (Bussi). Tengo una reunión con él en Fronterita’. Yo me quedé preocupado porque me daba cuenta de que había dado un paso definitivo, al obligarlo a decidirse por dejar esos métodos o sostenerlos. Al regresar él de su reunión con Bussi salgo a su encuentro. Ríos Ereñú me dijo con gran sonrisa: ‘No se preocupe, el general estuvo de acuerdo, prepare a los prisioneros que mañana a las 7.30 pasan a buscarlos’. Los iban a sacar de la sede de la Fuerza de Tareas (FT) y trasladarlos fuera de la mirada de los soldados. Respecto a la chica me dijo que la mandarían a un asilo para después entregarla a su familia cuando terminara el Operativo Independencia. ¿Cuántos guerrilleros quedaban en ese momento? Realmente, no más de una docena, porque si no los mataba el hambre los matábamos nosotros. Respecto a la acción cívica, Bussi apretaba a los cañeros ricos e hizo centros asistenciales y escuelas, pero no reactivó la base productiva de la provincia, ya desmantelada”.^[303]

El resultado del enfrentamiento armado en Tucumán dejó, entre otras enigmáticas consecuencias, tierra arrasada: 24 militares muertos en combate, 15 en accidentes de aviación, 5 por atentados guerrilleros y uno por la desactivación de una bomba; 428 civiles desaparecidos y 225 muertos, entre ellos 80 guerrilleros, y 200 presos políticos. Pero el 80% de las desapariciones y muertes de civiles se produjo después de julio de 1976, cuando la guerrilla estaba aniquilada.^[304] También hubo otras opiniones sobre el Operativo Independencia. Un balance difundido años más tarde dirá que la “acción cívica” había logrado, entre 1976 y 1977, que Tucumán cancelara su deuda pública y obtuviera un superávit financiero; la construcción de un yacimiento de caliza; ocho hospitales y 40 puestos sanitarios; la eliminación de las escuelas ranchos, y la construcción en un año y medio de “casi la misma cantidad de escuelas que en el período 1961/1976”; la instauración de 1.332 becas para alumnos primarios; la creación de cuatro nuevos pueblos y la programación de una campaña “para lograr el renacimiento del sentir patriótico atacado por la subversión. Fueron donadas banderas de ceremonias y se restableció el respeto por los símbolos patrios”.^[305]

Durante las últimas semanas de junio de 1976, la implacable persecución del Ejército, arma que tenía asignado el aniquilamiento del ERP, desarmó las células perretistas de Mendoza, Santa Fe y Rosario. El balance negro guerrillero calculó cerca de doscientos militantes secuestrados, y la destrucción de la mayoría de sus imprentas clandestinas y fábricas de armamento. Además, hacía más de dos meses que el PRT-ERP había prácticamente desaparecido de la escena política. Finalmente, Santucho aceptó que había llegado la hora de revisar sus concepciones.

Los primeros días de julio, el buró político del PRT lo escuchó decir, por primera vez en cinco

años:

—Nos equivocamos en la política, y en subestimar la capacidad de las FF.AA. al momento del golpe. Nuestro principal error fue no haber previsto el reflujo del movimiento de masas, y no habernos replegado. Por lo tanto debemos desmilitarizar la política, replegar al Partido en los centros obreros y disolver la Compañía de Monte hasta que un nuevo auge del movimiento popular, aproximadamente dentro de un año, o un año y medio, nos permita relanzarla.[306]

A partir de ese momento, aliviados por el cambio de rumbo, muchos perretistas supérstites, aún decididos a continuar la lucha, presionaban para que Santucho emprendiera el camino del exilio, opinión que compartían sus compañeros del buró político. Si bien no opuso resistencia, Santucho se negó a irse sin antes consultar a la instancia deliberativa intermedia, los doce miembros del comité ejecutivo partidario, quienes finalmente aprobaron la propuesta por unanimidad. Sin embargo, Santucho se negó a viajar inmediatamente, argumentando que sólo él podría dejar sellado el pacto de la OLA con Montoneros en el encuentro previsto con Perdía y Firmenich para el 19 de julio por la mañana. Se iría, entonces, el 19 por la tarde.

El 13 de julio, patrullas del III Cuerpo de Ejército allanaron en la ciudad de Córdoba la última y más importante imprenta del ERP. La Opinión del 15 de julio dijo: “Según las autoridades esta verdadera obra de ingeniería necesitó del desmontaje de alrededor de 300 metros cúbicos de tierra. La magnitud de los trabajos permite suponer que la instalación del lugar demandó cerca de dos años (...) En la imprenta se halló: una guillotina automática; dos impresoras offset de gran velocidad; mimeógrafos electrónicos; aparatos de impresión de negativos, un depósito de tinta, etcétera. En otras dependencias se halló una estación de radio, un pequeño polígono de tiro y laboratorios fotográficos”. El secuestro por un “grupo de tareas” del Ejército, el mismo 13 de julio, de su hermana Manuela y de su cuñada Cristina Navajas, y el definitivo cerco tendido por el Ejército a las fuerzas del PRT, ayudaron a Santucho a tomar el camino del exilio. De la treintena de fundadores del ERP sólo quedaban con vida Santucho, Menna, Urteaga, Mattini y Carlos Germán, quien había estrechado filas con Gorriarán Merlo para plantear críticas políticas, que no habían prosperado.[307]

El 15 de julio comenzó a regir la pena de muerte oficial para quienes atentaran contra funcionarios del gobierno o fuerzas de seguridad. El 17 de julio, en el departamento de Menna en Villa Martelli, donde vivía ya desde principio del mes, Santucho se reunió con su buró político para discutir qué misiones tendría en el exilio. Acordaron que fijara su residencia en La Habana, estrechara vínculos con otros partidos revolucionarios con los cuales el PRT mantenía relaciones e intentara viajar a Moscú para interesar a la URSS —cerradamente antiguevarista por la influencia del PC argentino— en la estrategia del PRT. Por último, intentaría conseguir apoyo para el entrenamiento de nuevos guerrilleros. Santucho impartía miles de recomendaciones a sus compañeros, sobre todo referidas a la necesidad de mantener la unidad partidaria. Presentía, luego de una extensa conversación con Gorriarán Merlo y Carlos Germán, la existencia de serias desavenencias políticas que amenazaban con desmoronar la antigua cohesión del PRT-ERP. El domingo 18 de julio, en la casa de Menna, los más cercanos dirigentes perretistas despidieron con vino y empanadas a su jefe.[308]

Durante los días que habían transcurrido desde la decisión de partir al exilio hasta las 14,30 hs. del lunes 19 de julio, cuando el capitán Juan Carlos Leonetti lo encontró, Santucho se cuidó de usar la palabra “derrota” para definir la situación por la que atravesaban. Aún creía que no era tarde para proteger al PRT-ERP de la catástrofe.

La muerte y otros relatos

El 19 de julio de 1976, minutos antes del mediodía, Domingo Menna salió de su casa de Villa Martelli rumbo a la estación Rivadavia del Ferrocarril Mitre. Iba a entrevistarse con un médico amigo.^[309] Llevaba documentos falsos con el apellido “Munich”, los mismos documentos con los que había comprado el departamento en una inmobiliaria de la zona, unos meses antes. Fue detenido por un comando del Ejército a los pocos minutos de llegar, trasladado a Campo de Mayo y, meses después, muerto.^[310] Un par de horas antes, Fernando Gertel, enlace del buró político perretista, había partido hacia la localidad de Vicente López para encontrarse con el hombre de confianza de Cirilo Perdía. Ambos debían organizar la llegada de Santucho a la casa del jefe montonero para la reunión constitutiva de la OLA. Aproximadamente a las once de la mañana, Gertel se encontró con Liliana Delfino, esposa de Santucho, para darle la mala noticia de que Montoneros no había concurrido a la cita. El asistente de Perdía había sido detenido unas semanas antes, pero Santucho no estaba enterado. Montoneros no se lo advirtió. Años más tarde, esta situación dará lugar a numerosas sospechas sobre la conducta de Montoneros.^[311] Gertel no volvió a ver a sus compañeros: fue secuestrado en pleno centro porteño por una patrulla del Ejército la misma tarde del 19 de julio de 1976. La OLA nunca se concretó.

Desde hacía meses, el capitán Juan Carlos Leonetti andaba tras los pasos de Liliana Delfino, a la que identificaba como “la alemana”, supuesto seudónimo que usaba la mujer de Santucho. ¿Era obvio para el capitán Leonetti, en su pertinaz persecución del “enemigo público número uno” del régimen y de la cúpula del PRT-ERP, que el falso apellido “Munich” podía pertenecer a “la alemana”? ¿Buscaba en realidad a Menna, y por elevación a Santucho? Si realmente Leonetti sabía que allí estaba el hombre más buscado de la Argentina, ¿hubiera llegado sólo con tres hombres y unos pocos más en los alrededores? ¿O, como solían hacer en tales operativos las fuerzas de seguridad, hubiera apoyado ese procedimiento con un ostensible despliegue bélico? Hacia la una de la tarde del 19 de julio, en el departamento de Menna, Santucho preparaba sus maletas para partir al anochecer rumbo a Europa —vía Lima— y seguir viaje desde Praga hasta La Habana.^[312] Junto con él estaban su esposa, también Ana María Lanzillotto, esposa de Menna —embarazada de ocho meses—, Urteaga y su hijo José, de apenas dos años. El aspecto de Santucho había cambiado. Si bien no tenía hecha cirugía estética —contrariamente a lo que señaló la prensa— usaba pelo enrulado y anteojos.^[313]

Sólo los archivos de la inteligencia militar de aquellos años podrán responder si efectivamente, como especuló La Opinión, el capitán Leonetti había relevado los datos de alquiler y compra de departamentos en las inmobiliarias de la zona luego de conocer la identidad falsa de Menna; si llegó buscando “un importante refugio extremista” por una delación y encontró, de casualidad, al jefe del ERP, in fraganti en la vulneración de las propias normas de seguridad estipuladas por los guerrilleros porque habían concentrado, en una misma casa, a cuatro de los cinco miembros de la dirección perretista. Y, por último, si efectivamente la información que llevó al refugio provino de una infidencia de Montoneros.

Es probable, entonces, que a las 14.30 de ese lunes nublado y frío, el capitán Leonetti, casi desprevenido y en un Ford Falcon sin patente, llegara a la calle Venezuela 3149 de Villa Martelli, subiera al cuarto piso “B” con los tres oficiales que lo acompañaban precedidos por el asustado portero, se parapetara en un codo de la escalera mientras el portero golpeaba la puerta, y viera aparecer a Liliana Delfino gritando y dando la alarma. Que el jefe del ERP haya manoteado su arma, regalada por Salvador Allende, en su desesperada carrera hacia una ventana enrejada, que muchas veces había pensado en desenrejar,[314] mientras disparaba junto con Urteaga contra la patrulla militar. Y que haya contestado con su grito de guerra: “¡Viva el ERP!” a la orden de rendición. Es también probable, entonces, que en el intercambio de disparos, y el olor rancio de la pólvora y los gritos de las mujeres y el niño, hayan quedado tendidos los cadáveres de Santucho y Urteaga y el cuerpo herido del capitán Leonetti. Y que luego, siguiendo la rutina de los procedimientos militares de la época, nada haya quedado sin demoler y apropiar. Que ambas mujeres hayan sido trasladadas a Campo de Mayo, atormentadas y luego muertas,[315] y que el niño Urteaga fuera entregado a su familia paterna, como efectivamente sucedió. Jamás se supo, sin embargo, el destino del bebé que esperaba Ana Lanzillotto.

Es posible, también, que los cadáveres de Santucho y Urteaga efectivamente hayan sido llevados a Campo de Mayo, al parecer destino sellado para los prisioneros del ERP. Las pasiones terroríficas de aquellos años fundaron la versión que transmitió a la autora de este libro el periodista Juan Gasparini en su exilio suizo: mientras Gasparini estaba detenido en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), otro militante montonero, delirando y con su razón turbada por tantos tormentos, le había contado que en Campo de Mayo, lugar de su primera detención, había escuchado que Santucho y Urteaga habían sido expuestos como trofeos de guerra en la plaza de armas frente a numerosos oficiales. Y que, poco después, los cuerpos fueron quemados y esparcidas las cenizas, tal como alguna vez había sucedido con las del Che.[316] O tal vez sea verdad, como oportunamente señalara el diario La Razón, que los cuerpos tuvieron “cristiana sepultura” en una tumba NN.[317] Lo cierto es que el destino final de aquellos cuerpos y prisioneros sólo podrá ser revelado por los jefes militares a los que les tocó actuar en esos días.[318] Sin embargo, hay otras circunstancias que rodearon el final de Santucho que sí es posible reconstruir.

Luis Mattini y Eduardo Merbilhaá estaban lejos del edificio durante el tiroteo. Enterados de los sucesos, se reunieron inmediatamente para reorganizar las huestes partidarias. Pero el PRT-ERP había sufrido una herida mortal con la pérdida de sus tres principales jefes históricos en un mismo

día.[319] El editorial de El Combatiente del 25 de julio de 1976 dijo de la muerte de Santucho: “¡Ha muerto un revolucionario, viva la revolución!... Toda su vida y su misma muerte fueron una batalla constante por la felicidad de su pueblo, y su muerte no ha sido en vano. Fue un abanderado de la unidad de todas las fuerzas revolucionarias, democráticas y antiimperialistas para conquistar, mediante la lucha consecuente, la felicidad de todo el pueblo. Fue un heredero de San Martín, Bolívar y el Che”.

En esos días, los presos políticos del PRT-ERP llegaban a la conclusión de que la muerte de Santucho había sido un golpe definitivo para sus sueños revolucionarios. En 1990, Pedro Cazes Camarero recordó: “Nosotros sabíamos que en algunas fábricas, muchos trabajadores habían hecho un minuto de silencio por su muerte. Lo consideraban uno de los suyos. La censura impuesta sobre la prensa tanto de la derecha como de la izquierda no dejaba trascender la terrible sensación de derrota que se apoderó de los sectores populares. Era claro que la muerte de Santucho tenía un significado muy simbólico, además de las consecuencias prácticas. Era como si significara que los militares no podían consumir su asalto al poder totalmente si, además, no lo mataban a Santucho. Con sinceridad, yo esperaba que eso sucediera, porque nos dábamos cuenta de que la cosa no daba para más. La última carta que le mandamos fue una recomendación, casi desesperada, para que se fuera del país. Nos enteramos de su muerte al día siguiente. Los guardiacárceles estaban muy interesados en transmitirnos la noticia para desmoralizarnos. Los guardiacárceles, como siempre, no parecían contentos, sí los oficiales del Ejército. Con Santucho tenían, en Rawson, una especie de respeto mágico, como si, a pesar de muerto, alguna vez pudiera ser el presidente de la Argentina. Finalmente, Santucho fue un producto de la época. Un hombre que se atrevió a desafiar al poder”. [320]

La izquierda comunista y trotskista argentina, empero, por censura o autocensura, no se expresó sobre la muerte de Santucho. El periódico Avanzada Socialista, órgano del PST de Nahuel Moreno, había suspendido su aparición en esos días. El dirigente comunista Fernando Nadra recordó años más tarde que Nuestra Palabra, órgano del PC, “condenó el asesinato de Santucho, pero también se señaló lo incorrecto del camino ultraizquierdista tomado”. [321] Sus dichos no pudieron ser constatados en ningún periódico o documento comunista de la época. Además, el precipicio político que separaba al PRT de los comunistas en 1976 se había ahondado, especialmente luego de que los comunistas argentinos prestaran “apoyo crítico” al régimen de Videla, a quien consideraban un “general democrático” batiéndose contra amenazantes “pinochetistas” como el general Benjamín Menéndez. El matrimonio económico de la URSS con el régimen militar —en 1980 la URSS compró el 52% de la cosecha cerealera argentina— fue la explicación, para algunos, de la actitud tomada por los comunistas, alineados con la URSS, que trabaron la condena a la violación de los derechos humanos en la Argentina en todos los foros internacionales, con el pretexto de que la condena era impulsada por la administración del presidente James Carter.

La izquierda peronista, en cambio, lamentó explícitamente la muerte de Santucho. La cúpula de Montoneros ordenó que “todas las estructuras del Partido y del Ejército le rindieran homenaje en formación” repitiendo el tradicional saludo de duelo de los guerrilleros: “Compañero Santucho: ¡Hasta la victoria siempre!”. Y en sus publicaciones definió al jefe del ERP como “un revolucionario

consecuente... uno de los más entusiastas impulsores de la unidad de las organizaciones que combaten a la dictadura militar con las armas en la mano”.^[322] Para muchos de los que admiraron y conocieron a Santucho, ¿cuál fue el impacto de su muerte? El abogado Eduardo Duhalde describió así aquella circunstancia: “Estaba solo en Buenos Aires cuando, ese malhadado 19 de julio, vi en Última Hora su muerte. Pensé que la derrota se había consumado. Tal el valor de Santucho como símbolo. Recuerdo que la última vez que lo vi fue por esos días. Era como el personaje de una tragedia, montado en una obstinación sin límites. Recuerdo que cuando fracasa la guerrilla rural su respuesta fue ir a instalarse a Tucumán. Santucho tenía una profunda convicción de las posibilidades del triunfo popular pero creo que había algo más: como en una tragedia griega, no estaba dispuesto a abandonar el rol que le había tocado jugar. Era un hombre singular, seguro de sí mismo, con una voluntad de acero y un alto nivel de persuasión. No era formal, sí serio, y aunque sus modales eran suaves encerraban, de alguna manera, un profundo autoritarismo, porque parecía sentir, en los hechos, que jamás se equivocaba. ¿Acaso era posible lanzarse a la transformación de la historia sin esa obstinación, casi mesiánica? No conozco ejemplos en el mundo que demuestren lo contrario. Lo que sucedió no radicaba en su personalidad sino en sus concepciones políticas. Su personalidad fue un broche que podría haber sellado una victoria. Creo que la Argentina de este siglo ha dado pocos personajes como él. Una de las figuras más respetables y más protagónicas que tuvo la izquierda de este país. Y una de las pocas que tuvo en su cabeza, obsesivamente, la cuestión del poder, la necesidad de cambiar el curso de la historia”.^[323]

La evaluación de la izquierda radical no fue diferente. Osvaldo Álvarez Guerrero relató lo siguiente: “Cuando lo matan a Santucho nuestra principal preocupación ya no era insistir en un debate con la guerrilla que pudiera influirles, encauzarlos en el proceso democrático, sino cómo parar la máquina de matar. Nuestra obsesión entonces era cómo parar la matanza que había comenzado en la Argentina. Pero sí recuerdo que su muerte —de la que nos enteramos por los diarios— trajo pesadumbre a varios militantes radicales, porque habían matado, a pesar de las enormes diferencias que nos separaban, al último de los guerrilleros respetables. Eran muy claras, ya entonces, las diferencias entre Santucho y Firmenich. Santucho se había transformado para una generación de jóvenes de izquierda, en una figura romántica, aunque agónica, y simbólicamente su muerte representó el fin de la utopía revolucionaria. Creo, sin embargo, que ésa no era una valoración política sino una reflexión emocional porque lo que sí nos obsesionaba entonces, inmediatamente luego del golpe militar, era cómo detener los secuestros, las torturas y los asesinatos masivos que habían comenzado”.^[324]

A mediados de agosto de 1976, Luis Mattini fue elegido secretario general de los restos del PRT, y junto con Merbilhaá y Enrique Gorriarán Merlo, entre otros, formó una nueva dirección política. En setiembre de 1976 Merbilhaá fue secuestrado por tropas del Ejército. En diciembre del mismo año Carlos Germán y Leandro Fote tuvieron igual destino. A fines de 1976, medio centenar de dirigentes, entre ellos Mattini, Gorriarán Merlo y Roberto Coppo partieron al exilio. A mediados de 1977, luego de la tenaz persecución militar a sus últimas células, el PRT-ERP ya no existía en la Argentina. La última y desesperada aparición del ERP el 18 de febrero de 1977 había sido la denominada

“Operación Gaviota”: intentaron volar el avión en que viajaban Jorge Rafael Videla y José Martínez de Hoz con 104 kilos de trotyl colocados en una de las pistas del aeroparque metropolitano Jorge Newbery.[325] Los militantes que sobrevivieron a la represión se dispersaron por el mundo. Cientos de ellos, sin embargo, revistaron en las listas de desaparecidos; hubo escasos sobrevivientes, excepto por los presos políticos detenidos con anterioridad a agosto de 1975. Por su intransigencia y origen marxista, fueron considerados irrecuperables para cualquier experimento político-coercitivo del régimen sobre los prisioneros. El destino de la mayoría de los detenidos-desaparecidos del PRT-ERP fue el exterminio.[326]

¿Las FF.AA. consideraban que la muerte de Santucho alejaba definitivamente el peligro revolucionario? ¿Habían implementado en realidad diferentes políticas para con la guerrilla guevarista y peronista? ¿Hubo algún balance de la lucha contrainsurgente? El general Fausto González aportó una de las múltiples opiniones militares sobre aquellos episodios: “Santucho era uno de los enemigos más notorios, más representativos, más tenaces. En cómo terminó esa historia se pueden ver otros elementos: los dirigentes montoneros en su mayoría escaparon del país. Los del ERP murieron combatiendo. Esto marca dos filosofías diferentes: en cuanto Montoneros ve que ha fracasado su intento busca una salida hacia el exterior. Hay gente del ERP que también salió del país, pero Santucho muere acá, en su ley. Su obsesión no le permitía ver que todo estaba perdido. Eso sí, era un producto de esta sociedad. Virtuosos o equivocados, todos ellos fueron un producto de la Argentina, como Rosas, Urquiza, Sarmiento. A la larga, dentro de muchos años, Santucho será entendido como un producto del país como lo fue Alejandro Lanusse. A lo mejor fue mucho más representativo de la sociedad argentina Santucho que el Che Guevara. Más aferrado a su tierra, aunque estaba equivocado: dados los problemas del país, y por la situación internacional, Santucho buscó la salida de la revolución. Entonces, despreció la democracia, fue antisistema. Veo improbable —porque estaba menos contagiado por el poder económico que Firmenich— que Santucho hubiera aceptado un indulto. Era más militar en ese sentido, tenía que morir peleando. Era como un héroe de la tragedia griega. Curioso, porque a pesar de estar el ERP en contra de los fascistas, su acción también derivó en un viva la muerte. Y a partir de 1974 comenzó una lucha a muerte de ambos lados. La salida política estuvo ausente y triunfó la lógica de la violencia, y perdió la Nación porque desangra a una generación y a las FF.AA. La muerte de Santucho fue sólo un acontecimiento porque existía el convencimiento de que él era sólo la cabeza de un núcleo que iba a seguir accionando. Y justamente uno de los errores de las FF.AA. en esta guerra, que fue fundamentalmente política, por el poder, fue quedarse con la derrota militar de un sector y no establecer un pacto político con las otras fuerzas de la sociedad. Por eso las consecuencias posteriores. Y el momento de sentarse con todas las fuerzas políticas para discutir qué hacer con la Nación fue 1974, pero no se hizo. En 1976 ya fue tarde”. [327]

A fines de 1979, luego de realizar su VI Congreso en un convento del Piamonte italiano, cercano al lago Garda, el PRT se dividió en el exterior en dos grandes grupos: uno comandado por Mattini, y secundado, entre otros, por Amílcar Santucho —quien había salido en libertad de la cárcel paraguaya en setiembre de 1979— y Roberto Guevara, el hermano del Che. Este grupo renegó de la estrategia

militarista, disolvió el ERP y comenzó a pensar en la reinserción política del PRT en la Argentina. El otro, dirigido por Gorriarán Merlo y Hugo Irurzún, partió hacia Nicaragua y participó en los combates finales del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) contra Anastasio Somoza. Persistió en una visión militarista, integró los aparatos de seguridad oficiales de la revolución sandinista triunfante y planeó y ejecutó la muerte de Somoza en Paraguay en 1980, donde murió Irurzún.

Desde el exterior, Gorriarán Merlo fomentó la creación del Movimiento Todos por la Patria (MTP) para la actividad política en la Argentina. Nunca renunció al militarismo de la década del setenta: reapareció en el país el 23 de enero de 1989, durante la presidencia de Raúl Alfonsín, dirigiendo el irracional y sangriento asalto al Regimiento de Infantería (RI) 3 de La Tablada. Las consecuencias del asalto fueron múltiples: allí murieron y fueron apresados la mayoría de los miembros del MTP, entre ellos Luis Segovia, ex dirigente perretista de la UOM de Villa Constitución, y miembros de las fuerzas de seguridad. También, se impulsó al gobierno a la creación del Consejo Nacional de Seguridad (Conase) que permitía, lateralmente, la participación de las Fuerzas Armadas en la represión interna, prohibida por la Ley de Defensa Nacional de la Democracia. Y, como en la década del setenta, hubo denuncias de tormentos aplicados a los detenidos, y de desaparición de prisioneros. Gorriarán logró fugarse al exterior.[328]

Luis Mattini —cuyo verdadero nombre es Arnold Kremer— renunció al PRT a fines de 1980 y partió al exilio sueco. Allí escribió una reflexión crítica de la historia de la guerrilla guevarista publicada en el libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP*. Regresó a Buenos Aires a fines de 1987 y se incorporó a la actividad política democrática en las filas de la izquierda. Amílcar Santucho y Roberto Guevara regresaron a la Argentina luego de la asunción de Raúl Alfonsín. El primero se transformó en el principal dirigente del reflatado PRT.

El destino de la familia Santucho fue tupacamarizado como el del PRT-ERP. El 26 de enero de 1977 *Le Monde* publicó en París “Le Martyre des Santucho ou l’erradication comme arme antisubversive”, una entrevista de Jean Pierre Clerc a Don Francisco Santucho y Manuela Juárez sobre el destino final de la familia: siete muertos, cuatro desaparecidos, dos prisioneros, nueve exiliados.[329] El viejo procurador Don Francisco murió en el exilio en Ginebra en 1985. Fue embalsamado y enterrado, según su deseo, en una bóveda familiar en el cementerio de la ciudad de Santiago del Estero. Julio César Santucho permaneció en Italia, como profesor de Literatura Española en la Universidad de Calabria. Publicó una extensa reflexión sobre los años de plomo en el libro *Los últimos guevaristas*. Los hijos de Santucho, Gabriela y Mario, permanecieron en Cuba; Marcela y Ana, en Ginebra. El juez Raúl Santucho siguió su carrera profesional, al igual que Omar Rubén, en Santiago del Estero. En 1988, Manuela Santucho envió un poder al Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) fundado por Emilio Mignone, para que la entidad reclamara el cuerpo de su hijo.[330]

El 13 de diciembre de 1983, el presidente Raúl Alfonsín ordenó la captura y procesamiento de las cúpulas de ERP y Montoneros, en particular de Gorriarán Merlo y Mario Firmenich, y de las tres primeras juntas militares de la dictadura. Estas últimas fueron juzgadas y condenadas por numerosos

crímenes contra miles de argentinos.

A fines de 1985, algunos datos políticos y sobre el cambio de la estructura socioeconómica del país revelaron en qué dirección había sido resuelta la crisis que conmovió a la Argentina en los años de plomo. No hay datos exactos sobre la cantidad de víctimas totales, pero diversas fuentes nacionales e internacionales coinciden en señalar que entre 1976 y 1983 hubo cerca de 3 mil muertos, víctimas de la represión. Según informaron las Fuerzas Armadas hubo además 688 muertes provocadas por la guerrilla. A estos guarismos rojos se le suman los 10 mil presos políticos, entre 10 y 15 mil desaparecidos —entre ellos adolescentes y niños—, aunque los organismos de derechos humanos estiman que la cifra de desaparecidos es, en realidad, 30 mil y miles de exiliados. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA acusó en 1979 a la junta militar de haber practicado “el terrorismo de Estado”. Juzgados por el gobierno de Raúl Alfonsín en 1985, fueron condenados los miembros de las tres primeras juntas militares de la dictadura junto a un puñado de jefes de comando, y desprocesados más de 500 oficiales que participaron en la represión ilegal. Mario Firmenich fue encarcelado y condenado a 30 años de prisión. Tanto los jefes militares como la cúpula montonera, finalmente, fueron indultados entre 1989 y 1990 por el presidente Carlos Menem, a pesar de la oposición del 79% de los argentinos. Los cambios en la estructura económica entre 1975 y 1983 fueron decisivos: la deuda externa se incrementó en ocho veces; se duplicó la desocupación y subocupación; los trabajadores redujeron a la mitad su participación en la renta nacional; los obreros industriales se redujeron en más de un tercio; el proceso de desindustrialización se acentuó. Las consecuencias se reflejaron en el mapa de la pobreza: la cantidad de ciudadanos con sus necesidades de vida insatisfechas se triplicó.^[331]

El capitán Leonetti fue ascendido posmortem al grado de mayor. En su honor, el Ejército argentino nominó con su nombre al “Museo de la Subversión” de Campo de Mayo, donde se guardan armas, símbolos y documentos capturados a la guerrilla. Allí, detrás de una vitrina, está la ropa con la cual murió Leonetti: un jean, el pullover atravesado por varios impactos de bala, y sus borceguíes marrones. Junto a las ropas, hay una fotografía de Santucho y su título de Contador Público. También, una leyenda póstuma: Leonetti nunca supo que había matado a Santucho.

En una de sus efemérides, El Liberal de Santiago del Estero recordó el 7 de enero del 1986: “HACE 25 AÑOS, 7 DE ENERO DE 1961, VIAJE DE ESTUDIOS. Un matrimonio de jóvenes universitarios inicia un viaje a través de América Latina hasta las universidades de Harvard y Princeton: se trata de Mario Roberto Santucho, de Ciencias Económicas, y su esposa Ana María Villarreal, licenciada en Arte”. ¿Acaso la efeméride del conservador diario de la provincia significó un elíptico reconocimiento al joven Santucho por haber sido uno de los hombres más prometedores, aunque descarriados, de esa tierra?

Manuela y Don Francisco Santucho supieron de la muerte de su hijo en Cuba, por los cables de la agencia Prensa Latina. Ella siempre recordó las señales agoreras de aquel 19 de julio de 1976: “Mi viejito y yo esperábamos en un hotel de La Habana la llegada de Robi. En la tarde del 19 me inquieté mucho porque una lechuza se paró en el dintel de la ventana. Sentí que pasaba algo grave... una cree, aún, en esas cosas. Yo la mandé a la Pori (Blanca Rina) a buscar noticias de Buenos Aires. Recién el día 20 vinieron algunos compañeros a decirme lo que había sucedido: todas las muertes. Y no sé por

qué, entonces, cuando ellos iban llegando, aun antes de saber la verdad, recordé lo que me había dicho la Mercedes de mi Robi: ‘Ay niña, será como un rey que llegará pero no llegará, y todos sufrirán porque el barro y la sangre, amasados en el azar de Dios, partirán su cabeza negrita’...”[332]

El 21 de setiembre de 1991 Manuela Santucho murió en Ginebra. Sus cenizas fueron trasladadas a Santiago del Estero.

El prontuario 2054 de Seguridad Federal de cinco mil fojas que correspondió al líder del ERP — uno de los más voluminosos del siglo— está celosamente guardado en la caja fuerte del Departamento Central de Policía.[333] Conserva, de seguro, ignotos detalles sobre la vida y militancia de Mario Roberto Agustín Santucho que sólo podrán ver futuros historiadores. Pero, entre esos papeles secretos, falta algo: su partida de defunción. Carencia que es, a su vez, el símbolo del destino de una parte de los jóvenes de los años setenta, que se consumieron en las llamas de la utopía revolucionaria.

Y un enigma incandescente de la estremecida historia de los argentinos.

Epílogo

Casi dos décadas más tarde, comenzaron a conocerse algunos datos sobre cómo y por qué murió Santucho. En 1995, en el programa Edición Plus, dirigido por la periodista Lucía Suárez, se mostraron por televisión fotografías de los cadáveres lacerados de Santucho y de Domingo Menna. Esas fotos, en poder del Ejército, confirmaban varias cuestiones: que los guerrilleros estaban muertos; que hubo una venganza militar postmortem sobre sus cadáveres y que el régimen guardaba con esmero los detalles de cada una de sus mortíferas operaciones. Esas fotos demostraban, una vez más, que existieron y aún existen seguramente archivos de la dictadura militar que permitirían reconstruir las condiciones en las que murieron miles de compatriotas y de quienes sus familiares aún reclaman sus restos. Sería necio negar que esos archivos secretos existen, sea dentro o fuera de la Argentina, en una operación de ocultamiento que, a los ojos de la tradición humanista y de la literatura borgeana, constituiría el último capítulo de la historia universal de la infamia. Respecto de la suerte corrida por Santucho, en 1996, el testimonio del arrepentido ex suboficial del Ejército, Víctor Ibáñez, que cumplía tareas en Campo de Mayo durante los años de plomo, ratificó que el cadáver del jefe del ERP había sido llevado a esa guarnición y allí vejado y luego enterrado cerca de uno de los edificios del Comando de Institutos Militares, a cargo entonces del general de división Santiago Omar Riveros, que actuaba en coordinación con el general de brigada Carlos Alberto Martínez (jefe de Jefatura II de Inteligencia del Ejército), y con el ya fallecido jefe del Estado Mayor del Ejército, general de división Roberto Viola, autores intelectuales de la persecución y aniquilamiento de la guerrilla guevarista y peronista entre 1976 y 1977. Y del diseño de la modalidad y estructura del aparato represivo de la dictadura.

Dos años después del testimonio de Ibáñez, los abogados Manuel Gaggero y Elena Mendoza de los familiares de los miembros del ERP que habían desaparecido luego del combate con la patrulla militar en Villa Martelli —Santucho, Urteaga, Menna, Liliana Delfino de Santucho y Ana María Lanzillotto de Menna— iniciaron una causa reclamando los cuerpos de los guerrilleros y sus esposas secuestradas y solicitando excavaciones en Campo de Mayo para encontrarlos. Según Gaggero, Santucho y Urteaga habían sido llevados heridos a Campo de Mayo, aunque murieron casi inmediatamente. El abogado señaló que “el resto de los secuestrados estuvo con vida durante varios meses en los que fueron sometidos a tormentos, hasta que siguieron la suerte de los más de cinco mil prisioneros que pasaron por el campo clandestino llamado Las Cañitas en Campo de Mayo”. Mientras se tramitaba la causa, Gaggero y Mendoza lograron que aparecieran los certificados de defunción de Santucho y Urteaga, asentados como NN, y que el Ejército reconociera lo que siempre

había negado: la existencia del Museo de la Subversión levantado dentro de Campo de Mayo. Precisamente cerca de allí, había dicho Ibáñez, el Ejército habría enterrado el cadáver de Santucho. Le tocó al Equipo de Antropología Forense (EEAF) participar de la tarea de búsqueda de los cadáveres de los jefes del ERP sin éxito. Sin embargo, el Ejército reintegró a los familiares de Santucho los “trofeos” conquistados durante el enfrentamiento en Villa Martelli, entre otras cosas, su diploma de contador público. En enero de 2003, los abogados Gaggero y Mendoza iniciaron además una denuncia penal contra Videla, Bussi, Riveros, Verplaetsen, Agatino Federico Di Benedetto, ex director del Hospital Militar de Campo de Mayo, y José Eduardo Antonio Valladares, ex secretario administrativo de Riveros. Poco antes de esa denuncia, el general Ricardo Brinzoni, jefe del Ejército, había declarado por escrito en la causa en la que se investigaba el destino de los cuerpos de Santucho y Urteaga —donde también declararon el ex jefe del Ejército Martín Balza, Verplaetsen, Videla y Bussi— que todos los miembros de la patrulla militar que habían actuado en el operativo realizado en Villa Martelli pertenecían al temible Batallón 601, un lugar conocido como el centro del cerebro de las operaciones antiguerrilleras y por sus métodos represivos sanguinarios.

Respecto de las intrigas políticas sobre el final de Santucho, la autora de este libro se entrevistó durante 1992 con Mario Firmenich y en 1996 con Roberto Cirilo Perdía, ambos ex jefes máximos de la guerrilla peronista Montoneros. Firmenich rechazó de plano cualquier responsabilidad en la caída de Santucho. Perdía, en cambio, confirmó la posibilidad de que uno de los enlaces de la organización, al ser detenido, pudiera haber dado información vital para capturar a Santucho en la mañana del 19 de julio, horas antes de que partiera hacia su exilio cubano. El jefe del ERP había retrasado su viaje porque ese día debía realizarse una reunión con la cúpula montonera para dar a luz una alianza entre ambas organizaciones. El enlace montonero nunca llegó a la cita que debía fijar la hora y el lugar del encuentro entre Santucho y Firmenich y Perdía, a cargo de la organización de esa cumbre guerrillera. Perdía insistió en que dado el nivel de persecución que sufrían y de clandestinidad al que estaban sometidos, la jefatura de Montoneros —en ese momento virtualmente en sus manos— no se había enterado de la detención del enlace con el ERP; por lo tanto, tampoco había podido transmitir a tiempo el alerta que salvara a Santucho de la muerte.

Los dos sobrevivientes de la cúpula del ERP, Arnold Kremer (alias Luis Mattini) y Enrique Haroldo Gorriarán Merlo tuvieron un destino dispar. Kremer volvió a la Argentina y escribió el libro *Hombres y mujeres del PRT-ERP* sobre esa experiencia revolucionaria. Más entregado a la reflexión política que a la acción, reconstruyó su vida en el país con otra profesión: la de ebanista. En 1995, los servicios de inteligencia argentinos y mexicanos dieron con el paradero de Gorriarán Merlo, cuando visitaba la localidad de Tepoztlán, un pequeño pueblo ubicado a noventa kilómetros de la capital de México. Gorriarán fue extraditado inmediatamente para ser juzgado y condenado, entre otras causas, por el copamiento del regimiento de La Tablada, realizado por el Movimiento Todos por la Patria que él lideraba, ocurrido en enero de 1989, el último y tumultuoso año de gobierno de Raúl Alfonsín. Los restos del PRT, liderados por Amílcar, un hermano de Santucho, continuaron su acción política durante estos años, en un intento por replantear y recuperar muchas de sus viejas convicciones en el terreno de la lucha parlamentaria y social. No tuvieron una importante trascendencia pública. Amílcar murió en 1996.

En 2003, el destino final de Santucho y sus compañeros de las últimas horas seguía siendo un enigma.

ANEXO DOCUMENTAL

MAPA ORGÁNICO DE LA IZQUIERDA (1885-1985)

Su despliegue muestra gráficamente la explosión política de las décadas del 60 y 70, y la generación de las organizaciones especulares con los movimientos mundiales como la Revolución Bolchevique (1917); la polémica Stalin-Trotsky (1930-1945); la Revolución China (1948); la Revolución Cubana (1959). Todas ellas promovieron la cariocinesis de la izquierda local. También, se demuestra que tras el golpe militar de 1955 contra Juan Perón se inicia el proceso de formación de las organizaciones guerrilleras, que proliferan particularmente a partir del Cordobazo, y a su vez son aniquiladas por el golpe militar de 1976. Tal como cien años antes, en el panorama político de la izquierda, hacia 1985 sobrevivieron las tres grandes corrientes marxistas de occidente: trotskistas, socialistas y comunistas, supérstites hasta 1990, en que se inicia un cambio de época tras la caída del Muro de Berlín. Se han incluido en el mapa las organizaciones armadas de origen peronista por considerarse que, tal como se definían, pertenecían a la izquierda del espectro político ya que propiciaban un cambio revolucionario hacia el socialismo. No se han considerado frentes electorales, fracciones efímeras u organizaciones locales.

Nota: Las líneas llenas del mapa indican cambio de nombre, transformación o integración total en una nueva organización. Las líneas punteadas indican que las nuevas organizaciones son fracciones de la original, afluentes o fusiones con algunas de las preexistentes.

FUND.	NOMBRE	SIGLA
1896	PARTIDO SOCIALISTA	PS
1915	PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO	PSA
1917	PARTIDO SOCIALISTA INTERNACIONAL	PSI
1918	PARTIDO COMUNISTA	PC
1927	PARTIDO COMUNISTA OBRERO	PCO
1927	PARTIDO SOCIALISTA INDEPENDIENTE	PSIND
1928	PARTIDO COMUNISTA DE LA REP. ARG.	PCRA
1929	COMITÉ COMUNISTA DE OPOSICIÓN	CCO
1932	CONCENTRACIÓN OBRERA	CO
1932	IZQUIERDA COMUNISTA ARGENTINA	ICA
1933	LIGA COMUNISTA	LC
1934	LIGA COMUNISTA INTERNACIONAL	LCI
1936	PARTIDO OBRERO	PO
1937	PARTIDO SOCIALISTA OBRERO	PSO
1938	REVISTA INICIAL	INIC
1938	GRUPO QUEBRACHO	QUEBRA
1939	GRUPO OBRERO REVOLUCIONARIO	GOR
1939	GRUPO BOLCHEVIQUE LENINISTA	GBL
1940	GRUPO IV INTERNACIONAL	G.I.V.
1940	LIGA OBRERA SOCIALISTA	LOS
1941	PARTIDO OBRERO DE LA REV. SOCIALISTA	PORS
1941	LIGA OBRERA REVOLUCIONARIA	LOR
1941	LIGA COMUNISTA REVOLUCIONARIA	LCR
1944	GRUPO OBRERO MARXISTA	GOM
1947	GRUPO OCTUBRE	OCTUB.
1948	PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO	POR
1952	GRUPO PRAXIS	GP
1952	PARTIDO SOCIALISTA DE LA REVOL. NACIONAL	PSRN
1952	ORGANIZACIÓN MARXISTA LENINISTA	OML
1956	PALABRA OBRERA	PAL.O
1956	UNIÓN CÍVICA RADICAL INTRANSIGENTE	UCRI
1956	PARTIDO OBRERO TROTSKISTA	POT
1958	PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO	PSA
1958	PARTIDO SOCIALISTA DEMOCRÁTICO	PSD
1959	MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL	MLN
1960	UTURUNCOS	UT
1960	PARTIDO OBRERO REVOLUCIONARIO TROTSKISTA	POR(T)
1960	PARTIDO SOCIALISTA (CASA DEL PUEBLO)	PSCP
1960	PARTIDO SOCIALISTA DE LA IZQUIERDA NACIONAL	PSIN
1961	FRENTE REVOLUCIONARIO INDOAMERICANO POPULAR	FRIP
1961	FRENTE DE RESISTENCIA NACIONALISTA	FRN
1961	PARTIDO SOCIALISTA ARGENTINO DE VANGUARDIA	PSAV
1961	FUERZAS ARMADAS DE LA REVOLUCIÓN NACIONAL	FARN
1962	PARTIDO DEL TRABAJO	PT
1962	PARTIDO DE LA VANGUARDIA POPULAR	PVP
1962	MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO TACUARA	MNRT
1963	EJÉRCITO GUERRILLERO DEL PUEBLO	EGP
1964	VANGUARDIA REVOLUCIONARIA	VR

1964	POLÍTICA OBRERA	PO
1965	PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES	PRT
1965	VANGUARDIA COMUNISTA	VC
1967	COMITÉ NACIONAL DE RECUPERACIÓN REVOLUCIONARIA	CNRR
1967	MOVIMIENTO DE ACCIÓN REVOLUCIONARIA	MAR
1967	FUERZAS ARMADAS PERONISTAS	FAP
1968	MOVIMIENTO DE ACCIÓN SOCIALISTA PARA LA LIBERACIÓN ARGENTINA	MASPLA
1968	PARTIDO COMUNISTA REVOLUCIONARIO	PCR
1968	PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES (LA VERDAD)	PRT-LV
1968	PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES (EL COMBATIENTE)	PRT-EC
1968	TENDENCIA COMUNISTA	TC
1968	MOVIMIENTO DE ACCIÓN POPULAR ARGENTINA	MAPA
1968	FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS	FAR
1969	FUERZAS ARMADAS DE LIBERACIÓN	FAL
1969	MONTONEROS	MONT
1969	COMANDOS POPULARES DE LIBERACIÓN	CPL
1969	EL OBRERO	EO
1969	MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA	MIR
1970	MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO ARGENTINO	MRA
1970	EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO	PRT-ERP
1970	MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO PERONISTA 17 DE OCTUBRE	MRP-17
1970	FRENTE REVOLUCIONARIO PERONISTA	FRP
1970	PERONISMO DE BASE	PB
1970	FUERZAS ARMADAS DE LIBERACIÓN	
-	COLUMNAS: (BENJO CRUZ)	FAL-BC
-	(MÁXIMO MENA)	FAL-MM
-	(AMÉRICA EN ARMAS)	FAL-AA
-	(INTI PEREDO)	FAL-IP
-	(CHE GUEVARA)	FAL-CHE
-	(22 DE AGOSTO)	FAL-22
1970	GRUPO OBRERO REVOLUCIONARIO	GOR
1971	FRENTE DE IZQUIERDA POPULAR	FIP
1971	ORIENTACIÓN SOCIALISTA	OS
1972	COLUMNA FAL 22-COMANDOS POPULARES DE LIBERACIÓN	FAL-CPL
1972	GRUPO EVOLUCIÓN	EVOL
1972	PARTIDO SOCIALISTA DE LOS TRABAJADORES	PST
1972	PARTIDO SOCIALISTA POPULAR	PSP
1972	PARTIDO COMUNISTA MARXISTA LENINISTA	PCML
1972	EJÉRCITO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO 22 DE AGOSTO	ERP-22
1972	PARTIDO REVOLUCIONARIO DE LOS TRABAJADORES (FRACCIÓN ROJA)	PRT-FR
1973	MOVIMIENTO SOCIALISTA DE LIBERACIÓN NACIONAL	MSLN
1973	ORGANIZACIÓN COMUNISTA PODER OBRERO-BRIGADAS ROJAS	OCPO
1974	PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO MARXISTA LENINISTA	PCAML
1974	CORRIENTE NACIONAL	CN
1975	PARTIDO AUTÉNTICO	PA
1975	PARTIDO SOCIALISTA UNIFICADO	PSU
1976	PARTIDO COMUNISTA MARXISTA LENINISTA MAOÍSTA	PCMLM
1982	CONFEDERACIÓN SOCIALISTA ARGENTINA	CSA
1982	PARTIDO DE LA LIBERACIÓN	PL

1982	MOVIMIENTO AL SOCIALISMO	MAS
1982	PARTIDO OBRERO	PO
1982	PARTIDO DEL TRABAJO Y DEL PUEBLO	PTP
1982	PARTIDO SOCIALISTA DEMOCRÁTICO	PSD
1983	PARTIDO DE LA IZQUIERDA NACIONAL	PIN
1983	PARTIDO OBRERO POSADISTA	POP
1984	PARTIDO SOCIALISTA POPULAR	PSP
1984	PARTIDO SOCIALISTA PRIMERO DE MAYO	PS-1°
1984	PARTIDO SOCIALISTA AUTÉNTICO	PSA

PRINCIPALES ORGANIZACIONES (1959-1976)

UTURUNCOS:

En la primavera de 1959, luego del golpe militar de 1955 y mientras se reorganizaba el movimiento peronista bajo la responsabilidad de John William Cooke, delegado personal de Perón, un grupo de jóvenes se instaló en las cercanías del cerro Cochuna en Tucumán. Los dirigía Enrique Manuel Mena, llamado “el Comandante Uturunco”. Se inició así la primera experiencia de guerrilla rural en el país durante el siglo XX. Los guerrilleros exigían la renuncia de Arturo Frondizi a la presidencia de la República, la anulación de los contratos petroleros, la devolución de la CGT intervenida y el retorno de Perón. La primera incursión militar del grupo —con el nombre de Movimiento Peronista de Liberación— fue el asalto a la comisaría de Frías. En Uturuncos confluyeron ex militantes de la Alianza Libertadora Nacionalista (ALN), una fracción del peronismo revolucionario dirigido por Cooke, y miembros del agonizante Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN). El foco fue desbaratado en enero de 1960.

MOVIMIENTO NACIONALISTA REVOLUCIONARIO TACUARA (MNRT):

Durante el gobierno de José María Guido (1962), un sector del derechista Movimiento Nacionalista Tacuara, dirigido por José Luis Baxter y José Nell, conformó el MNRT, al que también se integraron militantes provenientes del peronismo. Sostenían que la acción guerrillera era “el antídoto” contra el conformismo y la ilegalidad generados por la proscripción del peronismo. Reivindicaban el programa de la CGT de Huerta Grande. Después del asalto al Policlínico Bancario en 1964, el MNRT se desmembra. Baxter integrará posteriormente las filas del PRT-ERP, pero la mayoría de los miembros del MNRT se volcarán a Montoneros.

FUERZAS ARMADAS DE LA REVOLUCION NACIONAL (FARN):

De la organización trotskista filoperonista Palabra Obrera, dirigida por Nahuel Moreno, se desprendió un grupo de militantes comandados por Ángel Bengochea. Intentaron formar el primer grupo guerrillero urbano, pero tenían el objetivo de establecer un foco rural. El 21 de julio de 1964, al estallar una bomba en preparación en un departamento del Barrio Norte de Buenos Aires, Bengochea muere junto con otros cuatro integrantes del grupo, entre ellos el médico Hugo Pelino Santilli.

EJÉRCITO GUERRILLERO DEL PUEBLO (EGP):

A fines de 1963, durante el gobierno de Arturo Illia, se instala en Salta un grupo dirigido por Jorge Ricardo Masetti, periodista de Radio El Mundo, y fundador de la agencia cubana de noticias Prensa Latina (PL). Su seudónimo fue “Comandante Segundo”, ya que el primer comandante guerrillero era el Che Guevara. Además de algunos militantes cubanos como los hermanos Hermes y Lázaro Peña, el EGP estaba integrado por estudiantes universitarios disidentes del Partido Comunista Argentino (PCA). Sin un programa político claro, en la etapa de preparación de la guerrilla el grupo fue cercado por la Gendarmería, que logra capturar a la mayoría de sus integrantes. Masetti, en su huida, se internó en la espesa selva del Yuto, donde desapareció para siempre.

FUERZAS ARMADAS PERONISTAS (FAP):

A principios de 1967 se estableció en el campamento de El Plumerillo, en Taco Ralo, Tucumán, el destacamento guerrillero 17 de Octubre de las FAP, conocido públicamente como Taco Ralo. Esta experiencia constituirá la protohistoria de las FAP que en 1970 recrearía Bruno Cambareri. Taco Ralo estaba compuesto por militantes de la Juventud Peronista (JP) que luego confluirán con Gustavo Rearte para conformar el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP) 17 de Octubre, en 1970. También lo integraron sobrevivientes del MNRT y de las FARN. En sus bases políticas exigían el regreso de Perón como condición para la paz social. Acusaban al gobierno del general Juan Carlos Onganía de haber transformado el país “en una colonia”. En setiembre de 1968 el grupo es desbaratado y sus principales dirigentes, Envar El Kadri y Carlos Caride, son detenidos.

DESCAMISADOS:

Comando fundado en 1968 por los futuros líderes montoneros Norberto Habegger y Horacio Mendizábal. Políticamente eran afines a las FAP pero insistían en concentrar su accionar contra los “traidores” al movimiento peronista. En 1969, Dardo Cabo tomó la dirección del comando. Había sido custodia de Isabel Perón durante su visita a la Argentina en 1965-1966. Proveniente del derechista Movimiento Nueva Argentina, dirigió en 1966 un intento de desembarco en las Islas Malvinas. Se lo mencionó como uno de los dirigentes del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) que en 1969 y 1970 asesinó a los dirigentes sindicales Augusto Vandor y José Alonso, ambos considerados “traidores” al movimiento peronista. A principios de 1973, Descamisados se fusionó con Montoneros.

FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS (FAR):

A comienzos de 1967, sectores disidentes del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) y del PCA, entre los que figuraban Roberto Quieto y Marcos Osatinsky, fundaron el Ejército de Liberación Nacional (ELN) con el propósito de confluir, aunque sin lograrlo, con la guerrilla del Che en Bolivia. Este período será conocido como el de las protoFAR. Las mismas se constituirán definitivamente a principios de 1970, dándose a conocer con el copamiento del pueblo de Garín. Sus principales dirigentes fueron Carlos Enrique Olmedo, Roberto Quieto y Marcos Osatinsky. Aunque de procedencia marxista, las FAR reivindicaron el retorno de Perón y la historia del peronismo. En 1973 se fusionaron con Montoneros.

FUERZAS ARMADAS DE LIBERACIÓN (FAL):

Se formaron a partir de grupos disidentes del PCA y del Partido Comunista Revolucionario (PCR). Hicieron su aparición pública el 5 de abril de 1969 con el asalto a un vivac de Campo de Mayo. Definían su origen como producto del cierre de las instancias legales y pacíficas para el accionar político, por lo que se orientaban hacia “la violencia revolucionaria”. Sostenían que había que formar un “partido y ejército revolucionarios” pero que todavía no era el momento, por lo que se estructuraron como columnas guerrilleras. También, que la “destrucción del imperialismo” era posible si se “derrotan a las burguesías nativas que lo sostienen”. Las columnas más activas de las FAL fueron América en Armas, Inti Peredo, 22 de Agosto y Che Guevara. Varias de ellas se fusionaron posteriormente con el PRT-ERP.

COMANDOS POPULARES DE LIBERACIÓN (CPL):

Integrados a principios de 1969 con militantes provenientes del comunismo, peronismo y trotskismo. De definiciones marxistas, coincidían en gran medida con los postulados de las FAL pero luchaban por la confluencia del peronismo y el marxismo para la formación de la “vanguardia revolucionaria”. Uno de sus principales dirigentes fue Eduardo Jozami. A fines de 1971 se integraron a diversas organizaciones ya existentes, principalmente FAR y PRT-ERP.

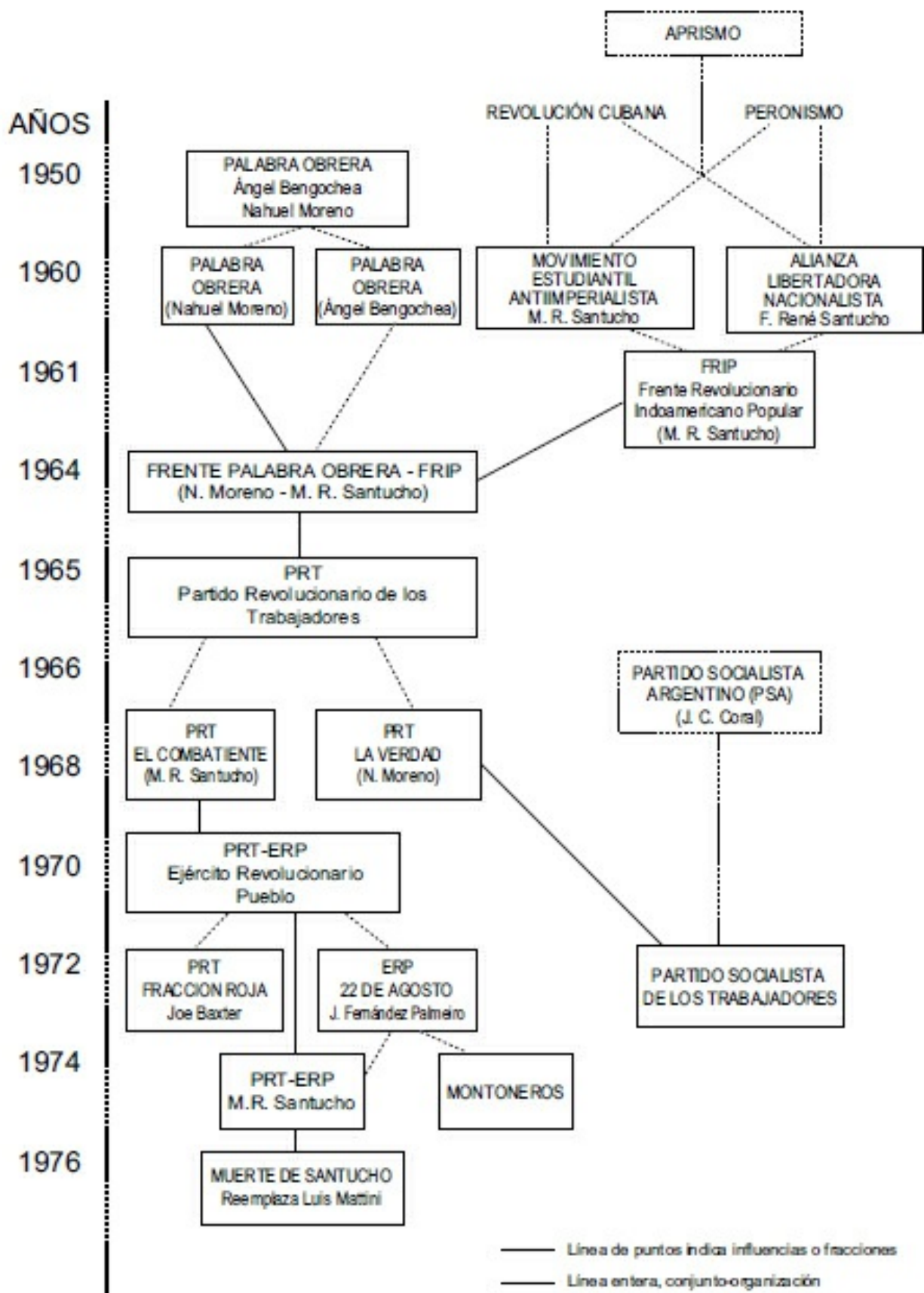
MONTONEROS:

Emergieron en mayo de 1970 con el secuestro y posterior muerte de Pedro Eugenio Aramburu, ex presidente provisional. Sus principales fundadores fueron Fernando Abal Medina, Carlos Gustavo Ramus, Norma Arrostito y Mario Eduardo Firmenich. Se constituyeron por la confluencia de jóvenes

católicos integrantes del Comando Camilo Torres, del MNRT y de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo (TRP) fundada por el mayor Bernardo Alberte, ex delegado de Perón en la Argentina durante 1968. En los documentos de la época, Montoneros explicaba que su estrategia era construir un movimiento armado peronista para “la toma del poder y el desarrollo del socialismo nacional”. Su táctica política se basaba en la lucha por el retorno de Perón al país y, hasta 1973, por el derrocamiento del régimen militar. En mayo de 1974, luego de profundas divergencias con Perón y sangrientos enfrentamientos con la ortodoxia peronista, decidieron pasar a la clandestinidad y alejarse de las estructuras orgánicas del movimiento peronista. En 1975 comenzaron un mayor acercamiento con el PRT-ERP para la constitución de la Organización para la Liberación de la Argentina (OLA), que queda trunca por el golpe militar de 1976 y la muerte de Santucho. A mediados de 1976, la cúpula montonera integrada por Firmenich, Fernando Vaca Narvaja y Roberto Cirilo Perdía partió al exilio. ORGANIZACIÓN COMUNISTA PODER OBRERO-BRIGADAS ROJAS (OCPO-BR):

Se constituyó a fines de 1973 por el acuerdo de grupos provenientes del sindicalismo clasista cordobés, y las organizaciones El Obrero, Orientación Socialista y Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). En 1974 se incorporaron, también, algunos dirigentes sindicales de Villa Constitución. Se definían como marxistas revolucionarios, y consideraban al PRT-ERP como su aliado más próximo. A mediados de 1974, OCPO resolvió la formación de las Brigadas Rojas (BR) como su “brazo armado”. En los primeros meses de 1976, considerando “imprescindible la unidad de los revolucionarios”, anunciaron su integración a la OLA, junto con el PRT-ERP y Montoneros.

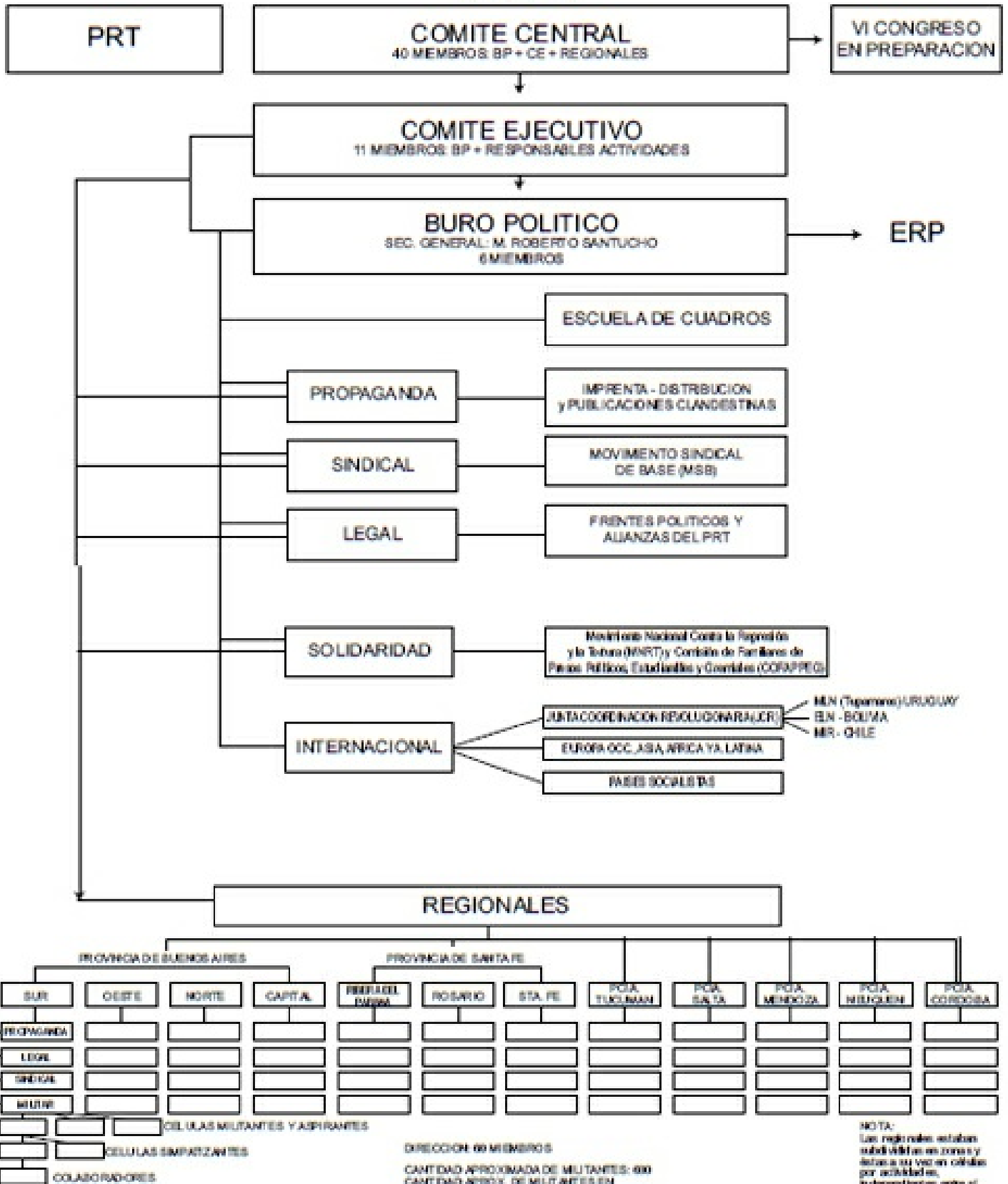
INFLUENCIAS-ORÍGENES DEL PRT-ERP



DIRECCIÓN POLÍTICA (BURÓ POLÍTICO) DEL PRT-ERP (1973 -1976)

- 1973-1974 Mario Roberto Santucho Domingo Menna José Benito Urteaga Antonio del Carmen Fernández Luis Mattini Juan Manuel Carrizo Enrique Haroldo Gorriarán Merlo Carlos Germán
- 1975 Gorriarán Merlo es reemplazado por Juan Eliseo Ledesma
- 1976 Mario Roberto Santucho José Benito Urteaga Domingo Menna Luis Mattini Eduardo Raúl Merbilháá

AÑO 1975



AÑO 1975

ERP

ESTADO MAYOR CENTRAL
COMANDANTE MARIO ROBERTO SANTUCHO

JEFE LOGISTICA (Capitán) J.E. LIDESMA	JEFE OPERACIONES (Capitán) MANUEL CARRIZO	JEFE INTELIGENCIA (Capitán) JUAN MARCONI
---	---	--

CONTRA INTELIGENCIA

DOCUMENTACION

ARMAMENTO

SANIDAD

TRANSPORTES

SEGURIDAD PERSONAL

AREA FF.AA.

PUBLICACIONES

AREA RURAL

AREAS URBANAS

ESTADO MAYOR
BATALLÓN TUCUMÁN
(en formación)

COMPAÑIA DE MONTE
Ramón Rosa Jiménez
(Tucumán)

COMPAÑIA HEROES
DE SAN GABRIEL
(Tucumán)

COMPAÑIA
DE CUIDADOS DE
CORDOBA

COMPAÑIA COMBATE
DE SAN LORENZO
(Paraná)

ESTADO MAYOR
BATALLÓN BS. AS.
JOSE DE SAN MARTIN
(en formación)

COMPAÑIA
HEROES DE TRELEW
(Buenos Aires)

COMPAÑIA
José Luis Castrogiovanni
(Capital)

COMPAÑIA
Guillermo Pérez
(Buenos Aires)

ESTADO MAYOR COMPAÑIA

LOGISTICA

INTELIGENCIA

OPERACIONES

DOCUMENTACION

ARMAMENTO

SANIDAD

TRANSPORTES

SEGURIDAD PERSONAL

AREA FF.AA.

PUBLICACIONES

PILOTON (1)

PILOTON (2)

PILOTON (3)

PILOTON (4)

ESCUADRA (1)

ESCUADRA (2)

NOTAS:
COMPAÑIAS INTELIGENCIA POR 10 COMBATIENTES
PELOTONES INTELIGENCIA POR 10 COMBATIENTES
ESCUADRAS INTELIGENCIA POR 5 COMBATIENTES

AREA RURAL: TOTAL APX COMO 0 INCOMBATENTES
AREA URBANA: TOTAL APX COMO 200 COMBATIENTES

PROCEDENCIA POLÍTICA Y PROFESIÓN DE DESTACADOS DIRIGENTES DEL PRT-ERP ENTRE 1968 y 1976

Mario Roberto Santucho	Contador Público	Nacionalismo de izquierda
Juan Manuel Carrizo	Contador Público	Nacionalismo de izquierda
Luis Pujals	Estudiante de Abogacía	Trotskyismo
José B. Urteaga	Estudiante de Economía	Radicalismo
Domingo Menna	Estudiante de Medicina	Trotskyismo
Enrique H. Gorriarán Merlo	Estudiante de Economía	Radicalismo
Carlos Germán	Empleado	Comunismo
Leandro Fote	Obrero azucarero	Trotskyismo
Luis Mattini	Obrero metalúrgico	Trotskyismo
Asdrúbal Santucho	Comerciante	Nacionalismo de izquierda
Ana María Villarreal	Licenciada en Artes Plásticas	Nacionalismo de izquierda
César Cerbato	Estudiante de Ingeniería Química	Trotskyismo
José Luis Baxter	Estudiante de Abogacía	Nacionalismo de derecha
Rubén Pedro Bonet	Estudiante de Economía	Trotskyismo
Antonio del C. Fernández	Obrero azucarero	Trotskyismo
Osvaldo Debenedetti	Estudiante de Medicina	Trotskyismo
Lionel MacDonald	Estudiante de Ingeniería	Trotskyismo
Ramón Arancibia	Estudiante de Ingeniería	Nacionalismo de izquierda
Roberto Eduardo Coppo	Empleado	Trotskyismo
Jorge Carlos Molina	Arquitecto	Nacionalismo de izquierda
Guillermo Rubén Pérez	Obrero metalúrgico	Trotskyismo
Clarisa Lea Place	Estudiante de Abogacía	Trotskyismo
Juan Eliseo Ledesma	Obrero metalúrgico	Trotskyismo
Eduardo Raúl Merbilhaá	Estudiante de Abogacía	Trotskyismo
Eduardo Castelo	Obrero automotriz	Sindicalismo clasista
Mario E. Delfino	Estudiante de Ingeniería	Trotskyismo
Liliana Delfino	Estudiante de Psicología	Trotskyismo
Ana María Lanzillotto	Empleada	Trotskyismo
Ramón Rosa Jiménez	Obrero azucarero	Peronismo
Manuel Negrín	Empleado	Trotskyismo
Luis Sbédico	Contador Público	Nacionalismo de izquierda
Eduardo Capello	Estudiante de Economía	Trotskyismo
Alberto del Rey	Estudiante de Medicina	Trotskyismo
José Ricardo Mena	Obrero azucarero	Peronismo
Humberto Suárez	Obrero azucarero	Peronismo
Miguel Ángel Polti	Estudiante de Química	Trotskyismo
Humberto Toschi	Empresario	Peronismo
Jorge Ulla	Empleado	Trotskyismo
Luis Segovia	Obrero metalúrgico	Trotskyismo
Susana Gaggero de Pujals	Estudiante de Psicología	Peronismo
Juan S. Mangini	Estudiante de Economía	Trotskyismo
Hugo Irurzún	Estudiante de Ingeniería	Trotskyismo
Carlos B. Santillán	Estudiante de Economía	Trotskyismo

ESTRUCTURA DE LOS PRINCIPALES FRENTE POLÍTICOS DEL PRT-ERP

FRENTE ANTIIMPERIALISTA POR EL SOCIALISMO (FAS):

Frente político integrado por las siguientes organizaciones: PRT, Frente Revolucionario Peronista (FRP) —dirigido por Armando Jaime y Manuel Justo Gaggero—, Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), Liga Espartaco y Liga Socialista. También el grupo El Obrero y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), ambos de Córdoba. Su dirección ejecutiva estaba integrada por Silvio Frondizi (Grupo Praxis); Manuel Gaggero, Armando Jaime y Simón Arroyo (FRP), Oscar Montenegro (PRT) y Alicia Eguren (PB), entre otros. Una de sus intenciones fue competir en el terreno electoral. Realizó seis congresos, entre 1972 y 1974.

MOVIMIENTO SINDICAL DE BASE (MSB):

Frente sindical del PRT. Su secretario general fue el obrero automotor cordobés Eduardo Castelo, miembro del comité central del PRT. Lo integraron agrupaciones y comisiones internas de numerosos gremios y sindicatos: del vidrio, telefónicos, plomeros, municipales, frigoríficos, de prensa, Gas del Estado, Correos y Telecomunicaciones, automotrices, estatales, caucho, fundiciones, bancarios, alimentación, metalúrgicos, plásticos, gráficos, navales, químicos, papeleros, docentes, Luz y Fuerza, entre otros. El PRT tenía agrupaciones en las más importantes fábricas automotrices y metalúrgicas del país, industrias de punta en la década 60-70, y en las principales áreas de servicios de las empresas estatales. Su menor incidencia era en los gremios rurales. Dirigió, junto con otras organizaciones, el triángulo industrial de Villa Constitución de 1973 a 1975. Este frente editaba numerosos boletines fabriles de circulación semiclandestina.

COMITÉS DE BASE:

Frente político barrial entre 1972-74. Comités barriales dedicados a la lucha por reivindicaciones específicas de los lugares donde estaban asentados. Tuvieron un desarrollo desigual en distintos lugares de la provincia de Buenos Aires, de Córdoba, de Rosario y de Tucumán. Participaban en el FAS. Fueron clausurados a mediados de 1974 por la represión, que los identificaba como estructura de superficie del PRT-ERP.

GRUPOS DE BASE (GB):

Frente reivindicativo estudiantil entre 1973-76. El PRT dirigió escasos centros estudiantiles en las principales universidades del país. La mayoría de estas organizaciones se popularizaron en la Capital Federal, Córdoba, Tucumán y Rosario.

JUVENTUD GUEVARISTA (JG):

Fue fundada a mediados de 1973. Nucleaba a los estudiantes secundarios y a jóvenes provenientes de barrios y fábricas. Tuvo un período de legalidad en 1973 cuando editó la revista Juventud Rebelde. Era la estructura de superficie del PRT-ERP en las escuelas medias. A partir de 1973 también los universitarios formaron parte de la JG. Su consigna era “El presente es lucha, el futuro es nuestro”, difundida por el Che. A fines de 1975 se prohibió a sus integrantes participar en operaciones guerrilleras. Fue prácticamente disuelta a fines de 1976.

MOVIMIENTO NACIONAL CONTRA LA REPRESIÓN Y LA TORTURA (MNRT):

Se ocupaba de la solidaridad con los presos políticos y sus familiares. Brindaba asistencia material y jurídica a los detenidos, y canalizaba todas las denuncias relacionadas con la represión política. Se creó a principios de 1971. Luego de 1973 se denominó Comisión de Familiares de Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (COFAPPEG) hasta el 24 de marzo de 1976. Su coordinadora era Susana Gaggero de Pujals, miembro del comité central del PRT.

AGRUPACIONES ANTIIMPERIALISTAS POR EL SOCIALISMO:

Se crearon a partir de 1973 y pervivieron hasta 1976. Funcionaban específicamente en las universidades y fábricas. Tomaron distintos nombres de acuerdo al ámbito específico donde se desarrollaban.

PUBLICACIONES DEL PRT-ERP ENTRE 1968 y 1976

EL COMBATIENTE:

Órgano oficial del PRT. Se distribuyó clandestinamente desde 1968, excepto en el período de junio a setiembre de 1973 en que se vendió en la vía pública. Su tirada clandestina media fue, aproximadamente, de 10 mil ejemplares. Su tirada pública en 1973 alcanzó 50 mil ejemplares. Sólo los editoriales llevaban la firma de los dirigentes conocidos del PRT. El editorialista más frecuente fue M. R. Santucho.

ESTRELLA ROJA:

Órgano oficial del ERP. Se distribuyó clandestinamente desde 1970, excepto en el período entre junio y setiembre de 1973. Su tirada clandestina y pública fue similar a la de El Combatiente.

REVISTA NUEVO HOMBRE:

Publicación del frente político del PRT. Se inició como semanario de izquierda independiente bajo la dirección de Enrique Walker y Osvaldo Natucci, en 1971. Luego, desde agosto de 1972 hasta noviembre de 1975, fue dirigida por Silvio Frondizi, Manuel Gaggero y Rodolfo Mattarollo. Su tirada promedio fue de 30 mil ejemplares.

DIARIO EL MUNDO (segunda época):

Lanzado en agosto de 1973 como expresión de la izquierda independiente bajo la dirección de Luis Cerrutti Costa, su identificación política fue definiéndose por el PRT-ERP que, a través de testaferros legales, compró los derechos y el archivo fotográfico a la Editorial Haynes, de Julio Korn. A partir del 9 de diciembre de 1973, su director fue el abogado Manuel Justo Gaggero. Su tirada promedio fue de 100 mil ejemplares. Después de diversas clausuras provisionarias, el gobierno ordenó su cierre definitivo en marzo de 1974. Le sucedió Respuesta Popular el 25 de marzo, pero fue clausurado el día siguiente mediante el decreto 906. En mayo de 1976, el director del diario La Opinión, Jacobo Timerman, ofreció 10 mil dólares a cambio de los archivos de El Mundo, de valor inestimable ya que allí se encontraban, entre otras cosas, fotografías de más de treinta años de historia política y originales de sus articulistas de la primera época, entre ellos, Roberto Arlt.

Santucho rechazó la oferta por razones políticas y por considerarla económicamente insuficiente. Prefirió devolver el archivo a su antiguo dueño.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Los documentos y folletos, así como el archivo periodístico utilizado, han sido obtenidos en las siguientes instituciones:

- Archivo de la familia Santucho. Argentina, Italia y Cuba.
- Archivo de la Liga Comunista Francesa (LCF), París, Francia.
- Biblioteca Central de Lausana, Suiza. Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea de Nanterre, Francia.
- Biblioteca del Congreso de la Nación, Argentina.
- Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Argentina.
- Biblioteca Nacional de Cuba, La Habana.
- CEDILELP, 14 Rue Nanteuil, París, Francia.
- Centro de Estudios y de Investigación sobre el Movimiento Trotskista y Revolucionario Internacional, Rue Saint Denis, París.
- Centro Franz Fanon de Milán, Italia.
- Instituto de Historia Social de Amsterdam, Holanda.

ARCHIVOS PERIODÍSTICOS CONSULTADOS

- Clarín, Buenos Aires, Argentina
- Granma, La Habana, Cuba
- L'Unità, Roma, Italia
- La Repubblica. Roma. Italia
- Le Monde. París, Francia

- Le Tribune, Le Matin, Lausana. Suiza

DIARIOS

- Argentina:
 - Buenos Aires Herald
 - Clarín
 - El Cronista
 - El Liberal, Santiago del Estero
 - El Mundo (segunda época)
 - La Gaceta, Tucumán
 - La Nación
 - La Opinión
 - La Prensa
 - La Razón
 - La Voz del Interior, Córdoba
- Latinoamérica, Europa y EEUU:
 - ABC de Madrid, España
 - El Comercio, Perú
 - El Día, México
 - El Mercurio, Chile
 - Excélsior, México
 - Granma, Cuba
 - Journal de Ginebra, Suiza
 - L'Unità, Italia
 - La Repubblica, Italia
 - La República, Costa Rica
 - Le Monde, Francia

- Neue Zürcher Zeitung, Suiza
- New York Times, EE.UU
- O Globo, Brasil
- Tribune Le Matin, Suiza
- The Wall Street Journal, EE.UU

REVISTAS

- Confirmado. 1976
- Cristianismo y Revolución. 1966-1971
- Crónica Argentina. Tomos 1 a 5. (1936- 1930), Editorial Codex
- Cuestionario. 1975-1976
- El Combatiente. 1968-1976
- Estrella Roja. 1971-1976
- Evita Montonera. Octubre 1976
- Gente. 1976
- Historia Integral de la Argentina. CEAL (1966-1973)
- JCR (N^{os} 1, 2, 3). 1974-1977
- La Verdad. 1964-1970
- Militancia (peronista para la liberación). 1973-1974
- Nuestra Palabra. 1974-1975
- Nuevo Hombre. 1971-1973
- Palabra Obrera. 1956-1963
- Primera Plana. 1969-1969
- Somos. 1976
- Todo es Historia. 1968-1986/Febrero 1991

FOLLETOS Y ARTÍCULOS

- Boletines internos PRT. 1971-1976
- Boletín del FRIP. N^{os} 1-3. Santiago del Estero, 1961-1963.
- Carta a Cámpora. ERP. Buenos Aires, 1973.
- Congresos del FAS (1973-75). Buenos Aires, 1975.
- Cuatro tesis sobre el norte argentino. Buenos Aires, 1965.
- Décimo Congreso de la IV Internacional. París, 1974.
- Documentos hacia el VI Congreso del PRT. Buenos Aires, 1973.
- El papel de los sindicatos (PRT). Buenos Aires, 1972.
- El peronismo (PRT). Buenos Aires, 1971.
- El problema azucarero. Antonio del Carmen Fernández. Buenos Aires, 1974.
- Hacia el poder obrero y el socialismo. Cuarto congreso del PRT. Buenos Aires, 1968.
- Juventud Guevarista. Declaraciones (PRT), Buenos Aires, 1975.
- La formación del Partido Revolucionario de los Trabajadores. Estudios Latinoamericanos, Polonia, 1979.
- La lucha recién comienza. PRT. Buenos Aires, 1966.
- La muerte de Santucho. “Evita Montonera”. Buenos Aires, 1976.
- Lettre au PRT Combatiente. Quelques divergences fondamentales entre le PRT et la majorité de l'internationale. París, 1973.
- Moral y proletarización (PRT-ERP). Buenos Aires, 1971.
- Pequeña burguesía y revolución. (PRT) Buenos Aires, 1972.
- Polemos. Artículos publicados en “Nuestra Palabra”. Buenos Aires, 1974-1976.
- Resoluciones del V Congreso y comités centrales posteriores (1970-73). PRT. Buenos Aires, 1973.
- Revista Dimensión. Francisco René Santucho. Santiago del Estero, 1956-58.
- Sindicalismo clasista. PRT. Buenos Aires, 1974.
- Trotskismo para el combate. Resoluciones del Noveno Congreso de la IV Internacional. Buenos Aires, 1969.

- Una táctica revolucionaria contra el GAN. PRT. Buenos Aires, 1971.

BIBLIOGRAFÍA

- Armed Struggle in Argentina. Richard Gillespie. California, 1982.
- Correspondencia Perón-Cooke. Buenos Aires, 1984.
- Crisis de una burguesía dependiente (1966-1971). Carlos Raúl Cepeda. Buenos Aires, 1972.
- Crónica de la subversión en la Argentina. Armando Alonso Piñeiro. Buenos Aires, 1980.
- De Perón a Lanusse (1943-1973). Félix Luna. Buenos Aires, 1990.
- De Perón a Videla. Andrew Graham-Yooll, Buenos Aires, 1989.
- Diario Argentino. Witold Gombrowicz. Buenos Aires, 1988.
- Ejército: del escarnio al poder (1973-1976). Rosendo Fraga (h). Buenos Aires, 1988.
- El capitalismo argentino en crisis. O. Braun. Buenos Aires, 1973.
- El Cordobazo. Jorge Bergstein. Buenos Aires, 1987.
- El dólar día por día. Jorge Ruiz. Buenos Aires, 1990.
- El estado burocrático autoritario. Guillermo O'Donnell. Buenos Aires, 1982.
- El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973). María Matilde Ollier. Buenos Aires, 1986.
- El marxismo en América Latina. Michel Löwy. Buenos Aires, 1988.
- El Onganiato. Gregorio Selser. Buenos Aires, 1972.
- El peronismo. Milcíades Peña. Buenos Aires, 1975.
- El trotskismo en la Argentina. (1929-1960) y (1960-1985). Buenos Aires, 1986.
- El último año de Perón. Julio Godio. Venezuela. 1981.
- Ezeiza. Horacio Verbitsky. Buenos Aires, 1987.
- Guerra revolucionaria en la Argentina. Ramón Díaz Bessone. Buenos Aires, 1988.
- Historia del PRT. Buenos Aires, 1990.
- Hombres y mujeres del PRT-ERP. Luis Mattini. Buenos Aires, 1990.
- Il Soldato di Allende. Guido Vicario. Roma, 1987.

- Imperialismo y cultura. José Hernández Arregui. Buenos Aires, 1987.
- Informe sobre desaparecidos. Federico Mittelbach. Buenos Aires, 1988.
- La Escuela de Chicago: Operación Chile. Juan Gabriel Valdés. Buenos Aires, 1989.
- La generación del setenta y el Che. Pedro Cazes Camarero. Buenos Aires, 1990.
- La nueva izquierda argentina: 1960-1980. Claudia Hilb y Daniel Lutzky. Buenos Aires, 1984.
- La nueva izquierda. C. Wright Mills. Buenos Aires, 1968.
- La pasión según Trelew. Tomás Eloy Martínez. Buenos Aires, 1973.
- La patria fusilada. Francisco Urondo. Buenos Aires, 1988.
- La revolución latinoamericana. Nahuel Moreno. Buenos Aires, 1968.
- La Triple A (AAA). Ignacio González Janzen. Buenos Aires, 1986.
- Los cuatro peronismos. Alejandro Horowicz. Buenos Aires, 1991.
- Los hechos armados, un ejercicio posible. Juan Carlos Marín. Buenos Aires, 1988.
- Los que luchan y los que lloran. Ricardo Masetti. Buenos Aires, 1986.
- Los últimos guevaristas. Julio Santucho. Buenos Aires, 1988.
- Lucha de calles, lucha de clases. B. Balvé y otros. Buenos Aires, 1973.
- Mercenarios y monopolios en la Argentina. Rogelio García Lupo. Buenos Aires, 1985.
- Montoneros, final de cuentas. Juan Gasparini. Buenos Aires, 1988.
- Montoneros, soldados de Perón. Richard Gillespie. Buenos Aires, 1987.
- Nunca más. Conadep. Buenos Aires, 1986.
- On violence. Hannah Arendt. New York, 1969.
- Operación Independencia. Famus. Buenos Aires, 1988.
- Para una crítica de la violencia. Walter Benjamin. Buenos Aires, 1984.
- Perón: regreso, soledad y muerte. Julio Godio. Buenos Aires, 1986.
- Perspectivas de la lucha democrática. Mario Roberto Santucho. Buenos Aires, 1973.
- Poder burgués y poder revolucionario. Mario Roberto Santucho. Buenos Aires, 1988.
- Poder militar y sociedad política en la Argentina (1890-1973). Alain Rouquié. Buenos Aires, 1982.
- Recuerdos de la muerte. Miguel Bonasso. Buenos Aires, 1988.

- Retrato de un exilio. Andrew Graham-Yooll, Buenos Aires, 1985.
- Revolución en la revolución. Régis Debray. Buenos Aires, 1973.
- Rosa Luxemburgo. Elzbieta Ettinger, Buenos Aires, 1988.
- Severino Di Giovanni. Osvaldo Bayer. Buenos Aires, 1990.
- De la guerra. K. von Clausewitz. Buenos Aires, 1970.
- Terrorismo en la Argentina. Poder Ejecutivo Nacional. 1979.
- Tosco, escritos y discursos. Jorge Lannot, Adriana Amantea, Eduardo Sguiglia. Buenos Aires, 1985.
- Tras la incertidumbre, una esperanza. Tucumán. Ejército Argentino. Buenos Aires, 1979.
- Violencia y política. Yves Michaud. Buenos Aires, 1989.
- Violencia y utopía (1966-1976). Oscar Anzorena. Buenos Aires, 1988.

NOTAS

- [1] Síntesis narrativa basada en los datos de la Enciclopedia Británica; el Diccionario Enciclopédico Salvat; el fascículo El Noroeste en cifras, editado por el Centro Editor de América Latina (CEAL) en febrero de 1975; y el fascículo Santiago del Estero de la Editorial Abril, febrero de 1973.
- [2] Testimonios y archivos de la familia Santucho.
- [3] Poder militar y sociedad política en la Argentina. Alain Rouquié. Emecé, Buenos Aires, 1983.
- [4] Acuerdo del Partido Demócrata Nacional y el Partido Socialista Independiente, liderado por Francisco Pinedo, ala derecha del socialismo argentino que postuló al binomio Agustín P. Justo-Julio Argentino Roca (h) en las elecciones nacionales de 1931. Confrontó con la fórmula de Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto denominada Alianza Civil e integrada por la unidad del Partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista de Juan B. Justo. La UCR se abstuvo de participar porque su fórmula Marcelo T. de Alvear-Adolfo Güemes fue vetada por el régimen militar del general José Félix Uriburu, cabecilla del golpe militar contra Hipólito Yrigoyen.
- [5] Entrevista con Manuela Santucho en Ginebra, Suiza, 1988.
- [6] Peronismo y bonapartismo (1943-1945). Osvaldo Calello. Centro Editor de América Latina (CEAL), Buenos Aires, 1986.
- [7] Entrevista con Julio Santucho, Roma, Italia, 1988.
- [8] Entrevista con Gilda Roldán de Santucho, Santiago del Estero, 1987.
- [9] Entrevista con el profesor Eduardo Abdulajá, Santiago del Estero, 1987.
- [10] M. R. Santucho. Correspondencia. Archivo familiar.
- [11] Los cuatro peronismos. Alejandro Horowicz. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1990.
- [12] Carlos Zamorano, presidente de la Liga Argentina por los Derechos Humanos (LADH). Abogado defensor de Santucho en 1969. En una entrevista realizada en Buenos Aires en 1987, recordó que Santucho se definía así a fines de la década del 50: “‘Mirá chango’, me decía, ‘yo soy nacionalista. Pero no te confundás, no soy nacionalista de derecha sino de izquierda’. Por esa época comenzaba a interesarse en el movimiento estudiantil dominado por dos corrientes: el humanismo, de origen católico, y el reformismo, de origen comunista. Pero creo que hasta que regresa de la conscripción en 1958 no se dedica de lleno a la actividad política”.
- [13] Francisco René Santucho escribió varios libros en donde expresaba esta cosmovisión: El indio en la provincia de Santiago del Estero (1954); Maestros escritores, su producción y su realidad (1959); Integración de América Latina (1959); Datos sobre la propiedad colonial (1959), y Lucha de los pueblos indoamericanos (1963), con notable influencia del pensamiento de Hegel.
- [14] Entrevista con Carlos Tarini, Santiago del Estero, 1988.
- [15] Fragmento del Diario Argentino de Witold Gombrowicz. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1966.
- [16] Las escasas lecturas de Rosa Luxemburgo y Gramsci pesarán en la futura concepción de Santucho sobre la política como consenso y en la relación de los intelectuales con su movimiento, así como en la de la democracia al interior de la organización revolucionaria. ¿Estos conceptos hubieran evitado que la disciplina partidaria fuera, como sostenía Rosa Luxemburgo, igual que “el espíritu estéril de un sereno nocturno (Nachtwächtergeist)”? Según testimonio de Carlos Tarini, Santucho estaba inclinado a desechar el pensamiento individualista de Freud y la idea de intelectual orgánico gramsciana, al margen de un partido, o de la política como negociación, dado el contexto de clausura y represión en el que comienza a desarrollar su militancia. Por su minuciosa obsesión en la construcción de cada una de las piezas políticas que encaró, se volcó, además de las consideraciones de índole histórica en cuanto a que la Revolución de Octubre tuvo a Lenin como líder indiscutido, a idealizar la construcción de un partido revolucionario con las pautas leninistas. Santucho consideraba que Luxemburgo reflejaba “un fatal espontaneísmo” que dejaba sin arma de combate a la clase obrera. No compartía, por supuesto, que el imperialismo inevitablemente se desmoronaría, como señalaba Luxemburgo en La acumulación del capital. Pero esta negación de la tesis más discutida de Luxemburgo, lo privó también, ya en sus primeros pasos, de la crítica más sólida y dolorosa que realizó en 1918 sobre el Partido Bolchevique, y sobre Lenin: “La glorificación del genio innato del proletariado en relación con el socialismo y la desconfianza en la intelligentsia como tal dentro del movimiento socialdemócrata no constituyen en sí mismas manifestaciones del marxismo revolucionario... La disciplina en la que piensa Lenin de ningún modo la implanta sólo la fábrica en el proletariado, también los cuarteles, la burocracia moderna, todo el mecanismo del aparato estatal burgués centralizado... El ultracentrismo

por el que aboga Lenin está penetrado en su esencia misma por el espíritu estéril del sereno nocturno antes que por un espíritu positivo y creativo. Lenin se concentra en controlar al Partido, no en fertilizarlo; en reducirlo, no en desarrollarlo; en regimentarlo en vez de unificarlo”.

[17] Gombrowicz. Op. citada.

[18] Alain Rouquié. Op. citada.

[19] Los antecedentes de Nahuel Moreno arrancan del Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), fundado en 1941, año en que se traslada a las costas nacionales con furor la polémica entre Trotsky-Stalin (ver anexo). Nació en Alberdi, un pueblo ganadero de la provincia de Buenos Aires, en 1924. En 1944 formó el Grupo Obrero Marxista (GOM). En 1948 fue delegado al congreso de la IV Internacional. En 1952 participó de la fundación del PSRN junto con el Grupo Octubre, de Ramos, y militantes del PSA. En 1958 fundó Palabra Obrera, que en mayo de 1965 confluyó con el FRIP para conformar el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). En 1968, separado ya de Santucho, continuó al frente del PRT -La Verdad, que se oponía a la lucha armada como vía para la toma del poder. Hacia 1972 se unió con una fracción del PSA, dirigida por Juan Carlos Coral, fundando el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). A partir del golpe militar de 1976 parte al exilio, instalándose en Bogotá. Vivió en París desde 1980 hasta 1982, cuando regresó a Buenos Aires para participar en la conformación del Movimiento al Socialismo (MAS). Murió de un ataque cardíaco en enero de 1987. Jorge Abelardo Ramos integró el PSRN con el seudónimo de “Savigne”, y en 1960 formó el PSIN, que apoyó críticamente a Frondizi como lo hizo el peronismo en esa etapa. El PSIN devino luego Frente de Izquierda Popular (FIP), francamente aliado con el peronismo hasta que en la década de los '80 se inclinó por un discurso nacionalista de derecha, estrechamente vinculado a la defensa de las FF.AA. tal como sucederá con Frondizi.

[20] El proceso de Silvio Frondizi (hermano del presidente de la Nación, Arturo Frondizi), fundador del Grupo Praxis, es diverso. Era un sólido intelectual que desde los años cuarenta produjo una importante obra sociológica marxista. Fue candidato extrapartidario a senador por el FIP en 1973, pero fundamentalmente fue un heredero de la Reforma Universitaria, y defensor de presos políticos durante la década del '70. Entre 1972-73 fue director de Nuevo Hombre, una de las publicaciones del PRT-ERP, e integrante del Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS), también impulsado por el PRT-ERP. El 27 de setiembre de 1974 fue acerbado junto con su yerno, el ingeniero Luis Mendiburu, al resistirse al secuestro del comando terrorista de ultraderecha Triple A.

[21] Hasta su muerte en 1968, Cooke fue el principal exponente del “peronismo revolucionario”, impulsor de la Resistencia a la restauración liberal de 1955, e intentó identificar al peronismo con el “fidelismo”. Nacido en 1920, forjista en su juventud, y diputado al Congreso del primer gobierno peronista, Cooke se destacó por su ardor nacionalista que, más tarde, seguiría rumbo hacia la fusión con la izquierda marxista. En 1955 fue nombrado por Perón, ya en el exilio, como su delegado personal y jefe de la Resistencia, cargos que desempeñó plenamente luego de que logró fugarse de la cárcel de Río Gallegos con Héctor Cámpora, años más tarde presidente de la Argentina. Como jefe de la Resistencia, Cooke fomentó dos formas de lucha principales: las campañas industriales, que incluyeron la importante huelga del petróleo de 1958 contra Frondizi; y la acción directa de sabotaje (caños) y actividades propagandísticas de pequeñas unidades de comandos, a veces de manera independiente y, en otras ocasiones, en apoyo a las luchas obreras. Esta vertiente será reivindicada en la década del '70 por FAR, FAP y Montoneros.

[22] La nueva izquierda argentina: 1960-1980. Claudia Hilb y Daniel Lutzky. Centro Editor de América Latina (CEAL), Buenos Aires, 1984.

[23] Roland Thomas Ely editó entre 1957 y 1960 dos libros en la editorial José Martí de La Habana: Comerciantes cubanos del siglo XIX y La economía entre las dos Isabelas: 1492-1832. En 1963 la editorial Sudamericana publicó en Buenos Aires: Cuando reinaba su majestad el azúcar.

[24] Correspondencia personal de Mario Roberto Santucho con Roland Thomas Ely. Archivo de la familia Santucho.

[25] Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN), ver anexo.

[26] Uturuncos, ver anexo.

[27] Witold Gombrowicz. Op. citada.

[28] El trabajo fue publicado en forma de folleto por la Editorial Norte Argentino, de propiedad de los hermanos Santucho, circa 1963, pero los textos ya habían sido editados en los meses previos a la fundación del FRIP en 1961.

[29] Claudia Hilb y Daniel Lutzky. Op. citada.

[30] Entrevista con Julio Santucho, Roma, 1988.

[31] Correspondencia de M. R. Santucho. Comentarios sobre el viaje a Cuba de Carlos Tarini y Julio Santucho.

[32] Revista del FRIP, N° 1, editada en octubre de 1961. Allí se transcribe la síntesis del congreso mencionado.

[33] Correspondencia de M. R. Santucho.

[34] Alejandro Horowicz. Op. citada.

[35] Alain Rouquié. Op. citada.

[36] Organizaciones político-militares (1959-1976). Ver anexo.

[37] En la revista N° 2 de febrero de 1962, el FRIP sostenía: “El santiagueño ya está comprendiendo que los viejos partidos políticos sólo representan el interés de mezquinas camarillas. Los campesinos y trabajadores de la ciudad, a poco irán dándole la espalda hasta que se

muera por propia descomposición. Se aproximan las elecciones de marzo de 1962. Y ya se aprestan a prometer para conseguir votos. Esta elección es como las anteriores. Una farsa para simular una democracia que no existe”. En la revista N° 3 de marzo del '62, repite: “Es una trampa para las mayorías explotadas... Los dirigentes de los partidos que se dicen populares no deben concurrir a esta elección porque es hacerle el juego al gobierno y a los explotadores. Se impone, entonces, el boicot”.

[38] Informe sobre el problema azucarero, Antonio del Carmen Fernández, Ediciones El Combatiente, 1973.

[39] Raúl Moiragui fue un dirigente trotskista de Palabra Obrera e integró posteriormente el PRT, del que se alejó por disidencias en 1972. Pasó varios años en la cárcel entre 1975-1982, y murió en Buenos Aires en 1989. En marzo de 1988, cuando aún trabajaba como obrero del Sindicato Gráfico Argentino, aportó algunos datos para comprender el momento político que vivían los hombres de Palabra Obrera que rodeaban a Santucho. “Bengochea había ingresado al GOM en 1947. Diez años después integró, junto con Cooke, el comando táctico del peronismo, junto con otros periodistas que difundían desde la clandestinidad la resistencia al golpe militar de 1955. Tendrá como veinte procesos como director de Palabra Obrera, y era un hombre de confianza del sindicalismo peronista. Nuestra organización participó en la resistencia, pero, contradictoriamente, en 1959 se opuso a la revolución cubana. ¿Cómo se difundieron las ideas de la guerrilla? Hacia 1959 viajó a Buenos Aires el teórico anarquista español Abraham Guillén, que sostenía que la guerra política había que continuarla con la guerrilla. Sus ideas se desparramaron en Palabra Obrera, y hacia 1961, con la misma facilidad que se había condenado la revolución cubana, Nahuel Moreno comenzó a defenderla. En febrero de 1962, Bengochea viajó a La Habana con un grupo de hombres que ya planteaban la necesidad de abrir la brecha de la legalidad a fuerza de tiros, luego de la proscripción de Framini. En los meses anteriores a su regreso con el grado de comandante guerrillero en 1963, Palabra Obrera entra en una etapa de febril preparación militar. No se sabía bien para qué, pero la mayoría de los militantes hacían prácticas de tiro, y cursos de explosivos. Moreno es detenido, y cuando sale de la cárcel se aterra porque ve que la clandestinidad que imponía la militarización arruinaría el incipiente trabajo político en el movimiento obrero. En los hechos, se rompe con la concepción de Bengochea, que cuando regresa de Cuba encuentra a otra organización. Entonces rompe con Moreno y pasa a formar las FARN en la zona rural. Contó con la simpatía y el apoyo de algunos militantes del FRIP, pero sé que no conoció a Santucho, quien, además, aún no compartía totalmente una estrategia absolutamente militar en esa época. Porque Bengochea, que fue un militante extraordinario, expresaba la misma corriente foquista que Uturuncos y, posteriormente, que el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) dirigido por Ricardo Masetti.”

[40] La lucha de los pueblos indoamericanos. Folleto del FRIP. Editorial Norte Argentino, Santiago del Estero, 1963.

[41] Entrevista con Fernando Hevia, Buenos Aires, 1990. Compartió con Santucho años de activismo universitario en Tucumán y, luego, una prolongada amistad.

[42] Carta a Julio Santucho, junio de 1963. Archivo familiar.

[43] Carta a Julio Santucho, 30 de julio de 1963. Archivo familiar.

[44] EGP de Ricardo Masetti, ver anexo.

[45] Historia del trotskismo en La Argentina. Osvaldo Coggiola. Tomo I. Editorial Centro Editor de América Latina (CEAL), Buenos Aires, 1986.

[46] Hombres y Mujeres del PRT-ERP. Luis Mattini. Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1990.

[47] En el folleto citado, las diez tesis establecían: 1) La República Argentina es un país semicolonial, pseudoindustrializado. 2) La pseudoindustrialización acentúa los desniveles regionales y aumenta la superexplotación de los obreros de las zonas coloniales atrasadas. 3) La burguesía nacional en su conjunto es incapaz de luchar por la liquidación de la dependencia de nuestra patria, por un desarrollo nacional independiente. Sólo sectores minoritarios —pequeña y mediana burguesía industrial— pueden jugar un papel como aliados circunstanciales del proletariado, pueden ser arrastrados circunstancialmente por el proletariado a la lucha antiimperialista. 4) La burocracia sindical centralizada en Buenos Aires es el principal obstáculo para el desarrollo del proletariado y debe enfrentársela sobre la base del movimiento obrero del interior. 5) En la República Argentina, el eslabón más débil de la cadena es el Norte argentino. 6) El proletariado rural, con su vanguardia, el proletariado azucarero, es el detonante de la revolución argentina. 7) En toda Indoamérica el proletariado rural es el sector más explosivo de la clase obrera por su carácter de enemigo irreconciliable del imperialismo y por la superexplotación a que se ve sometido. 8) El papel del proletariado urbano no se desmerece porque el rural sea el detonante de la revolución. 9) El proletariado rural incorporará fácilmente al campesinado a la lucha por la liberación nacional y social. 10) El FRIP como vanguardia en la construcción de la revolución argentina debe dirigir su trabajo sobre la base social de los trabajadores rurales, especialmente la FOTIA y FOSIF sin descuidar el trabajo sobre otros sectores, en particular el proletariado urbano.

[48] Ernesto González fue uno de los primeros miembros de la dirección de Palabra Obrera, que llegó a Tucumán a vivir con Santucho y a preparar el terreno para la alianza política con el FRIP. Años más tarde fue uno de sus principales críticos. En 1973 integró la dirección del PST y, a partir de 1982, la del MAS.

[49] Correspondencia de M. R. Santucho a su esposa, 4 de abril de 1964.

[50] Pedro Cazes Camarero, bioquímico, fue uno de los principales dirigentes de Palabra Obrera que siguió a Santucho cuando éste formó el PRT-El Combatiente. Fue detenido en 1971 y salió amnistiado en 1973. Luego fue director de las revistas Estrella Roja y El Combatiente durante su breve período de legalidad entre mayo y setiembre de 1973. En este mes es detenido y permaneció en prisión hasta 1983. Actualmente trabaja en su profesión e integra núcleos políticos de la izquierda. La entrevista fue realizada en Buenos Aires,

en 1990.

[51] Correspondencia de M. R. Santucho. Archivo familiar.

[52] Cuatro tesis sobre el Norte argentino fue publicado por primera vez por la revista Estrategia N° 5 en 1966. Sin embargo, el texto fue escrito por Santucho en el invierno de 1964, y sirvió como documento político para ser integrado en el congreso de fusión de FRIP-Palabra Obrera que dio origen al PRT en 1965. Entre otras ideas, Santucho sostenía, luego de una descripción de la estructura económica del noroeste argentino (Santiago del Estero, Catamarca, Salta, Jujuy y Tucumán), que “el eje histórico y contemporáneo del desarrollo capitalista del norte argentino fue y es la industria azucarera, estancada y en una crisis estructural sin salida capitalista”. Considera que la clase “enemiga” es la burguesía oligárquica azucarera. “Su vinculación con el imperialismo, del que es socia en la propiedad de varios ingenios, y con la oligarquía y la gran burguesía del litoral, da respaldo nacional, la muestra como uno de los pilares fundamentales del régimen capitalista argentino.” Cifra sus esperanzas en la clase obrera azucarera como “la más revolucionaria de la zona”, unida a grupos de trabajadores urbanos. Dice que la dirección sindical de FOTIA tiene características “centristas, reformistas y no estatizadas diferentes a las del Gran Buenos Aires, pero por ello no significa que no haya actuado y siga actuando como freno del movimiento obrero”. Concluye que “en estos momentos es hacia el proletariado azucarero de Tucumán, Salta y Jujuy donde debemos dirigir nuestros esfuerzos militantes” y considera que “los campesinos cañeros son los aliados fundamentales de la clase obrera del Norte”. Dice que se debe desarrollar trabajo político en el estudiantado, y caracteriza a la burguesía mediana como un aliado circunstancial de la clase obrera pero “sin olvidar que es una clase enemiga”.

[53] Correspondencia de M. R. Santucho. 15 de febrero de 1965. Archivo familiar.

[54] El Onganiato. Gregorio Selser. Editorial Carlos Samonta, Buenos Aires, 1972. Y Mercenarios & Monopolios. Rogelio García Lupo. Legasa, Buenos Aires, 1986.

[55] Perón: regreso, soledad y muerte. Julio Godio. Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

[56] Los últimos guevaristas. Julio Santucho, Editorial Puntosur, Buenos Aires, 1988.

[57] Introducción a las resoluciones del V Congreso del PRT. M. R. Santucho. Ediciones El Combatiente, Buenos Aires, 1973.

[58] Granma. La carta fue publicada en La Habana, el 17 de abril de 1967.

[59] Los herederos de Alfonsín. Alfredo Leuco-José Antonio Díaz. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1987.

[60] Raúl Borrás. Nació en Santa Fe en 1933. Se integró al radicalismo en 1952 y ocupó diversos cargos públicos y partidarios. En 1983 fue nombrado ministro de Defensa del gobierno de Raúl Alfonsín. Murió en mayo de 1985.

[61] Montoneros, soldados de Perón. Richard Guillespie. Editorial Grijalbo, Buenos Aires, 1987.

[62] El marxismo en América Latina. Michel Löwy. Ediciones Era, México, 1982. En el libro se cita la Declaración de la OLAS y el Mensaje a la Tricontinental.

[63] La lucha recién comienza. Nahuel Moreno. Folleto editado en Buenos Aires en 1966.

[64] “La formación del Partido Revolucionario de los Trabajadores de Argentina”. Artículo de Zbigniew Marcin Kowalewski — intelectual trotskista polaco simpatizante del sindicato Solidaridad de Lech Walesa— en la revista Estudios Latinoamericanos N° 8, de 1981, editada en español por el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Polonia. Entregado por Kowalewski a la autora en enero de 1988 en París.

[65] Entrevista con Ernesto González. Buenos Aires, 1990.

[66] FAL y Taco Ralo, ver anexo.

[67] Entrevista con Raúl Moiragui. Buenos Aires, marzo de 1988.

[68] Los detalles de la reunión del IV Congreso los transmitió uno de sus delegados, Raúl Moiragui. El libro que se cita es Hacia el poder obrero y el socialismo (Carlos Ramírez, Sergio Domecq y Juan Candela. Ediciones El Combatiente, Buenos Aires, 1968).

[69] Ídem anterior.

[70] Entrevista con Raúl Moiragui. Buenos Aires, marzo de 1988.

[71] Entrevistas con Hubert Krivine, Daniel Bensaid y Jean Pierre Beauvais en París, 1988.

[72] El MSTM tuvo su expresión inicial en la revista Cristianismo y Revolución (1966-1971), dirigida por Juan García Elorrio. Su importancia fue decisiva en la confluencia de jóvenes nacionalistas con católicos radicales, enlace que dará como resultado la conformación del comando Camilo Torres, uno de los antecedentes de Montoneros. García Elorrio murió en un accidente en 1970.

[73] Clarín, 9 de enero de 1969.

[74] Los detenidos fueron el ingeniero Sidel Negrín y el estudiante Rubén Batallés.

[75] Cordobazo. Referencias bibliográficas: Lucha de calles, lucha de clases. Beba Balvé, Miguel Murmis, Juan C. Marín, Lidia Aufgang, Tomás Bar, Beatriz Balvé, Roberto Jacoby. Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973. Montoneros, soldados de Perón. Richard Guillespie. Editorial Grijalbo, Buenos Aires, 1987. Argentina, de Perón a Lanusse. Félix Luna. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1990. Referencia cronológica: De Perón a Videla. Andrew Graham Yooll. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1989.

[76] Raúl Moiragui. Entrevista citada.

[77] Causa Nro. 11/70 “Yáñez, Tirso Luis y otros, s/Intimidación Pública, y otros delitos”. Se inició en el juzgado de instrucción de Concepción, luego continuó en el Federal de Eduardo Lucio Vallejo. Jamás hubo sentencia por la amnistía del 26-5-73. Constituyen doce

cuerpos de 200 fojas cada uno. Entre los 39 procesados estaban Juan Andrés Molina, Clarisa Lea Place, Juan Santiago Mangini, Benito Romano y Leandro Fote. Actualmente, la causa se encuentra en los archivos de la Cámara Federal de Tucumán.

[78] Anexo a Causa 11/70. Ver documentos.

[79] Ídem.

[80] Fojas 1237-38, séptimo cuerpo de la causa 11/70 del Juzgado Federal de Tucumán.

[81] Fojas 1095-96, sexto cuerpo de la causa 11/70 del Juzgado Federal de Tucumán.

[82] Fojas 1102 bis, sexto cuerpo de la causa 11/70 del Juzgado Federal de Tucumán.

[83] La carta fechada el 10 de febrero, dice: “(...) los sucesos de Tucumán y en particular mi detención fueron el detonante que anticipó la crisis de la dirección. Estos hechos caben perfectamente dentro de los riesgos que toda organización revolucionaria corre, que no revestía particular gravedad (pensemos en el caso de la detención de Ho Chi Minh durante varios años), y que eran similares a traspies anteriores (la detención de Lamas, Polo, Elías y otros compañeros en 1965, por ejemplo), fueron el pretexto para que los dos epígonos del morenismo que se mantenían solapadamente en la dirección partidaria, fingiendo aceptar una línea que no compartían, salieran con toda energía al abierto ataque al ala leninista, abandonaran las resoluciones ya votadas y propiciaran la revisión de la línea del cuarto congreso. El golpe recibido en Tucumán, de haber contado el P. con una dirección firme, de combate, de elevada moral revolucionaria, hubiera sido asimilado sin dificultades, y utilizado sabiamente para superar las deficiencias muy grandes y propias del grado de desarrollo y experiencia del P. Pero no ocurrió así. Por el contrario, produjo una tremenda crisis en la dirección. La consigna fue abandonar el barco (es decir, detener la actividad y revisar la línea); cundió el pánico entre los dirigentes. Una propuesta mía de forzar mi libertad fue aceptada por el C.E. (lo que se me comunicó), y luego rechazada por el mismo organismo (lo que no se me comunicó). Hubo dirigentes (Esteban) que pidieron mi separación de todos los cargos de dirección (¡por haber caído en manos del enemigo!). Aprovechando mi ausencia descargaron toda clase de calumnias, tergiversaron hechos, todo como preparación de la traición que ahora quieren consumir. Lo más grave de todo, por lo que deberán rendir cuentas ante un tribunal partidario, es que han abandonado todas las tareas votadas, organizando un verdadero golpe de Estado...”. Folios 1239-1240, séptimo cuerpo de la causa 11/70 del Juzgado Federal de Tucumán.

[84] Zbigniew Marcin Kowalewski. Op. citada.

[85] Richard Gillespie. Op. citada.

[86] Montoneros, Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y Comandos Populares de Liberación (CPL), ver anexo.

[87] Julio Santucho. Op. citada.

[88] José Luis “Joe” Baxter era un estudiante de abogacía de origen inglés. Fundador del MNRT, dirigió junto con José Nell el asalto al Policlínico Bancario en 1962. A raíz de la represión desatada contra el MNRT, Baxter huyó a Uruguay y se integró al MLN Tupamaros durante un breve tiempo. También corrido por la represión, salió rumbo a París, donde se vinculó a los grupos de solidaridad con Vietnam, hacia donde viajó durante dos años (67-68) para conocer la experiencia guerrillera del Vietcong. En mayo de 1968 estaba en París integrado a la IV Internacional. Santucho lo conoció durante su estancia en París, y aceptó su incorporación al PRT con acuerdo de la IV Internacional. A fines de 1969, Baxter ya estaba de regreso en la Argentina. Formará parte del grupo fundador del ERP, pero se separará del mismo a fines de 1971. Murió en 1973 a los 32 años en un accidente de aviación en el aeropuerto de Orly.

[89] Luis Mattini. Op. citada.

[90] Ídem anterior.

[91] Resoluciones del V Congreso del PRT. M. R. Santucho. Ediciones El Combatiente, Buenos Aires, Junio de 1973.

[92] Nunca Más. Informe final de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (Conadep). Editorial EUDEBA, Buenos Aires, 1985.

[93] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.

[94] Ídem 91.

[95] Luis Mattini. Op. citada.

[96] Julio Santucho recordó en una entrevista realizada en Roma en 1988, que “la primera escuela política del PRT se realizó en diciembre de 1970, en un chalet alquilado en la localidad de Aguas de Oro, en las sierras cordobesas. Uno de los primeros alumnos fue Hugo Irurzún, quien murió en 1980 en Paraguay cuando participaba del atentado que costó la vida a Anastasio Somoza. El programa era de lo más ecléctico y liberal. Se estudiaba filosofía y política marxista con todos sus clásicos; la historia de las revoluciones rusa, vietnamita, cubana y china; la historia argentina con énfasis en la guerra de la Independencia, de autores como Bartolomé Mitre. Luego a los caudillos federales. En economía argentina se analizaban las obras de Aldo Ferrer y de Raúl Scalabrini Ortiz. Pero los textos de historia fundamental eran los de Mitre sobre Manuel Belgrano y José de San Martín. Jamás se estudió a Antonio Gramsci, especialmente porque Robi pensaba que era la base teórica para el populismo de las FAR, o del revisionismo europeo al marxismo. En esa primera escuela, que se repetirá hasta entrado el año 1976, con algunas modificaciones de contenido, porque era una de las obsesiones de Robi, hubo ciento veinte graduados, quienes tendrían a su cargo desarrollar la estructura militante del PRT-ERP”.

[97] Organigrama del PRT: ver anexo.

[98] Frente de masas. Ver anexo.

- [99] Resoluciones del V Congreso del PRT. Ediciones de El Combatiente, Buenos Aires, 1973. Cita el primer plan operativo militar del ERP.
- [100] Clarín. 21 de setiembre de 1970.
- [101] Clarín. 17 de noviembre de 1970.
- [102] La Voz del Interior. Córdoba, 14 de febrero de 1971. La convertibilidad del botín guerrillero de pesos a dólares se realizó a través de la tabla publicada en Dólar libre (1960-1989) día por día. Unigraphics Editores. Buenos Aires, 1990.
- [103] Clarín. 29 de marzo de 1971.
- [104] El Peronismo de la Victoria. Jorge Luis Bernetti. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1983.
- [105] Luis Mattini. Op. citada.
- [106] El general de brigada Fausto González, del arma de Infantería, nació en Córdoba en 1933. Inició la carrera militar en el Liceo General Paz. Fue capitán de logística del III Cuerpo de Ejército durante el Cordobazo. En 1976 realizó cursos de especialización en la Escuela de Guerra en Francia. En 1978, a cargo del Regimiento de Infantería 19 en Tucumán, cerró el Operativo Independencia. A partir de 1986 fue jefe de Estado Mayor del Ejército, y ascendió a subjefe del Ejército luego de la Semana Santa de 1987. Pasó a retiro ese mismo año.
- [107] Ídem 91. Comité Ejecutivo de abril de 1971.
- [108] The New York Times. 9 de agosto de 1971.
- [109] La Voz del Interior. 13 de junio de 1973.
- [110] La Opinión. 30 de junio de 1971.
- [111] Luis Mattini. Op. citada.
- [112] Fidel. Tad Szulc. Editorial Grijalbo, Madrid, 1987.
- [113] Luis Mattini. Op. citada.
- [114] Mi testimonio. Alejandro Agustín Lanusse. Editores Lasserre, Buenos Aires, 1977.
- [115] De Perón a Videla. Andrew Graham Yooll. Editorial Legasa. Buenos Aires, 1989. La crónica de las operaciones de la guerrilla puede rastrearse en esta cronología, basada en los diarios de la época. También en algunos archivos en centros de documentación internacionales —bibliotecas del Congreso en Washington; Nacional, en Londres, o de la IV Internacional en Amsterdam— donde existen los archivos más completos de documentos del PRT-ERP.
- [116] La Gaceta de Tucumán. 2 de setiembre de 1971.
- [117] Ídem. 3 de setiembre de 1971.
- [118] Ídem. 8 de setiembre de 1971.
- [119] Revista Nuevo Hombre. Conversaciones con el ERP. Abril de 1971.
- [120] Una táctica revolucionaria frente al GAN. Folleto de Ediciones El Combatiente. Noviembre de 1971.
- [121] La causa 23/71 fue iniciada el 31 de agosto de 1971, por la Policía de la provincia de Córdoba. Entró el 9 de setiembre de ese año en la vocalía 5ta. de la Sala III de la Cámara Federal en lo Penal, denominada el “Camarón” en la jerga judicial ya que los jueces eran nombrados por decreto y, algunos de ellos, como César Black, Jaime Smart y Jorge Quiroga, fueron acusados de tomar declaración a los detenidos mientras eran sometidos a tormentos. La Cámara dictó prisión preventiva de Santucho, Ulla, Gorriarán Merlo y Toschi, el 30 de setiembre, confirmando el 4 de noviembre. El 11 de junio de 1973, luego de la amnistía del 25 de mayo, la causa con sus veinte cuerpos fue remitida a la Cámara Federal de la ciudad de Córdoba. Durante la dictadura militar de 1976-83, la causa desapareció de los archivos. La información fue suministrada por la sala de archivo de la Cámara Federal de la Nación. Buenos Aires, 1990.
- [122] Frente Antiimperialista por el Socialismo (FAS). Ver anexo.
- [123] La Opinión. 1º de febrero de 1972.
- [124] Hacia el VI Congreso del PRT. Informe y balance de actividades del Comité Central. Boletín Interno del PRT N° 44, de circulación clandestina. Archivo del CEDIDELP, 14 rue de Nanteuil de París.
- [125] El Estado burocrático autoritario. Guillermo O’Donnell. Editorial Belgrano. Buenos Aires, 1982.
- [126] Para una información detallada de la crónica de los hechos guerrilleros y su represión se recomienda consultar De Perón a Videla, de Andrew Graham Yooll. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1989; Guerra revolucionaria en Argentina, Ramón Genaro Díaz Bessone. Círculo Militar, Buenos Aires, 1988; y colección del periódico Estrella Roja (1971-76) en la Biblioteca del Congreso de EE.UU. en Washington.
- [127] Luis Mattini. Op. citada.
- [128] Eduardo Luis Duhalde. La cita fue extraída de los borradores conservados por el abogado ya que la causa no pudo ser hallada.
- [129] Causa 47/72 archivada en la Cámara Federal de San Miguel de Tucumán. Diarios La Nación, La Razón, Crónica, La Gaceta de Tucumán, La Opinión y Clarín de los días 28 y 29 de junio, y 6 y 8 de julio de 1972.
- [130] Julio Santucho. Archivo familiar.
- [131] Estrella Roja N° 12. Marzo-Abril 1972.
- [132] El capitalismo argentino en crisis. Oscar Braun. Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1973.

- [133] Julio Santucho. Archivo familiar.
- [134] La Opinión. 12 de julio de 1972.
- [135] Resoluciones del V Congreso del PRT. Capítulo: resoluciones del Comité Ejecutivo de Enero de 1972. Ediciones de El Combatiente, Buenos Aires, 1973.
- [136] Estrella Roja N° 12. Marzo-Abril de 1972. El texto completo del comunicado guerrillero fue publicado en todos los diarios del país y leído en los principales canales de televisión. Era una de las condiciones impuestas por el secuestro de Sallustro.
- [137] La Opinión. 26 de marzo de 1972.
- [138] La Opinión, Clarín y La Razón. 26 al 30 de marzo de 1972.
- [139] Luis Mattini. Op. citada.
- [140] Alejandro Agustín Lanusse. Op. citada.
- [141] Julio Santucho. Op. citada.
- [142] Boletín Interno del PRT N° 23. 26 de abril de 1972.
- [143] El Combatiente N° 69. Mayo de 1972.
- [144] El Combatiente N° 70. Julio de 1972.
- [145] Trelew. La Patria fusilada. Francisco Urondo. Ediciones de Crisis, Buenos Aires, 1973; La Pasión según Trelew. Tomás Eloy Martínez. Granica Editor, Buenos Aires, 1973; Argentina, de Perón a Lanusse. Félix Luna. Editorial Planeta, Buenos Aires, 1990; Mi testimonio. Alejandro Agustín Lanusse. Editores Lasserre, Buenos Aires, 1977.
- [146] Testimonios: Julio Santucho, coronel retirado Luis César Perlinguer, Eduardo Duhalde, Luis Ortolani, Pedro Cázes Camarero y Luis Mattini. Revistas: Nuevo Hombre; Militancia; El Descamisado; Izquierda Nacional; Todo es Historia. Diarios: Buenos Aires Herald; Clarín; La Opinión; La Nación y La Razón.
- [147] Los guerrilleros que murieron en Trelew fueron: Carlos Heriberto Astudillo, 26, ERP; Rubén Pedro Bonet, 30, ERP; Eduardo Adolfo Capello, 24, ERP; Mario Emilio Delfino, 29, ERP; Alberto Carlos del Rey, 23, ERP; Alfredo Elías Kohon, 27, FAR; Clarisa Rosa Lea Place, 23, ERP; Ana María Villarreal de Santucho, 36, ERP; Susana Graciela Lesgard, 22, Montoneros; José Ricardo Mena, 22, ERP; Mariano Pujadas, 24, Montoneros; María Angélica Sabelli, 23, FAR; Miguel Ángel Polti, 21, ERP; Humberto Segundo Suárez, 22, ERP; Humberto Adrián Toschi, 25, ERP; Jorge Alejandro Ulla, 27, ERP. Sobrevivieron: María Antonia Berger, 30, FAR; Alberto Miguel Camps, 24, FAR y Ricardo René Haidar, 28, Montoneros.
- [148] Il soldato di Allende. Dalle Memorie di Carlos Prats González. Guido Vicario. Editor Riuniti, Roma, 1987.
- [149] Beatriz Allende confió este diálogo a Julio Santucho en Roma, en 1976, unos meses antes de suicidarse en el exilio cubano, en 1977.
- [150] Julio Santucho. Entrevista en Roma, invierno de 1988.
- [151] La Opinión, 26 de agosto de 1972 y Granma del 27 de agosto de 1972.
- [152] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [153] Luis Mattini. Op. citada.
- [154] Informe sobre una actividad fraccional. Boletín interno 34 del PRT, 27 de diciembre de 1972. Archivo de la IV Internacional, Bruselas, Bélgica.
- [155] 20 años (1967-1987). Todo es Historia. Félix Luna. Buenos Aires, 1987.
- [156] Luis Mattini. Op. citada.
- [157] Resoluciones del comité central del PRT. Diciembre de 1972. Archivo de documentos internos del PRT, CEDILELP, París.
- [158] Luis Mattini. Op. citada.
- [159] Tosco. Escritos y discursos. Jorge O. Lannot, Adriana Amantea y Eduardo Sguiglia. Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1987. Tosco nació en Córdoba en 1930. Hijo de campesinos, al terminar la primaria ingresó a la Escuela de Artes y Oficios. A los 19 años comenzó a trabajar como ayudante de electricista, y fue elegido subdelegado. A los 20 ya era delegado. En 1952 simpatizaba con el peronismo. En 1953 fue electo secretario general del gremio de Luz y Fuerza cordobés. Durante la década del sesenta integró el Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical, filocomunista. Durante los setenta fue el dirigente sindical de izquierda más destacado. Se mantuvo independiente de las estructuras partidistas. Se definía como un marxista-socialista por su ideología, pero en lo político se pronunciaba por la unidad de todas las corrientes progresistas sin discriminaciones.
- [160] Descamisados. Ver anexo.
- [161] Boletín interno del PRT N° 35. 16 de enero de 1973.
- [162] Boletín interno del PRT N° 36. 24 de enero de 1973.
- [163] Para observar la cronología de las acciones guerrilleras se recomienda consultar De Perón a Videla. Andrew Graham Yooll. Editorial Legasa, Buenos Aires, 1989; la colección de Estrella Roja de enero de 1973 a marzo 1976; o los archivos periodísticos de la época.
- [164] Richard Gillespie. Op. citada.
- [165] Luis Mattini. Op. citada.

- [166] La Opinión. 19 de febrero de 1973.
- [167] Crisis de una burguesía dependiente. Carlos Raúl Cepeda. Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972. Y Boletín interno del PRT. N° 38, 24 de febrero de 1973.
- [168] El resultado de las elecciones del 11 de marzo fue: Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima (FreJuLi) 49,59%; Ricardo Balbín-Eduardo Gamond (UCR), 21,3%; Francisco Manrique-Rafael Martínez Raimonda (Alianza Popular Federalista), 14,9%; Balestra (Partido Socialista Democrático) 0,91%; Ezequiel Martínez-Leopoldo Bravo (Alianza Republicana Federal) 2,91%; Jorge Abelardo Ramos-José Silveti (Frente de Izquierda Popular), 0,41%. Porcentaje total de votantes: 79%.
- [169] Crónica. 9 de marzo de 1973.
- [170] La Opinión, 14 de marzo de 1973.
- [171] Entrevista con Julio Santucho. Roma, 1988.
- [172] La Opinión. Abril de 1973. En 1974 Ciarlotti fue encarcelado; recobró su libertad en 1983. Según consta en los archivos de la CONADEP, María Magdalena Nosiglia fue vista con vida por última vez en 1976, en un centro clandestino de detención que funcionaba en la guarnición militar de Campo de Mayo.
- [173] Ídem 171.
- [174] Corriere della Sera. 24 de abril de 1973. Milán, Italia.
- [175] La Opinión. 24 de mayo de 1973.
- [176] Documento anexado al libro sobre Resoluciones del V Congreso del PRT. Ediciones El Combatiente, Buenos Aires, 1973.
- [177] Luis Mattini. Op. citada.
- [178] Alejandro Lanusse. Op. citada.
- [179] La Opinión. 26 de mayo de 1973.
- [180] Ezeiza. Horacio Verbitsky. Editorial Contrapunto. Buenos Aires, 1986.
- [181] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [182] Retrato de un exilio. Andrew Graham Yooll. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1985.
- [183] Liliana Delfino. Fotografía tomada en 1975.
- [184] Publicaciones del PRT-ERP. Ver anexo.
- [185] Entrevista con Manuela Juárez de Santucho. Ginebra, 1988.
- [186] FAS y MSB. Ver anexo: Frente político del PRT-ERP.
- [187] El Mundo. Ver anexo: Publicaciones del PRT-ERP.
- [188] Luis Mattini. Op. citada.
- [189] Osvaldo Álvarez Guerrero. Entrevista con la autora. Buenos Aires, enero de 1991.
- [190] Horacio Verbitsky. Op. citada.
- [191] Entrevista con Andrés Pascal Allende. Buenos Aires, 1991.
- [192] La Opinión. 28 de junio de 1973.
- [193] La Opinión. 29 de junio de 1973.
- [194] Richard Gillespie. Op. citada.
- [195] Juventud Guevarista (JG). Ver anexo: Frente político del PRT-ERP.
- [196] El Cordobazo. Jorge Bergstein. Editorial Cartago, Buenos Aires, 1987.
- [197] Ejército: del escarnio al poder (1973-1976). Rosendo Fraga (h). Editorial Planeta, Buenos Aires, 1988.
- [198] La Opinión. 7 de setiembre de 1973.
- [199] Replanteo. Octubre de 1973.
- [200] La Escuela de Chicago: Operación Chile. Juan Gabriel Valdés. Ediciones Grupo Z., Buenos Aires, 1989.
- [201] Entrevista con Julio Santucho. Roma, 1988.
- [202] El Combatiente. M. R. Santucho. 26 de octubre de 1973.
- [203] The Wall Street Journal. William Carley. Informe secreto de la Exxon sobre el caso Samuelsson. 12 de febrero de 1983.
- [204] La triple A (AAA). Ignacio González Janzen. Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1986.
- [205] Julio Santucho. Entrevista citada.
- [206] Luis Mattini. Op. citada.
- [207] El Combatiente N° 105 al 136 de enero a setiembre de 1974. Editoriales de M. R. Santucho.
- [208] Luis Mattini. Op. citada.
- [209] El Combatiente N° 105. 30 de enero de 1974.
- [210] Richard Gillespie e Ignacio González Janzen. Op. citadas.
- [211] Estrella Roja N° 29. 28 de enero de 1974.
- [212] Luis Mattini. Op. citada.
- [213] Ídem 211.

- [214] Luis Mattini. Op. citada.
- [215] El Combatiente N° 105. 30 de enero de 1974.
- [216] Buenos Aires Herald y El Mundo. 15 de febrero de 1974.
- [217] La Opinión. 18 de febrero de 1974.
- [218] Luis Mattini. Op. citada.
- [219] Ídem anterior.
- [220] El terrorismo en la Argentina. Poder Ejecutivo Nacional. Buenos Aires, 1979.
- [221] Zbigniew Marcin Kowalewski. Entrevista con la autora. París, 1988.
- [222] Luis Mattini. Op. citada.
- [223] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88. Mattini explicó que la estructura del ERP como “ejército regular” consistió en la creación de grados militares: combatiente, sargento, teniente, capitán y comandante. Las escuadras debían tener de cinco a quince combatientes dirigidos por un sargento; el pelotón, de quince a treinta, conducidos por un teniente; la compañía, de treinta a noventa, bajo el mando de un capitán; y finalmente el batallón, con cerca de doscientos guerrilleros bajo las órdenes de un comandante. Cada una de estas unidades tenía, además, como en el Ejército Rojo creado por León Trotsky, un jefe político, que era miembro del PRT. Respecto de las “escuelas militares”, Mattini dijo que consistían en estudios de la “doctrina militar socialista”, de las experiencias vietnamitas, de la guerra civil española, etc. Que se estudiaba desde Escipión, pasando por Aníbal y Napoleón, hasta detenerse en las guerras de la Independencia de la Argentina y Latinoamérica. Clausewitz era de lectura obligada, así como los manuales del Ejército Argentino.
- [224] Cuaderno N° 1 de Información Popular. Movimiento Sindical de Base (MSB). Abril de 1974. Buenos Aires.
- [225] Report of situation of human rights in Argentina. Organización de Estados Americanos (OEA). Washington, 1980.
- [226] El Combatiente N° 116. 5 de junio de 1974.
- [227] Andrew Graham Yooll. Op. citada.
- [228] Rosendo Fraga (h). Op. citada.
- [229] Causa 6047/74; La Opinión; Clarín; El Combatiente N° 130/131 y 133 del 14 de agosto al 4 de setiembre de 1974. El terrorismo en la Argentina. Poder Ejecutivo, noviembre de 1979.
- [230] Entrevista con Andrés Pascal Allende. Buenos Aires, 1991.
- [231] Poder burgués y poder revolucionario. M. R. Santucho. Ediciones El Combatiente, Buenos Aires, octubre de 1974.
- [232] El Combatiente N° 136. 14 de setiembre de 1974.
- [233] Luis Mattini. Op. citada.
- [234] El Combatiente N° 138. 9 de octubre de 1974.
- [235] Entrevista con Osvaldo Álvarez Guerrero. Buenos Aires, 1991.
- [236] Luis Mattini. Op. citada.
- [237] Perón-Perón 1973-1976. Guido Di Tella. Sudamericana, Buenos Aires, 1983.
- [238] General de Brigada (RE) Fausto González. Entrevista con la autora. Buenos Aires, 1991.
- [239] Organización Comunista Poder Obrero (OCPO). Ver anexo.
- [240] Luis Mattini. Op. citada.
- [241] Ídem anterior.
- [242] Diario del Juicio. Editorial Abril. Se recomienda ver el testimonio del almirante francés Antoine Sanguinetti ante la Cámara Federal en lo Penal de la Nación durante el juicio a las juntas militares. Buenos Aires, mayo de 1985.
- [243] Luis Mattini. Op. citada.
- [244] Boletín interno del PRT. Nros. 74 y 75 del 31 de enero y 13 de febrero de 1975, respectivamente. El Periodista de Buenos Aires N° 226, Ediciones de La Urraca, Buenos Aires, 26 de febrero de 1989.
- [245] Organigrama del PRT-ERP. Ver anexo documental.
- [246] Poder Ejecutivo Nacional. Op. citada. Informe sobre el “Operativo Independencia”.
- [247] Luis Mattini. Op. citada.
- [248] Rosendo Fraga. Op. citada.
- [249] La Opinión, 6 de febrero de 1975. El texto del decreto decía: “El comando general del Ejército procederá a ejecutar todas las operaciones militares que sean necesarias a efectos de neutralizar y/o aniquilar el accionar de los elementos subversivos que actúan en Tucumán”.
- [250] La Opinión. “El Operativo Antigüerrillero” y “La situación en Tucumán”. Serie de artículos desde el 11 de febrero de 1975 al 20 de marzo de 1976.
- [251] El Combatiente N° 155. 17 de febrero de 1975.
- [252] Rosendo Fraga (h). Op. citada.
- [253] Operación Independencia. FAMUS. Buenos Aires, noviembre de 1988.
- [254] Nunca Más. Informe de la Conadep sobre la represión en Tucumán. Editorial EUDEBA, Buenos Aires, abril de 1985.

- [255] Entrevista con Manuel Justo Gaggero. Buenos Aires, 1990.
- [256] FAL y FAP. Ver anexo.
- [257] El Combatiente N° 162. 7 de abril de 1975.
- [258] FAMUS. Op. citada.
- [259] La evolución de la guerrilla rural puede seguirse en los siguientes libros: Operación Independencia, FAMUS; Hombres y Mujeres del PRT-ERP, Luis Mattini; crónicas periodísticas de la época y en el órgano del ERP: Estrella Roja; Tucumán, Hernán López Echagüe. Y Revista de la Fundación Plural, Buenos Aires, noviembre de 1988: “El ‘Operativo Independencia’: dos generales, dos estilos, un proyecto”.
- [260] Aerograma confidencial. Ver documentos.
- [261] Ignacio González Janzen. Op. citada.
- [262] El Combatiente N°s [171 AL 184. MESES DE JULIO A SETIEMBRE DE 1975.
- [263] El Combatiente N° 175. 30 de julio de 1975.
- [264] Luis Mattini. Op. citada.
- [265] Diario del Juicio. Abril de 1985. Testimonio de Ítalo Luder ante la Cámara Federal en lo Penal de la Nación durante el juicio a las juntas militares que gobernaron a partir de 1976. En su declaración el ex presidente provisional aclaró que “si bien el problema subversivo era de una gran magnitud, los decretos establecían que se tenía que aniquilar el accionar de la subversión y no, como se entendió, aniquilar a los subversivos. Ello, en principio, significaba neutralizar su capacidad de combate, destruir su voluntad, pero fue un gran error de las fuerzas armadas entender que ello les posibilitaba exterminar físicamente a los guerrilleros. Fue un gran error que se apartaran en sus métodos de la Constitución y la ley”.
- [266] La Opinión. 24 de octubre de 1975.
- [267] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [268] Entrevista con James Petras. Buenos Aires, 1991.
- [269] Capitán (RE) Carlos D’Andrea Mohr. Entrevista con la autora. Buenos Aires, 1988. El currículum del capitán Juan Carlos Leonetti fue publicado por Clarín y La Nación del 21 de julio de 1976.
- [270] Luis Mattini. Op. citada.
- [271] Ídem. anterior.
- [272] Ídem anterior.
- [273] Informe de la Comisión Argentina de Derechos Humanos: Proceso al genocidio. (CADHU). Ediciones Elías Querejeta, Madrid, España, 1977.
- [274] Ofelia Ruiz de Santucho. Entrevista. La Habana, Cuba, 1991.
- [275] Luis Mattini. Op. citada.
- [276] Libros: Hombres y Mujeres del PRT-ERP, Luis Mattini; Terrorismo en la Argentina, PEN; De Perón a Videla, Andrew Graham Yooll; Ejército: del escarnio al poder, Rosendo Fraga (h); Los últimos guevaristas, Julio Santucho; Guerra revolucionaria en la Argentina, general Ramón Díaz Bessone. Entrevistas: Julio Santucho; Luis Mattini; teniente coronel (RE) Jorge Mittelbach; sobrevivientes del ataque al cuartel; Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Revistas: El Periodista N° 222, 23 de diciembre de 1988; Todo es Historia N° 284, febrero de 1991, Félix Luna; Estrella Roja y El Combatiente, 14 de enero de 1975; Gente del 28 de diciembre de 1975. Material del archivo periodístico: La Opinión, Crónica, La Razón, La Prensa, La Nación del 24 al 31 de diciembre de 1975.
- [277] Luis Mattini. Op. citada.
- [278] Entrevista con Julio Santucho. Roma, 1988.
- [279] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [280] Ídem anterior.
- [281] Boletín interno del PRT N° 98. 27 de diciembre de 1975.
- [282] Poder Ejecutivo Nacional (PEN). Op. citada. Se reproduce un facsímil de Estrella Roja del 15 de enero de 1976 con la foto de Ranier, bajo el título de “Ajusticiamiento de un traidor”. Informe del Caso Ranier: Archivo de la Biblioteca del Congreso de EE.UU., Washington DC.
- [283] Richard Gillespie. Op. citada.
- [284] Revista Punto. Enero de 1976. Caracas, Venezuela.
- [285] Nunca Más. Informe final de la Conadep. Buenos Aires, abril de 1986.
- [286] Boletines internos del PRT N°s 102 y 106. Febrero de 1976.
- [287] Richard Gillespie. Op. citada.
- [288] Ídem anterior.
- [289] FAMUS. Op. citada.
- [290] James Petras. Entrevista citada.
- [291] Andrew Graham Yooll. Op. citada.

- [292] Nunca Más. Op. citada. El informe de la Conadep concluyó que sobre 8.960 desaparecidos, el 30,2% correspondían a obreros; 21% a estudiantes; 17,9% a empleados; 10,7% a profesionales; 5,7% a docentes; 5% trabajadores independientes y varios; 3,8% a amas de casa; 2,5% conscriptos y personal subalterno de fuerzas de seguridad; 1,6% a periodistas; 1,3% a artistas; 0,3% a religiosos. Que el 62% de los mismos había sido detenido en la casa, mientras dormía; el 24,6% en la calle y el 7% en sus lugares de trabajo.
- [293] Un modelo sin retorno, Jorge Schvarzer, CISEA, Buenos Aires, 1990; La industria argentina: desarrollo y cambios estructurales, Bernardo Kosacoff y Daniel Azpiazu, Centro Editor de América Latina (CEAL), Buenos Aires, 1989; El nuevo poder económico en los '80, Daniel Azpiazu, Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse, Editorial Legasa, Buenos Aires, 1986.
- [294] Deuda externa y poder económico en la Argentina. Eduardo Basualdo. Editorial Nueva América, Buenos Aires, 1987.
- [295] El Combatiente N° 210. 30 de marzo de 1976.
- [296] Boletín interno del PRT N° 106 del 8 de abril de 1976.
- [297] Luis Mattini. Op. citada.
- [298] Entrevista con Julio Santucho. Roma, 1988.
- [299] Ídem anterior.
- [300] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [301] El Combatiente N° 216. 12 de mayo de 1976.
- [302] El Combatiente N° 218. 26 de mayo de 1976.
- [303] Teniente coronel Jorge Mittelbach. Entrevista con la autora. Buenos Aires, 1987.
- [304] Nunca Más. Op. citada.
- [305] Operación Independencia. Op. citada.
- [306] Luis Mattini. Op. citada.
- [307] Ídem anterior.
- [308] Ídem anterior.
- [309] El Informador Público. Eugenio Méndez. Buenos Aires, abril de 1989.
- [310] Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH). Testimonio de la argentina-norteamericana Patricia Erb. Washington, 1977.
- [311] Montoneros: final de cuentas. Juan Gasparini. Editorial Puntosur, Buenos Aires, 1988.
- [312] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [313] Ídem anterior.
- [314] Ídem anterior.
- [315] Nunca Más. Casos 2155 y 2146 de la CONADEP. Testimonios del escritor uruguayo Enrique Rodríguez Larreta y de Pablo Díaz en el juicio a las juntas militares sobre la familia Santucho. Buenos Aires, mayo de 1985. Ambos testimoniaron que Carlos Hiber fue muerto por las torturas en el campo clandestino de detención "Orletti"; Manuela Elmina Santucho y Cristina Navajas fueron alojadas en el campo clandestino de detención denominado "Pozo de Banfield". Nunca aparecieron.
- [316] Entrevista con Juan Gasparini. Ginebra, Suiza, 1988.
- [317] La Razón. 23 de julio de 1976.
- [318] Informe sobre desaparecidos. Coronel (RE) Federico Mittelbach. Ediciones La Urraca. Buenos Aires, 1988. Del informe se deriva que los jefes militares a los que les correspondió conocer el destino de los cuerpos y de los prisioneros eran: los miembros de la junta militar; jefe del EMGE, general de división Roberto Viola; jefe de Inteligencia (JII), general de brigada Carlos Alberto Martínez; jefe del Batallón de Inteligencia 601, coronel Alberto Alfredo Valín; Comandante de Institutos Militares de Campo de Mayo, general de división Santiago Omar Riveros; jefe de Estado Mayor Comando II MM, general de brigada Fernando Santiago y jefe de GI Inteligencia del Estado Mayor del Comando II MM, coronel Fernando Verplaetsen.
- [319] Entrevista con Luis Mattini. Buenos Aires, 1987/88.
- [320] Entrevista con Pedro Cazes Camarero. Buenos Aires, 1990.
- [321] Entrevista con Fernando Nadra. Buenos Aires, 1990.
- [322] Evita Montonera. Octubre de 1976.
- [323] Entrevista con Eduardo L. Duhalde. Buenos Aires, 1990.
- [324] Entrevista con Osvaldo Álvarez Guerrero. Buenos Aires, 1991.
- [325] Estrella Roja N° 93. 28 de febrero de 1977.
- [326] Recuerdos de la muerte. Miguel Bonasso. Editorial Puntosur. Buenos Aires, 1988.
- [327] Entrevista con el general de división (RE) Fausto González. Buenos Aires, 1991.
- [328] El Periodista N° 225-226: 26 de enero y 5 de febrero de 1989. Ediciones La Urraca. Buenos Aires.
- [329] Nunca Más. Casos 2149 y 2155 de la Conadep.
- [330] Archivos del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Bs. As., marzo de 1988.
- [331] La deuda externa de 7.500 millones de dólares en 1975, se elevó a 55.000 millones en 1983; de un total de 12,3% de ciudadanos

con las necesidades básicas insatisfechas en 1975, la cifra trepó a 32,7% en 1985. La participación en el producto bruto interno (PBI) de los trabajadores era del 48% en 1975; en 1983 ese porcentaje había disminuido al 27%. Los trabajadores industriales pasaron de un índice de 119,2 (con base 1970=100) a 74,7 en 1985, es decir una disminución de casi el 38%. El destino de la industria local fue similar: a fines de 1985 trabajaba con el 60%, en promedio, de su capacidad instalada. El índice de desocupación y subocupación pasó de menos del 8% en 1975 al 16,8% en 1985. FUENTES: Nunca Más; Informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (OEA); Banco Central de la República Argentina (BCRA); Informe sobre la pobreza en la Argentina: Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), Buenos Aires, 1989.

[332] Entrevista con Manuela Santucho. Ginebra, 1988.

[333] Información proporcionada por el Ministerio del Interior de la Argentina.